

330.84 / 16

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos incorporados en el presente cuadernos fueron tomados de las publicaciones que detallamos a continuación:

1. Paul M. Sweezy, "Hacia un programa de estudio de la transición al socialismo", en *Transición al socialismo y experiencia chilena*, CESO/CEREM, Santiago de Chile, 1972.
2. Attilio Chitarin, "Considerazioni 'ideologiche' sulla transizione", en *Problemi del Socialismo*, terza serie, n. 9, 1972. Traducción del italiano de Roberto Raschella.
3. Rossana Rossanda, "Poder y democracia en la sociedad de transición", en *Transición al socialismo y experiencia chilena*, CESO/CEREM, Santiago de Chile, 1972. Traducción del italiano de Santiago Funes.
4. Valentino Gerratana, "Formazione sociale e società di transizione", en *Critica marxista*, n. 1, 1972. Traducción del italiano de Roberto Raschella.
5. Valentino Gerratana, "Stato socialista e capitalismo di Stato" en *Critica marxista/Quaderni*, n. 4, 1970. Traducción del italiano de Roberto Raschella.
6. Attilio Chitarin, "Problemi della transizione dal capitalismo al socialismo in URSS", en *Problemi del Socialismo*, terza serie, n. 4, 1971. Traducción del italiano de Roberto Raschella.
7. Francesco Fenghi, "Economía de transición e superamento del 'modelo socialista' en China", en *Quaderni Piacentini*, n. 44/45, 1971. Traducción del italiano de Roberto Raschella.
8. Bernard Jobic, "La Révolution culterelle et la critique de economisme", en *Critiques de l'économie politique*, n. 7/8, 1972. Traducción del francés de María Braun.



D
330.84
TEO

Paul M. Sweezy
Valentino Gerratana
Francesco Fenghi
Rossana Rossanda
Attilio Chitarin
Bernard Jobic

TEORIA DEL PROCESO
DE TRANSICION



Cuadernos de Pasado y Presente / 46
Córdoba

Publicación periódica mensual

Director: José Arió

ADVERTENCIA

Las reflexiones sobre el problema de la transición, aunque en la actualidad se presentan con renovado y creciente interés, no son sin embargo producto de un descubrimiento reciente. Por el contrario, además de las incursiones de Marx y Engels, los revolucionarios rusos, en especial Lenin, Bujarin y Preobrazhenski, teorizaron sobre problemas de alcance general y sobre aspectos particulares de esta temática.

No obstante, a pesar de estos importantes antecedentes históricos, en la actualidad existe un gran retraso de la teoría respecto de la práctica.

Los trabajos reunidos en este volumen incorporan materiales nuevos con la intención de posibilitar la discusión y el desarrollo de una problemática tan fundamental para la práctica revolucionaria.

Muchos autores han venido utilizando indistintamente las expresiones "transición al socialismo" o "transición al comunismo" y algunos otros, en una tendencia extrema, el término "sociedad socialista" por otro más ambiguo y neutro como es el de "sociedad de transición".

Para la resolución de este problema terminológico es útil remontarse a los orígenes de la problemática de la transición. En este sentido vale la pena mencionar que Marx y Engels, quienes actuaron en circunstancias en las cuales el término "socialismo" se utilizaba para designar las teorías más heterogéneas, y

Tapa: Miguel De Lorenzi

Primera edición, diciembre de 1973

© Ediciones Pasado y Presente
Editado por Siglo XXI Argentina Editores S.A.
Buenos Aires 2004, Buenos Aires

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso en Argentina/Printed in Argentina

N. C. X420080290

N. E. 4800235160

en consecuencia no podía emplearse para designar concepciones políticas precisas, hicieron uso de términos más "densos" como el de comunismo o sociedad comunista o, en determinadas circunstancias, cuando decidían —no sin cierta resistencia— emplear la palabra socialismo, siempre la adjetivaban (socialismo científico, socialismo revolucionario, etc.). Pero, como decía Lenin, más allá de disputas sin sentido sobre palabras, Marx prefería hacer un "análisis de lo que podríamos llamar grados de madurez económica del comunismo". A pesar de todo la expresión "socialismo" terminó designando cierta forma más o menos atenuada de comunismo y, como consecuencia de ello, especialmente a partir de la II Internacional, se usó para designar la etapa que Marx había definido como la primera fase de la sociedad comunista. Y el mismo Lenin lo utilizó en ese sentido en El estado y la revolución.

El término transición puede tener dos acepciones. La primera de ellas, su acepción literal, menciona cierto "estado de tránsito", una forma abstracta del devenir, un momento relativo de un proceso absoluto de transformación de lo real. Desde este punto de vista no sólo cualquier sociedad sino también toda formación social deberían ser definidas como de transición (la sociedad capitalista es así una formación social de transición de la sociedad feudal a la comunista). La segunda acepción es menos equívoca en tanto permite referirnos (antes que hablar concretamente de "problemas de la transición") a la transición relativa a regímenes y a periodos históricos en los cuales se pasó de un modo determinado de producción, referible a una formación social orgánica, hacia otro modo de producción propio de una nueva formación social.

Althusser, por ejemplo, sostiene la necesidad de una teoría general de la transición "para poder llevar a cabo lo que se llama la construcción del socialismo, donde está en pleito la transición del modo de producción capitalista al modo de producción socialista, o aun para resolver los problemas planteados por lo que llama 'subdesarrollo' de los países del Tercer Mundo". Sweezy, cambio, insiste en la singularidad de los distintos procesos

de transición, indicando que "cada transición constituye un proceso histórico único que debe ser analizado y explicado en sus términos propios", y esto es válido no sólo en lo que se refiere a la diversidad de procesos de transición relativos a distintos tipos de formación económico-social (en este sentido la transición del capitalismo al socialismo presenta caracteres sustancialmente distintos si la comparamos con la del feudalismo al capitalismo) sino también a la diversidad con que un mismo proceso de transición se presenta en los diversos países y en circunstancias históricas diferentes.

En uno de los trabajos más sugerentes de este volumen, Gerratana —sumándose a la discusión promovida por el CERM (Centre d'études et de recherches marxistes) respecto de la categoría de formación económico-social*— intenta precisar este concepto por la importancia que tiene para la resolución de los problemas teóricos y prácticos de los procesos revolucionarios, y en consecuencia para los procesos de transición.

Sweezy, por su parte, considera que el socialismo no es sino una estación intermedia que va del capitalismo al comunismo, momento necesario en tanto es imposible desplazarse directamente del capitalismo al comunismo, y en el cual debe haber un objetivo concreto que oriente sus políticas y que sirva como cartabón para medir sus adelantos o retrocesos. A este objetivo lo llama socialismo. Pero para transitar este camino es necesario superar una condición previa: el poder debe pasar de manos de la burguesía a las clases trabajadoras. Y en este momento el interrogante del significado del socialismo debe resolverse definitivamente. En desacuerdo con las concepciones que sostienen que las características distintivas del socialismo son la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación, Sweezy afirma que estos dos aspectos no son suficientes para definir un socialismo viable. Es necesario la dominación por parte de los productores inmediatos sobre sus condiciones de existencia y, en consecuencia, sobre sus medios de producción y sus productos.

* Véase cuaderno de Pasado y Presente, Nº 39, El concepto de formación económico social, Córdoba, 1973.

Y en este ámbito, en el del problema de la democracia y el poder, se instalan las reflexiones de Rossanda. En su opinión, todo el pensamiento marxista afirma la viabilidad de una democracia posible, plena y directa a través de la liquidación de las relaciones de producción capitalistas y la unificación de la sociedad en sistema productivo comunista, de gestión total y directa del producto social. Esto implica, además de la destrucción del estado, la extinción de toda forma de estado en tanto "momento" separado del poder, y es evidente que esta hipótesis no se ha realizado hasta ahora en ninguna sociedad en transición. El estado de los países socialistas, a pesar de proclamarse con fines opuestos a los de los estados capitalistas, reproduce sin embargo sus formas en tanto no supera la distinción entre gobernantes y gobernados que está en la esencia de la instancia revolucionaria comunista. La excepción es China, dice Rossanda. También Chittarin menciona el papel cada vez más determinante que desempeña el estado en el proceso de transición al socialismo en tanto instancia política que, a través de su dominio, es la encargada de preparar el desarrollo progresivo de nuevas relaciones de producción. De allí la importancia de la conquista-destrucción del poder estatal en el proceso de transición al socialismo (que no es sino una de las manifestaciones del proceso de transición de un modo de producción a otro), destrucción que no debe ser pensada en términos de "lucha final" sino en términos de lucha "cotidiana". Sólo así es posible su reemplazo por un nuevo y distinto instrumento de poder: el estado-comuna.

Un segundo trabajo de Gerratana gira en torno de la categoría tan problemática de capitalismo de estado, que dio origen a fecundas polémicas cuando Lenin, después de implantada la Nueva Política Económica, volvió a utilizarla. Ya en El estado y la revolución, teniendo presente la Alemania de la guerra, había hablado de la "época de la evolución del capitalismo de monopolio al capitalismo de monopolio estatal", pero descartando la posibilidad de que este tipo de capitalismo estatal pudiese denominarse socialismo de estado: no podía ser sino una etapa en el camino hacia el socialismo. Con el término "capitalismo de estado" Lenin hacía referencia a la concepción de una economía concentrada y monopólica que, bajo el sistema de la pro-

piedad privada, harían funcionar los capitalistas, pero con una severa supervisión de parte del estado.

Por último incluimos tres trabajos en los cuales se pasa revista a dos de las experiencias históricas más importantes de transición al socialismo. En el primero de ellos Chittarin alerta contra el peligro de contraponer con ligereza el llamado "modelo soviético" (al cual se lo pone en el banquillo de los acusados en tanto en la URSS se estaría restaurando el capitalismo) a un pretendido "modelo chino" (al cual se adhiere en general, confusa y acriticamente), para pasar en seguida a estudiar la problemática de la transición tal como fue estudiada y aplicada por Lenin. En el segundo, Fenghi analiza cómo en China, bajo los principios fundamentales de la "política en el primer lugar" y "hacer la revolución y promover la producción", la economía de transición se edifica sobre la base de la destrucción de la empresa (en tanto unidad económica que caracteriza al modo de producción capitalista), la creación de las comunas populares y la restructuración de la fábrica y de la organización del trabajo como instrumento necesario para la superación de la empresa capitalista, para terminar afirmando que "China no es un modelo a copiar porque no es un modelo; es un país donde se lucha por el socialismo, no es el Socialismo". Por último Jobic sostiene que "con la experiencia de la Revolución china y de la revolución cultural el contenido de la práctica y del conocimiento del período de transición alcanzó un nuevo estadio", lo que permitiría que numerosos problemas en la construcción del socialismo en la URSS pueden plantearse desde una óptica nueva. No quiere decir con esto que la sociedad china haya alcanzado definitivamente el socialismo sino más bien que, mediante el estadio de la revolución cultural, ha llegado a un estadio en la construcción del socialismo que jamás alcanzó la URSS. En la parte central de su trabajo, Jobic analiza y cuestiona las concepciones economicistas que sostienen que las fuerzas productivas (que se identifican con los medios de producción) ocupan un lugar central, mientras que las relaciones de producción desempeñan un papel pasivo; por otro lado, la relación base-superestructura se considera una relación casi mecánica y, por último, la lucha de clases ocupa un lugar subalterno y de "exterioridad" respecto a las contradicciones funda-



mentales de la sociedad. Para terminar analiza el concepto de acumulación, el debate sobre la acumulación socialista originaria en la URSS y la acumulación en China.

PASADO Y PRESENTE

PAUL SWEEZY

HACIA UN PROGRAMA DE ESTUDIO DE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

Mi propósito en este documento es contribuir al esclarecimiento de los problemas que muy a menudo no son reconocidos como tales o no se entienden correctamente. No es mi intención llegar a soluciones.

Para discutir en forma inteligente la transición al socialismo, debemos tener una idea clara sobre lo que entendemos por socialismo. Lamentablemente, no existe consenso sobre esto, ni aun entre aquellos que se consideran socialistas. Sin ir hacia definiciones muy precisas, me centraré en dos concepciones del socialismo y trataré de ubicar algunos de los principales aspectos que de ellas surgen en relación al problema de la transición.

Primero, quisiera aclarar que me circunscribiré a lo que puede llamarse el ámbito del universo marxista. Considerando que para todos los marxistas el socialismo no es el fin, sino que una estación intermedia en el camino que va del capitalismo al comunismo. En lo que respecta a este último, es muy probable que exista un consenso unánime sobre sus características principales: bajo el comunismo las clases han desaparecido; el estado se ha extinguido, las mutilantes formas de división de trabajo han sido superadas; se han abolido las distinciones entre la ciudad y el campo y entre el trabajo manual e intelectual; la distribución se hace de acuerdo a las necesidades, etc. Pero, asimismo, debe haber un consenso bastante generalizado de que es imposible desplazarse directamente del capitalismo al comunismo, que ambos son sistemas separados, no sólo por años y aun décadas, sino que por una época histórica completa o aún por más de una época histórica. En el intervalo debe haber un objetivo concreto que una sociedad que intenta ir del capitalismo al comunismo debe tener, objetivo que debe orientar sus políticas y que

en relación al mismo puede evaluar sus adelantos o retrasos. Este objetivo lo llamamos socialismo y aquí comienzan los detalles.

Pero antes de entrar a explicar las diferentes concepciones del socialismo, hay una que es más inmediata. A los marxistas les resulta imposible tomar una senda, a menos que o hasta que se haya satisfecho una condición preliminar: el poder del estado debe transferirse, primero de la burguesía a las clases trabajadoras, por ejemplo, al proletariado y al campesinado. Esto no solamente implica que los organismos principales del gobierno deban ser ocupados por representantes de las clases trabajadoras, esto, por sí mismo, no es suficiente, como lo han comprobado numerosas experiencias históricas de gobiernos socialdemocráticos y de frente popular. Lo que se requiere es que el aparato estatal y, por sobre todo, las fuerzas armadas constituyan un instrumento leal y confiable en las manos de los representantes de las masas. Aquí sería suficiente recordar la famosa declaración de Marx, cuando dice que: "la clase trabajadora no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal ya establecida y manejarla para sus propios fines", y de la interpretación de Lenin, sin lugar a dudas correcta, en el sentido de que "la idea de Marx consiste en que la clase trabajadora debe destruir, romper, la maquinaria estatal existente establecida y no limitarse simplemente a apoderarse de ella".¹

Por supuesto que puede haber discrepancia sobre la interpretación "de romper y destruir", pero nadie puede negar realmente que el punto importante aquí es que, de una forma u otra, el aparato estatal burgués, que ha sido confeccionado y utilizado por largo tiempo como un instrumento de dirección burguesa, debe ser efectiva y definitivamente transformado en un instrumento de gobierno antiburgués. Esto solamente se puede lograr por medio de cambios de gran alcance, tanto en lo que respecta a personal como a estructuras. (La naturaleza específica de estos cambios ha variado y continuará variando de acuerdo a las circunstancias particulares de la historia. Pero unos requisitos generales que tienen que suscitarse, por ejemplo el remplazo de las legislaturas y sistemas judiciales burgueses por asambleas y cortes populares, la dotación de las fuerzas armadas, incluyendo la policía, a todos los niveles de mando con

dirigentes de confianza comprobada, elegidos sobre la base de sus condiciones políticas más bien que de sus condiciones profesionales; el cambio drástico de los sistemas educacionales con orientación de élite, etc.).

Cuando los marxistas hablan de que una revolución ha tenido lugar, quieren decir que este proceso de transferencia del poder de la burguesía a las clases trabajadoras, con la transformación estrechamente relacionada (e indispensable) del aparato estatal, ha sido cumplido. Históricamente, todas las revoluciones en este sentido han sido procesos violentos, pero la violencia no es la esencia del problema y no hay nada irracional en tratar de llevar a cabo un proceso revolucionario sin violencia. Solamente se podría agregar que cuanto mayor sea la fuerza de los revolucionarios, y cuanto más evidente sean la capacidad y disposición para hacer frente a la violencia contra-revolucionaria con una apabullante violencia revolucionaria, mayores serán las posibilidades de evitar la violencia.

Una vez que se ha salvado la barrera inicial y el nuevo régimen se ha lanzado por la ruta hacia el socialismo y el comunismo, la interrogante anteriormente mencionada sobre el significado del socialismo debe ser encarada en forma definitiva.

Una corriente ideológica, a la cual pertencí en una oportunidad, sostiene que las características que distinguen al socialismo son: primero, propiedad estatal de los medios de decisión de producción, y, segundo, una amplia planificación de la economía. La presunción muy a menudo implicada, pero rara vez declarada, es que una vez que el socialismo se ha establecido definitivamente en este sentido, *su propio dinamismo interno lo empujará automáticamente hacia la siguiente etapa del camino hacia el comunismo*. El razonamiento aquí es superficialmente similar a aquel que lleva a los marxistas a la conclusión de que una vez que el capitalismo competitivo ha sido establecido, inevitablemente debe llevar hacia un capitalismo de monopolio. Sin embargo, nadie ha logrado explicar lo que es la ley del movimiento del socialismo. Respecto del socialismo, por otra parte, Marx explicó muy claramente y se mostró muy explícito sobre el sistema de la ley del movimiento que lleva del capitalismo competitivo al de monopolio. Y, como lo veremos, de hecho no existe razón para suponer que la propiedad y la amplia plani-



ficación estatal deba producir un movimiento hacia adelante en la dirección del comunismo.

Si esta primera concepción del socialismo —o sea la propiedad y planificación estatal— es aceptada, tiene ciertas implicaciones para las políticas de un régimen que busca lograr la transición al socialismo y establecer un nuevo sistema sobre base firme. Aquí nos es útil sacar conclusiones sobre las experiencias de la Unión Soviética. Resultaba imposible desplazarse directamente de la revolución a la propiedad y planificación estatal en la Unión Soviética. En realidad, los así llamados altos mandos (en general las grandes industrias, el sistema bancario, los ferrocarriles, etc.), fueron incorporados inmediatamente al sector estatal y sometidos a un sistema rudimentario de planificación. Pero sin lugar a dudas, la mayor parte de la economía del país estaba en las manos de los campesinos, pequeños productores y comerciantes privados, todos ocupados en la producción y circulación de mercancías y por consiguiente sujetos a la ley del valor. Lejos de ser suprimido o tomado en el período inicial después de la revolución, este gran sector productor de bienes hubo de ser estimulado y expandido bajo la nueva política económica de Lenin, una vía que, de acuerdo a las circunstancias, era absolutamente esencial para la supervivencia física del pueblo. De ahí en adelante el esfuerzo para lograr el socialismo adoptó la forma de una lucha entre el sector estatal planificado y el sector privado productor de bienes, el primero buscando expandirse y lograr un mayor control tanto en el orden interno como por encima de su rival, y el último resistiendo las incursiones y siguiendo un ritmo más o menos "normal" de reproducción extendida. (El estudio clásico de este proceso es *La nueva económica* de Preobrazhenski. *)

La tensión entre ambos sectores finalmente se hizo tan grande que requirió lo que a menudo se ha llamado una "segunda revolución", esta vez desde arriba para poner un punto final a esta situación. Con la colectivización de la agricultura y el lanzamiento del primer plan quinquenal, el sector estatal triunfó sobre el sector privado, y la Unión Soviética llegó a ser no sólo

* Cf. Evgueni Preobrazhenski *La nueva económica*. Cuaderno de Pa-
sado y Presente n. 17/18, Córdoba 1968 [N. del E.]

a los ojos de sus propios líderes, sino también en aquellos de sus seguidores y muchos otros en todas partes, la primera sociedad socialista del mundo.

Habiendo completado esta parte del camino hacia el comunismo, la dirección política soviética en tiempos de Stalin consideró como su tarea principal la promoción del máximo crecimiento de la economía socialista. Esto se consideró necesario para que el país estuviere en condiciones de derrotar a sus enemigos capitalistas foráneos, y proporcionar la base material tanto para la producción como para el consumo, para un mayor avance del comunismo. Esto implicó otorgar la dirección al campo económico. Todas las políticas debían ser sopesadas teniendo como referencia su efecto sobre el crecimiento económico: las que contribuían a un rápido crecimiento eran consideradas buenas, todas las que le impedían eran malas. *El avance hacia el comunismo sería un subproducto automático del crecimiento económico y no debería ser de incumbencia directa de los que elaboran las políticas.*

Orientado por esta perspectiva, Stalin puso en vigor lo que se podría llamar su propia política económica. Fuera de una tasa extremadamente alta de inversión las principales características de esta política fueron:

1. Concentración de la autoridad a nivel superior, no sólo en el gobierno y partidos, sino también en las empresas económicas. A los trabajadores se les privó de cualquier papel en las decisiones que afectaban sus vidas, y en su trabajo estaban sujetos a una reglamentación total y una férrea disciplina.
2. Conjuntamente con esto, estaba el uso ilimitado de incentivos materiales para obtener el mayor esfuerzo y productividad. Toda manifestación de igualitarismo, tal como la disposición puesta en práctica en la época de Lenin, que prohibía a los miembros del partido, sin importar el cargo que ocuparan, recibir un mayor salario que los obreros especializados, fueron eliminados, y Stalin personalmente lanzó una pertinaz campaña ideológica en contra de la idea misma de la igualdad, llamándola "un absurdo reaccionario y de pequeño burgués, propio de una secta primitiva de ascetas pero no de una sociedad socialista organizada sobre líneas marxistas".

Estas políticas en realidad produjeron una rápida tasa de

crecimiento, pero también trajeron como resultado, yo creo que en forma inevitable, una creciente estratificación de la sociedad y una progresiva despolitización de las masas. No sólo eran estas tendencias en sí mismas y por sí mismas contrarias al desarrollo hacia el comunismo, sino, lo que es aún más importante, que para los grupos privilegiados en la burocracia, en la administración de empresas económicas, y en las profesiones les resultaba relativamente fácil para consolidar su posición en la sociedad y para traspasar sus ventajas a sus hijos. En otras palabras, las políticas de Stalin permitieron a aquellos que ocupaban cargos en el poder político y económico, constituirse en la nueva *clase gobernante*. (Este es un problema complicado que no puede ser discutido en detalle en este contexto; será suficiente decir que la propiedad y la herencia de la propiedad no constituyen la única forma por medio de la cual la posición de clase puede ser transmitida de una generación a otra. El acceso diferencial sistemático a las oportunidades educacionales es otra forma y probablemente la más importante en la Unión Soviética de hoy en día). Citando a Charles Bettelheim, yo llamo a esta nueva clase gobernante una "burguesía de estado". Gobierna no a través de la propiedad privada de los medios de producción, como sucede en la sociedad capitalista, sino que ocupando los cargos de toma de decisiones en el partido, el estado y la economía; y es una clase y no solamente un estrato porque sus hijos e hijas tienen una oportunidad mucho mejor de ocupar las mismas posiciones de poder que la que tienen los niños del resto de la población.

Aquí debemos decir unas cuantas palabras sobre los conceptos de valor, precios, mercancías, dinero, etc., en una sociedad socialista del tipo de la Unión Soviética. Como hemos observado anteriormente, estas categorías continúan existiendo y teniendo sus significados tradicionales durante el período entre la revolución y el triunfo del sector estatal. ¿Cuál es la situación después de la "segunda revolución"? Como es bien sabido, continúan existiendo en aquella etapa también, dentro del sector estatal mismo como en las relaciones entre el sector estatal y otros (granjas colectivas, capitalistas extranjeros). ¿Por qué continúan existiendo estas relaciones de valor dentro del sector estatal? O como Stalin lo dijo: "¿Por qué se habla, pues, del valor

de los medios de producción, de su costo, de su precio, etc?" Su respuesta fue que "porque es indispensable para el cálculo, para la contabilidad, para determinar si las empresas son rentables o si no lo son, para la inspección y el control de las empresas". Sin embargo, él agregó inmediatamente "pero éste es sólo el aspecto formal del asunto".² Como lo dijo Bettelheim, Preobrazhenski había ya dado esencialmente la misma respuesta.³ Las relaciones de valor, de acuerdo con este punto de vista, no controlan la asignación de recursos y la producción de bienes dentro del sector estatal. Por el contrario, éstos se usan como herramientas para ayudar al estado y a los organismos de planificación para establecer un control racional sobre las diversas empresas, todas las cuales son de propiedad del estado y producen de acuerdo con las directivas y no con las indicaciones del lugar de mercado. Las formas relativas al valor permanecen, pero se les ha dado un contenido radicalmente nuevo. Sin lugar a dudas, esta argumentación, en esencia, era correcta en la época en que se puso en práctica, por ejemplo, en el período de una administración planificada. Pero esto no quiere decir que siga teniendo la misma validez hoy día. Por razones que yo creo están relacionadas con el surgimiento de la nueva burguesía estatal y la despolitización de las masas, el sistema de una planificación administrativa centralizada ingresó a un período de crisis durante las décadas de los 50 a los 60. Buscando un camino de salida, los países de Europa Oriental, guiados por Yugoslavia, se volcaron en forma progresiva a los métodos del capitalismo. Ya que todas las formas necesarias estaban aún ahí, no habiendo sido remplazadas por ninguna forma socialista específicamente, esto era una vía fácil a seguir. El contenido que había sido inyectado dentro de estas formas, durante la primera parte del período, se estaba gradualmente eliminando y lentamente remplazando por un "nuevo" contenido, el cual, en la realidad, era el viejo contenido prerrevolucionario.

Algunos marxistas rechazan este análisis, arguyendo que es imposible que existan verdaderas relaciones de valor mientras prevalezca la propiedad estatal sobre los medios de producción. Ya que examinar esta posición en profundidad nos llevaría mucho más allá de los confines de este documento, básteme sugerir las líneas a lo largo de las cuales dicho examen debiera pro-

ceder. De acuerdo a lo que dijo un estudiante de la economía yugoslava:

El principio socialista tradicional de distribución "a cada cual según su trabajo", ha sido revisado por los yugoslavos, convirtiéndose en "a cada cual según los factores suministrados por el agente humano o a los cuales el agente humano tiene acceso, conforme se evalúan en el mercado (Imperfecto)". Este principio muy difícilmente se puede diferenciar de aquél de la empresa privada.

"Lo que ha sucedido en Yugoslavia es que la propiedad social de los factores productivos se ha visto erosionada y se ha establecido la propiedad privada. El concepto de propiedad social de los factores productivos, siempre vago, de hecho, probó que no tenía contenido. Gradualmente, ciertos miembros de la sociedad adquirieron derechos efectivos de la propiedad, que prevalecieron sobre la propiedad social... Si bien sigue figurando el activo a nombre de la sociedad, los derechos exclusivos concedidos a los miembros de la empresa, equivalen a una propiedad privada en grupo, más bien que en forma individual".⁴

Se puede decir, por supuesto, que esto se relaciona solamente con Yugoslavia y que la situación en la Unión Soviética es bastante diferente. Efectivamente, existen esas diferencias, y requeriría más conocimiento del que yo tengo establecer cuán fundamentales son estas diferencias. Sin embargo, pienso que el caso yugoslavo muestra lo que es posible y subraya la advertencia expresada por Bettelheim de que "es precisamente muy peligroso, para el desarrollo de la economía socialista, confiar en la idea de que dada la existencia de la propiedad estatal en los medios de producción, la forma de valor y la forma de mercancía podrían tener no más que una 'existencia formal', por ejemplo, que serían de alguna manera 'formas' de segunda importancia".⁵

Al considerar este problema, uno debería tener presente que la idea de que las formas de la propiedad pueden encubrir, también como enunciar las relaciones sociales reales, no es en ningún sentido extraña al marxismo. Veamos, por ejemplo, la declaración de Marx: "En Inglaterra, la servidumbre había desaparecido ya, de hecho, en los últimos años del siglo xiv. En esta

época, y más todavía en el transcurso del siglo xv, la inmensa mayoría de la población se componía de campesinos libres, dueños de la tierra que trabajaban, *cualquiera que fuese la etiqueta feudal bajo la que se ocultase su propiedad*", *El capital*, cap. 24. (El subrayado me pertenece.)

Concluye que el "socialismo" definido como una sociedad caracterizada por la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación amplia no es *necesariamente* una estación intermedia en el camino del capitalismo al comunismo, y esa confianza en la teoría de que tal sociedad debe desarrollarse automáticamente hacia el comunismo, puede llevar al movimiento en la dirección exactamente opuesta, por ejemplo, a la reconstitución del dominio de clase. Cualquiera que sea esta sociedad de clase reconstituida, representa la restauración del capitalismo como lo sostienen los chinos, y constituye un aspecto importante, pero que no podemos entrar a discutir aquí. Para los fines que nos interesan, será suficiente saber que este concepto tradicional del socialismo es completamente inadecuado como objetivo y criterio del logro por parte de un gobierno revolucionario encaminado en la larga vía hacia el comunismo.

Esto no implica que deba rechazarse la propiedad y la amplia planificación estatal. De no mediar estas circunstancias, es obvio que es imposible dejar atrás al capitalismo y emprender aún los primeros pasos hacia el largo camino a recorrer. Pero la propiedad y planificación estatal no son suficientes para definir un socialismo viable, uno que sea inmune a la amenaza de la regresión y capaz de ir hacia adelante en la segunda etapa del camino hacia el comunismo. En realidad algo más, de hecho bastante más, tiene que ser agregado.

¿Qué es ese "bastante más"? Puesto que los grandes peligros de los cuales que hay que cuidarse representan el surgimiento de una nueva burguesía estatal y la regresión al gobierno de clases bajo el cual los productores actuales, como es el caso bajo el capitalismo, son explotados para el beneficio de otros, parece obvio que lo que se necesita es, citando las palabras de Bettelheim, "la dominación por parte de los productores inmediatos sobre sus condiciones de existencia y por consiguiente, en la primera instancia, sobre sus medios de producción y sus productos".⁶ La interrogante, sin embargo, es qué es lo que quiere de-

cir esto y, tal vez igualmente importante, qué es lo que *no* quiere decir. No existen respuestas prefabricadas a esta interrogante y, a mi entender, muy pocos estudios se ocupan de esto. Sin lugar a dudas, ésta es una de las áreas que más requiere de una intensa investigación en cualquier programa serio de estudios que verse sobre la transición hacia el socialismo.

Para empezar debemos tener mucho cuidado en no confundir el planteamiento de Bettelheim con el concepto sindicalista tradicional del control por parte de los trabajadores. Esto es perfectamente posible, como lo demuestra la experiencia yugoslava, que el control en las empresas económicas sea formalmente y legalmente confiado a los trabajadores sin que haya ningún cambio fundamental. Si el sistema en general está dominado por relaciones de valor, el efecto del control de los trabajadores responde simplemente a transformar a los trabajadores (o más bien un núcleo interno de trabajadores privilegiados) en cada empresa, en una especie de capitalismo colectivo. Para los trabajadores como clase esta situación es en muchos aspectos aún peor que el capitalismo, puesto que divide a los trabajadores y los lanza a unos contra otros en una forma altamente destructiva. Esto no quiere decir que los trabajadores no tengan parte en el control y administración de la empresa, sólo implica que dicha participación, que de hecho debiera ir en constante aumento, debe tener lugar dentro del contexto de un sistema que *en general se va alejando de todo tipo de estratificación y hacia una situación en la cual toda la población constituye una clase trabajadora homogénea y única.* (El resultado final de este proceso es por supuesto la desaparición de todas las clases y por consiguiente de la misma clase trabajadora.) Creo que esto nos da el mejor criterio posible para juzgar y aun evaluar el progreso en una dirección socialista (y comunista). Para explorar sus implicancias, ésta debería, yo creo, ser la tarea central de un programa de estudio de la transición hacia el socialismo. Las palabras que siguen no son más que unas cuantas sugerencias tentativas.

1. Debemos rechazar definitivamente la idea de Stalin expresada en la cita mencionada más arriba, de que el "igualitarismo es ajeno a una sociedad socialista organizada sobre líneas marxistas". La idea es de hecho una racionalización ideológica para

privilegiados y finalmente para un gobierno de clases. Por el contrario hay necesidad de proclamar que el igualitarismo es el principio más fundamental de una sociedad socialista organizada sobre líneas marxistas. Por supuesto que esto no quiere decir que la igualdad se pueda lograr de la noche a la mañana, o que se puedan otorgar incentivos materiales en forma diferencial en el futuro próximo. Pero sí quiere decir que siempre debe lucharse por la igualdad y que debe haber una disposición para pagar aún un precio más alto en términos de rendimiento inmediato o eficiencia para conseguir adelantos hacia una mayor igualdad.

2. En la misma forma como deben participar los trabajadores en la administración, así también los administradores deben participar en el trabajo. Nunca debe perderse de vista que el objetivo es abolir todas esas distinciones, y en el entretanto, se deben tomar pasos concretos para ir en esa dirección.

3. Todos los productores deben gozar de una completa libertad en cuanto a discusión y crítica.

4. La industria y la agricultura deben combinarse. La tecnología moderna hace posible una descentralización radical de la producción industrial, permitiendo que una creciente proporción de la población viva en un ambiente saludable que ofrece una gran variedad de diferentes tipos de trabajo. Al mismo tiempo, las monstruosas aglomeraciones urbanas que la era capitalista ha hecho proliferar y que constituyen fuentes fértiles de patología social, deben ser disueltas y eliminadas.

5. Es esencial que el trabajo no sea tratado solamente como un mero medio para obtener ingresos y bienes de consumo, sino como la actividad creativa más importante de la vida. Los seres humanos necesitan tanto el trabajo como necesitan comida, ropa, viviendas, cultura, descanso, etc. Es de principal importancia que todas estas necesidades sean puestas en equilibrio entre sí y con los recursos naturales y medio ambiente de la sociedad. La absurda y definitivamente desastrosa actitud burguesa de necesidades insaciables debe ser repudiada en forma definitiva.

6. Para lograr esta finalidad, un medio de crucial importancia sería la eliminación completa de todo el sistema de distribución a través de los ingresos y gastos de las entradas de dinero. Esto puede comenzarse inmediatamente con la libre dispo-

sición de servicios tales como cuidado de la salud y educación, y puede extenderse gradualmente a otras categorías de bienes y servicios, terminando en la libre distribución de acuerdo a las necesidades. Esto, por supuesto, implica el fin de todas las relaciones entre valor y bien, aun como meras fórmulas de cálculo, y su sustitución por lo que Bettelheim llama *cálculo social económico*. Una sociedad que logra esto podría llamarse totalmente socialista y bien encaminada en la vía hacia el comunismo.

La lista anteriormente mencionada podría extenderse o subdividirse en forma indeterminada, pero yo creo que es suficiente indicar e tipo de problemas que hay implicados en un proceso genuino de transición hacia el socialismo. El estudio de éstos, puede y debe proseguir ciñéndose a lineamientos teóricos y empíricos. Fuera de los trabajos de Bettelheim,⁷ hay una asombrosa escasez de trabajos teóricos de importancia en esta área. Y dada la ausencia de herramientas teóricas adecuadas, una gran parte del trabajo empírico en las diversas sociedades que se han lanzado por el camino hacia el socialismo en la última mitad de este siglo, ha sido singularmente desalentador. Yo creo que ya es tiempo de que haya grandes movimientos hacia adelante, tanto en el frente teórico como en el empírico. Esto es tanto más importante, puesto que la cantidad de sociedades en transición seguramente ha de crecer a medida que pasa el tiempo, y es tanto más posible puesto que ahora tenemos ante nosotros la extraordinariamente rica experiencia de la gran revolución cultural del proletariado en China, un hecho que las futuras generaciones considerarán como el punto de cambio en la lucha de la humanidad para lograr una sociedad más racional y humana.

Como conclusión, permítanme decir algunas palabras sobre Chile. No creo que sea posible a estas alturas hablar de Chile como una sociedad en transición. La razón en términos de analogía, que yo he utilizado a través de este documento, es que Chile no ha superado todavía la primera barrera que impide la entrada al camino hacia el socialismo. La situación actual está muy bien descrita por Aníbal Quijano en las palabras que siguen: "En Chile, el desarrollo alcanzado por la politización y la organización de las masas de las clases dominadas al mismo tiempo que acentuaba la desarticulación política de la burguesía dependiente, combinado con una tradición de 'profesiona-

lismo' en las fuerzas armadas, ha dado como resultado la especial coyuntura de acceso al control de la administración estatal por las organizaciones políticas populares, aunque sin pareja capacidad de efectiva hegemonía política, es decir, de dominio pleno del estado, en tanto que los agentes políticos burgueses tienen aún una amplia esfera de influencia y de control político. O sea, una situación precaria y que sólo un cambio profundo de la correlación de fuerzas políticas más allá de las contiendas electorales puede convertir en definitiva".⁸

Mientras esta situación precaria exista, yo consideraría que la conducción del gobierno popular de Chile, tanto económica como social y política, debe ser dominada por consideraciones de corto alcance, encaminadas a mantener y consolidar el poder. Sólo cuando esto se haya logrado, o en otras palabras, sólo cuando la revolución se haya llevado a una conclusión exitosa, será posible desarrollar una estrategia de transición hacia el socialismo. Sin embargo, no es prematuro empezar a pensar seriamente sobre estos problemas. Puede que ellos se actualicen más pronto de lo que uno podría atreverse a predecir.



ATTILIO CHITARIN

CONSIDERACIONES "IDEOLÓGICAS"
SOBRE LA TRANSICIÓN

La publicación de la reciente intervención de Lelio Basso¹ en el simposio sobre la transición al socialismo que se realizó en Santiago de Chile entre los días 17 y 23 de octubre de 1971, constituye una preciosa oportunidad de reflexión para todos aquellos militantes que no se resignan a considerar a la "transición" como patrimonio exclusivo de las comunas agrícolas norvietnamitas o de las universidades más allá de los Alpes. Existe hoy, y sería ingenuo negarlo, una escisión entre el trabajar *en la* transición y trabajar *sobre la* transición. Esta escisión, que reproduce *grosso modo* la moderna separación entre las dos instancias fundamentales del marxismo —la *ciencia* y la *revolución*—, advertida ya por Colletti², es esencialmente el fruto de un vacío estratégico del movimiento obrero internacional. Por un lado, tenemos a los países llamados "socialistas", en los cuales, cuando todavía no se han planteado las bases de una regresión más o menos gradual hacia el capitalismo, la experiencia real, concreta, cotidiana de y en la transición (el marxismo como revolución) no se muestra capaz de superar los límites materiales e ideales de la "construcción del socialismo en un país solo" (exceptuando el glorioso paréntesis de la OLAS). Por otro lado, en las universidades occidentales, tenemos la actividad puramente teórica, desarrollada con un espíritu que oscila entre el más vetusto academicismo y la auténtica pasión científica (el marxismo como ciencia). Las carencias objetivas y subjetivas de estas dos formas de actividad distintas no permiten suponer que sea fácil reconquistar, después de la muerte de Guevara,³ una nueva síntesis entre ciencia y revolución. No está en nuestras intenciones pronunciar una sumaria y

dogmática condenación del trabajo teórico. Por lo contrario: es gracias a la valiosa actividad de quienes, al precio de la renuncia a un trabajo político concreto, se han esforzado por dilucidar los conceptos clave de la problemática de la transición al socialismo, que se hace posible hoy fundar un discurso *político*, y no sólo teórico, sobre los problemas del pasaje del capitalismo al socialismo.

Con su reciente intervención, Basso ha tratado de romper los límites de esta escisión, esforzándose por extraer del estado actual de la experiencia teórica y práctica de la transición algunas conclusiones estratégicas precisas. Más adelante tendremos ocasión de analizar en detalle algunos de los principales elementos del discurso de Basso, indicando cuáles de ellos nos parecen más convincentes y cuáles menos. Por el momento, es necesario insistir en las carencias objetivas que han determinado el actual vacío estratégico del movimiento obrero y también en la necesidad de colmar este vacío. A pesar de la presencia de "nombres" de gran prestigio⁴ empeñados en el trabajo teórico sobre la transición, es suficientemente claro que la teoría está retrasada respecto de la praxis, y que la estrategia se encuentra retrasada en relación a la teoría. Además, la presencia de los Noske y los Stalin en las filas del movimiento obrero no se ha traducido solamente en la liquidación física de Rosa Luxemburg y de Trotski, sino también en un fuerte retraso de la teoría marxista y, sobre todo, de la estrategia revolucionaria.

Cuando se trabaja sobre el concepto de transición al socialismo, siempre se empieza estableciendo una diferenciación según la estructura económico-social de los países o según las hipótesis que se quiere analizar: es decir, se hace la "clásica" distinción (fundamentalmente superada) entre países desarrollados y países "subdesarrollados".⁵ Esta diferenciación contiene una parte de verdad a la que sería ingenuo olvidar, reduciendo los conceptos operativos de la transición a una suerte de panacea valedera en todas las latitudes. Pero esta diferenciación no tiene en cuenta, y por lo tanto no puede resolverlo, uno de los problemas cruciales de toda moderna estrategia revolucionaria, vale decir el problema de la contradicción relativa entre *actualidad* de la revolución y *madurez* del proceso de edificación del socialismo. En definitiva, el reconocimiento de la diversidad de la estructuración

económico-social de los países capitalistas (incluyendo también a los países "poscoloniales", de existencia atada al carro imperialista —aunque en la forma de "área de saqueo"), no debe hacernos perder de vista el carácter sustancialmente homogéneo y solidario del área capitalista mundial. La expresión principal de esta homogeneidad es la actualidad de la revolución de tendencia socialista en todo el mundo. Pero se trata de una homogeneidad relativa, contrastada por la diversidad de configuración del ordenamiento económico-social en cada uno de los países capitalistas. Así, a la instancia de la actualidad de la revolución, se contraponen la instancia de la maduración para edificar el socialismo. En la mayor parte de los casos, actualidad y maduración no coinciden, y ello justamente como consecuencia de la ley del desarrollo desigual y combinado del capitalismo.⁶ Por otro lado, todos los procesos revolucionarios contemporáneos han sido revoluciones "contra *El capital*", para utilizar la conocida definición de Gramsci, y la actual configuración de la lucha de clases en escala mundial no desmiente las observaciones hechas medio siglo atrás por Lenin sobre la contradicción entre actualidad y maduración de la revolución.

Hoy, una estrategia revolucionaria no puede olvidar esta contradicción y aun debe partir de ella para realizar las condiciones de una *revolución permanente* contra la sociedad capitalista. Muchos estudiosos, y entre ellos justamente Basso, se han empeñado en el terreno de esta contradicción, tratando de echar luz sobre sus elementos determinantes y proponiendo múltiples y diversas interpretaciones de la relación entre las habitualmente llamadas *condiciones objetivas* y las *condiciones subjetivas* de la revolución socialista. En este sentido, una estrategia revolucionaria que se proponga evitar los escollos del reformismo y del extremismo, por igual impotentes, debe plantear y tratar de resolver dos cuestiones centrales: a) ¿es el capitalismo el que crea las condiciones para el advenimiento del socialismo, o en realidad es la lucha revolucionaria contra el capitalismo la que crea esas condiciones?; b) ¿el proceso de transición y de edificación del socialismo se abre sustancialmente antes o después de que la clase obrera se ha enseñoreado del poder político y, en consecuencia, es necesario considerar a la conquista-destrucción de la máquina estatal burguesa sobre todo como un "punto de llegada" o co-

mo un "punto de partida"? Se trata de cuestiones no marginales de la teoría marxista. Sobre estos problemas hay ya análisis, indicaciones de trabajo, entre las cuales, de nuestra parte, nos gustaría hacer un rápido "reconocimiento", tratando de nuclear algunos temas y problemas relativos a la relación contradictoria entre actualidad y maduración del socialismo, entre condiciones objetivas y subjetivas para la revolución socialista.

Consideremos el primer punto, vale decir el papel histórico del conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción como *contradicción genética* del modo de producción capitalista. La intervención de Basso sobre la transición está dedicada en buena medida a una interpretación de este conflicto. Basso escribe: "El curso de la historia está regido por la ley de correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción [...] En esta transformación de las relaciones de producción de privadas en sociales, y en la paralela transformación de los hombres, consiste la salida del proceso revolucionario".⁷ Esto, a nivel de generalidad. Basso extrae de esta primera observación una propuesta estratégica más específica: "Desde el punto de vista de Marx, el núcleo profundo del proceso revolucionario no es la preparación de la insurrección, de la toma violenta del poder, que no puede ser considerada como algo que se basta a sí mismo, separada de los procesos de transformación de la sociedad y de los hombres; el núcleo profundo son precisamente estos procesos, a los que él considera como «práctica revolucionaria» y que se realizan a través del conflicto dialéctico de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, es decir de las dos lógicas antagónicas".⁸ Digamos rápidamente que la tesis (y la propuesta de ella derivada) nos convence solamente en algunos aspectos, pero no en su conjunto. En realidad, Basso atribuye al conflicto fuerzas productivas-relaciones de producción un papel, diríamos, "absoluto", que condiciona toda específica y autónoma articulación político-social en la sociedad capitalista. Es decir, nos parece que Basso llega a sobrestimar el carácter objetivo de esa contradicción —quedando firme que se trata siempre de la condición estructural fundamental del modo de producción capitalista— haciendo de ella el "motor" único y absoluto del proceso revolucionario. Por nuestro lado, aun no compartiendo los intentos, como el realizado por Panzieri, de plantear un signo de equiva-

lencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción,⁹ encontramos insuficiente (desde el punto de vista teórico) y restrictivo (desde el punto de vista estratégico) la interpretación bassiana de ese conflicto.

En el razonamiento de Basso no hay sombra, como algún incauto podría suponer, de una suerte de espera kautskiana de un "derrumbe" mítico y espontáneo del capital. Todo lo contrario. Pero, por otro lado, los límites de la propuesta estratégica que se extrae de la interpretación bassiana del conflicto fuerzas productivas-relaciones de producción se nos ocurren bastantes evidentes. El análisis bassiano del papel del conflicto entre las dos lógicas antagónicas del capitalismo tiende a proponer al movimiento obrero una estrategia por cierto no inmovilista (pensemos en la elaboración de todo un filón de la izquierda socialista europea sobre el tema reformas-revolución), sino más bien una estrategia restrictiva de las posibilidades revolucionarias de la clase obrera, y en la que el papel del "factor subjetivo" (la "voluntad" de hacer la revolución o, en otras palabras, la naturaleza y los objetivos de una dirección revolucionaria) surge sin duda revalorado. Además, la insistencia unilateral sobre el papel de las contradicciones estructurales desemboca inevitablemente en una subestimación del papel del político en la estrategia revolucionaria. Dentro de esta óptica, resultará difícil comprender la naturaleza de las revoluciones con tendencia socialista durante este siglo, en las que el papel del político (trátese de los consejos obreros, del partido leninista o de la dirección guerrillera) ha prevalecido ampliamente, en el conjunto, sobre el del economista (las contradicciones estructurales "puras"). Sólo una mejor articulación en el análisis de las condiciones estructurales del capitalismo (el efecto de la infraestructura sobre la estructura) puede dar cuenta de la naturaleza y la dinámica de las revoluciones de este siglo. Por eso tiene razón Bettelheim, así lo creemos, cuando afirma que "si en Cuba, como ya sucedió en China o en la URSS, ha triunfado la revolución socialista, no es tanto porque la contradicción entre nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y carácter de las relaciones de producción hubiera alcanzado allí la intensidad máxima, sino más bien porque las condiciones específicas en que la contradicción se desarrolló permitieron la victoria de los trabaja-

dores sobre las fuerzas de las clases patronales y del imperialismo".¹⁰

Ello equivale a decir que si en los países capitalistas avanzados el grado de la contradicción estructural sigue por debajo de la señal de alarma (los famosos márgenes reformistas del capital) y si no sobrevienen determinadas condiciones específicas (factores objetivos y subjetivos) capaces de hacerla precipitar, esa contradicción, ya ampliamente madura en el aspecto puramente estructural, se expone a revelarse como una burla de la historia. Aquí el factor subjetivo adquiere un papel decisivo. Las condiciones específicas que determinan la explosión de las contradicciones estructurales en buena parte están condicionadas por la capacidad de análisis y de intervención de una dirección revolucionaria, por el nivel de conciencia de clase del proletariado, en una palabra, por la intervención del político. A la precipitación de las contradicciones, a la determinación de la *crisis revolucionaria*, concurre por lo tanto no solamente el conflicto fuerzas productivas-relaciones de producción sino la voluntad-capacidad revolucionaria de las masas y de su dirección política. Este es, aproximadamente, el sentido de lo afirmado por los líderes cubanos en 1967 cuando sostenían que, el elemento determinante de toda revolución (entendida justamente como proceso revolucionario) es la voluntad (capacidad) de hacer la revolución, en la medida en que a la existencia de determinadas condiciones objetivas no corresponde ninguna *posibilidad* revolucionaria, si a esas condiciones no se les une, precediéndolas en un paso, la *voluntad* revolucionaria. Paul M. Sweezy, con argumentos que en gran parte compartimos, se ha remitido recientemente y de manera implícita a esta interpretación. Escribe Sweezy: "No es el capitalismo, sino la *lucha revolucionaria para abatir al capitalismo* la que crea hombres dotados de la voluntad y la capacidad de [...] iniciar la construcción del socialismo";¹¹ y aún: "La naturaleza humana socialista no está formada en el cuadro del capitalismo, sino solamente en la *lucha contra el capitalismo*".¹² Ello equivale a decir que el capitalismo crea sólo una posibilidad revolucionaria abstracta, que puede traducirse en realidad únicamente luchando contra el capitalismo mismo.

De la valoración del papel del conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción deriva la interpretación bas-

siana del proceso de transición al socialismo, y por lo tanto también la periodización, o mejor dicho la no-periodización, que Basso propone en cuanto a la transición y al proceso revolucionario en general. También en este caso, a nuestro parecer, el análisis bassiano se revela como fundamentalmente unilateral. Partiendo de una crítica correcta contra quienes reducen la complejidad del proceso revolucionario a la pura y simple "toma del poder",¹³ Basso llega a una subestimación del papel específico que reviste la conquista del poder político por la clase obrera a los fines de la edificación del socialismo. Esta subestimación lo empuja a hablar de una transición que comienza aun antes de que la clase obrera se haya enseñoreado del poder estatal, de una transición ya en acto. Creemos que se trata de una interpretación muy discutible. El carácter "de proceso" de la revolución socialista no nos debe hacer perder de vista el hecho de que existen diversos niveles de lucha de la clase obrera (susceptibles de transformarse en otros tantos y diferentes *umbrales de poder*). Unificando "cualitativamente" en un mismo proceso la acción del proletariado antes y después de la conquista del poder estatal, se termina por olvidar las articulaciones específicas de la dinámica de la revolución, además del papel general del político en la configuración del proceso revolucionario mismo. Sobre este tema de las "condiciones" de la transición, existen observaciones fundamentales de Bettelheim, quien ha propuesto una precisa distinción entre dos modos de definir la transición, y justamente entre (seudo) teoría de la transición como "teoría de los orígenes" y teoría de la transición como "teoría de los comienzos".

Consideremos el primer caso, vale decir la "teoría de los orígenes". Con esta expresión Bettelheim se refiere a la "teoría de la formación de *algunas* condiciones de un nuevo modo de producción, por lo tanto de sus orígenes":¹⁴ por eso, el objeto del análisis no es la transición al socialismo, sino solamente las condiciones del modo de producción socialista en vías de formación dentro del sistema capitalista (en el sentido —recuerda Bettelheim—, utilizado por Lenin, según el cual "el socialismo se muestra en todas las ventanas del capitalismo contemporáneo"). El objeto de la "teoría de los comienzos" es, en cambio, la transición al socialismo en sentido estricto, vale decir el enderezamiento del proceso de edificación del socialismo, que requiere como *condi-*

ción preliminar, el pasaje del poder de estado a la clase obrera o a una coalición de clases antes explotadas, en cuyo ámbito la clase obrera juegue un papel hegemónico".¹⁵ Por eso, si es exacto decir que los *orígenes* del proceso de transición al socialismo deben ser buscados evidentemente antes de la conquista del poder político por la clase obrera, es necesario no olvidar que el *comienzo* del proceso de edificación del socialismo (la transición *real*) sucede sólo cuando la clase obrera ha destruido el viejo mecanismo del poder del que se ha adueñado, ha construido uno "nuevo", instrumento de *su dominio*, instancia política en condiciones de orientar, a través de su constante revolucionarización —que comporta, entre otras cosas, el desarrollo del proceso de extinción del estado mismo—, el curso de los procesos económicos y sociales de la sociedad de transición. Por eso podemos afirmar, con Bettelheim, que la economía del período de transición "es la que sobreviene al día siguiente de una ruptura, por lo que la teoría de la transición no es teoría de los orígenes, sino teoría de los comienzos [...] de un nuevo sistema de producción".¹⁶

Retomemos los hilos del discurso de Basso. Evidentemente, es puro "blanquismo" identificar la revolución con la conquista del poder estatal; de esta manera la revolución se presentaría ya no como un proceso que se desarrolla a través de la maduración dialéctica de toda una serie de condiciones objetivas y subjetivas, sino como una suerte de conjura palaciega, de "pronunciamento". En la práctica, se trataría de una "revolución" sin la participación activa de las masas, participación que puede ser sólo el resultado de una larga lucha, en la que una dirección política debe lograr ganar la confianza de las masas, conformando ante todo su acción, a la que Basso ha definido, en el camino de Rosa Luxemburg, "la contradicción" de la clase obrera, dividida entre reformas y revolución.¹⁷ Pero al mismo tiempo, la exigencia de no perder nunca de vista aquella contradicción (y sus efectos), de superar el dualismo paralizador del "todo o nada" a través de una estrategia de *reivindicaciones transitorias*,¹⁸ no debe inducir a una dirección revolucionaria a cometer un error de falso carácter "concreto", de seudo "realismo". El fin de una estrategia de reivindicaciones transitorias es la destrucción del estado burgués, es la propulsión del proceso de edificación del socialismo sobre la base del dominio de la clase obrera y, como

lo ha recordado más de una vez Basso, el "objetivo final" debe ser preparado y construido cada día. La estrategia de las reivindicaciones transitorias no es, por lo tanto, como algún incauto *gauchiste* ha afirmado,¹⁹ una estrategia "pacífica", una suerte de "camino nacional al socialismo"; ni representa una reencarnación de la aspiración kautskiana a la "mayoría parlamentaria", sino que se trata de una estrategia de ruptura y de disfunción permanente, cuyo objetivo es siempre la destrucción de la máquina estatal burguesa. Esto rige también para el Occidente capitalista. No nos parece en definitiva que la exigencia de una lucha más articulada en los países de capitalismo avanzado, donde a la imagen del estado burgués como máquina represiva de tipo policial se ha ido incorporando la imagen del estado como organizador "pacífico" del consentimiento ideológico,²⁰ implique el abandono o la revisión de aquel proyecto político delineado a grandes trazos por Marx en *La guerra civil en Francia* y en la *Crítica al programa de Gotha*.

Evidentemente, cuando hablamos de acción revolucionaria que se dirige a la destrucción de la máquina estatal burguesa y a su remplazo por un nuevo y distinto instrumento de poder, el estado-comuna, no queremos por cierto confundir la lucha revolucionaria contra el capitalismo con los devaneos de quienes quisieran "militarizar" la lucha obrera. La destrucción del estado burgués debe ser pensada en términos de lucha "cotidiana" más que en términos de choque "final", y ello justamente porque, como lo recordaba Basso, es característica del auténtico revolucionario no ya la idea de una destrucción palingenésica del estado, sino "la capacidad de intervención subjetiva en los procesos objetivos de la sociedad".²¹ Sin embargo, una vez establecida esta distinción entre trabajo revolucionario y devaneo seudo-revolucionario, debemos admitir que, a nuestro parecer, la afirmación por la cual *al estado burgués se lo derriba y no se lo cambia*, expresa una verdad técnica, aunque en una forma indudablemente empobrecida y esquemática, y ello porque —tal como lo decía recientemente Gerratana— el estado, hoy "se vuelve el principal terreno de choque de la lucha de clases".²²

El papel que desarrolla el estado en el proceso de transición al socialismo, como instancia política que a través de su dominio es la única en condiciones de preparar y de orientar al desarrollo



progresivo de nuevas relaciones de producción, se presenta hoy más determinante que en el pasado. Y es justamente el papel dominante (en la estructura y en la superestructura) de la instancia política estatal dentro de la sociedad capitalista moderna la que explica la importancia de la conquista-destrucción del poder estatal en el proceso de transición al socialismo. La transición al socialismo, como lo ha demostrado Bettelheim, excluye toda "linealidad" ²³ y no puede aparecer sino luego de una violenta ruptura de las relaciones productivas y sociales existentes (de las que el poder estatal representa la máxima instancia), justamente porque se plantea como objetivo su sistemática destrucción, y no una perpetuación de las mismas aun dentro de una diversidad. En esta transición de un modo de producción complejo y dominante (para usar la terminología de Bettelheim) a otro modo complejo dominante de otra manera, la conquista del poder político por la clase obrera cumple el papel de *condición política necesaria* (aunque insuficiente), sin la cual todo *el poder de presión* económico y político sobre el capital, conquistado por la clase obrera con durísimas luchas, no sirve para alterar nada esencial; y también como la única condición que permite a ese poder de presión transformarse en *dominio*. Por eso, nos parece posible hablar de la conquista-destrucción de la máquina estatal burguesa como de un preciso *giro di boa* en el curso de la lucha revolucionaria de la clase obrera.

Esta conquista-destrucción, por otro lado, no es sino una de las manifestaciones del proceso de transición de un modo de producción a otro, proceso que, como anotaba Marx, está caracterizado por la *violencia*, la *conquista* y la *destrucción*. Observa Geratana: "Definiendo el poder del estado como 'violencia concentrada y organizada de la sociedad', para pasar luego a la metáfora de la violencia [...] como 'la partera de toda vieja sociedad grávida de una sociedad nueva', se hace claro que Marx no piensa solamente en el proceso de transformación —al que se refiere explícitamente— del modo de producción feudal en modo de producción capitalista, sino que pone de relieve una característica común a todos los *procesos de transición* de una formación social a otra, y alude en particular, evidentemente, a la función revolucionaria de la violencia en el previsible proceso de transición del capitalismo al comu-

nismo". ²⁴ Esta violencia, de la cual la conquista del poder estatal por la clase obrera constituye sólo un momento, aunque no el menor, en última instancia no es sino la manifestación de la irrupción de las masas en la dirección de un proceso general, económico, social y político al mismo tiempo. Y esta irrupción, a su vez, como manifestación por excelencia de la voluntad subjetiva de las masas de hacer la revolución y de hacerla en primera persona, no es sino vector decisivo de una crisis revolucionaria más vasta, presupuesto —como hemos visto— del desarrollo de un real proceso de transición al socialismo al que nada, en la realidad pasada o presente, nos permite pensarlo en términos de "linealidad", de "camino pacífico", de "mayoría parlamentaria".

ROSSANA ROSSANDA

**PODER Y DEMOCRACIA
EN LA SOCIEDAD DE TRANSICIÓN**

1. Es innegable que el problema de la democracia y del poder se presenta, en todas las sociedades de transición, como uno de los más álgidos. En este siglo no ha existido revolución que no partiera de una afirmación de mayor plenitud del poder de la mayoría, de una exigencia profundamente libertaria. Desde *El Manifiesto* de 1848, lo que caracteriza a los movimientos marxistas es el descubrimiento de que la alineación y la miseria de la persona humana no pueden resolverse más que a través de una revolución social. En otras palabras, que no son producto de un sistema institucional errado, remediabile mediante su propio mejoramiento institucional, sino consecuencia de un modo de producción fundado en una relación de explotación, de extorsión del valor del trabajo producido, del hombre por el hombre. La revolución social, el cambio de las relaciones de producción, son concebidos por Marx —contra el socialismo utópico, precisamente en el paso de la utopía a la ciencia— como condición de la libertad. Todo el pensamiento marxista, desde la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* hasta las consideraciones sobre la Comuna de París, es una crítica despiadada del carácter ilusorio de la democracia y la igualdad burguesas, y la afirmación de una *democracia posible, plena y directa* a través de la liquidación de las relaciones de producción capitalistas y la unificación de la sociedad en un sistema productivo comunista, de gestión total y directa del producto social. Gestión total y *directa*, ya que implica no sólo la destrucción del estado *burgués*, sino la extinción de toda forma de estado, es decir, de todo momento “separado” del poder. Y gestión relativamente inmediata, pues tanto Marx como Lenin concebían este proceso inclusive como inicial en la fase aguda del conflicto de clases bajo la dirección proletaria: la

dictadura del proletariado es no sólo una extensión sino una modificación profunda del contenido y las formas de la participación en el poder (principio de la revocabilidad del mandato).

2. No es difícil observar que esta hipótesis no se ha realizado hasta ahora en ninguna sociedad de transición. Esto no sería en sí grave —la transición es, por definición, un período de pasaje—, si se viese una tendencia del conjunto de estas sociedades a marchar en tal dirección. Pero no es así. Nadie puede afirmar que el estado esté en vías de extinción en los países socialistas europeos, o en Cuba; que el poder de decisión haya pasado directamente a la base social; que a la representatividad de la democracia burguesa se haya sustituido una representatividad más eficaz y directa; que los órganos típicamente represivos del estado burgués, como la policía o el ejército, hayan sido abolidos en tantos cuerpos separados que dependen directa y exclusivamente del vértice del poder ejecutivo. En otros términos, el estado de los países socialistas, aun cuando afirma estar al servicio de fines absolutamente opuestos a los de los estados capitalistas, reproduce sus formas. No logra o no puede superar aquella distinción entre gobernantes y gobernados que está en el origen de la instancia revolucionaria comunista. A nuestro modo de ver, sólo un país se ha planteado este problema: China Popular. Pero al hacerlo ha desencadenado, con la revolución cultural, un conflicto social agudo, durísimo, que sigue en curso. No solamente la tesis marxiana de la extinción del estado como condición de la emancipación del hombre, sino hasta la tesis leninista, concebida a más breve término, según la cual el proletariado en su liberación no sólo debe apoderarse del estado burgués sino “quebrarlo”, “destruirlo”, crear en fin formas sustancial y no sólo formalmente distintas de poder directo de la clase obrera, no parecen haberse realizado.

3. Con insistencia y esterilidad parejas, este hecho ha sido planteado por la crítica antileninista de la social democracia. En su expresión más seria, esa crítica ha indicado el origen de la dificultad en el “forzamiento” leninista respecto de las condiciones de madurez de la revolución. Según esta tesis, hasta que el capitalismo haya cumplido su ciclo y llevado a fondo la contradicción entre sistema de producción y fuerzas productivas (hasta

que —en suma— la revolución se presente como una irrupción casi obligatoria e indolora de un nuevo modo de producción en el interior de la vieja forma productiva, afirmándose casi con la fuerza de un fenómeno natural), la revolución sólo puede ser la obra de una vanguardia, del “Partido”, fatalmente llevada a separarse de la masa inmadura y a constituirse, por lo tanto, no en su representación sino en una fuerza hegemónica sobre ella y a repetir, con otros contenidos, las formas de un poder elitista y opresivo.

Como se sabe, la II Internacional dedujo de esta tesis, primero, una concepción evolucionista del socialismo; luego, una hipótesis reformista; hoy, ni siquiera eso; no existe socialdemocracia europea que se plantee ya el problema de una transformación, aunque sea gradual, del sistema. De tal manera que en general se ha convertido en la fuerza de choque contra toda formación que todavía sea o pretenda ser revolucionaria. Es claro sin embargo que en esta segunda posguerra y una vez terminada la historia anticomunista de la guerra fría, su capacidad de persuasión prácticamente ha desaparecido. No sólo porque, como luego veremos, en este terreno la objeción por parte de los estados socialistas, de los partidos comunistas o de las fuerzas revolucionarias no era difícil. Sobre todo porque ha entrado definitivamente en crisis el modelo “democrático” de estado burgués, y con ello el soporte teórico de toda hipótesis gradualista. En este momento no es posible hacer un análisis siquiera sumario de este problema, pero creo que podemos estar todos de acuerdo sobre dos puntos. El primero es que en los países dependientes de una metrópolis imperialista, la condición de dependencia ha llevado a una fenomenología cada vez más autoritaria y represiva, tornando frágiles todos los experimentos “democráticos” que no se impongan a sí mismos una fuerte aceleración en sentido antimperialista y socialista, precisamente lo que Chile se está proponiendo. El segundo, quizá más interesante desde el punto de vista teórico, es que en la sociedad metropolitana considerada de capitalismo maduro, se asiste a una extensión irrefrenable y progresiva del estado y del poder estatal. Ya sea en el clásico sentido leninista de comité de negocios de la burguesía e instrumento de represión, ya en un sentido más precisamente marxiano, o sea de estado que tiende a presentarse, por primera vez en la historia del modo de

producción capitalista, como "sociedad total". No sólo represivo, sino mediador de los intereses sociales en torno a la clase dominante; incluso mediador —en las intenciones del Estado "reformista" moderno— de la dosis de ambigüedad presente en el proletariado moderno de las metrópolis. Es más, el estado tiende ahora a constituirse más que como instrumento jurídico, institucional del capital, como expresión directa del capital global, a través del capitalismo de estado. Una nación como Italia ha establecido a través del sistema de la participación mayoritaria estatal en los sectores de la siderurgia y la química, en la densa red de regiones, entes de desarrollo, empresas públicas consorciales, un vínculo indisoluble entre estado y poder económico. A punto tal que en Italia —donde existe un parlamento perfecto, basado en la proporcionalidad pura, y un conjunto completo de derechos formales de asamblea—, las formas de la democracia representativa terminan por no representar más que una estructura formal paralela a la que escapan todos los centros de decisión real.

Es preciso añadir que al proceso de estatificación de la sociedad, que hace del estado algo más complejo que un puro instrumento represivo (precisamente, como observa Marx, una tendencia "sociedad global"), le corresponde un proceso inverso: el sistema represivo y la reglamentación del consenso no depende ya exclusivamente del estado, sino que está formado y mediado por una serie de mecanismos sociales, desde los modelos de consumo hasta los medios de comunicación de masas, que son los grandes manipuladores de la opinión al servicio de la clase dominante. La sociedad "madura", como decimos, se presenta entonces al mismo tiempo estatificada y compacta, en tal forma que el tradicional sistema representativo tiene muy poco *poder real*. De ahí las múltiples lamentaciones a que asistimos en toda Europa acerca de la crisis y el desgaste de las formas parlamentarias y la permanente, profunda tensión hacia formas autoritarias y de derecha bastante más complejas que el fascismo tradicional. Y de ahí también la inconsistencia sustancial de la crítica socialdemócrata a la sociedad de transición, que pretende contraponer al modelo autoritario de los estados socialistas un modelo de tipo tradicionalmente representativo. Acaso no carezca de significado el hecho de que esta posición encuentre hoy a sus partidarios más seguros en la oposición interna de las sociedades socialistas euro-

peas, y de que sea tal vez uno (subrayo, *uno*) de los elementos del "nuevo curso" checoslovaco. No es casual que en un debate relativamente reciente, en Zurich, se haya visto al economista checo Ota Sik defender el modelo de democracia representativa en contra del sociólogo norteamericano Galbraith, quien lo prevenía acerca de su carácter inconsistente e ilusorio.

4. Otras dos interpretaciones sobre la dificultad de una redistribución del poder en la sociedad de transición proviene no de la derecha, como en el caso de la socialdemocracia, sino de la izquierda. Se trata de la crítica trotskista y la llamada crítica del "comunismo de los consejos". En síntesis, el movimiento trotskista se ha convertido en el abanderado de la denuncia del carácter autoritario de los países socialistas. Empero, no sostiene en absoluto, como la II Internacional, la fatalidad histórica de una evolución autoritaria a causa del carácter "inmaduro" de la revolución en Rusia. Considera que una revolución no sólo podía cumplirse, sino que se ha cumplido y llevado al poder a una nueva clase. Para ella el autoritarismo radica esencialmente en errores históricos subjetivos del grupo dirigente, en particular en la responsabilidad de Stalin, los cuales han dado lugar a una forma de degeneración burocrática de un poder que permanece obrero. Estado obrero con degeneración burocrática es todavía la definición que propone la crítica trotskista a la Unión Soviética.

La línea del "comunismo de los consejos" no ha expresado nunca a un movimiento orgánico y por lo tanto su tesis se ha manifestado menos orgánicamente; consiste sobre todo en una especie de impulso, de tentación ideológica que surge permanentemente en el seno del movimiento obrero cada vez que el movimiento de las masas desborda los límites de la organización política de la clase. Remitiéndose a Lenin y a Rosa Luxemburg, la línea de los consejos ve en la incapacidad de la sociedad de transición para abatir las formas del estado burgués la consecuencia lamentable de una relación entre la vanguardia y las masas en la toma del poder, que es aún una relación elitista. Refutando el concepto y la necesidad de una vanguardia autosuficiente y acentuando el movimiento espontáneo y directo de las masas y de sus formas de auto-organización —los Consejos, según nacieron en Rusia y Alemania— como motor revolucionario, la te-

sis del "comunismo de los consejos" remite la cuestión del poder en la sociedad de transición al modo mismo en que se cumple, antes de la toma del poder, el proceso revolucionario.

5. Los grupos dirigentes comunistas han podido responder siempre a estas objeciones de derecha e izquierda de un modo bastante sencillo. Para destruir la tesis socialdemocrática vale ahora, como se ha dicho, la crítica de los propios Estados burgueses a la democracia representativa. Y en cuanto al tema más importante —por lo demás, ya abandonado por la socialdemocracia— que la sostenía, o sea la imposibilidad de una transformación social no deformada respecto del ideal socialista en sociedades donde no haya madurado el capitalismo, no ha sido difícil responder. En efecto, quienes habían hecho la revolución en los países "inmaduros", pudieron contestar que nadie puede pedir seriamente a un revolucionario que aguarde a que todas las condiciones se hayan reunido y que el desarrollo capitalista llegue a su culminación, para liquidar un sistema a menudo sangrientamente opresivo e intentar la gran aventura socialista. Tanto más cuanto que la gran novedad de nuestro tiempo, por otra parte ya entrevista por Marx en algunos momentos, es que las condiciones específicas del desarrollo imperialista —y creo estar aquí de acuerdo con las tesis de muchos de los interlocutores de esta reunión— hacen madurar y precipitar el contraste revolucionario en las periferias de las metrópolis, allí donde, por definición, no ha existido o no ha terminado el desarrollo capitalista. Colocar entre paréntesis esta realidad histórica, hoy densa y plena de implicaciones, como un incidente no previsto, no es ni científicamente serio ni políticamente sostenible.

Pero podría adelantarse una refutación más importante desde el punto de vista teórico. En efecto, la hipótesis misma de una posible *madurez* revolucionaria de la sociedad capitalista avanzada, en el sentido de un modo de producción que llega fatalmente a su disgregación, roto por sus contradicciones internas, aparece cada vez más aleatoria. Si el modo de producción capitalista ha nacido en el seno de la sociedad feudal, y si se ha consolidado antes que las formas políticas de la segunda fueran aniquiladas, no puede pensarse que el mismo proceso deba darse necesariamente para el modo de producción socialista. Mientras

subsista el modo de producción capitalista y su sistema jurídico, el proletariado no podrá *nunca* poner en acto un embrión de contrasociedad. En efecto, no es por azar que la contradicción entre sistema de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, que Marx hipotetiza, tiene una naturaleza distinta y se plantea a un nivel diferente, con un sujeto social bastante menos definido de lo que era la burguesía de los inicios de la sociedad moderna. Además, el contraste entre sistema de producción y formas productivas aparece mucho menos explosivo de lo que cree gran parte del pensamiento revisionista. Y esto porque las fuerzas productivas no son un producto *neutral, objetivo* respecto de las formas sociales, sino que están profundamente marcadas con el signo del modo de producción en el que se verifican. No existe una ciencia, una técnica, una cultura, ni siquiera un sistema de fuerzas productivas humanas "en sí". Se configuran según los mecanismos de un sistema social, y a su vez lo condicionan. El vínculo es tan profundo —volveremos sobre esto más adelante, ya que en mi opinión se trata del punto central del tema que me ha tocado tratar—, que todas las contradicciones, salvo una, que se verifican en el seno de una sociedad burguesa *madura*, son contradicciones que llevan profundamente el signo de esta ambigüedad, y por lo tanto están destinadas por sí mismas a extenderse como una fiebre, una enfermedad incurable del sistema, no a delinear por sí una alternativa, un embrión vivo de otro sistema, otra sociedad, nacido y actuante ya en ésta.

Tomemos la contradicción de la escuela: el inmenso desajuste entre los requerimientos masivos a la instrucción (lo cual es un producto del desarrollo capitalista) y la posibilidad que tiene el sistema capitalista de dar a la masa estudiantil una salida de promoción social, ha convertido a los estudiantes en una de las fuerzas protestatarias más radicales de la sociedad madura. El capitalismo no puede resolver esta necesidad, pero a su vez la necesidad de *promoción* es una necesidad burguesa. Para que se vuelvan una fuerza revolucionaria y no sólo contestataria, los estudiantes deben negar su propia condición, mezclarse con los no estudiantes, ligarse a ese proletariado que es distinto de ellos y que no tiene razones para perpetuar la existencia de una escuela que no es la suya.

Todas las contradicciones, he dicho, salvo una; el proletaria-

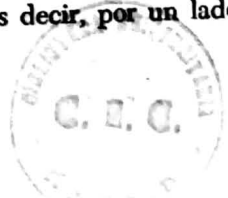
do. Este, a pesar de todos los artificios de la sociedad madura y a pesar también de que el proletariado del capitalismo maduro se beneficia con parte del vasto excedente robado, al Tercer Mundo —hecho reiteradamente señalado por Sweezy y su grupo—, implica la naturaleza insalvable de la contradicción del modo de producción capitalista, vale decir el hecho de que le es usurpada la plusvalía y que tal usurpación constituye el mecanismo fundamental del modo de producción capitalista. Pero siendo el proletariado en sí mismo no otra cosa que pura alienación y negación de este sistema productivo (y no, en sí, otro sistema productivo), está por su parte siempre maduro y siempre inmaduro para sustituir con otra la presente sociedad. De allí que el pasaje del capitalismo al socialismo sea siempre un gesto revolucionario, un "forzamiento" de los procesos reales, un momento fuertemente subjetivo.

De allí también la inconsistencia profunda, teórica, de la interpretación evolucionista de Marx; y la razón, no sólo práctica sino también teórica, del subjetivismo revolucionario. En suma, a nadie puede reprochársele haber hecho la revolución "demasiado temprano". Y tanto menos no haber aguardado a que el capitalismo madurase pasando por lo menos desde la etapa del llamado subdesarrollo a la del desarrollo. Creo en este sentido que se puede considerar ampliamente refutada —aun cuando ocupe un lugar importante en el pensamiento de Marx— la hipótesis de una extensión lineal de la homogeneización capitalista a escala mundial. El sistema imperialista, por el contrario, unifica el mercado mundial mediante el desequilibrio. No sólo por la resistencia que algunas formas de producción precapitalistas, como la renta de la tierra, ofrecen al capital, sino también a través de la funcionalidad con que ellas se conservan en el seno del modo de producción capitalista, con el que pueden coexistir durante mucho tiempo y con recíproca ventaja —o sea, con recíproca garantía de reproducción. (Resulta inútil subrayar aquí, puesto que no corresponde a mi tema, las implicaciones de esta constatación respecto de la tesis equívoca y difusa de un modelo progresista de las burguesías nacionales.)

A las objeciones de izquierda, ya sea la trotskista o la del "comunismo de los consejos", tampoco resulta arduo responder. A la crítica trotskista se puede objetar con los argumentos que

el propio Trotski —a quien se le podrían reprochar muchos defectos, pero no la falta de una marcada propensión autoritaria— usó a propósito de la militarización del trabajo. El Estado de necesidad, la prioridad de la revolución asediada. Ningún grupo dirigente de la sociedad socialista niega que sería deseable una extensión de la democracia, pero siempre alguna condición de necesidad o de economía (como el descenso de los ritmos productivos, la falta de mercancías, bloqueo económico o político, la amenaza externa del imperialismo o interna del enemigo de clase) hace que el inicio de un verdadero traspaso del poder desde el vértice a la base sea continuamente postergado. Por cierto, esta respuesta no satisface a la crítica trotskista, cuya debilidad reside en que no ve que las razones aducidas como justificación son reales, y no el producto fantasioso de una burocracia que quiere conservar su poder. En suma, en no ver que esta burocracia es un producto *obligado* de un cierto tipo de transición y de sus dificultades, y que hasta que ese mecanismo que la produce no sea analizado de una manera objetiva, la crítica será no sólo superficial sino sustancialmente *indiferenciada* (aunque de tono bastante más agudo) de las de los partidos revisionistas. En efecto, unos y otros parecen estar de acuerdo en la premisa de que el defecto de la sociedad de transición no está en la base económica, ya revolucionada, sino en la superestructura. El debate entre comunistas y trotskistas, que dura decenios, es acerca de por qué esta superestructura no cambia, en medio de un intercambio de acusaciones tan violentas como estériles.

La respuesta a la crítica de los comunistas de los consejos es más interesante. En efecto, puede observarse que en toda sociedad posrevolucionaria cuanto más auténtica es la estructura de consejos más expresa la realidad de los productores tal como la revolución los heredara del anterior sistema capitalista o precapitalista. Esta herencia está fuertemente marcada por el desequilibrio, y exige entonces una reestructuración radical que plantea al Consejo la necesidad de negar su fundamento social y superarlo, o perpetuar los desequilibrios históricos. Volvemos aquí al punto antes mencionado, acerca de la naturaleza ambigua del desarrollo de las fuerzas productivas en el sistema capitalista. Su expresión política directa lleva consigo la contradicción más interesante de nuestro tiempo, es decir, por un lado la ma-



durez del rechazo (pensamos en los estudiantes, en el mayo francés) que hoy expresa, y su enfrentamiento explícito con la incapacidad del capital para responder a las necesidades que él mismo genera; por otra parte, expresa también necesariamente la parcialidad de estas necesidades, que son hijas del capital. A la instancia de los consejos se contraponen realmente la necesidad de toda sociedad posrevolucionaria de un fuerte momento unificador, en lugar de una fragmentación de los intereses, y de un intenso impulso de modificación de los equilibrios heredados, en vez de su gestión directa. (En este sentido, por otro lado, el ejemplo más interesante es el de la autogestión yugoslava, un producto de la hipótesis de los consejos, y que entre otras cosas lleva a una extensión fabulosa de los desequilibrios internos.)

6. El modelo centralizado y autoritario, por lo tanto la extensión del poder estatal, y también —inútil ocultarse la realidad— el escaso margen dejado a un verdadero poder decisonal de base, popular, parece remitir a la propia naturaleza de la sociedad posrevolucionaria, de la sociedad de transición. La innegable necesidad de proceder a una remodelación de la sociedad, a una modificación de los anteriores equilibrios productivos y de consumo, agravada generalmente por una etapa de penuria, determina que el sistema, obligado a actuar no sólo contra sus enemigos sino sobre el conjunto social, tienda a encaminarse por la vía aparentemente más eficaz, vale decir un sistema de medidas surgidas desde arriba y con un uso siempre más obligatorio y coactivo. Aquella liberación de la voluntad en que se basaba la toma del poder aparece, después de esta toma, sometida a nuevas contracciones, en nombre de la defensa de la naturaleza nueva del Estado socialista contra sus dificultades internas y externas. Por lo común a este punto continúa una etapa de relaciones difíciles entre el poder y la que era su base social, cuyas expresiones más difundidas son la despolitización y el autismo. A su turno, esto implica nuevas medidas de carácter coactivo; el poder oscila, una y otra vez, entre una tentativa de mediación a través del consenso de todas o de una parte de las categorías sociales, y la represión. De este modo el modelo centralizado y autoritario —que tiene sólidas razones, sin embargo,

para responder a la crítica de derecha y de izquierda— se muestra sustancialmente menos eficiente que su homólogo burgués. Pero junto con él, sigue un destino aparentemente inevitable de perpetuo reforzamiento. Es una paradoja que las sociedades de transición no pueden vivir sin inquietudes. Efectivamente, se debaten de varias maneras en esta contradicción: o intentando postergarla como transitoria, o eludirla mediante la proposición de grandes objetivos de construcción interna o de compromisos internacionales por parte de los grupos dirigentes, que puedan fundir objetivamente Estado y voluntad popular, aun cuando el poder de decisión pertenezca sólo al primero. O bien recurriendo a algún artificio ideológico que, partiendo de una crítica en general correcta de la democracia y la libertad burguesa, trata de reducir a “ilusión liberal” el problema de la división permanente entre Estado y ciudadano, entre gobernante y gobernado —tendiendo a una identificación casi mística, y sin fundamento, puesto que el Estado continúa “separado” y “coactivo” respecto de las masas, continúa siendo un residuo de naturaleza burguesa, como recuerda Marx.

Lo que resulta más grave es que cuando, movidas por una parálisis política o productiva, las sociedades socialistas europeas han intentado superar tal *impasse*, las formas sugeridas siempre han sido no tan solo parcial sino sustancialmente tomadas de la democracia burguesa. Si se piensa en el XX Congreso del PCUS, en las tentativas polacas de esos años, o en la checa de 1967/8, se comprobará con facilidad cómo la solución se buscó en una distensión de los mecanismos represivos y en un retorno limitado a un régimen que garantice la libertad del individuo. La temática más profunda, la de la naturaleza absolutamente nueva y radical de un poder proletario directo —el tema que había apasionado y, en los últimos años, preocupado a Lenin— no ha sido enfrentada. Y la misma forma de “legalidad socialista”, o de libertad o modelos de vida civil más semejantes a los de la sociedad capitalista de que se tomaban, no tuvieron demasiado éxito. Más bien, teniendo una eficacia relativa en un contexto que no es el suyo, esas medidas han provocado nuevas contradicciones y conflictos, nuevos impulsos disgregantes y no soluciones. En este sentido es suficientemente indicativo el proceso verificado en la URSS durante el período kruscheviano.

De lo dicho sumariamente hasta ahora, aparece claro que no sólo el problema del poder y de la democracia en la sociedad de transición está históricamente en crisis, sino que las explicaciones defensivas o polémicas que se han dado de este fenómeno son insuficientes. Y se corre el riesgo de arribar una vez más a un desarme teórico, que resulta siempre un desarme político. A un repliegue sobre la empiria y el pesimismo; "está bien, Marx ha dicho que el comunismo es la libertad, pero el comunismo no es cosa que se haga en un día, ni en dos, ni en cincuenta años". "Está bien, Lenin ha dicho que la dictadura del proletariado es una forma directa del poder popular como la historia no ha conocido jamás, pero en la práctica este proletariado no puede dirigirse y se requiere de un buen grupo de dirigentes fuertes, y por un tiempo indefinido. Todo lo demás es ilusión". Así asistimos en Europa y quizá en América Latina, a la paradoja de que la izquierda cuanto más revolucionaria pretende ser, más relega entre tanto a Marx y Lenin al reino de la utopía.

Esto sería incluso tolerable, si en lugar de lo que despectivamente se ha definido como "la ideología", existiese una práctica política y una alternativa teórica convincente. Si las sociedades de transición no aparecieran, como aparecen, en real dificultad. Es preciso entonces ir hasta el origen de este asunto. Y es aquí que el retorno a Marx y a Lenin, y el estudio, más serio del que hasta ahora se ha realizado, de Mao Tse-tung, se convierte en algo más que un ejercicio académico, en una elección política y operativa. Más todavía, en una alternativa política radical, puesto que conduce a puntos precisos de enfrentamiento.

El primer punto espinoso es qué se entiende por sociedad de transición, sociedad socialista. En la práctica del movimiento obrero ello se ha tomado sinónimo de dos conceptos: la toma del poder político, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción.

Ya hemos visto cómo el concepto de toma del poder político, que en Lenin y Marx era sinónimo de dictadura del proletariado en sentido pleno y de formación transitoria de nuevos instrumentos de poder, se ha visto reducido a la gestión por parte de la vanguardia que dirigió el proceso revolucionario de las riendas tomadas a la vieja clase dominante (dicho entre paréntesis, gran parte del debate acerca del papel de las instituciones

y de la legalidad en la "vía chilena", se incluye en el interior de este cuadro).

Pero esta reducción me parece una consecuencia directa de otra: la tesis según la cual el elemento caracterizante del capital es la propiedad, y que traspasada ésta se habrá dado el golpe fundamental al modo capitalista de producción. Esta es una interpretación errónea y reductora de Marx y —si se desea ser marxista, lo que no es obligatorio— es necesario decidirse a decirlo. La naturaleza específica del modo de producción capitalista no reside sólo en la propiedad y tampoco específicamente en la propiedad (no se encontrará una sola afirmación de este género en Marx), sino en el mecanismo de formación y apropiación de la plusvalía. Aún después de abolida la propiedad privada de los medios de producción y convertida en propiedad pública o estatal, el mecanismo de formación de plusvalía permanece, y el proletariado continúa siendo sometido al papel que el modo capitalista de producción le ha asignado, separado de la propiedad directa de los medios de producción. Para decirlo con las palabras de un reciente trabajo de J. P. Rey, discípulo de Bettelheim, con cuyas tesis estoy plenamente de acuerdo, "una vez abolida la propiedad de los medios de producción, las dos clases, burguesía y proletariado (entendiéndose por burguesía aquella que detenta ya no la propiedad jurídica sino la gestión de los medios de producción) pueden o mantenerse o reaparecer una frente a la otra, determinadas por la misma relación de producción, que continúa reproduciéndose idéntica a sí misma en el curso del proceso de distribución. De hecho, lo que caracteriza la propiedad como propiedad burguesa —propiedad de la burguesía como clase— es que garantiza a una clase el control de la circulación de las mercancías, comprendido el control de la fuerza de trabajo, que sigue funcionando como mercancía". En resumen, la naturaleza más profunda del proceso de reproducción capitalista reside en el trabajo asalariado, es decir, en su carácter de mercancía. Y hasta que ello no sea abolido la sociedad de transición comporta en su seno —no a nivel político y superestructural, sino a nivel estructural, en su base misma— la coexistencia del modo de producción capitalista, su continuo resurgimiento, la imposibilidad de una superación no ideológica sino real de la condición proletaria, y los efectos

que de esto se derivan, vale decir la división entre trabajo manual e intelectual, entre obrero y campesinos, la estratificación de la sociedad no sólo a nivel de los ingresos sino también de los roles sociales. La clase dirigente —cualquiera que sea su conciencia subjetiva— desarrolla entonces el papel de un nuevo tipo de "burguesía", en el sentido de manejo de los medios de producción. De allí, y no de sus carencias subjetivas o de su falta de espíritu revolucionario, proviene la raíz de su permanente tentación burocrática, su naturaleza de cuerpo separado, de clase de gobierno frente a un pueblo gobernado.

Ahora bien, cuando se observa el problema de esta manera, se extraen dos consecuencias. La primera y más evidente es que lo que caracteriza una transición al socialismo no es el pasaje del capital privado a capital de Estado, y menos el hecho de que este capital de Estado actúe como agente destructivo progresivo de la propiedad privada, en lugar de garante e incentivo suyo (como sucede en Europa), sino que la sociedad de transición pone en acción una serie de mecanismos que tienden a afectar la permanencia y la reproducción del modo de producción o de acumulación capitalista, por público que sea. Sin esto, no se producirá ni siquiera el comienzo de un proceso real de socialización, sino la construcción de una forma social que continúa siendo capitalista, o tiende a retroceder a este estadio, aunque intente o logre, dentro de ciertos límites, separarse del sistema imperialista mundial, o al menos a modificar sus relaciones con él.

La segunda consecuencia es que el proceso de destrucción progresiva del trabajo asalariado (vale decir, de la extorsión capitalista de la plusvalía) no puede lograrse sino mediante su agente directo: el proletariado. Ese es el sentido ni subjetivo ni idealista de la tesis leninista de la dictadura proletaria. Tanto más cuanto esta destrucción del trabajo asalariado no se realiza ni por decreto ni a través de la toma del poder político: comporta e implica la destrucción de las formas y de los modos que constituyen la base económica del modo de producción capitalista, y su sustitución por formas y modos diferentes. Se toca aquí un punto central, que hasta ahora sólo los camaradas chinos han comprendido: el hecho de que como el proletariado no puede servir de las instituciones estatales de la burguesía —por

cuanto no son neutras sino formas específicas del poder institucional de la burguesía—, sino que debe cambiarlas, ese proletariado no puede ni siquiera gestionar proletariamente las formas y las fuerzas productivas tal como las hereda de la burguesía. Nuestros estudiantes gritan en toda manifestación callejera: "El Estado burgués se rompe, no se cambia", y es preciso rendirse a la evidencia de que las formas de la base económica que el capitalismo ha llegado a conformar durante siglos deben ser rotas, puesto que no pueden gestionarse más que en forma capitalista. La gran fábrica es un sistema autoritario, necesariamente jerárquico, y por ello nunca funciona tan bien como en el propio sistema capitalista (hasta la autogestión yugoslava vuelve a darle poderes al director, para no hablar de los otros países socialistas). Por eso los camaradas chinos han resuelto no construir más complejos industriales gigantes como el combinado metalúrgico de Anshan, y critican como ilusoria la tesis, vastamente aceptada por lo demás en la tradición marxista, según la cual la forma del maquinismo industrial, de la concentración productiva, de su técnica, de la escuela que forma esta técnica, de la ciencia y de la cultura que están en la base de esta escuela, serían neutras y el proletario sólo tendría que asumirlas y ponerlas en función a su servicio. Llegamos aquí a un punto teórico y político fundamental, el de la *continuidad* y de la *ruptura* revolucionaria, que a mi juicio, está en el fondo del debate entre revisionismo y vía revolucionaria. Es el tema de la revolución cultural china, que en este sentido representa para mí y para el grupo italiano de *Il Manifesto*, un aporte a la vez nuevo y coherentemente marxiano, de la gran hipótesis comunista de Marx, al leninismo.

Es evidente, visto en estas dimensiones, que el pasaje al socialismo se convierte en una empresa histórica bastante más compleja que la toma del poder político. Se convierte en la revolucionarización ininterrumpida del modo de producción capitalista, que es la mayor, la más completa formación socioeconómica que haya producido la humanidad, y la puesta en acción de una formación socioeconómica distinta, con un nivel de complejidad semejante a la de la formación destruida, so pena de una caída vertical de los niveles cuantitativos de la producción y un empobrecimiento, material y no material, de la sociedad. Se trata

de una empresa difícil, pero lo que desearía señalar es que no es, para una sociedad de transición, una elección *facultativa*.

Inducir, en el seno del sistema capitalista, un primer esbozo de transformación revolucionaria, rompiendo la integridad de su lógica, tal como hacen las sociedades de transición, significa desencadenar un conflicto mortal entre las fuerzas de conservación y auto-reproducción del modo de producción socialista. La larga permanencia del capitalismo de Estado, la permanencia del trabajo asalariado, de la división social del trabajo, de los mecanismos de mercado, no son más que la prueba, el registro del nivel de este conflicto en el seno de la estructura. La permanencia del Estado como cuerpo separado, la imposibilidad de proceder en la vía del poder proletario directo, del mandato revocable, el origen no directamente popular ni controlado por la base del sistema represivo, policía y ejército, no son sino su reflejo institucional. La tesis de que el socialismo se identifica con el fin de la propiedad privada de los medios de producción, la teorización de la permanente función de una clase dirigente o de una vanguardia destinada a gestionar los medios de producción y el Estado, que halla en sí misma la propia reglamentación y detenta el poder, no son más que su enmascaramiento ideológico.

En la sociedad de transición asistimos a este conflicto entre dos modos de producción; uno todavía no destruido, el otro todavía no afirmado. Lo que es cierto, es que no se trata de situaciones de equilibrio estable y mucho menos irreversibles: la revolución cultural china ha demostrado cuán áspero se torna el conflicto cuando el proletariado rompe el velo ilusorio de la homogeneidad que se habría adquirido en la sociedad de transición luego de la toma del poder, y pone brutalmente a luz los contrastes sociales reales y aún subsistentes.

Considerado en esta óptica, he aquí que el problema del poder y de la democracia en la sociedad de transición se revela como lo que es. No un problema de la superestructura, sino el problema de la lucha de clases en el nivel estructural. La contracción de la democracia de base en los Estados socialistas se revela como lo que es, no un error subjetivo de una dirección burocratizada, sino la imposibilidad o la incapacidad de llevar adelante un progreso de revolucionarización *estructural*. La oscila-

ción entre autoritarismo y retorno a las garantías burguesas, entre tentación staliniana y tentación socialdemócrata, son el producto de la nueva clase dirigente que intenta dominar las nuevas contradicciones que surgen en un sistema social y productivo, entre un proletariado aún sometido a relaciones no socialistas de producción y un poder estatal en el que se le pide reconocerse.

La salida no está más que en retomar una lucha de clase bajo la dirección proletaria, en dar un sello proletario directo y radical al proceso de transición. Y en este nivel se replantea el problema de la relación entre el proletariado y su partido, que es un modo menos paternalista y más correcto de expresarse que el de relación entre "vanguardia" y "masas". Se abre aquí un capítulo muy grande; pero de lo que hemos dicho antes, un solo punto firme me parece debe retenerse rápidamente; esta relación encuentra su única legitimación en las "ideas justas" de las masas, para decirlo con palabras de Mao. Vale decir, en la expresión de las necesidades reales de la clase. Y ésta no puede concebir a la vanguardia más que como un instrumento indispensable para la unificación y la generalización de la lucha, y no aceptarla como cuerpo separado, recinto delegado y perpetuo, no revocable, de las decisiones. Precisamente porque el papel que le es asignado en la sociedad de transición, o sea la gestión de las formas del modo de producción capitalista y del Estado burgués para *destruirlos*, puede trocarse siempre en un sistema de poder y de conservación o reproducción de esos mecanismos.

VALENTINO GERRATANA

**FORMACIÓN ECONÓMICO-SOCIAL
Y PROCESO DE TRANSICIÓN**

La discusión promovida por CERM (*Centre d'études et de recherches marxistes*) a propósito del estimulante ensayo de Emilio Sereni sobre la categoría de "formación económico-social",¹ obliga a tener en consideración la notable imprecisión con que se adopta actualmente esta noción. Si se acepta como valedera la interpretación que ve en el concepto de formación económico-social una categoría importante del análisis marxista, hace falta admitir sin embargo que ese estado de imprecisión no puede dejar de reflejarse de manera negativa en el planteo de los demás problemas teóricos del marxismo contemporáneo. Por otro lado, no es posible empeñarse con provecho en el esclarecimiento del estado del problema si no se tiene en cuenta el modo en que él ha sido presentado, o bien ocultado, en la historia del marxismo. Justamente por ello las indicaciones contenidas en el artículo de Sereni requieren una particular atención y de alguna manera no son de desechar, aunque en ciertos casos puedan aparecer como preferibles soluciones distintas de las señaladas por el autor.

1. Bien conocidas son las páginas que el joven Lenin dedicó al problema que nos ocupa (páginas citadas con amplitud también por Sereni). De ellas resulta que para Lenin el concepto de "formación económico-social" no constituye solamente una categoría importante del materialismo histórico, sino que es también su categoría constitutiva, aquella en que se basa la cientificidad del análisis de Marx. No es entonces superfluo volver sobre esta interpretación leninista, punto de partida obligado para toda reflexión al respecto.

"La idea fundamental de *El capital*" —escribe Lenin en su

primera polémica con Mijailovski (*¿Quiénes son los Amigos del pueblo?*...), puede extraerse del simple cotejo de dos pasajes del prólogo de Marx a la primera edición de esta obra: el primer párrafo afirma que "el objetivo final de su obra es demostrar la ley del desarrollo (en el original: *Das ökonomische Bewegungsgesetz*, esto es, la ley económica del movimiento) de la sociedad moderna"; el segundo dice que el punto de vista de Marx "concibe el desarrollo de la formación económico-social como un proceso histórico-natural".² Marx, entonces, se ocupa sólo de la sociedad "moderna" y no de la sociedad "en general"; objeto de su análisis es una sola formación económico-social, la formación capitalista: "afirma haber investigado la ley del desarrollo" solamente de esta y de ninguna otra formación". Pero para analizar esta única formación Marx necesita el concepto de "formación económico-social", que en cambio es absolutamente superfluo para quien se ocupa de la "Sociedad en general" o para quien discute "con los Spencer sobre lo que es la sociedad en general, sobre los fines y la esencia de la sociedad en general, etc." Es por ello que Lenin puede decir: la idea de un "proceso histórico-natural de desarrollo de las formaciones económico-sociales", es "la idea fundamental de Marx".³

¿Cómo llegó Marx a esta idea fundamental? "En qué consiste propiamente el concepto de formación económico-social".⁴ Lenin sabe bien que una respuesta a estas preguntas no puede ser hallada en Marx directamente, en las formas decididas de una definición clasificatoria. En realidad Marx nunca parte de los conceptos,⁵ y se niega a hacerlo no porque los desprecie en nombre de una vocación empirista, totalmente ajena a él, sino porque la elaboración que hace resulta siempre funcional al análisis de los procesos reales: de ahí su resistencia a separar los conceptos del análisis, a fin de evitar el riesgo de volverlos hipótesis de sí mismos. De ahí, en cambio, su inclinación a servirse de metáforas descriptivas que, como tales, se prestan mejor a ser confundidas con *prius* de la investigación. Particularmente rico en metáforas descriptivas es el célebre Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde la misma concepción materialista de la historia ("conclusión" o "resultado general" de la teoría marxista) queda definida *funcionalmente* con la metáfora del "hilo conductor". Al citar un

extenso fragmento de este texto para aclarar lo que ya ha particularizado como "la idea fundamental de Marx", Lenin no puede dejar de reinterpretarlo y pone así en primer plano, más allá de toda metáfora, aquel concepto de "formación económico-social" que en otros intérpretes permanece en una zona de discreta penumbra, como un término privado de significado especial.

Por otra parte, queda claro que este concepto de ninguna manera puede extraerse de la simple formulación léxica, y que podría ser reconstruido en función del discurso de Marx aunque en él no retornara nunca el término "formación económico-social". Por eso Lenin no se deja atrapar por demasiado sutiles cuestiones terminológicas, y ni siquiera se plantea el problema de que el término "formación social" (*Gesellschaftsformation*), alternante en el conocido contexto del prólogo a *Para la crítica de la economía política* con la expresión "formación económico-social" (*ökonomische Gesellschaftsformation*) pueda corresponder a otra noción. Para Lenin no existen dudas de que las dos expresiones son sinónimas, y las utiliza indiferentemente.⁶ Para él importa establecer que la moderna sociedad capitalista puede ser objeto de análisis científico (a fin de descubrir la ley de su "movimiento económico"), solamente en cuanto se la conciba como resultado de un "proceso histórico natural de desarrollo de la formación económico-social". La misma dialéctica de correspondencia y antagonismo entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción —postulada por Marx como principio para toda la historia, que se ha ido desarrollando, de la sociedad humana— se vuelve plenamente inteligible sólo al ser indagada en lo concreto de una determinada formación social, vale decir en el organismo viviente de esa sociedad capitalista que no es sin embargo una formación social cualquiera, sino el estadio más avanzado entre todas las formaciones económico-sociales que se han sucedido hasta ahora históricamente.

Presupuesto y momento esencial del concepto de formación económico-social (o, con mayor brevedad, de *formación social*), es la preminencia de las relaciones de producción como base de todas las otras relaciones sociales. Sobre la manera de concebir el nexo entre esta base y la correspondiente "superestructura" surge, como se sabe, una dificultad, de la que el joven Lenin tiene buena conciencia, pero a la que resuelve inicialmente de

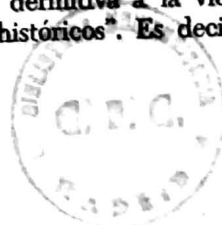
modo más bien aproximativo, y no sin cierta incerteza y ambigüedad.

"Hasta ahora, los sociólogos —escribe en *¿Quiénes son los Amigos del pueblo?*...— distinguen con dificultad, en la complejidad de cada red de fenómenos sociales, los fenómenos importantes de los que no lo eran (esta es la raíz del subjetivismo en sociología) y no sabían encontrar un criterio objetivo para esta diferenciación. El materialismo ha proporcionado un criterio completamente objetivo al destacar las 'relaciones de producción' como la estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a estas relaciones el criterio científico general de la repetición, cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones sociales ideológicas (es decir, relaciones que antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres), no podían advertir la repetición y la regularidad en los fenómenos sociales de los diversos países, y su ciencia, en el mejor de los casos, se limitaba a describir estos fenómenos, a recopilar materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales (es decir, relaciones que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres: al intercambiar productos los hombres contraen relaciones de producción, aun sin tener conciencia de que en ello reside una relación social de producción), el análisis de las relaciones sociales materiales permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de *formación social*. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué es lo que diferencia a un país capitalista de otro y estudia qué es lo común para todos ellos".⁷

Lo que en esta formulación subsiste de ambiguo depende en realidad del mismo planteo metodológico contra el que Lenin comienza aquí a polemizar. Habían sido los sociólogos subjetivistas —justamente el blanco de la polémica leninista— quienes distinguían, en la trama de los fenómenos sociales, la categoría de los "fenómenos importantes" de la categoría de los fenómenos "no importantes", para excluir la posibilidad de establecer un criterio objetivo de diferenciación y para confiar entonces

todo a la racionalidad subjetiva de una superior elección ética. Lenin parece aceptar la premisa de este planteo, pero rechaza sus conclusiones mostrando cómo Marx, al separar "de todas las relaciones sociales las *relaciones de producción*, como relaciones fundamentales, primordiales; que determinan a todas las demás", supo encontrar justamente ese criterio objetivo de diferenciación entre los fenómenos "importantes" y los "no importantes" que los subjetivistas no lograban ver. Fenómenos *importantes* serían entonces solamente las relaciones de producción en cuanto *relaciones sociales materiales*, es decir "relaciones que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres"; en cambio, fenómenos "*no importantes*" serían las *relaciones sociales ideológicas* "que antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres". El criterio de distinción parece presuponer aquí una separación *real* entre las dos categorías de fenómenos, entre estos dos tipos de relaciones sociales, como si unas pudieran tener una existencia separada de las otras, y como si las relaciones sociales ideológicas se agregaran simplemente a las relaciones materiales de producción. Recomponer por este camino la unidad del conjunto de las relaciones sociales es algo inevitablemente artificioso, y Lenin se ve obligado, para evitar una representación abreviada de la vida de las relaciones de producción, a recurrir a la metáfora forzada del "esqueleto" que en Marx está *revestido* de carne y de sangre. La metáfora no aparece sin embargo coherente con las premisas, porque "carne y sangre", evidentemente, no son para la vida del organismo menos importantes que el "esqueleto".⁸

Además, es el mismo Lenin quien corrige, en otro escrito juvenil —*El contenido económico del populismo*—, inmediatamente posterior a los *Amigos del pueblo*, los aspectos ambiguos de sus formulaciones anteriores. Lenin vuelve a confirmar la centralidad del concepto de "formación económico-social" como categoría constitutiva de la cientificidad del método marxista, pero ahora no se limita ya a refutar la pretendida necesidad de un criterio subjetivo en la diferenciación de fenómenos importantes y no importantes: esa necesidad en que se refugiaba la sociología populista. Más aún, rechaza la misma premisa del planteo subjetivista, ligada en definitiva a la vieja teoría de la multiplicidad de los "factores históricos". Es decir: ya no



dice que el marxismo ha encontrado un criterio objetivo para discriminar los fenómenos *importantes* de los no *importantes*, y sostiene en cambio que justamente esta distinción se muestra inservible al análisis científico y debe ser sustituida por un criterio más riguroso de diferenciación:

"Esta teoría (la teoría de Marx, que 'ha elaborado el concepto de *formación económico-social*') aplicó a las ciencias sociales el criterio objetivo y científico general de la reiterabilidad, que los subjetivistas consideraban inaplicable a la sociología. Afirmaban los subjetivistas que, debido a la extraordinaria complejidad y a la diversidad de los fenómenos sociales, era imposible estudiarlos sin separar los importantes de los poco importantes y que esta separación sólo podía hacerse desde el punto de vista del individuo 'de pensamiento crítico' y 'moralmente desarrollado'. Así transformaron tranquilamente las ciencias sociales en una sarta de sentencias moralistas pequeño-burguesas, muestras de las cuales vemos en los escritos del señor Mijailovski, cuando filosofa acerca de las incongruencias de la historia y de un camino alumbrado por 'la luz de la ciencia'. La teoría de Marx cortó la raíz de estos razonamientos. En lugar de la diferencia en importante y no importante, estableció la existente entre la estructura económica de la sociedad, como *contenido* y la *forma* política e ideológica".⁹

La superestructura no es entonces algo que se *superpone* a la base de las relaciones de producción *luego* de que esta base se ha formado, sino que es la forma a través de la cual el contenido.

Es cierto que, como lo subraya Lenin en el pasaje citado de *¿Quiénes son los Amigos del pueblo?* . . . , "al intercambiar productos los hombres contraen relaciones de producción, aun sin tener conciencia de que en ello reside una relación social de producción", pero debemos agregar que esta relación social no puede dejar de manifestarse a través de una forma de conciencia, aunque se trate de una conciencia mistificada: por ejemplo, la relación social entre los hombres determinada en la producción de mercancías *siempre* necesariamente en la conciencia, "la forma fantasmagó-

rica de una relación entre cosas", porque el fetichismo "se adhiere a los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías, y [...] es inseparable, por consiguiente, de este sistema de producción".¹⁰ Aun la anterior distinción leninista entre las *relaciones sociales materiales* ("que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres") y las *relaciones sociales ideológicas* ("que antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres") debe considerarse superada, junto a la distinción entre fenómenos sociales importantes y no importantes, por la más rigurosa redefinición de la relación entre base y superestructura que hemos visto en *El contenido económico del populismo*.

Esta redefinición no varía para nada, en cambio, otro aspecto fundamental de la elaboración leninista del concepto de "formación económico-social", bien claro ya desde *¿Quiénes son los Amigos del pueblo?* . . . , pero a menudo olvidado. La cientificidad del análisis de Marx deriva, para Lenin, de la posibilidad de aplicar aquel criterio científico general de la *reiterabilidad* —y por tanto de la *previsiónabilidad*— que según los populistas no podía ser extendido al estudio de la sociedad. Pero tal criterio no puede ser extraído del examen de una sociedad concreta en particular, empíricamente existente en este o en aquel país, y puede ser hallado —lo afirma Lenin en un pasaje ya citado— solamente generalizando "los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de *formación social*".¹¹ sólo a través de esta generalización —dicho con mayor precisión, a través del proceso de *abstracción científica*— será posible individualizar "lo que diferencia a un país capitalista del otro" y analizar "lo común para todos ellos" (y entonces en sustancia distinguir los fenómenos reiterables de los no reiterables, los previsibles de los no previsibles). El concepto de formación económico-social debe abrazar entonces al sistema *general* de las relaciones de producción que se desarrollan durante un periodo histórico íntegro en la organización social de diversos países, y no puede reducirse a los confines de un *particular* sistema de la producción social de un país determinado.¹² Más adelante veremos qué confusiones surgen cuando se pierde de vista este momento esencial de la interpretación leninista.

2. No debe considerarse excesiva la atención que Sereni reserva a las cuestiones terminológicas evocadas por el concepto de "formación económico-social", aunque excluyendo que el debate léxico pueda tomar aquí el valor de un esclarecimiento decisivo. El hecho mismo de que algunas de estas cuestiones se hayan vuelto objeto de una viva controversia subraya su carácter de todas maneras estimulante. Las objeciones dirigidas por los estudiosos del CERM al análisis de Sereni en un particular punto suyo, no parecen estar privadas de fundamento: es en la referente a la tesis del tránsito, en el lenguaje de Marx, de la utilización del término *forma* (*Form*) como término estático, término que indica "estado", al término *formación* (*Formation*) como término dinámico, "término que indica acción", a fin de comprender el valor semántico de las expresiones *Gesellschaftsform* y *Gesellschaftsformation*. La principal objeción contra esta tesis es la que refuta la posibilidad, para Marx, de comprender el concepto de *forma* en sentido estático, como concepto capaz de excluir la realidad dinámica de un proceso o que considere exterior a sí mismo la noción de movimiento.¹³ Es verdad que esta distinción de la realidad en "estática" y "dinámica" (*estructura e historia*) no es en Sereni una contraposición absoluta, y de su misma afirmación deviene que "el tránsito del empleo de un término que indica estado a otro que indica acción" expresaría "una profundización de la noción de 'forma de sociedad' y no sólo una nueva formulación verbal".¹⁴ El concepto sería entonces el mismo, pero la nueva variante terminológica de "formación de la sociedad" o "formación social" (*Gesellschaftsformation*) sería más claro e inequívoco respecto de las precedentes expresiones *forma "de la sociedad"* (*Gesellschaftsform*) porque acentuaría ese carácter de *proceso* solamente implícito (pero sin suficiente claridad) en el otro término. Sin embargo, el problema puede ser revisado a una luz distinta.

El vocablo *formación* puede ser considerado "nombre de acción" únicamente cuando indica el *proceso del formarse* (o del *forma "de la sociedad"*) (*Gesellschaftsform*) porque acentuaría que este término ha concluido por expresar (en este sentido se habla de "formación de una clase", "formación de una nación", "formación de una lengua", "formación cultural", etc.). En otras acepciones el mismo término viene a señalar no el pro-

ceso inicial de formación, sino la *manera* en que están dispuestos los distintos elementos de un conjunto ya formado (y en este sentido se habla de la "formación" con que entra al campo un equipo deportivo, de una sección militar en "formación" de combate, etc.), o bien todavía el mismo conjunto en cuanto resultado de un determinado proceso (así, para los distintos tipos de *formaciones geológicas* o *vegetales*). La precisión del discurso científico requiere evitar el uso polisémico de una misma palabra cuyo significado específico resulta a menudo unívocamente del contexto. Las conocidas excepciones del lenguaje filosófico (pensemos en el *Aufhebung* hegeliano) son siempre deliberadas y en general hechas explícitas, como confirmación de una exigencia de claridad que ni siquiera los filósofos sienten que pueden ignorar. Nada hace pensar que Marx se haya propuesto sustraerse a esta exigencia utilizando el término *Formation*, máxime cuando habla de un proceso del formarse y puede utilizar y utiliza otro término (la palabra *Bildung*). Al elegir la palabra (de origen extranjero) *Formation* para designar, en analogía con las *formaciones geológicas*,¹⁵ una noción de *formación histórica* como es la de *formación social* (*Gesellschaftsformation*), Marx demuestra haber elegido una precisa acepción del término (la de *formación como conjunto*), excluyendo todas las demás.¹⁶ Se entiende que también en esta noción de formación como conjunto el objeto no es sólo resultado de un proceso dado, sino al mismo tiempo momento de un nuevo proceso a través del cual el *conjunto*, luego de haberse formado, se desarrolla y al final se disuelve.

La hipótesis por la cual Marx habría pasado del uso del término *Form* al del término *Formation* (de *Gesellschaftsform* a *Gesellschaftsformation*) para acentuar el carácter de proceso de esta categoría, aparece escasamente aceptable en cuanto superflua si se reconoce que siempre en Marx, desde los escritos juveniles hasta *El capital*, la historia de la sociedad y también la misma historia de la naturaleza son reconducidas al *fluir* de un único proceso. Pero no es este aspecto, por sí solo, el que puede caracterizar a la concepción marxista. Si no queremos reducir el marxismo a un vago heraclitismo, debemos dar relieve a la *cientificidad* de ese tipo de análisis que permite encontrar en el *fluir* de un único proceso histórico-social los rasgos caracteris-

ticos que diferencian a las grandes épocas de la historia humana. Es cierto que, como lo advierte Marx en un punto de *El capital*, subrayado ya por Sereni, se trata solamente de grandes rasgos, de "características generales, pues en la historia de la sociedad ocurre como en la historia de la tierra, donde las épocas no se hallan separadas las unas de las otras por fronteras abstractas y rigurosas",¹⁷ pero es justamente la individualización de estos grandes rasgos característicos generales lo que permite a Marx, aun en ausencia de "fronteras abstractas y rigurosas", concentrar su búsqueda en el análisis de la moderna sociedad capitalista, y por lo tanto de las condiciones que preparan su existencia, determinan luego su desarrollo y, en fin, hacen madurar las tendencias a su disolución. Y son justamente estos rasgos característicos generales los que denotan la fisonomía de las distintas formaciones sociales.

Por otro lado, podríamos llegar a esta conclusión aunque no utilizáramos el término "formación social" o "formación económico-social"; así sucede, por ejemplo, en los *Ensayos* de Labriola, donde se afirma que en la concepción marxista la estructura económica de la sociedad "queda resuelta en el *fluir de un proceso*, para aparecer luego en varios *estadios morfológicos*, en cada uno de los cuales actúa como fundamento relativo del resto, que le corresponde y le es congruente".¹⁸ En esta formación de *estadio morfológico en el fluir de un proceso* Sereni ve justamente "una definición científica propiamente dicha" de la categoría de "formación económico-social".¹⁹ De la misma manera es evidente que la investigación alrededor de la ubicación de esta noción en el pensamiento marxista no puede limitarse a los textos en que aparece el término *Gesellschaftsformation* u *ökonomische Gesellschaftsformation*. Y no solamente porque a veces Marx se sirva de otros términos como sinónimos (por ejemplo, el de "formación de la producción social"),²⁰ sino sobre todo, porque el significado esencial de tal categoría surge de toda la articulación de su método de investigación.

Sin embargo, el problema planteado por Sereni queda en pie, aunque no parezca satisfactoria la solución que él ha creído poder dar. ¿Por qué razón Marx, que hasta 1857 usa solamente el término "forma de sociedad" (*Gesellschaftsform*), siente luego la necesidad de recurrir y de dar relieve a los otros térmi-

nos: "formación social" y "formación económico-social"? Es evidente que la cuestión sería de escasa importancia —más o menos una simple curiosidad filológica— si estuviéramos sólo ante variantes terminológicas del mismo concepto. En cambio, debemos llegar a comprender —por lo menos es esa la opinión de quien escribe— que la diferenciación de los términos corresponde a una verdadera diferenciación de los conceptos, y que mientras la expresión "forma de sociedad" viene a significar un concepto que permanece en el nivel más abstracto de generalidad, referible a cualquier sociedad en cualquier momento de su existencia empírica, la expresión "formación social" asume en Marx un significado específico caracterizador para la periodización histórica del desarrollo de la sociedad humana y corresponde como tal a una categoría fundamental de la concepción materialista de la historia.²¹ No es por casualidad que esta expresión adquiere relieve por vez primera en 1859, en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*,²² donde Marx al presentar al público la que considera su primera obra científicamente comprometida, ofrece un esbozo de su propia autobiografía intelectual y siente la necesidad de exponer sistemáticamente el "resultado general" a que había llegado su investigación. Pero justamente por ello el significado funcional de la categoría debe ser indagado más allá de sus formulaciones más clásicas y conocidas.

3. En polémica con Proudhon, que con las categorías de la economía política construía "el edificio de un sistema ideológico" donde las categorías económicas (valor, división del trabajo, concurrencia, etc.) eran consideradas como "otras tantas fases sociales, que se generan la una a la otra, que resultan la una de la otra como la antítesis de la tesis, y que realizan, en su sucesión lógica, la razón impersonal de la humanidad", Marx afirma, en *Miseria de la filosofía* (1847), que "en cada sociedad las relaciones de producción forman un todo".²³ Puede verse aquí la primera y más simple formulación del concepto de "forma de sociedad". A la abstracción idealista de Proudhon se contraponen la concreción materialista que sin embargo, coincide en este punto con el más alto nivel de abstracción. Pero Marx ni parte de este nivel ni se detiene en él: lo aísla, en cambio, para

fijar la forma, la ligazón más simple de cada sociedad, una ligazón que se reproduce en todas las formas más complejas sin aclarar ninguna. Hace falta fijar esta forma porque si no se deja de lado que "en cada sociedad las relaciones de producción forman un todo", se sentirá la necesidad de analizar concretamente este todo, en lugar de ver en las relaciones que lo constituyen la encarnación de eternas categorías económicas y de seguir su sucesión "en la Idea". De esa manera —dirá luego Marx, en la *Introducción* de 1857 a los *Grundrisse*, refiriéndose una vez más a Proudhon— no podríamos obtener sino "una representación nebulosa del movimiento histórico".²⁴

Pero una representación clara del movimiento tampoco se la obtiene quedándose en el nivel de abstracción en que se puede hablar de "cada sociedad", aunque tal nivel sea enriquecido con otras determinaciones simples (como la que encontramos por ejemplo en *El capital* a propósito del "proceso de trabajo"). Contra la metafísica proudhoniana de la economía política, Marx objeta (en las páginas ya citadas de *Miseria de la filosofía*): ¿cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión, del tiempo, podría explicarnos por sí sola el organismo social en el que todas las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en las otras?²⁵ Entonces, ¿una totalidad inmodificable, una estructura atemporal? En cuanto virtualidad y continuidad permanente estructura elemental totalizadora, forma del ser y/o del devenir, tal es precisamente ese concepto de forma de sociedad referible a toda sociedad. Para reencontrar el movimiento no podemos partir ni de ese concepto ni de la idea de movimiento, sino del análisis de las formas singulares que dan vida al todo, no ya en toda sociedad sino en todas aquellas sociedades determinadas donde el movimiento real puede ser objeto de observación científica. Es necesario entonces profundizar la noción de "forma de sociedad" tocando aquellos contenidos históricos que habían quedado necesariamente excluidos del más alto nivel de abstracción. Y es a través de esta profundización que el concepto de "forma de sociedad" pasa al de "formación social".

Este tránsito se da en el análisis de Marx aun antes de utilizar la expresión "formación social". Solamente en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* la diferencia-

ción de los conceptos comienza a ser aclarada explícitamente con una diferenciación léxica apropiada. Con anterioridad la diferencia conceptual estaba implícita, todavía no aclarada, en el mismo término *Gesellschaftsform*. En este sentido, es ejemplar el texto de la *Introducción* de 1857 a los *Grundrisse*, donde el término *Gesellschaftsform* remite claramente, las más de las veces, a la noción de "formación social", pero en algún caso sigue expresando el concepto más simple y elemental de "forma de sociedad".

"La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas (*aller der untergeganghen Gesellschaftsformen*) sobre cuyas ruinas y elementos ella fue edificada y cuyos vestigios, aún no superados, continúa arrastrando, a la vez que meros indicios previos han desarrollado en ella su significación plena, etc".²⁶

Es aquí evidente que, al hablar de *Gesellschaftsformen*, Marx, en realidad, se propone referirse no a cualquier forma de sociedad, sino precisamente a esos sistemas de organización histórica de la producción que luego definirá como "formaciones sociales" o "formaciones económico-sociales". Resulta también claro de este pasaje por qué Marx, habiéndose propuesto el análisis de una sola formación económico-social, la capitalista, pudo y debió también ocuparse, de alguna manera, de las otras formaciones sociales que han precedido históricamente a la sociedad burguesa: no por cierto de todas las formas de sociedad que han existido concretamente, muchas de las cuales escapan a toda posibilidad de información, sino sólo de aquellas que históricamente hicieron época porque se desarrollaron en formaciones (estratificaciones morfológicas) bien definidas, cuya naturaleza sin embargo solamente puede ser comprendida a la luz del desarrollo posterior. Sigue el pasaje citado de la *Introducción* del 57, con el aporte de una metáfora analógica:

"La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciër-

tamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad (*in allen Gesellschaftsformen*)”.

Pero en este caso todas las *Gesellschaftsformen* pueden entenderse verdaderamente como *todas las formas de sociedad*, y ya no solamente como aquellas *formaciones sociales* a que Marx había aludido poco antes.²⁷ Para los economistas que tratan las categorías de la economía burguesa como categorías eternas de la “sociedad en general” y de la misma naturaleza humana (e ignoran entonces no sólo el término, sino cualquier noción posible de formación económico-social), la forma de la sociedad burguesa es en efecto la única forma posible de cualquier sociedad y toda sociedad concreta, pasada, presente o futura, aparece más o menos perfecta o imperfecta, según que se acerque o se aleje a los “principios naturales” de tal forma. El concepto general de “forma de sociedad” además, no es superado por la noción de “formación social”, y el mismo Marx, aunque al fin emplea normalmente el término *Gesellschaftsformation* para señalar una precisa noción madurada a lo largo de todo su análisis, sigue usando paralelamente el término *Gesellschaftsform*, todas las veces en que se propone referirse a lo que es necesariamente común a *toda sociedad* independientemente de sus contenidos históricos. En algunos pasajes de *El capital* el significado de esta diferenciación ideológica se hace particularmente evidente:

“Trátase de fórmulas (valor y magnitud de valor) que llevan escrito en la frente su estigma de fórmulas propias de un régimen de sociedad (*Gesellschaftsformation*) en que es el proceso de producción el que manda sobre el hombre, y no éste sobre el proceso de producción”.²⁸

Y así como la estructura y armazón de los restos de huesos tienen una gran importancia para reconstruir la organización de especies animales desaparecidas, los vestigios de *instrumentos de trabajo* nos sirven para apreciar antiguas formaciones económicas de la sociedad ya sepultadas (*untergegangener ökonomischer Gesellschaftsformation*).²⁹

“Pero la Edad Media había legado dos formas distintas de capital, que alcanza su sazón en los más diversos tipos económicos de sociedad (*in den verschiedensten ökonomischen Ge-*

sellschaftsformationen) y que antes de llegar la era de la producción capitalista son consideradas como el capital por *autonomasia: el capital usuario y el capital comercial*”.³⁰

“El proceso de trabajo, tal y como lo hemos estudiado, es decir, fijándonos solamente en sus elementos simples y *abstractos*, es la actividad racional encaminada a la producción de valores de uso, la asimilación de las materias naturales al servicio de las necesidades humanas, la condición general del intercambio de materias entre la naturaleza y el hombre, la condición natural eterna de la vida humana, y por tanto, independiente de las formas y modalidades de esta vida y común a todas las formas sociales (*Gesellschaftsformen*) por igual”.³¹

“Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales (*in allen Gesellschaftsformen*) y bajo todos los posibles sistemas de producción”.³²

En los últimos dos casos Marx no hubiera podido hablar de *Gesellschaftsformation* sin degradar la noción de “formación social” a concepto genérico, valedero para toda sociedad, y sin renunciar entonces a lo que esta noción contiene de específico. Dado que es imposible, según un elemental principio de lógica, subsumir un concepto genérico bajo un concepto específico, no se hace posible llevar de nuevo la noción general de “forma de la sociedad” a aquella particular de “formación social”. En cambio, es lícita la operación lógica inversa, y no sorprende entonces que también en *El capital*, donde la diferenciación conceptual se expresa a menudo a través de una precisa diferenciación terminológica, la noción de *Gesellschaftsformation* se encuentre a veces subsumida en la de *Gesellschaftsform*.³³ En realidad, el concepto de “forma de sociedad” es referible también a la noción de formación social. También, entonces, una formación social es una forma de sociedad; pero, a la inversa, no todas las formas de sociedad —que son innumerables, si se tienen en cuenta aun, como se debe hacerlo, todas las sociedades concretas que alguna vez tuvieron una existencia de hecho, en todos los momentos de su existencia empírica y en todas sus fases de desarrollo— son representativas de una determinada formación social.

4. A esta altura es oportuno insistir en el esclarecimiento de un aspecto fundamental de la noción de formación social, sobre el cual ya hemos llamado la atención al pasar, cuando tratamos la elaboración leninista. El objeto del concepto de formación económico-social es un objeto *histórico*, pero *abstracto*: en este doble aspecto suyo no tiene una existencia real independiente de la multiplicidad de objetos empíricos (las sociedades concretas, particulares) en que se realiza su carácter de determinación, y existe por lo tanto *concretamente* sólo en esa multiplicidad. En cuanto a determinación histórica, es un *objeto real* (un *Gegenstand* y no sólo un *Objekt*), pero en cuanto a determinación abstracta no es un objeto determinado empíricamente.³⁴ Ningún objeto empírico determinado, ninguna sociedad concreta particular puede conducir al concepto de formación económico-social, y menos todavía puede proporcionar el modelo de una determinada formación social, ya que la forma de una sociedad concreta es siempre un todo no reiterable en su específica peculiaridad, un todo que debe ser despojado justamente de esta específica peculiaridad para que sea posible encontrar en él los procesos reiterables que se derivan de las leyes del movimiento de una formación social. Al mismo tiempo, la individualización de los procesos reiterables propios de una formación económico-social permite aprehender la relación que viene a establecerse entre el desarrollo de esta formación y los elementos de aquel todo que determinan la peculiaridad de las particulares formas empíricas de las distintas sociedades concretas.

Estas implicaciones conceptuales resultan todavía más claras en su funcionalidad si tomamos en consideración el objeto específico de *El capital*. Como se sabe, el objeto del análisis de Marx es el *modo de producción capitalista*, propio de una determinada formación económico-social: la formación social burguesa. Se trata entonces de un *objeto histórico*, que sin embargo no existe como tal, en estado puro, en la realidad de un país determinado, aunque se trate del más avanzado en el desarrollo capitalista, sino solamente en un estado más o menos impuro en la realidad de distintos países, a distintos grados de desarrollo. "La sociedad actual —escribe Marx en la *Crítica del programa de Gotha*— es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más

o menos modificada por las particularidades del desenvolvimiento histórico de cada país, más o menos desarrollada".³⁵ Inglaterra, "lugar clásico" del modo de producción capitalista, en cuanto —en tiempos de Marx— y país más avanzado desde el punto de vista del capitalismo, sirve para *ilustrar* la evolución de la teoría marxista, pero no coincide en absoluto con su *objeto*. Y también porque el objetivo de Marx no es la *descripción* de una determinada formación social y el modo histórico de producción que le corresponde, sino el *descubrimiento* de las leyes tendenciales que presiden el desarrollo de este modo histórico:

"Lo que aquí nos interesa —afirma Marx en el prólogo a la primera edición de *El capital*— no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien *estas leyes de por sí*, estas *tendencias* que actúan y se imponen con férrea necesidad. Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir".³⁶

La *forma de sociedad* de cada país capitalista no refleja entonces sino un momento del desarrollo de la formación social burguesa: no tiene leyes específicas propias, sino que está sujeta a las *leyes*, a las *tendencias* generales del modo de producción capitalista. Todo ello significa también que las formas específicas a través de las cuales tales leyes o tendencias se hacen valer concretamente quedan excluidas del tipo de análisis posible para una formación económico-social. "El movimiento real de la concurrencia —anota Marx en el III libro de *El capital*— cae fuera de nuestro plan y sólo nos proponemos estudiar aquí la organización interna del régimen capitalista de producción en su media ideal, por decirlo así".³⁷ La expresión "media ideal" tiene aquí, evidentemente, un valor metafórico (subrayado por el mismo Marx con el agregado "por decirlo así"): ³⁸ indica una analogía aproximativa y no significa por cierto un abstracto modelo ideal extraído a través de los mismos procedimientos mentales formalizados con que se integra una media estadística. La abstracción científica de Marx es una *abstracción histórica* y no una abstracción formal, que es funcional, en los límites de su validez, solamente a los aspectos empíricos de una realidad concreta. Y en este sentido debe entenderse, nos parece, la conocida definición

de Engels, por la cual el "modo lógico" con que Marx enfrenta la crítica de la economía política "no es sino el modo histórico, solamente despojado de la forma histórica y de los elementos ocasionales perturbadores".³⁹

Pero también esta forma histórica y "estos elementos ocasionales perturbadores" que se manifiestan concretamente en realidades empíricas diversas, deben ser analizados como tales: algo que, sin embargo, es posible sólo si ya han sido aclarados los mecanismos de desarrollo que dan vida a la *organización interna* del modo capitalista, vale decir a las articulaciones comunes de la formación social burguesa. Pero, en el estudio de una sociedad concreta los resultados del análisis de una determinada formación económico-social se vuelven a su vez "instrumento para el análisis de datos concretos", como subrayaba Lenin en una polémica con Struve (1899), luego de haber escrito ya *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.⁴⁰ Objeto de esta obra, donde Lenin se había planteado el problema "no... de la teoría de los mercados, sino el del mercado interior para el capitalismo ruso", no es un objeto *histórico-abstracto*, como el de *El capital*, sino *histórico-concreto*; no se trata de la formación social capitalista, sino de la forma concreta con que esta formación se abre camino en Rusia. Si se pierde de vista esta distinción —que aparece bien clara en Lenin—,⁴¹ la misma noción de formación económico-social termina por disolverse, confundándose en definitiva con la genérica de "sistema social", que puede ser referida a cualquier forma de sociedad.

Por tal camino se puede hasta llegar —descartando *sic et simpliciter* no sólo las observaciones de Sereni, sino en primer lugar los más evidentes instrumentos lógicos del método de análisis de Marx y de Lenin a definir la formación económico-social como una combinación de distintos modos de producción y como "una formación de transición de un modo de producción al otro".⁴² Estamos aquí dentro de un cuadro conceptual que parece destacar la noción clásica de "modo de producción" respecto de la noción de "formación económico-social", pero que en realidad termina desarticulando el nexo entre las dos nociones tal cual es visto por Marx y por Lenin. Cuando Marx escribe, en el mismo contexto, que "una formación social no muere mientras no se han desarrollado todas las fuerzas productivas a que puede

dar curso" y que "a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como épocas que marcan el progreso de la formación económico-social"⁴³ establece una precisa ligazón, en el mismo nivel de *abstracción histórica*, entre modo de producción y formación social: ambos referidos a *sistemas generales* de las relaciones de producción que se desarrollan durante un período histórico íntegro en la organización social de distintos países. La misma ligazón, como ya lo hemos visto, aparece en Lenin. Entonces, es justo decir que "en Lenin la noción de formación económico-social puede ser analizada solamente a partir de la noción de modo de producción",⁴⁴ pero al mismo tiempo debe reconocerse que también la categoría de modo de producción se vuelve objeto de análisis científico sólo a partir de la noción de formación social. Separada de esta última noción, el concepto de modo de producción se vuelve indeterminado y genérico (como es genérica la expresión equivalente utilizada a veces por Marx; "la manera de ganarse la vida":)⁴⁵ indica un conjunto de relaciones, estructura económica y fundamento de *toda forma de sociedad*, pero no contiene ninguna ley económica, aunque aclare la primera condición que permite buscar, *a través del análisis*, las leyes económicas del movimiento de una determinada formación social.⁴⁶

Como para Marx —es oportuno repetirlo— no existen leyes históricas generales valederas para todas las sociedades, leyes naturales de la vida económica que sean siempre las mismas, así tampoco existen leyes económicas específicas que sean propias de cada una de las sociedades concretas: la búsqueda y el estudio de las leyes económicas es posible solamente para el modo de producción de cada período histórico, que es a su vez determinable solamente a través de la noción de formación económico-social. Pero es en definitiva la individualización de estas leyes lo que permite indagar el modo y las formas diversas con que ellas se imponen en las sociedades concretas y particulares, su grado de eficacia, las resistencias que encuentran, las combinaciones transitorias a que dan lugar, las condiciones que pueden retrasar o acelerar el proceso inmanente a su dinámica. Y es a este nivel que se plantean los problemas de la transición y de los *regímenes de transición*.

5. El término "transición" se vuelve equívoco, inutilizable para el análisis científico si se lo asume en su significado literal de "estado de tránsito", forma abstracta del devenir, momento relativo de un proceso absoluto de transformación de lo real. En este sentido, todo aparece como transición: cualquier sociedad o régimen social, así como toda formación social, deberían ser definidos de *transición*, porque señalan el tránsito de una forma de sociedad a la otra o de una precedente a una posterior formación económico-social. La misma sociedad capitalista puede ser considerada, desde este punto de vista, como una formación social de transición de la sociedad feudal a la sociedad comunista. Pero es evidente la necesidad de excluir por pleonástico una utilización tal del término "transición", si es que no queremos hacer regresar una vez más al marxismo a una variante de vago hereditismo.

En efecto, si se quiere dar al término "transición" un significado que no sea indeterminado, no podemos hablar concretamente de "problemas de la transición" sino en relación a regímenes y a períodos históricos de *traspaso* de un modo determinado de producción, referible a una orgánica formación social, hacia otro modo de producción propio de una nueva formación social. Al respecto, es superfluo subrayar qué problemas específicos nos interesan en particular: son, evidentemente, los de la transición del capitalismo al comunismo. Sin embargo, se trata de aclarar si, para enfrentar prácticamente éstos problemas son necesarias las luces (que todavía faltan) de una *teoría general de la transición*, o si en cambio no es más útil comenzar por poner en condiciones antiguas teorías que han sido empañadas por espurias sedimentaciones polvorientas.

A diferencia de Althusser, para quien una teoría general de la transición (que no hallamos en Marx) sería hoy indispensable "para poder llevar a cabo lo que se llama la construcción del socialismo" y también "para resolver los problemas planteados por lo que se llama 'subdesarrollo' de los países del Tercer Mundo".⁴⁷ Sweezy ha subrayado la peculiaridad de los distintos procesos de transición, observando que "cada transición constituye un proceso histórico único que debe ser analizado y explicado en sus términos propios".⁴⁸ La observación es para ser compartida, pero es necesario agregar que ella vale en dos senti-

dos: ya en cuanto a la diversidad de los procesos de transición referidos a distintos tipos de formación económico-social (y es en este sentido que Sweezy insiste al demostrar cómo la transición del capitalismo al comunismo no puede dejar de presentarse con caracteres sustancialmente distintos de los del proceso histórico de transición del feudalismo al capitalismo), ya en cuanto a la diversidad con que un mismo proceso de transición se presenta en los distintos países y en distintas circunstancias históricas. Al ocuparse de la *acumulación originaria*, que es "el punto de partida del modo de producción capitalista", y por lo tanto proceso de transición de la formación social feudal a la burguesa (a través de la cual la explotación feudal se transforma en explotación capitalista), Marx subraya cómo la historia de este tipo de acumulación no sólo tiene "una modalidad diversa en cada país", sino que "en cada uno de ellos recorre las diferentes fases en distinta gradación y en épocas históricas diversas".⁴⁹ Inglaterra, donde el proceso se desarrolla en "forma clásica", sirve una vez más a Marx como *ejemplo* para ilustrar la naturaleza del fenómeno y no para indicar un *modelo* capaz de explicar las formas concretas con que, en otros países y en épocas históricas distintas se configura el mismo proceso. El mismo Marx recuerda como ejemplo atípico el de Italia, donde el proceso de la acumulación originaria comienza en formas específicas, antes que en otros lugares, para detenerse luego y retroceder a continuación de la revolución del mercado mundial que destruyó después de fines del siglo xv la supremacía comercial de Italia septentrional.

A esta altura quizá sea más fácil comprender por qué no corresponde definir a las sociedades concretas implicadas en un proceso de transición como "formaciones sociales de transición", y en general servirse, como es habitual, de una expresión tan ambigua cual "formación social de transición". De esa manera se cultiva la ilusión de que es posible "efectuar, para las formas específicas a las formaciones sociales en transición, un trabajo similar al que Marx hizo para el modo de producción capitalista":⁵⁰ cosa que presupone que el modo de producción propio de las sociedades de transición es un sistema orgánico de relaciones sociales como el de cualquier otra formación social, y sujeto por lo tanto a leyes propias de desarrollo. A través de esta *autono-*

mización de las situaciones de transición se entiende cómo se llega a cristalizar las formas más inestables del traspaso para hacer de ellas modelos estables, etapas obligadas de una marcha caracterizada por un itinerario prestablecido. Pero como un mecanicismo tal de desarrollo es solamente imaginario, puede suceder también que uno se vea obligado hoy a demoler con desprecio aquellos modelos ayer considerados ejemplares, para descubrir otros modelos dignos de una nueva apologética. Algo parecido sucede siempre que se pretende saltar más allá de la propia época para exponer a un análisis científico *específico* un proceso todavía no acabado, es decir lo que todavía debe acaecer. Las ambiciones de Marx eran, como se sabe, más modestas, basándose en la convicción de que el análisis científico es posible sólo *post festum* "de los resultados ya logrados del proceso histórico".⁵¹ Pero justamente por ello eran más ricas: al no tener la pretensión de analizar ni la futura sociedad comunista ni todo el proceso de transición del capitalismo al comunismo, podía extraer del análisis científico del proceso de desarrollo del modo de producción capitalista precisas indicaciones ya sobre la *necesidad histórica* de una nueva formación social, ya sobre las formas de transición que se habían delineado en el curso real del desarrollo.

El mismo procedimiento es seguido por Lenin. Justamente porque su noción de formación económico-social excluye la posibilidad de una "formación social de transición" y, en general, de formaciones sociales particulares para cada sociedad concreta, Lenin puede hablar de una "infinita diversidad de formas propias de una época de transición" y reconocer que "la vida hace nacer tales formas que con notable graduación unen sistemas de economía opuestos por sus rasgos fundamentales".⁵² Pero como esta combinación de sistemas económicos opuestos no da lugar a un específico modo de producción que se desarrolle según una lógica propia (esta había sido la ilusión de los populistas rusos), así tampoco es una síntesis de distintos modos de producción que coexistan pacíficamente entre sí (y esta será, por cierto tiempo, luego de 1925, la ilusión de Bujarin).⁵³ Re-
bastante conocido, porque Lenin lo retoma en el opúsculo de 1921 donde justifica las medidas que inauguran la NEP): con

ellas, Lenin se preocupaba por esclarecer el significado del término "transición" en un país donde había sido derribado el modo de producción capitalista:

"Probablemente todavía no ha existido persona que al formularse el interrogante sobre la economía de Rusia, niegue el carácter transitorio de esta economía. Tampoco comunista alguno ha negado que la expresión República Socialista Soviética significa la decisión del poder soviético de realizar el tránsito al socialismo, y de ningún modo que las nuevas formas económicas puedan considerarse socialistas.

"¿Pero qué significa la palabra transición? En lo que atañe a la economía, ¿no significa acaso que el régimen actual contiene elementos, partículas, fragmentos, tanto de capitalismo como de socialismo? Cualquiera reconocerá que sí."⁵⁴

En esa determinada sociedad de transición coexistían entonces *elementos, partículas, fragmentos* de diferentes y opuestos modos de producción, y por cierto no se podía hablar de una combinación armónica, de un bloque cohesionado de modos de producción distintos. Se trataba de las más diversas formas sociales unidas en el *todo* de una peculiar *forma concreta de sociedad*, en el que el traspaso del capitalismo al comunismo se iniciaba en presencia de simultáneas formas precapitalistas. Por ello, especificando el análisis, vale decir precisando los elementos que representaban "los distintos tipos económico-sociales" presentes entonces en Rusia, Lenin tenía que considerar no solamente las diferentes formaciones sociales, sino también sus diferentes fases de desarrollo, que co-existían conflictivamente en ese inmenso cuerpo social (economía patriarcal, pequeña producción mercantil, capitalismo privado, capitalismo de estado, socialismo). Para llegar al final de una empresa tan desesperada como debía aparecer entonces la construcción del socialismo en las condiciones absolutamente excepcionales de la Rusia posrevolucionaria, Lenin siente la necesidad de elaborar no una *teoría general de la transición*, y menos aún de modificar el cuadro teórico de la transición del capitalismo al comunismo —que había quedado siempre bien claro en su conciencia científica—, sino de comprometerse en la búsqueda de una *estrategia de la transición* que se adaptara a las particulares condiciones de una

sociedad concreta determinada, en una determinada fase de su desarrollo.

6. Aparece claro, por todo lo que hasta ahora se ha dicho, que no sería admisible servirse de la estrategia de la transición elaborada por Lenin entre 1917 y 1923 como de un criterio de medida para todo aquello que ha sucedido luego. Pero entre lo sucedido luego existen también *hechos teóricos*, sobre los cuales es necesario reflexionar para comprender hasta qué punto los instrumentos de análisis utilizados han sido funcionales al objeto expuesto a análisis.

El capitalismo monopolista representa para Lenin, como es sabido, una fase de transición, que sigue siendo todavía interna a la formación social burguesa. El modo de producción capitalista, desarrollándose, se transforma, y por debajo de su estructura deformada se abren camino las condiciones materiales de un nuevo modo de producción. Es por ello que Lenin podía definir al capitalismo monopolista, última fase de la formación social burguesa, como "capitalismo de transición".⁵⁵ Con la Revolución de octubre el modo de producción capitalista es derribado en un primer país, que inicia entonces una nueva fase de transición en el cuadro histórico de la general transformación del capitalismo en comunismo.

Si se siente la necesidad de una definición general, podemos definir esta nueva fase como "socialismo de transición". Pero se trataría de una definición escasamente iluminadora, en su genericidad, para comprender la naturaleza de las relaciones reales que se establecen en este período histórico.

Las peculiaridades de la concreta forma de sociedad en que se inicia el nuevo proceso determina evidentemente ritmos y dificultades del desarrollo posterior, mientras las posibilidades de supervivencia del nuevo régimen están ligadas sin duda a determinadas condiciones internacionales, que reflejan a su vez la situación estructural del capitalismo mundial, el gran organismo multinacional en que se aloja la vida de la formación social burguesa. Pero ante esta vieja formación social no hay todavía una nueva formación social, sino sólo su *comienzo histórico* en una determinada sociedad concreta, en lucha con los complejos problemas de la transición.

Es oportuno insistir sobre este punto, que a menudo ha sido oscurecido por las exigencias de una propaganda simplificadora. Lenin nunca alimentó la ilusión de que la revolución socialista, al derribar el modo de producción capitalista (es decir al suprimir violentamente las condiciones que permiten la organización de los capitalistas en clase dominante y por lo tanto el funcionamiento del mecanismo de desarrollo capitalista), pudiera con ello sólo destruir todas las relaciones capitalistas de producción y transformar automáticamente todas las formas sociales de las viejas relaciones en nuevas relaciones socialistas de producción. Esta ilusión puede surgir solamente si se confunden las características de la revolución burguesa con las de la revolución socialista, si no se ve una diferencia esencial entre el proceso de transición de la formación social feudal a la formación social burguesa y el proceso de transición del capitalismo al comunismo. Mientras la revolución burguesa no hace sino *completar* el primer proceso de transición, la revolución socialista interviene sólo cuando el segundo apenas se ha iniciado y todavía debe ser llevado hasta el fondo. Mientras las relaciones de producción capitalista surgen gradualmente en el seno de la sociedad feudal, *junto* a las relaciones de producción feudales que se debilitan gradualmente por la presión de los primeros, nada parecido sucede con las relaciones de producción socialistas; en el seno de la sociedad capitalista se forman sólo las *condiciones materiales* y los *primeros brotes* de nuevas y superiores relaciones de producción: brotes que pueden desarrollarse únicamente *después de* la revolución socialista, *después de* la caída del modo capitalista de producción. Lenin jamás confunde estos dos procesos y aun subraya la diferencia entre ellos:

"Una de las diferencias fundamentales entre la revolución burguesa y la revolución socialista consiste en que para la primera, que brota del feudalismo, se va creando gradualmente, en el seno del viejo régimen, una nueva organización económica que va modificando todos los aspectos de la sociedad feudal. La revolución burguesa tenía una sola misión: barrer, arrojar, romper todas las ataduras de la sociedad anterior. Al cumplir esta misión, toda revolución burguesa cumple con lo que de ella se exige: intensifica el desarrollo del capitalismo.

"Completamente distinta es la situación en que se halla la

revolución socialista. Cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzagues de la historia, ha tenido que comenzar la revolución socialista, más difícil resulta para él pasar de las viejas relaciones capitalistas a las socialistas".⁵⁶

El grado de mayor o menor dificultad del período de transición está entonces en relación inversa al estadio más o menos avanzado del desarrollo capitalista del país en que comienza la transición: pero si consideramos el proceso íntegro de la transición al socialismo, del pasaje de la formación social capitalista a una nueva y más elevada formación social, en ningún caso podemos hipotetizar una situación concreta en la que este pasaje sea directo y automático, como consecuencia inmediata de un cambio político (que por otro lado es la primera forma necesaria de una revolución socialista), sin una fase intermedia más o menos larga, más o menos clara, de construcción gradual de un nuevo sistema orgánico de las relaciones de producción. Para el modo de producción capitalista esta *construcción* se da dentro de la formación social feudal, corroída lentamente por las nuevas relaciones de producción y reducida al fin a una envoltura vacía y débil de formas económicas y políticas que perturban pero ya no pueden detener el desarrollo de un nuevo sistema orgánico *ya formado*; mientras que la construcción de un nuevo sistema de relaciones de producción (el modo de producción socialista) no puede darse en el interior de la formación social burguesa, —en la que, sin embargo, maduran las condiciones objetivas y se vuelve cada vez más consciente la necesidad histórica de la nueva formación social— sino solamente luego de haber sido derrotado el modo de producción capitalista. Este último no deja de funcionar por lento agotamiento, como el modo de producción feudal; no se reduce a una envoltura debilitada por el crecimiento espontáneo de nuevas estructuras económico-sociales; por el contrario, cuanto más maduran las condiciones objetivas de la revolución socialista, la formación social burguesa, deformándose como "capitalismo de transición", robustece más aún sus defensas y multiplica su fuerza de resistencia para cerrar el camino al crecimiento y al despliegue de la nueva formación social, a la que sin embargo sigue nutriendo en su seno. Por eso, para vencer esta resistencia en el plano histórico-mundial (en sustancia, para iniciar la revolución socialista en los países capitalistas más desarrolla-

dos) hace falta una estrategia más compleja y la construcción de un "bloque histórico" antagonista más consistente y articulado en comparación con todo lo que ha sido experimentado en los países donde el modo de producción capitalista ya ha sido derribado. En todo caso, aun luego de haber vencido esta resistencia, parece inevitable un período de transición (aunque más breve y más fácil) para construir un nuevo sistema de relaciones de producción que sean el esqueleto de una nueva y orgánica formación social.

La necesidad de esta diferencia esencial entre la transición al capitalismo y la transición al comunismo deriva directamente de los contenidos estructurales de los dos distintos modos de producción. En el primer caso, se trata de pasar de una forma a otra de organización social dividida en clases antagónicas, de una a otra forma de explotación de clases: ya sea en la sociedad feudal ya en la burguesa, las relaciones de producción son *relaciones de poder de clase*, que se expresan, tanto en las formas de dominio que se derivan del proceso productivo inmediato como en las formas de poder político e ideológico que garantizan el funcionamiento regular del mecanismo productivo de esas formaciones sociales. En el segundo caso, en cambio —vale decir en la transición del capitalismo al comunismo—, se trata de pasar de la forma más elevada de organización social dividida en clases, basada sobre la explotación de clases, a una sociedad sin clases y sin explotación de clases, a una comunidad real de individuos asociados por intereses comunes pero no divididos al mismo tiempo por intereses antagónicos: vale decir, de hombres que pueden expresarse a sí mismos como *individuos libres* solamente sobre la base de sus intereses comunes, sin contraponerse el uno al otro en formas sociales antagónicas. Pero esto significa —sobre todo— que mientras la clase burguesa se forma como clase dominante en el ejercicio de un poder económico inseparable de la estructura de las relaciones capitalistas de producción, y que sólo para garantizar este ejercicio requiere adecuadas formas de poder político e ideológico, en cambio la clase obrera no necesita ejercer en la nueva formación social una función de dominio económico de clase; ella misma debe disolverse como clase y necesita entonces volverse clase dominante en el ejercicio provisional de un poder político y de una hegemonía intelectual y moral solamente para

dirigir la construcción del nuevo sistema de relaciones sociales no antagónicas (que a la vez significa la destrucción de todo lo que queda de las relaciones antagónicas).⁶⁷

Es algo cierto y claro que esto y no otra cosa es, en el análisis de Marx, el contenido del período de transición del capitalismo al comunismo. Además, ni siquiera ha sido discutido, y por lo tanto sería superfluo ofrecer aquí una documentación de textos conocidísimos (desde *La ideología alemana* hasta el *Manifiesto del Partido comunista*, desde *La guerra civil en Francia* hasta la *Crítica del Programa de Gotha*). Pero todo ello toca un nivel de análisis referible solamente al proceso de transición de la formación social capitalista a la formación social comunista. Hace falta ahora ver qué aspectos asumen estos problemas cuando se toman en consideración las concretas sociedades de transición en que dicho proceso se inicia históricamente. Y es en este punto que la confusión de los procesos histórico-abstractos con los histórico-concretos, amén del concurso de otras ambigüedades terminológicas, produce los más negativos efectos conceptuales de oscurecimiento y de ocultación.

7. "Estado socialista", "país socialista", "sociedad socialista", son nociones políticas que legítimamente pueden ser utilizadas para indicar una precisa voluntad política, la voluntad de construir el socialismo donde se hayan realizado determinadas condiciones en las relaciones de poder en base a las cuales la clase de los capitalistas ha perdido su función de clase dominante y no tiene ya la posibilidad de reorganizarse como tal. Estas condiciones son la prueba de una situación histórica en la que la transición al socialismo ya ha comenzado, a pesar de lo incierto, oscilante, difícil, expuesto a errores y a procesos degenerativos que aparezcan los primeros pasos cumplidos en dirección a la nueva formación social. Sería cosa de pedantes pretender sopesar los títulos de legitimidad de un país socialista por medio de cálculos sobre los progresos realizados o de los retrocesos sufridos, como si se tratara de llegar o no a un juicio de promoción en un examen escolar en base a la media de los méritos y los deméritos. Se entiende también cómo la tendencia a sustituir el término "sociedad socialista" por el más vago y neutro de "sociedad de transición" puede ser considerado políticamente equívoco y como tal,

inaceptable. Pero todo ello no puede significar que debamos aceptar, en cambio, la regresión de la noción de socialismo al nivel empírico de las sociedades concretas a las que se reconoce el derecho a llamarse socialistas porque se encuentran, políticamente, en condiciones de construir el socialismo.

También las palabras tienen su historia contingente, a la que, naturalmente, no puede atribuirse un gran peso. Sin embargo, en algunos momentos ciertas contingencias oscurecen la claridad de la perspectiva histórica a que determinadas palabras han sido ligadas. Marx y Engels vivieron una época en la que el término socialismo había sido tan desgastado por tantas teorías heterogéneas como para aparecer demasiado genérico en la señalación de una precisa posición política; ellos, entonces, prefirieron los términos más densos de *comunismo* y de *sociedad comunista*, aun aceptando al fin, con cierta resistencia, hacer propio el término *socialismo*, acompañado en general con adjetivos calificativos: "socialismo revolucionario", "socialismo científico", etc. Pero evitaron siempre empeñarse en disputas bizantinas sobre las palabras. "En vez de 'imaginadas' definiciones escolásticas y de disputas estériles sobre palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo) —observa Lenin—, Marx hace un análisis de los que podríamos llamar grados de madurez económica del comunismo".⁶⁸ Pero en definitiva, el término socialismo concluyó por designar una forma más o menos atenuada de comunismo, y fue probablemente por eso que en el marxismo de la II Internacional se lo utilizó también para señalar aquella fase que Marx había definido como primera fase de la sociedad comunista. Tal uso fue seguido aun por Lenin, y así resulta explícitamente del *estado y la revolución*.

En la *Crítica del programa de Gotha*, Marx había hablado de una primera fase de la sociedad comunista "tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento", pero nunca había utilizado para esta "primera fase" la expresión "sociedad socialista". Además, también en esta primera fase, la sociedad comunista es claramente homogénea de productores, una sociedad sin clases, una sociedad homogénea de productores, donde ya no existen más la producción y el intercambio de mercancías, sujetas a la ley del valor: en esta sociedad "los productores no cambian sus productos, el trabajo invertido en los produc-

tos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente".⁵⁹

En esta sociedad, entonces, ya no existe más un proletariado como clase diferenciada y contrapuesta a otras clases, y en ella no tendría sentido, por consecuencia, una dictadura del proletariado. Las "manchas" de la vieja sociedad "de cuyo seno ella ha salido" atañen claramente sólo al modo de distribución de los productos, que es todavía proporcional al trabajo individual prestado por cada productor, de acuerdo al "estrecho horizonte jurídico burgués", y no a sus necesidades, es decir en base al criterio que será posible seguir únicamente "en una fase más elevada de la sociedad comunista".

Pero al definir como socialismo o sociedad socialista esa fase que Marx habría llamado "primera fase de la sociedad comunista" se ha insinuado un elemento equívoco que posibilitó la difusión y el crédito de una lectura incorrecta y arbitraria de otro conocido pasaje de la *Crítica del programa de Gotha*.

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*".⁶⁰

Se ha terminado por leer este texto como si Marx hubiera escrito "Entre la sociedad capitalista y la fase superior de la sociedad comunista está la sociedad socialista (primera fase del comunismo), donde existen todavía clases y diferencias de clase que vuelven necesaria la dictadura del proletariado". De esta lectura arbitraria, prevaleciente durante el período estalinista, y aun hoy corriente,⁶¹ no es responsable Lenin. Lenin, en realidad, siempre insistió en subrayar, contra interpretaciones simplistas, que la *sociedad socialista* que se trataba de construir era una sociedad sin clases y sin diferencias de clase. En un discurso en el I Congreso para la instrucción extra-escolar (mayo de 1919), Lenin advertía que "el dinero es una condensación de la riqueza social" y "vestigio de la explotación pasada", forma de relaciones sociales de producción antagonistas, y que no podía ser abolido

fácilmente, debiendo permanecer largamente "en el período de transición de la antigua sociedad capitalista a la nueva sociedad socialista"; pero solamente al final de este período de transición se hubiera podido decir que se había construido una sociedad socialista completa:

"Y lo que nosotros decimos es que nos proponemos como meta la igualdad como supresión de las clases. Pero para ello hará falta acabar también con la diferencia de clases entre el obrero y el campesino. Esa es precisamente nuestra meta. Una sociedad en la que se mantenga la diferencia de clases entre el obrero y el campesino no es una sociedad comunista ni una sociedad socialista. Claro está que, interpretando la palabra socialismo en cierto sentido, se la podría llamar socialista, pero esto sería pura casuística, una disputa sobre palabras".⁶²

Lenin deja aquí en suspenso el discurso, no quiere endurecerse en definiciones escolásticas, pero la sustancia de su argumentación sigue siendo absolutamente clara, ligada a la lógica científica del análisis de Marx. También más tarde, en 1921, cuando el problema político central pasa a ser el de la alianza entre obreros y campesinos y el de las concesiones que es necesario hacer a los campesinos para garantizar esta alianza, Lenin no renuncia jamás a distinguir el socialismo en sentido estricto del camino que se debe recorrer para constituirlo:

"Hay que dirigir todos los esfuerzos a la tarea de ajustar las relaciones entre los obreros y los campesinos. Los campesinos son otra clase; el socialismo existirá cuando no haya clases, cuando todos los medios de producción se encuentren en manos de los trabajadores. En nuestro país quedan todavía clases; su supresión requerirá largos años, y quien prometa hacerlo a corto plazo es un charlatán".⁶³

Y no vacila hasta en protestar cuando ve, en un extremo de una asamblea obrera, un cartel de propaganda en el que se leía: "El reinado de los obreros y campesinos no tendrá fin":

"He aquí cómo cosas relativamente elementales y fundamentales todavía suscitan entre nosotros confusiones e interpretaciones erróneas. En efecto, si el reinado de los obreros y de los campesinos no tuviera fin, jamás habría socialismo, ya que éste significa la supresión de las clases; mientras existan obreros y campesinos existirán clases diferentes y, por consiguiente, no ha-

brá socialismo completo. Pues bien, mientras reflexionaba de que a tres años y medio de la Revolución de octubre aún subsisten entre nosotros, aunque un poco arrinconados, carteles tan extraños, me dije que tal vez existan todavía grandes confusiones con respecto a las consignas más difundidas y usuales".⁶⁴

Con toda probabilidad Lenin no imaginaba que tales "confusiones" —de una *sociedad socialista completa* construida en una presunta armonía de clases diversas— iban más allá de un modesto cartelón relegado al rincón de una sala, a la constitución de la URSS, y habrían de convertirse en dogmas que no se podían discutir sin arriesgarse a la acusación de "leso socialismo". Otro aspecto de esta misma confusión consiste en el tránsito de la *necesidad* de empezar a construir el socialismo en un solo país a la decisión voluntarista de edificar en un país solo una *sociedad socialista completa*, prácticamente una formación social íntegra. Por lo menos se debería permitir volver a pensar con Lenin que "solamente por medio de una serie de tentativas —cada una de ellas, tomada por separado, será unilateral y adolecerá de cierta falta de correspondencia— se creará el socialismo integral, producto de la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países".⁶⁵

Por otro lado, es significativo que esta perspectiva leninista haya sido dejada de lado, poco después de la muerte de Lenin.⁶⁶ todavía antes de que fuera modificada la noción —entonces universalmente aceptada— de socialismo como sociedad sin clases. Zinóviev había sostenido desde la tribuna del XIV Congreso del partido (diciembre de 1925) que era posible y necesario, para un país que había derribado al régimen capitalista, empezar a construir el socialismo y llevar lo más adelante que fuera posible esta construcción, pero que significaba alejarse de los planteos leninistas y dar pruebas de limitación nacional pretender "*llevar a término* la edificación del socialismo en un solo país", es decir llegar, en un solo país, a una *sociedad socialista integral sin clases*. Stalin no pensó todavía en contraponerle una noción distinta de socialismo. Stalin, por entonces, no ponía en dudas que llevar a término la construcción del socialismo en un solo país significaba llevar a término, en la Unión Soviética, la construcción de una nueva sociedad sin clases, prefería, en cambio, sirviéndose de un argumento *ad hominem*, ligar polémicamente las posicio-

nes de Zinóviev en 1925 con sus vacilaciones de octubre de 1917, para llegar a la singular conclusión de que sin aquella perspectiva de la construcción del socialismo en un solo país hubiera resultado inexplicable, y aun equivocada, la misma decisión fundamental de la Revolución de octubre.⁶⁷ Con esta alternativa sectoria y esquemática de todo o nada (o la construcción de una sociedad socialista integral en un solo país, o el fracaso y por lo tanto la condena de la Revolución de octubre, en definitiva volvía a ponerse en discusión, junto a la perspectiva leninista, aun una convicción elemental que siempre ha sostenido el ímpetu revolucionario de la clase obrera en lucha por el socialismo, la convicción de que derribar al régimen capitalista, romper el mecanismo que garantiza la perpetuación de la explotación capitalista constituye un enorme progreso en el camino de la emancipación humana y de que un régimen de transición, el régimen de una sociedad que construye el socialismo, puede mejorar de manera estable y decisiva las condiciones materiales y morales de las masas trabajadoras, representando entonces para ellas un ordenamiento social superior al capitalista, dominado por la ley de la ganancia.⁶⁸

Todavía no se volvía a poner en discusión la esencia del socialismo tal cual había sido definida por Lenin. Efectivamente, en una reunión de la Internacional Comunista, a fines de 1926, Stalin definía con estos términos la esencia y la base económica del socialismo:

"Nosotros hemos conquistado la dictadura del proletariado y creado con ello la base *política* para el avance hacia el socialismo. ¿Podemos crear con nuestras propias fuerzas la base *económica* del socialismo, los nuevos cimientos económicos, necesarios para llevar a cabo la edificación del socialismo? ¿Cuál es la esencia económica, la base económica del socialismo? ¿No será hacer de la tierra un 'paraíso celestial' y conseguir que todo el mundo viva en la abundancia? No, no se trata de eso. Esa es una idea adocenada y pequeñoburguesa de la esencia económica del socialismo. Crear la base económica del socialismo significa fundir la agricultura con la industria socialista en un todo económico único, subordinar la agricultura a la dirección de la industria socialista, organizar las relaciones entre la ciudad y el campo sobre la base del intercambio de productos de agricultura y la indus-

tria, cerrar y suprimir todos los canales que contribuyen a la gestación de las clases y, en primer término, del capital; crear, en fin de cuentas, unas condiciones de producción y de distribución que conduzcan de manera directa e inmediata a la supresión de las clases".⁶⁹

Hay, por cierto, lagunas en esta definición de Stalin: por ejemplo, falta la conexión, esencial en el análisis de Marx y Lenin, entre la supresión de las clases y la superación de la categoría de la producción de mercancías, vale decir de la relación económico-social que es el canal fundamental del que salen las otras relaciones, más complejas, del modo de producción capitalista. Pero un elemento aparece claro, aun en esta definición de Stalin: que no puede existir socialismo, sociedad socialista integral, sin completa abolición de las clases. Y todavía en 1934, durante el XVIII Congreso del partido, ratificando el objetivo de la "sociedad socialista sin clases", Stalin sentía la necesidad de poner en guardia contra la ilusión de que un objetivo tal estuviera próximo a realizarse, casi va al alcance de la mano.⁷⁰ Pero sólo dos años más tarde, en el informe de Stalin sobre la nueva constitución de la URSS, el cuadro conceptual sufre una variante notable: por un lado, el socialismo en la URSS ya no es un objetivo a realizar sino un hecho acabado, una conquista alcanzada;⁷¹ por otro lado, este socialismo no es todavía una sociedad sin clases (según la concepción de Marx y Lenin, aceptada, hasta poco años antes como se ha visto, por el mismo Stalin) sino solamente una sociedad en la que ha sucedido una profunda modificación de la *estructura de clases*. Abandonado el objetivo de una "sociedad socialista sin clases", parece sin embargo que hubieran desaparecido los presupuestos de la lucha de clases, al estar las nuevas estructuras de clases exclusivamente constituidas por clases aliadas y amigas (la clase obrera, la clase de los campesinos y el estrato social de los intelectuales). De allí, inmediatamente, se sabrá en cambio que en esta sociedad la lucha de clases está destinada a agudizarse y a estallar en formas cada vez más ásperas contra los "residuos de las clases destruidas", de acuerdo con la conocida "teoría" enunciada por Stalin en 1937 para justificar los grandes "procesos" y las represiones en masa. Pero también dicha "teoría", poco después, será abandonada. La tela del nuevo vestido teórico es tal que precisa continuos remiendos.

En realidad, en el desarrollo de estos fenómenos, que requieren un específico y liberado análisis histórico-político, la dimensión teórica en sustancia se ha ido enrareciendo. Es posible restaurarla sólo recuperando el nivel teórico propio de Marx y Lenin, y tratando de no olvidar una vieja advertencia de Engels:

"El olvido de los grandes problemas esenciales ante los intereses pasajeros del momento; la carrera tras los éxitos efímeros y la lucha en torno a ellos, sin preocuparse de las consecuencias ulteriores; el abandono del futuro del movimiento, el cual se sacrifica al presente, todo ello puede tener móviles honestos. Mas todo esto no es más que oportunismo. Y el oportunismo 'honesto' puede resultar el más peligroso de todos los oportunismos".⁷²

VALENTINO GERRATANA

**ESTADO SOCIALISTA
Y CAPITALISMO DE ESTADO**

1. Las ideas de Lenin sobre el capitalismo de estado en un estado socialista no han tenido nunca mucha fortuna. Acogidas con difidencia y replicadas polémicamente por Bujarin en su primera formulación del año 1918, no encontraron mayor favor cuando fueron presentadas nuevamente en 1921-2 a manera de defensa de la NEP, aun aceptando prácticamente la orientación de la *Nueva Política Económica*, muchos de los mismos colaboradores de Lenin no ocultaban su resistencia a la utilización de una categoría como la de "capitalismo de estado", que parecía empañar la naturaleza de clase del estado soviético. Trotski, por ejemplo, hablando en el IV Congreso de la Internacional Comunista (el día siguiente al de discurso en que Lenin había ratificado una vez más sus posiciones, en cuanto a la relación entre NEP y capitalismo de estado), tendía a subrayar: "Yo no empleo demasiado complacido el término capitalismo de estado... Si nosotros llamamos a nuestra situación capitalismo de estado es en sentido muy convencional y yo evito complacido ese nombre".¹ Lenin, por su parte, no sólo prefería *no evitar* dicha denominación, sino que, aun reconociendo que el capitalismo de estado tal cual existía en el estado soviético era un "capitalismo de estado particular" y no correspondía al "concepto ordinario de capitalismo de estado",² demostraba con claridad que estaba atribuyendo al término un significado en nada convencional. Poco después del IV Congreso, en uno de sus últimos escritos —en la segunda parte del artículo sobre la cooperación (6 de enero de 1923)— al responder a las dudas de "algunos jóvenes compañeros" (pero también a las de los menos jóvenes), a quienes les parecía "que no se podía llamar capitalismo de estado a un régimen en el que los

medios de producción pertenecen a la clase obrera y en el que ésta es dueña del poder estatal". Lenin escribía entre otras cosas: "lo importante para mí era establecer la continuidad entre el capitalismo de estado corriente y aquel otro no común, incluso excesivamente extraordinario de capitalismo de estado, al que me referí al introducir al lector en la nueva política económica".³

Sin embargo, se hacía posible ver en este artículo sobre la cooperación, considerado aisladamente, una cierta atenuación de la insistencia con que Lenin había defendido antes la idea de utilizar el capitalismo de estado en la estrategia del período de transición hacia el socialismo. ¿Se trataba de una rectificación? Así lo consideró Bujarin, cuando en 1925 trató de utilizar, entre otras cosas, también este artículo de Lenin para construir una teoría del desarrollo socialista basada, por un lado, en la extensión de la NEP y por el otro, en la exclusión del capitalismo de estado del modelo de desarrollo propuesto. Según Bujarin, el plan estratégico indicado por Lenin en su artículo sobre la cooperación, de 1923, era "completamente distinto"⁴ del plan que el mismo Lenin pensaba en 1921, al iniciarse la NEP, cuando había escrito el opúsculo sobre los impuestos en especie. Más adelante veremos en toda su extensión el significado de esta interpretación bujariniana; por ahora recordemos que uno de sus presupuestos decía que Lenin, en el último período de su vida, habría abandonado sus viejas ideas sobre el capitalismo de estado para acercarse a las que al respecto habían sido, siempre las posiciones de Bujarin. Todo ello era dicho de manera bastante explícita en un artículo de Bujarin del mismo período (revista *Krasnata Nov*, mayo de 1925),⁵ citado a menudo en las polémicas del XIV Congreso.⁶ En esta oportunidad Stalin, aun no estando dispuesto a admitir que Bujarin hubiera tenido razón contra Lenin (pero ablandaba diplomáticamente sus reservas hablando de un "simple malentendido" por la declaración del artículo de *Krasnata Nov*),⁷ se alineaba en sustancia con las posiciones de Bujarin y excluía, polemizando con Zinóviev, la posibilidad de que el capitalismo de estado conservara todavía un papel importante para el desarrollo de la economía soviética. Aceptando la interpretación de Bujarin, que veía el capitalismo de estado solamente en el capitalismo de concesiones y en los establecimientos dados en arriendo, y como estas formas no habían tenido sino un escasísimo desarrollo, Stalin podía afir-

mar que se había establecido ya una relación directa entre la industria socialista estatal y la economía campesina privada, sin esa mediación del capitalismo de estado que Lenin en su época había considerado necesaria:

"En 1921 —cuando casi no teníamos una industria propia, nos faltaban materias primas y los medios de transporte estaban paralizados—, Lenin proponía el capitalismo de estado como medio por el cual pensaba ligar la economía campesina a la industria. Y era justo. ¿Pero significa ello acaso que Lenin consideraba a este camino como ausplicable en todas las condiciones? Evidentemente no. El se había decidido por la alianza a través del capitalismo de estado porque no teníamos una industria socialista desarrollada. ¿Y ahora? ¿Puede decirse acaso que ahora no tenemos una industria de estado desarrollada? Evidentemente no puede decirse eso. El desarrollo ha seguido otro camino: las concesiones casi no han hecho pie, la industria de estado ha tomado impulso, han tomado impulso el comercio estatal y la cooperación y, a través de la industria socialista, se ha ido estableciendo la alianza entre la ciudad y el campo. Nos hallamos en una situación mejor de lo que nosotros mismos habíamos pensado".⁸

Es cierto que Lenin jamás había considerado que el capitalismo de estado fuera una categoría permanente de la construcción socialista, pero es difícil desmentir a Zinóviev cuando juzgaba que considerar a esta categoría como ya superada en la economía soviética de 1925, significaba un embellecimiento falso de la realidad. Solamente así era que podía hablarse de una "industria socialista desarrollada", mientras la producción industrial no había alcanzado todavía el nivel prebélico y en el volumen de conjunto de la producción la agricultura (producción privada de 22 millones de haciendas campesinas) predominaba todavía sobre la industria. Pero había algo de escolástico, y posiblemente también de instrumental, en la manera con que Zinóviev, en 1925, defendía, en nombre de la ortodoxia leninista, la categoría de capitalismo de estado. Alineando una serie de citas de Lenin se podía demostrar también que Bujarin, en este problema, se había alejado del leninismo (y esto era en sustancia lo que interesaba sobre todo a Zinóviev), pero no que el problema fuera efectivamente fundamental para comprender la estructura de la economía soviética. Además, no parece que el mismo Zinóviev, luego

del xiv Congreso, haya tenido todavía oportunidad de volver sobre la cuestión: al aliarse muy pronto con Trotski —difidente, como se ha visto, de esta temática—, ya no tenía interés por levantar un problema tan controvertido. Es un hecho que el problema del capitalismo de estado en el sistema soviético fue tácitamente sepultado. En los debates posteriores e internos del partido bolchevique no se hallan ya huellas de él.

2. El significado del debate sobre las relaciones entre socialismo y capitalismo de estado puede ser esclarecido sólo si nos remontamos a las cuestiones más generales que aparecen, directa o indirectamente, envueltas en el análisis de dichas relaciones. En este sentido, deben precisarse los términos del contraste entre Lenin y Bujarin: se trata de términos más vastos de los que resultan inmediatamente de su polémica sobre el capitalismo de estado, ya que la raíz del contraste se encuentra en ese nudo crucial que es la investigación alrededor de los problemas del imperialismo.

Lenin y Bujarin trabajan simultáneamente⁹ en el análisis del imperialismo en cuanto forma extrema del desarrollo capitalista, y los resultados que obtienen coinciden en gran parte. Pero tiene importancia el subrayar algunas diferencias. La diferencia más evidente parece jugar a primera vista en favor de Bujarin: su análisis es mucho más completo y orgánico, teóricamente más compacto, en relación al que encontramos en el libro de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No se trata sólo del hecho de que el estilo y la estructura formal de esta obra de Lenin, como de todo escrito suyo, adolezca de una falta de decantación teórica. La diferencia no es solamente formal, y toca también los contenidos del análisis. Por eso estaría fuera de lugar, como se ha observado justamente, considerar este libro de Lenin como "base exclusiva de análisis de la nueva realidad del capitalismo, como cuerpo de doctrina".¹⁰ Pero se hace necesario también subrayar que Lenin no había querido ofrecer en su libro un análisis completo y exhaustivo de todas las transformaciones acaecidas en la nueva fase del capitalismo: su búsqueda permanece entonces abierta a nuevos desarrollos; y él mismo, luego de 1916, profundiza su investigación en torno a aspectos fundamentales de la realidad contemporánea sobre los que antes no había detenido suficientemente la atención. Así en *El estado y la revo-*

lución, enfrenta el problema del estado, que, como escribe en el prólogo (agosto 1917), "adquiere en la actualidad una importancia singular", pues "la guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado". Y es fácil observar que en su libro precedente sobre el imperialismo Lenin no se había ocupado para nada ni del capitalismo de estado ni en general de las nuevas funciones que asume el estado en la fase del capitalismo monopolista, es decir en la fase del imperialismo: temas que, en cambio, están bien presentes en el libro de Bujarin *La economía mundial y el imperialismo*.

Pero el análisis hecho en el libro de Bujarin no sólo es más completo que el de Lenin; también es completo en sentido absoluto, vale decir en cuanto ofrece un modelo teórico perfectamente estructurado, no susceptible entonces de integraciones importantes. En sustancia, da lugar a un sistema cerrado, que justamente en su perfección formal revela un vicio de origen de carácter metodológico. Bujarin, ingenio muy vivaz y de vasta cultura, está entre esos teóricos marxistas que se mueven con absoluta comodidad en el campo de las construcciones más abstractas de la ciencia, pero que también por eso son llevados a abusar del método de la abstracción científica: el abuso consiste en el ceder a la tentación de reconducir a armónicas combinaciones los datos extraídos de la investigación científica. No siendo un simple repetidor de Marx, Bujarin trata de apropiarse tanto de sus resultados como de su método, para enfrentar de modo autónomo los nuevos problemas de nuestro tiempo. Bujarin, citando la *Einleitung* marxista de 1857,¹¹ escribe que "es necesario poner aparte lo que hay de específico, de distintivo en nuestra época y hacer su análisis. Tal ha sido el método de Marx y tal debe ser la manera como un marxista debe abordar el análisis del imperialismo".¹² Este, sin embargo, es sólo un momento, aunque fundamental, del método de Marx; el otro momento, no menos esencial (pero que Bujarin olvida), es el que permite, luego, hallar los elementos específicos, aislados de la investigación, en la trama de lo concreto, donde ellos naturalmente no se encuentran jamás en el estado puro, pues "lo concreto es concreto porque es síntesis de muchas determinaciones y unidades, entonces, de lo múltiple."¹³ Veamos cómo se re-

fleja esta insuficiencia metodológica de Bujarin en el análisis del imperialismo, que de todas maneras es en muchos aspectos sumamente penetrante y encierra conclusiones absolutamente valideras.

Característica fundamental del imperialismo —ya en el análisis de Bujarin, ya en el de Lenin— es la transformación de la concurrencia en monopolio, el pasaje del capitalismo a su fase monopolista. Por otro lado, tanto Lenin como Bujarin saben bien que la concurrencia no es un simple *incidente* del capitalismo, una manifestación contingente suya, sino algo atingente a su *estructura esencial*. Un capitalismo sin concurrencia, sin el resorte de la libre iniciativa, ya no sería capitalismo, sino un sistema que ha logrado escapar a las contradicciones a través de las cuales se imponen las leyes materiales, *objetivas*, del modo de producción capitalista. En nada parecido pensaba Bujarin que, en cambio, es muy preciso al respecto:

“Las contradicciones fundamentales del capitalismo, que a medida de su desarrollo se reproducen cada vez más, encuentran en nuestra época una expresión particularmente violenta. El carácter anárquico de la sociedad capitalista tiene su fundamento en el hecho de que la economía social no es una colectividad organizada, movida por una voluntad única, sino un sistema de economías ligadas entre sí por el cambio, que cada una de ellas produce por su propia cuenta y a la ventura, sin estar jamás en estado de adaptarse más o menos a la importancia de la demanda y a la producción de las otras economías individuales. Las formas de esta concurrencia pueden ser muy diferentes.”¹⁴

En el estadio monopolista la concurrencia capitalista no es eliminada, sino que sólo cambia de *forma*; y precisamente, según Bujarin, se transfiere del plano del mercado interno de las economías nacionales al plano del mercado mundial: “La concurrencia alcanza su desarrollo máximo: *la concurrencia de los trusts capitalistas nacionales en el mercado mundial*. En el seno de las economías nacionales, la concurrencia se reduce al *mínimum*, para resurgir fuera en proporciones fantásticas, desconocidas en las precedentes épocas históricas.”¹⁵

No hay dudas de que, de tal manera, Bujarin aprehende una tendencia específica del desarrollo capitalista en la época

del imperialismo: una tendencia que, con otros términos, también es puesta de relieve en el análisis de Lenin. Pero, a diferencia de Lenin, él llega a desdeñar como cosa sin importancia todo aquello que no entra en esta tendencia o que la contradice. Así puede escribir que la concurrencia, descargándose sobre el mercado mundial, “*se reduce al mínimum*” en el mercado interno de cada una de las economías nacionales; y en la conclusión del libro, con una simplificación posterior, también esta “reducción al mínimum” desaparece y, en fin, la concurrencia queda *eliminada* por entero dentro de las economías nacionales.¹⁶

Este último pasaje resulta además justificado por la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. No hay en esta transformación, según Bujarin, un salto de cualidad, sino sólo la acentuación de una tendencia ya activa desde los comienzos del nuevo estadio monopolista del capitalismo. Con el desarrollo de los monopolios no sólo aumenta la importancia del poder estatal: también se modifican sus estructuras y en este sentido Bujarin define a la economía nacional como un “trust capitalista de Estado” *todavía antes* de que el capitalismo monopolista se haya transformado directamente en capitalismo monopolista de Estado. Es decir, todavía antes de esta última transformación el desarrollo de la concentración y de la centralización de los capitales ha alcanzado niveles tales que la economía nacional aparece como “*un solo gigantesco trust combinado, cuyos accionistas son los grupos financieros y el Estado*”. Sin embargo, esta definición —subraya Bujarin— debe entenderse con cierta aproximación, porque no es posible identificar la estructura de la economía nacional con la estructura del “trust en estricto sentido”:

“Este constituye una organización mucho más centralizada y menos anárquica. Pero, en cierto modo, sobre todo con relación a la fase precedente del capitalismo, los Estados económicamente desarrollados han llegado, por así decirlo, a un punto en que se les puede considerar como una especie de organización trustificada o, conforme al nombre que le hemos dado, como trusts capitalistas nacionales.”¹⁷

Por otro lado, a causa del estímulo de la guerra y de la preparación imperialista de la guerra, la estructura interna del

"trust capitalista de Estado" se modifica y se vuelve cada vez más similar a la de un "verdadero trust"; se tiene entonces "un proceso de centralización acelerada en el ámbito del trust capitalista de Estado que se desarrolla hasta su forma más alta": la del *capitalismo de Estado*.

Bujarin hace la reseña de las distintas formas asumidas en los países beligerantes por este capitalismo de Estado, a través del cual se expresa el colosal reforzamiento de la intervención del Estado en la vida económica (formación de monopolios estatales y de empresas mixtas, regulación de la distribución y del crédito, organización del consumo por parte del Estado),¹⁸ y polemiza contra la mistificación reformista que ve en este sistema un "socialismo de guerra" (*Kriegssozialismus*) y un "socialismo de Estado" (*Staatssozialismus*). En realidad, no se ha dado cambio alguno en las relaciones de clases, pues solamente aparece "el poder potenciado de la clase que es dueña de los medios de producción en dimensiones jamás vistas hasta ahora": entonces

"Asimismo, es no sólo arriesgado sino completamente absurdo aplicar al presente estado de cosas una terminología que va más allá de las relaciones capitalistas. *Kriegssozialismus* (socialismo de guerra) y *Staatssozialismus* (socialismo de Estado) son términos que se utilizan con el fin evidente de inducir al error y de disimular con una bonita palabra "el verdadero fondo de las cosas, que está muy lejos de ser bello".¹⁹

Según Bujarin entonces ni siquiera el capitalismo de Estado puede resolver las contradicciones del capitalismo: por el contrario, las reproduce continuamente en escala extendida y las exaspera hasta el punto en que se vuelven insostenibles. El resultado no puede ser sino uno: "el estallido de toda la caldera capitalista" y su sustitución por una estructura productiva distinta del organismo social, por la organización de una sociedad socialista.

3. Al escribir que el imperialismo es "la vigilia de la revolución socialista", Lenin demuestra compartir en principio las conclusiones del análisis de Bujarin (y también no pocos de los desarrollos de tal análisis coinciden o pueden integrarse en buena parte con el análisis de Lenin). Pero cambia el tono, y el ca-

rácter mismo de la argumentación aparece *sustancialmente* distinto. Ello no depende del hecho de que el libro de Bujarin y su precedente esbozo de 1915 hayan sido escritos sin preocupación por la censura, mientras Lenin, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, se había impuesto un lenguaje de la mayor prudencia posible a fin de hacer publicable su libro, bajo la censura zarista. El contraste de método y las diferencias del análisis emergen con toda evidencia en el debate siguiente, cuando perdieron fuerza las razones extrínsecas y formales que habían diferenciado el lenguaje y el estilo de los dos escritos teóricos.

La primera diferencia sustancial se refiere a la relación establecida en la fase imperialista del capitalismo entre concurrencia y monopolios. Ya se vio cómo en Bujarin la oposición entre estos dos términos queda superada en una visión teórica simétrica, en la que al *crecimiento* de la lucha concurrencial entre los grandes complejos monopolistas del mercado mundial corresponde un *decrecer* de la concurrencia dentro de cada una de las economías nacionales, dentro de lo que él define con términos significativos un "trust capitalista de Estado". En realidad, esta caracterización simétrica no se funda en un análisis de los datos económicos objetivos, sino que resulta más bien de exigencias formales de construcción armónica del esquema teórico, es decir de la exigencia de llenar los *vacíos* del análisis.²⁰

Inmune a este tipo de tentaciones, Lenin no tiene la menor necesidad de buscar las *compensaciones lógicas* (imaginarias) a las *descompensaciones reales* producidas por la agudización de las contradicciones capitalistas. Nada hay que señale que el desencadenamiento de la lucha concurrencial de los grandes grupos monopolistas en el mercado mundial encuentre una correlación en el atenuarse de la concurrencia en el mercado interno de la producción capitalista. La situación es mucho más compleja de lo que aparece en el esquema de Bujarin. Con el desarrollo del capitalismo en su fase imperialista se tiene un desarrollo de las contradicciones capitalistas que tocan *todos los aspectos* de las relaciones sociales. Lenin, sintetizando los resultados de su análisis (que se refiere sobre todo, como es sabido, a la esfera de las relaciones económicas), escribe:

"El imperialismo surgió como desarrollo y continuación di-

recta de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente al llegar a un grado muy alto de su desarrollo, cuando algunas de sus características fundamentales comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Lo que hay de fundamental en este proceso, desde el punto de vista económico, es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas. *La libre competencia es la característica fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es todo lo contrario de la libre competencia, pero esta última se va convirtiendo ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción, desplazando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta tal punto, que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los carteles, los sindicatos, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de una docena escasa de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que se derivan de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella, engendrando así contradicciones, rozamientos y conflictos particularmente agudos y bruscos. El monopolio es el tránsito del capitalismo a un régimen superior.*²¹

Las implicaciones de esta conclusión de Lenin son de extrema importancia. En el análisis de Bujarin —ya lo hemos visto—, la libre competencia que coexiste con los monopolios (independientemente de la transferencia de la lucha concurrencial de los “trusts capitalistas de Estado” al mercado mundial), es un residuo despreciable condenado a desaparecer: ello significa que las contradicciones del capitalismo se descargan totalmente en la guerra de exterminio entre las potencias imperialistas y que solamente en esta explosión puede surgir, como *catarsis* de solución, la revolución socialista. El planteo de Lenin es distinto, y lleva, aun políticamente, a conclusiones por lo menos en parte distintas. Si los monopolios pudieran, en el plano de las relaciones de producción de cada una de las economías nacionales, suplantarse por completo a la libre competencia, ello significaría

que el capitalismo monopolista está en condiciones de salirse, dentro del Estado nacional, del cuadro de las leyes fundamentales del capitalismo, porque la libre concurrencia, como lo recuerda Lenin, es “elemento esencial del capitalismo y de la producción mercantil en general”. Pero, en cambio, al decir que el monopolio en directa contraposición a la libre concurrencia, reemplaza a esta *sin eliminarla, coexistiendo con ella*, Lenin pone de relieve una característica esencial del capitalismo monopolista en cuanto *fase de transición*: ser, precisamente, “capitalismo de transición” (por lo tanto, “capitalismo moribundo”). Lenin insiste en este elemento desde el comienzo hasta el fin de su exposición, desde el primero hasta el último capítulo del libro. La transformación de la concurrencia en monopolio, significa un “inmenso proceso de socialización de la producción”: “El capitalismo, en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por así decirlo, a los capitalistas, en contra de su voluntad y conciencia, a un nuevo régimen social, de transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa.”²² Pero todavía estamos bien lejos de este “nuevo ordenamiento social”, de la completa socialización de la producción: la base de la producción de mercancías (el reino de la libre concurrencia) está ya minada, pero sigue sobreviviendo y gobierna aun a todo el sistema. Pero, sin embargo, el cambio es profundo, y conmueve todos los aspectos del desarrollo capitalista. El viejo capitalismo de la libre concurrencia escribe Lenin en otro lugar, “pasa a la historia”, y resulta suplantado por “el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una mezcla de la libre competencia y del monopolio”.²³ La nueva fase del capitalismo no puede ir más allá de esta *mezcla*, y por ello “el tránsito del capitalismo a un ordenamiento superior de la economía” no puede darse sino a través de una serie de “contradicciones”, rozamientos y conflictos particularmente agudos y bruscos.

Para Bujarin *una sola* de estas contradicciones —la que estalla en la guerra imperialista— tiene real importancia como clave y como salida resolutive de todas las otras contradicciones (de allí, por ejemplo, su hostilidad al principio de la autodeterminación de las naciones, que ve como un impedimento a la revolu-

ción socialista mundial, única respuesta posible a la guerra imperialista). Para Lenin, en cambio, el reconocimiento del valor revulsivo de la guerra imperialista, como principal eje estratégico de la revolución socialista, no excluye la *búsqueda* de las vías específicas a través de las cuales puede ligarse a este eje toda la *serie* de ásperas y repentinas contradicciones, de desgastes y de conflictos, suscitados o exasperados por la fase monopolista del capitalismo. Pero se hace también evidente que una búsqueda tal no puede ser cumplido de una vez por todas: el carácter *abierto* de la búsqueda de Lenin es entonces momento esencial ya de su método de análisis científico ya de su elaboración de una estrategia revolucionaria. Deriva una diferencia fundamental en la manera misma de concebir la revolución socialista, según Lenin y según Bujarin: mientras para este último la revolución socialista consiste en la sustitución inmediata de la formación económico-social *homogénea* del capitalismo, que ha estallado en su último estadio monopolista, por una nueva formación económico-social igualmente homogénea, para Lenin, en cambio, se trata de pasar de un sistema de transición, que permanece en el cuadro (aunque deformado) del capitalismo, a otro sistema de transición, que ha salido de ese cuadro pero que utiliza del primero todo lo utilizable en él para llegar al final, gradualmente, a un "ordenamiento superior de la economía". La polémica sobre el capitalismo de Estado se inserta en esta oposición, y no puede entenderse fuera de ella.

4. Como consecuencia inevitable del carácter abierto de la búsqueda de Lenin es posible encontrarse, en el curso de su investigación con elementos de primera aproximación, destinados a corrección a través de sucesivas rectificaciones y precisiones. Ello sucede también en el desarrollo de su pensamiento alrededor del problema del capitalismo de estado. En *El estado y la revolución* se polemiza contra la tendencia reformista a embellecer el capitalismo de estado como sistema que habría superado ya al capitalismo y que podría ser llamado entonces "socialismo de estado". Se trata de una polémica presente ya, como se ha visto, en el libro de Bujarin *La economía mundial y el imperialismo*. A propósito de una afirmación de Engels, que ya en 1891 había escrito que no se puede hablar de "ausencia de plan"

Planlosigkeit) ante el capitalismo de los trusts "que dominan y monopolizan ramas enteras de la industria", Lenin dice:

"Aquí se encierra lo más fundamental de la apreciación teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo, a saber: que el capitalismo se convierte en un *capitalismo monopolista*. Conviene subrayar esto, pues el error más generalizado está en la afirmación reformista-burguesa de que el capitalismo monopolista o monopolista de estado *no es ya* capitalismo, que puede llamarse ya socialismo de estado y otras cosas por el estilo. Naturalmente, los trusts no entrañan, no han entrañado hasta hoy ni pueden entrañar, una planificación completa. Pero por cuanto son ellos los que trazan los planes, por cuanto son los magnates del capital quienes calculan de antemano el volumen de la producción en escala nacional o incluso internacional, por cuanto son ellos quienes regulan la producción con arreglo a planes, permanecemos, a pesar de todo, dentro del *capitalismo*: aunque en una nueva fase de este, permanecemos, indudablemente, dentro del capitalismo. La 'proximidad' de tal capitalismo al socialismo debe constituir, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la urgencia de la revolución socialista, pero no, en modo alguno, un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que niegan esta revolución y ante los que hermocean el capitalismo, como hacen todos los reformistas".²⁴

Del desarrollo posterior de la investigación leninista resulta que en este pasaje de *El estado y la revolución* hay una palabra de más: el término *facilidad*. No se trata de una palabra escapada, casi por azar. Todo el planteo de este ensayo de Lenin sobre el estado se basa en la hipótesis de que, mientras desde el punto de vista político es necesario demoler el aparato burocrático del estado burgués, al mismo tiempo es posible, sin particulares dificultades, utilizar inmediatamente el aparato productivo heredado de la sociedad capitalista en su más alta fase de desarrollo, transformando directamente en socialismo propiamente dicho el mecanismo creado por el capitalismo de estado. No se trata, entiéndase bien, de *transferir* simplemente este mecanismo, así como es, al socialismo, sino de *transformarlo*, con simples medidas políticas de carácter democrático, en algo cua-

litativamente distinto. Tomando el ejemplo del *correo* (y por cierto hay en esta elección un elemento de simplificación paradójica), como típica "empresa organizada al estilo de un monopolio capitalista de estado", Lenin escribe:

"El imperialismo va transformando poco a poco todos los trusts en organizaciones de este tipo. En ellos vemos esa misma burocracia burguesa entronizada sobre los 'simples' trabajadores, agobiados por el trabajo y hambrientos. Pero el mecanismo de la administración social está ya preparado aquí. No hay más que derrocar a los capitalistas, destruir, con la mano férrea de los obreros armados, la resistencia de estos explotadores, romper la máquina burocrática del estado moderno, y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica, libre del 'parásito' y perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, dando ocupación a técnicos, inspectores y contables y retribuyendo el trabajo de *todos* estos, como el de *todos* los funcionarios 'del estado' en general, con el salario de un obrero. He aquí una tarea concreta, una tarea práctica, inmediatamente realizable con respecto a todos los trusts, que libera a los trabajadores de la explotación y que tiene en cuenta la experiencia iniciada ya prácticamente (sobre todo en el terreno de la organización del estado) por la Comuna".²⁵

Pero es cierto que esta hipótesis de Lenin tenía un sentido sólo en cuanto se insertaba en un cuadro internacional: más que en la Rusia campesina él pensaba en los países capitalistas más evolucionados, donde la guerra había acelerado la transformación en amplia escala del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado. Durante todo 1917 Lenin insiste sobre la importancia de este proceso como índice de la ulterior maduración de las premisas objetivas de la revolución socialista en escala mundial. En la VII Conferencia del partido (24-29 de abril de 1917), luego de haber recordado todavía una vez más la previsión de Engels sobre la "planificación" capitalista, subraya la misma conclusión, que más tarde retomará con mayor síntesis (lo hemos visto) en *El estado y la revolución*:

"Durante el siglo xx, el desarrollo del capitalismo siguió avanzando a pasos agigantados y la guerra consiguió lo que en 25 años no se había conseguido. La estatización de la industria no

sólo ha hecho progresos en Alemania, sino también en Inglaterra. De los monopolios en general se ha pasado a los monopolios de estado. La situación objetiva de las cosas ha demostrado que la guerra vino a acelerar el desarrollo del capitalismo, transformándolo de capitalismo en imperialismo, de monopolio en estatización. Todo esto ha aproximado la revolución socialista, creándole condiciones objetivas. De este modo, el curso de la guerra ha impulsado la revolución socialista".²⁶

En una resolución presentada a la misma conferencia las grandes líneas de este proceso se aclaran más:

"Las premisas objetivas de la revolución socialista, que indudablemente existían ya antes de la guerra en los países más progresistas y desarrollados, seguían y siguen madurando a consecuencia de ésta, con vertiginosa rapidez. El desplazamiento y la ruina de la pequeña y mediana economía se aceleran más y más. La concentración e internacionalización del capital asumen proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de estado. Las circunstancias obligan a una serie de países a implantar la regulación social de la producción y de la distribución; algunos de ellos pasan a establecer el trabajo general obligatorio.

Dentro de un régimen de propiedad privada sobre los medios de producción, todos estos pasos hacia una mayor monopolización y una mayor estatización de la producción van acompañados inevitablemente de una intensificación de la explotación de las masas trabajadoras, del reforzamiento de la opresión, de trabas a la lucha contra los explotadores, acentúan la reacción y el despotismo militar y al mismo tiempo conducen inevitablemente a un increíble acrecentamiento de las ganancias de los grandes capitalistas a expensas de todas las demás capas de la población, a esclavizar por muchos decenios a las masas trabajadoras, imponiéndoles tributos para que los capitalistas puedan cobrar miles de millones de intereses por sus empréstitos. En cambio, una vez abolida la propiedad privada sobre los medios de producción, y con el paso de todo el poder del estado a manos del proletariado, esas mismas condiciones garantizarán el triunfo de una transformación social que pondrá fin a la explotación del hombre por el hombre y asegurará el bienestar de todos".²⁷

Todo ello se refiere al conjunto de la economía mundial, y

no a las condiciones particulares de Rusia. La resolución sigue diciendo: "El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una enorme población pequeñocampesina, no puede proponerse como meta inmediata la instauración de un régimen socialista".²⁸ Pero, en relación a la maduración de las premisas objetivas de la revolución socialista mundial, el proletariado ruso, aun sin proponerse la realización inmediata de la transformación socialista, puede plantearse el objetivo de individualizar una serie de medidas transitorias, prácticamente maduras, "que llevan hacia el socialismo". La discusión sobre estas medidas, y sobre las condiciones políticas en que ellas habrían podido ser realizadas, se abre en este período en el partido; pero un obstáculo para esta discusión consiste en la concepción que ve en la fase monopolista del capitalismo un todo orgánico, homogéneo, y entonces no logra concebir la revolución socialista sino como explosión de este "todo", con la sucesiva sustitución de este por otro todo orgánico. Un debate sobre el tema comienza en la misma séptima Conferencia, a propósito de la revisión del programa del partido, y sigue durante dos años, hasta el VIII Congreso (marzo de 1919). Y es justamente en el curso de tal debate que surgen explícitamente, en una confrontación directa, las diferencias entre el análisis leninista y el de Bujarin respecto del imperialismo.

5. En la VII Conferencia, Lenin, al presentar un primer programa de revisión del viejo programa del partido, se había limitado, en la parte teórica, a *integrar* el viejo texto referido a la caracterización de las leyes de desarrollo del capitalismo (escrito en su época teniendo en cuenta sólo al capitalismo premonopolista), con una nueva parte relativa a la nueva fase del imperialismo y al desarrollo de los monopolios. La comisión encargada de examinar este proyecto de Lenin no quedó satisfecha y, juzgando "mecánica" dicha *integración*, requirió una completa reelaboración de toda la parte general del programa de manera de volverla más homogénea al análisis del imperialismo. La réplica de Lenin, muy decidida, ratifica aquellos aspectos de su análisis del imperialismo como "capitalismo de transición", sobre el que ya nos hemos detenido. Las características fundamentales del capitalismo "no han sido modificadas de raíz por el imperialismo o

época del capital financiero. El imperialismo es la última etapa del desarrollo del capitalismo, su fase superior, fase en cierto modo de transición al socialismo. Por eso no puedo considerar como 'mecánico' agregar, al análisis de las características fundamentales del capitalismo en general, un análisis del imperialismo. El imperialismo en realidad no reestructura *ni puede reestructurar* de arriba a abajo al capitalismo. El imperialismo complica y agudiza las contradicciones del capitalismo, 'entrelaza' la libre concurrencia con los monopolios, pero *no puede suprimir* el intercambio, el mercado, la concurrencia, las crisis, etc. [...] Por eso es teóricamente incorrecto prescindir del análisis del intercambio, de la producción de mercancías, de las crisis, etc., en general, y 'sustituirlo' por el análisis del imperialismo *como un todo*. Porque no existe tal todo. Existe un *tránsito* de la competencia al monopolio; por eso reflejará mucho más certeramente, mucho más exactamente la realidad, un programa que conserve el análisis general del intercambio, de la producción de mercancías, de las crisis, etc., con el agregado de los rasgos característicos de los monopolios. Precisamente esta conjunción de los dos principios 'contradictorios': la competencia y el monopolio, es lo que caracteriza el imperialismo y lo que lo conduce a su bancarrota, es decir, hacia la revolución socialista".²⁹

A primera vista puede parecer sorprendente que en este esbozo de programa del partido presentado por Lenin en la VII Conferencia no se hable en absoluto del capitalismo monopolista de estado, cuya importancia, sin embargo, había sido puesta de relieve por Lenin, como hemos visto, en otras intervenciones en la misma conferencia.³⁰ Pero debemos observar que en el análisis de Lenin (y también en el de Bujarin), entre capitalismo monopolista y capitalismo monopolista de estado no existe diferencia cualitativa alguna: el segundo desarrolla, exasperándolas, las mismas tendencias a la centralización que son propias del primero, pero no da vida a una *nueva tendencia* del desarrollo capitalista, como sucede con el imperialismo respecto del capitalismo premonopolista. Lo que para Lenin hay de nuevo en el capitalismo monopolista de estado es sobre todo un *hecho organizativo*, destinado a favorecer en presencia de determinadas condiciones políticas, el pasaje al socialismo. Por eso vuelve a ocuparse de la cuestión cuando se trata de elaborar las medidas

transitorias posibles en la Rusia revolucionaria en la vigilia de Octubre. El plan más detallado de tales medidas está trazado, como es sabido, en el opúsculo, escrito por Lenin, en setiembre, *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*. Y es en el contexto de estas medidas transitorias que el capitalismo de estado queda definido como "la preparación *material* más completa para el socialismo", "su antesala", "un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*".³¹

Probablemente haya en esta definición una particular acentuación enfática, aun cuando Lenin guste de remitirse a ellas varias veces (caso más bien raro) en sus escritos posteriores. Pero es cierto que luego de la Revolución de Octubre Lenin tendrá oportunidad de prever muchos otros "peldaños intermedios" antes de llegar a un ordenamiento económico-social que se pueda llamar socialismo. En realidad, otras expresiones del mismo opúsculo sobre *La catástrofe que nos amenaza* suenan más prudentes: así, luego de haber subrayado el carácter opresivo del capitalismo monopolista de estado en el "estado de los junkers y los capitalistas", Lenin afirma que esta misma organización productiva "en un estado verdaderamente democrático, revolucionario, representa, inevitablemente, infaliblemente, un paso, pasos hacia el socialismo!". Pero la hipótesis sigue siendo aquella, ya delineada en *El estado y la revolución*, de una transformación directa del capitalismo de estado en socialismo: "Pues el socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista de estado. O dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado de ser monopolio capitalista*".³²

Todo lo que hay de excesivamente rígido en estas fórmulas quedará aclarado con posterioridad por el mismo Lenin. Para que el monopolio capitalista de estado sea verdaderamente puesto al servicio de todo el pueblo, dejando de ser tal cosa, es necesario que la clase obrera haya *aprendido a servirse* del poder que ha conquistado para llevar a fondo la transformación socialista: pero el proceso no es automático, y tampoco será fácil. En cambio, en la perspectiva de una transformación directa, fácil e inmediata, podían parecer no infundadas las objeciones que en el mismo período oponía Bujarin al proyecto de Lenin para la re-

visión del programa del partido. Siguiendo la discusión iniciada en abril en la VII Conferencia, Bujarin observaba que en tal perspectiva era ya inútil mantener en el programa —según el proyecto de Lenin— las reivindicaciones del programa mínimo (es decir las reivindicaciones realizables antes de llegar al socialismo, en el cuadro de un régimen burgués). Luego de haber confirmado la premisa, de acuerdo a la cual "en momentos revolucionarios, en una revolución, el capitalismo monopolista de estado lleva *directamente* al socialismo", la respuesta de Lenin (6-8 de octubre) empieza recordando que no es sabio "cantar victoria antes de la batalla". Se trata de una batalla que por el momento comienza en Rusia, pero no se restringe por cierto a un ámbito nacional:

"Lo primero es realizar en la práctica las medidas de transición hacia el socialismo, llevar adelante nuestra revolución, hasta el triunfo de la revolución socialista mundial; una vez conseguido eso, *'cuando podamos cantar victoria'*, será el momento de suprimir *por inútil* el programa mínimo".

Y si la victoria, en la vigilia de la Revolución de Octubre era ya previsible en Rusia, menos previsible aparecía en Occidente:

"No sabemos cuánto tardará en estallar, después de nuestro triunfo, la revolución en los países occidentales. No sabemos si después de nuestro triunfo sobrevendrá algún período transitorio de reacción y triunfo de la contrarrevolución —imposible no es, ni mucho menos—; por eso, una vez que triunfemos, levantaremos una 'triple línea de fortificaciones' contra semejante posibilidad".

Pero también en el plano de las relaciones económicas internas, la abolición inmediata de todo el "programa mínimo", aun luego de la victoria de la revolución socialista, es menos razonable de lo que parece a simple vista:

"Todos estamos de acuerdo en que el *miedo* a marchar hacia el socialismo es una gran infamia y una *traición* a la causa del proletariado. Todos estamos de acuerdo en que los primeros y fundamentales pasos que se den en ese camino deben consistir en medidas tales como la nacionalización de los bancos y los carteles. Realicemos ante todo estas medidas y otras semejantes y *luego veremos*. Una vez conseguido eso, *sabremos mejor* a qué atenernos, pues la experiencia práctica que vale millones de ve-

ces más que los mejores programas, ampliará infinitamente nuestro horizonte. Es posible y hasta probable, y más aún, indudable, que tampoco aquí podamos prescindir de 'tipos combinados' de transición; así, por ejemplo, no nos será posible nacionalizar inmediatamente, ni someter siquiera a un verdadero control obrero, las pequeñas industrias con uno o dos operarios asalariados. Por insignificante que su papel sea, por atadas de pies y manos que esas industrias se vean, una vez nacionalizados los bancos y los trusts ¿para qué suprimir el programa mínimo mientras queden rincones, grandes o pequeños, en que perduren las relaciones burguesas? Como marxistas que sabemos lanzarnos audazmente a la mayor revolución del mundo sin dejar por ello de apreciar serenamente los hechos, no tenemos razones para suprimir los programas mínimos. Suprimiendo ahora el programa mínimo, demostraremos haber perdido la cabeza antes de llegar a triunfar. Y la cabeza no debemos perderla antes del triunfo, ni durante éste, ni después, pues si perdemos la cabeza, lo perderemos todo".³⁸

Encontramos aquí, junto a las líneas fundamentales del método leninista de elaboración de una estrategia revolucionaria, la clara conciencia de que el nuevo régimen que surgirá de la revolución no puede ser también él, *en alguna medida*, otra cosa que un régimen de transición, con formas económicas mixtas y hasta opuestas. En qué medida podrá presentarse esta transición, con qué combinación de formas económicas distintas, es algo que se podrá establecer solamente sobre la base de una experiencia práctica concreta, en relación al conjunto de condiciones internas e internacionales que se determinarán a cada momento en el curso de la lucha. Esto significa también que no sólo es inevitable, luego de la revolución, un régimen de transición, sino que deben preverse, en el cuadro de este régimen, *distintas fases* de transición, cada una con características distintas: no entonces, un *modelo único*, sino la búsqueda de sucesivas formas de desarrollo, de transformación socialista.

6. Es significativo que Lenin, después de Octubre, haya debido insistir largamente para que prevaleciera este punto de vista, contra la diferencia de muchos de sus colaboradores más directos. En el VII Congreso (marzo de 1918) y en el VIII Congreso (marzo de 1919), donde sigue y al final concluye la discusión sobre la

revisión del programa del partido, es todavía una vez más sobre todo en polémica con Bujarin que Lenin defiende su visión estratégica de un desarrollo gradual, aun durante un período de bruscos virajes y de rupturas revolucionarias. Según el punto de vista de Bujarin, afirma Lenin en el VII Congreso: "hay que borrar por completo, o bien eliminar casi toda la parte teórica del viejo programa, sustituyéndola por una nueva que caracterice no la historia del desarrollo de la producción mercantil y el capitalismo como lo hacía nuestro programa, sino la actual etapa del desarrollo superior del capitalismo —el imperialismo— y la transición directa a la era de la revolución social".

Las reservas de Bujarin se ligan ahora, como vemos, a las primeras críticas despertadas por el proyecto de Lenin en la VII Conferencia, de abril de 1917. Pero ahora, en el período del VII Congreso (turbado ya por el áspero choque sobre la paz de Brest-Litovsk), ni Lenin ni Bujarin tienen interés por agudizar más la polémica desde el punto de vista teórico. Lenin se limita entonces a defender su punto de vista, presentándolo como no inconciliable con el punto de vista diverso de Bujarin: justamente en una época de bruscos virajes de caídas gigantescas y de crisis revolucionarias, es mucho más necesario mantener la claridad de la perspectiva histórica general para no perderse en los zigzagues de la historia y "seguir el hilo rojo que une todo el desarrollo del capitalismo y todo el camino al socialismo" (un camino, agrega Lenin, "que, naturalmente, imaginamos recto, y debemos figurárnoslo recto para poder apreciar el comienzo, la continuación y el final; pero en la vida jamás será recto, sino increíblemente enmarañado").

Una vez más, entonces, una reclamación a juntar la audacia de la acción revolucionaria con la lucidez en la valorización de los hechos:

"Sólo hemos dado los primeros pasos para sacarnos de encima el capitalismo y comenzar la transición al socialismo. No sabemos, no podemos saber cuántas etapas de transición al socialismo habrá todavía. Eso depende del momento en que comience la revolución socialista europea en sus dimensiones verdaderas; de la facilidad, rapidez o lentitud con que se libere de sus enemigos y entre en el ya abierto camino del desarrollo socialista".³⁹

Un año más tarde, en el VIII Congreso, todos los términos

del debate sobre la estructura de la parte general (teórica) del programa del partido, retornan con claridad extrema, curriqueados por la nueva experiencia. Frente a Bujarin que sigue considerando anacrónico mantener todavía en el programa, en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, el análisis teórico de las viejas formas de capitalismo, Lenin puede ahora confirmar su tesis sobre el carácter "mixto" de las economías de transición: la experiencia de la posguerra muestra no sólo la tendencia hacia el desmantelamiento de algunas formas de capitalismo de estado, sino también, en algunos casos, ante las inmensas destrucciones provocadas por la guerra, una recesión hacia formas primordiales de capitalismo y de producción mercantil. Es, entonces, la realidad, y no —como lo insinúa Bujarin con irónica indulgencia— una patética sujeción al pasado de parte de los viejos revolucionarios, es la realidad la que induce a Lenin a tener en cuenta el carácter inorgánico de las tendencias que se desarrollan en la sociedad contemporánea. Tales tendencias serían incomprensibles si se aceptara la tesis de que el capitalismo monopolista ha logrado volver homogénea la estructura económica de toda la sociedad.

"Jamás ha existido, ni existe —reafirma ahora Lenin—, ni podrá existir un imperialismo puro, sin base capitalista. Esto no sería más que una falsa generalización de todo lo que se dijo acerca de los consorcios, los carteles, los trusts y el capitalismo financiero, presentando a éste como una formación que no tuviese su base en el antiguo capitalismo [...] En ninguna parte del mundo existió ni podrá existir el capitalismo monopolista sin la libre competencia en toda una serie de ramas".³⁵

Esta valoración teórica del desarrollo del capitalismo monopolista no está exenta por cierto de consecuencias para los problemas prácticos de la construcción de una estrategia revolucionaria:

"Si tuviésemos ante nosotros un imperialismo integral que hubiese transformado totalmente el capitalismo, nuestra tarea sería cien veces más fácil. Tendríamos así un sistema sometido todo él al capital financiero. Bastaría con eliminar la superestructura y entregar el resto al proletariado. Sería algo infinitamente agradable, pero la realidad es muy otra. En la realidad, el desarrollo que enfrentamos es distinto. *El imperialismo es la superestructura*

del capitalismo. Cuando se derrumba, se desmorona también la superestructura y queda al desnudo la base [...] Es posible que las revoluciones de Europa occidental se realicen con menos tropiezos; no obstante, se necesitarán largos, muy largos años para poder reorganizar el mundo entero, para reorganizar la mayoría de los países. Y ello quiere decir que en el período de transición que vivimos no nos sustraeremos a esta realidad heterogénea. No es posible dejar de lado esta realidad, integrada por partes no homogéneas, por poco elegante que ello nos parezca, ni cabe aquí echar por la borda las líneas divisorias. Un programa concebido de otra manera sería falso".³⁶

Una realidad en mosaicos: la metáfora no es acaso totalmente apropiada (por lo menos en el sentido más común del término), porque las partes heterogéneas de las que esa realidad estaba compuesta no se dejaban componer en buen orden como baldosas agregables de un mosaico. En un régimen que había salido fuera del cuadro del imperialismo y que avanzaba audazmente hacia el socialismo no era fácil, por ejemplo, encontrar un lugar para el campesino medio, es decir para un pequeño productor de mercancías que, recordaba Lenin, no se puede comprender sin recurrir al "abecé del capitalismo". La cuestión tampoco aparecía menos compleja en el campo de las relaciones internacionales. A Bujarin, que proponía sustituir el principio *burgués* de la autodecisión de las naciones por el principio *proletario* de la "autodecisión de los trabajadores", Lenin le podía objetar (con una advertencia inolvidable, aunque a menudo dejada de lado): "Tenemos que obrar de modo que los social-traidores alemanes no puedan decir que los bolcheviques tratan de imponer su sistema universal, que supuestamente podrían introducirse en Berlín detrás de las bayonetas del Ejército Rojo. Y, desde el punto de vista de quienes niegan el principio de autodecisión de las naciones, podría llegarse a esta conclusión".³⁷

7. En el período del comunismo de guerra, que es la particular fase de transición en que se ubica el debate del VIII Congreso, el choque de Lenin con el grupo de los "comunistas de izquierda" dirigido por Bujarin se había restringido a algunos temas teóricos generales, diferenciándose del período precedente, en particu-

lar durante los primeros ocho meses del régimen soviético, cuando ese choque tocara todos los principales problemas de la política interior y exterior del nuevo gobierno revolucionario. La hipótesis de la transformación directa del capitalismo monopolista de estado en socialismo había perdido inevitablemente todo relieve cuando el desastre del aparato productivo heredado del viejo régimen alcanzaba el ápice del caos de la guerra civil. Pero también en el período inmediatamente posterior a la Revolución de octubre la relación entre socialismo y capitalismo de estado se había presentado concretamente en una manera distinta de la prevista teóricamente antes de la revolución. Y es justamente sobre esta relación que, inmediatamente, después del VII Congreso, Lenin chocó con Bujarin y su grupo, en el curso de una dura polémica.

El grupo de los "comunistas de izquierda", derrotado en el VII Congreso en cuanto al problema de la paz de Brest-Litovsk, pronto volvió al ataque con las *Tesis sobre la situación actual*, discutidas el 4 de abril de 1918 en una reunión conjunta con el Comité central del partido, y publicadas el 20 de abril en el primer número de la nueva revista semanal *Kommunist*, órgano del grupo.³⁸ La polémica sobre estas tesis se desarrolla luego en la sesión del 29 de abril del Comité ejecutivo central de toda Rusia,³⁹ y es retomada posteriormente por Lenin en el largo artículo, publicado en mayo, *Sobre el infantilismo "de izquierda" y sobre el espíritu pequeño-burgués*. Aunque los problemas de la política exterior están todavía presentes en este debate, figuran en su centro los problemas de la política económica y tiene un particular relieve el tema de las relaciones entre socialismo y capitalismo de estado. En ese período se habían adoptado sólo medidas parciales de nacionalización —donde habían aparecido indispensables— pero en una situación de desastre económico Lenin no se mostraba en nada dispuesto a apresurarse por completar el proceso de confiscación y nacionalización, tratando en cambio de llegar a acuerdos con algunos grupos capitalistas que parecían inclinados a colaborar de alguna manera con el nuevo régimen en un programa de reanudación de la actividad productiva. No se puede decir entonces que los "comunistas de izquierda" se equivocaran por completo al escribir en sus *Tesis* que todo ello significaba "una detención en la destrucción de las relaciones capi-

talistas de producción y hasta su parcial renovación", y en sustancia, "una evolución hacia el capitalismo de estado".

El contraste no estaba en la representación de los hechos, sino en su valoración teórica y política. Lenin no juzgaba que las cosas fueran distintas de como las presentaba Bujarin, ni ponía en duda que se trataba hasta de un paso atrás en el desarrollo de las relaciones socialistas; pero pensaba que este paso atrás era necesario para encontrar una salida a una situación catastrófica y que por lo tanto representaba, en la práctica, un paso adelante en la *real* construcción del socialismo. Al decir que para la Rusia soviética de 1918 el capitalismo de estado habría constituido "un paso adelante", Lenin no describía evidentemente un modelo ideal, sino una situación histórica concreta en base a criterios teóricos que permanecían inalterados, fundamentalmente constantes, en toda su elaboración estratégica. A la pregunta de carácter general "¿Qué es el capitalismo de estado bajo el poder soviético?", Lenin contesta no con una completa definición formal, valedera para toda la existencia del poder soviético, sino en primer lugar —de acuerdo a un método habitual suyo— con una respuesta parcial y circunstanciada: "En la actualidad, realizar el capitalismo de estado significa imponer el control y la contabilidad que practicaban las clases capitalistas".⁴⁰

Inventario o control: con estos términos, sintéticamente, Lenin había señalado siempre las medidas que vuelven posible esa socialización de la producción necesaria para toda economía centralizada. En *El estado y la revolución*, el inventario y el control habían sido definidos como: "he aquí lo principal, lo que hace falta para 'poner en marcha' y para que funcione bien la primera fase de la sociedad comunista",⁴¹ es decir el socialismo. Y esto justamente es lo que Lenin recuerda a Bujarin, que en el mismo número de *Kommunist* donde habían aparecido las *Tesis* de los comunistas de izquierda había comentado *El estado y la revolución* destacando —seguramente no sin malicia— sólo sus aspectos *negativos* en relación al estado, o sea todo lo que allí se decía sobre la necesidad de romper el aparato del estado burgués.⁴² *Inventario y control* representaban entonces "lo que es común al capitalismo de estado como al socialismo".⁴³ Una caracterización tal, es evidente, no se encuentra en pugna con la conocida definición leninista de setiembre de 1917 sobre el capitalismo

monopolista de estado como "antesala" del socialismo, como "la preparación *material* más completa para el socialismo". Pero mientras en el esquema teórico precedente —el delineado sobre todo en *El estado y la revolución*— sólo se preveía, a través de una revolución proletaria internacional, la *transformación directa* del capitalismo monopolista de estado en socialismo, ahora se introduce en este esquema una variante particular: dentro de las específicas condiciones de la revolución socialista en un país retrasado como Rusia, el capitalismo de estado no ha agotado todavía toda su función y puede ejercer entonces un papel positivo en el desarrollo económico-social del nuevo régimen. "¿Acaso no está claro —pregunta ahora Lenin a Bujarin, en mayo de 1918— que en el sentido *material*, económico y productivo todavía no hemos llegado a la 'antesala del socialismo'?"⁴⁴

¿Pero puede existir el capitalismo de estado en el régimen soviético, donde el aparato del estado burgués ha sido despedido y todo el poder está en las manos de la clase obrera? ¿No presupone el capitalismo de estado al estado capitalista, es decir a un estado en el que el poder está en manos de la *clase* de los capitalistas y es ejercido para su interés? Lenin puede contestar a esta objeción formal de Bujarin sobre la base de su teoría de los períodos de transición, referida a la particular situación concreta que se había ido creando en Rusia luego de la Revolución de Octubre. La naturaleza de clase del nuevo poder (con las *nuevas formas* del estado que comporta) sigue siendo el elemento fundamental de diferenciación entre el viejo y el nuevo régimen. El poder de los capitalistas, y por lo tanto el estado capitalista, constituye un momento esencial del sistema de capitalismo monopolista de estado como fase de desarrollo de la sociedad capitalista. La destrucción de este poder representa el pasaje de esta fase del desarrollo capitalista a una nueva fase de transición que señala solamente el *comienzo* del socialismo. "Sí, al derrocar a los terratenientes y a la burguesía, limpiamos el camino, pero no hemos construido el edificio del socialismo."⁴⁵ Es en esta situación que se plantea el problema de las relaciones entre capitalismo de estado y estado socialista, que constituye para Lenin no sólo un problema teórico, sino al mismo tiempo y en primer lugar, un problema político concreto: la cuestión "de cómo debemos proceder en esta época de transición, dado que aquí, bajo el po-

der soviético, existen lado a lado fragmentos del capitalismo y del socialismo".⁴⁶

En relación a este problema político concreto Lenin no se limita a recordar que el socialismo, en cuanto *primera fase* de la sociedad comunista, representa siempre un régimen de transición, en cuanto quedan *residuos* más o menos consistentes de capitalismo (las "manchas" de la vieja sociedad burguesa de que habla Marx en la *Crítica del programa de Gotha*), sino que se preocupa sobre todo por establecer qué elementos específicos entran a componer la particular *fase de transición* que Rusia atraviesa en ese momento, y qué relaciones existen entre tales elementos. Luego de haber precisado las cinco categorías económicas que se "ligan estrechamente" en la Rusia de la época (1). La economía patriarcal; 2). La pequeña producción mercantil prevaeciente en el campo; 3). El capitalismo privado; 4). El capitalismo de estado; 5). El socialismo), Lenin destaca que el elemento predominante, en un país de pequeños campesinos, es decir de pequeños productores de mercancías, es el elemento pequeñoburgués; de manera que "no es el capitalismo de estado el que lucha con el socialismo, sino la pequeña burguesía más el capitalismo de economía privada, unidos, de común acuerdo, que luchan tanto contra el capitalismo de estado como contra el socialismo".⁴⁷

En este período, entonces, el plan leninista para el desarrollo económico-social del nuevo régimen es perfectamente claro. Para no dejarse aplastar por el elemento pequeñoburgués se configuraba una suerte de colaboración entre los elementos de socialismo y los elementos de capitalismo de estado, y una vigorización de estos últimos para abrir el camino al reforzamiento del socialismo:

"Lo más importante es la victoria sobre el desorden, la ruina y la incuria ya que la continuación de la anarquía pequeño-proletaria es el mayor y más tremendo peligro, que *incuestionablemente* nos hará sucumbir (si no lo vencemos nosotros) mientras que un gran tributo al capitalismo de estado, no sólo no nos hará sucumbir, sino que nos llevará al socialismo por el camino más seguro. Cuando la clase obrera haya aprendido a defender el orden estatal contra el anarquismo pequeño-proprietario, cuando haya aprendido a poner en marcha la gran organización estatal de la producción, tomando como base los principios del capitalismo de estado, tendrá en sus manos —y pido

disculpas por la expresión—, todos los triunfos: entonces la consolidación del socialismo estará asegurada”.⁴⁸

Se trata por otra parte de un plan trazado a grandes líneas, y no es necesario por ello buscarle contornos bien definidos. Las mismas formas de capitalismo de estado de que se habla siguen siendo en gran parte indeterminadas (sólo incidentalmente se citan, a título de ejemplo, el monopolio del trigo, los empresarios y los comerciantes controlados por el estado, las cooperativas burguesas), y de alguna manera se las deja en sombra respecto del análisis de las categorías económicas y del esclarecimiento de las cuestiones de principio que se les ligan. Debe subrayarse además que la colaboración aquí prevista entre socialismo y capitalismo de estado no tiene el carácter de una *alianza de clases*, y menos todavía de un *compromiso de poder*. Se da lugar a las relaciones económicas basadas sobre el capitalismo de estado, y por lo tanto en definitiva a las relaciones capitalistas de producción, pero no al poder político de los capitalistas como *clase*. A aquellos capitalistas que estuvieran dispuestos a colaborar se les pagaría un *tributo económico*, pero ellos quedaban como antes excluidos del poder, que permanecía sólidamente en las manos de la clase obrera como poder de la dictadura proletaria. Sin este elemento *político* las críticas de los comunistas de izquierda hubieran tenido un fundamento mucho más fuerte desde el punto de vista del marxismo.

La *cercanía económica* del capitalismo de estado respecto del socialismo no significa sin embargo que estos dos elementos se hayan convertido en un *bloque homogéneo* del nuevo régimen de transición. Aun ligándose, ellos siguen siendo contradictorios y por lo tanto se limitan recíprocamente. No solamente que las relaciones sociales capitalistas desarrolladas por el capitalismo de estado son controladas y limitadas por el estado socialista para impedir que se transformen en *relaciones de poder*, llevando a la restauración del poder político de los capitalistas, sino que a su vez también los elementos de socialismo que ya han sido introducidos en este régimen de transición permanecen comprimidos y limitados en su pleno desarrollo por las concepciones que se han debido hacer a las tendencias capitalistas. Ya en el largo artículo *Las tareas inmediatas del poder soviético* — publicado en la víspera de la discusión con Bujarin en el Co-

mité ejecutivo central del 29 de abril de 1918— Lenin había insistido aún sobre este aspecto de la cuestión:

“Hoy hemos tenido que recurrir al viejo método burgués y aceptar los ‘servicios’ de los grandes especialistas burgueses, a cambio de una remuneración muy elevada. Los que conocen la situación lo comprenden, pero no todos se paran a meditar sobre el significado de semejante medida tomada por un estado proletario. Es evidente que tal medida constituye un compromiso, una desviación de los principios sustentados por la Comuna de París y por todo poder proletario, que exigen la reducción de los sueldos al nivel del salario del obrero medio, que exigen se luche contra el arrivismo con hechos y no con palabras”.

Se recordará cómo la referencia a estos principios de la Comuna de París había sido utilizada en *El estado y la revolución* para señalar las principales medidas que garantizaban el pasaje directo del capitalismo de estado al socialismo. El hecho de que este camino, que sin embargo había sido emprendido rápidamente después de la Revolución, se demostrara por el momento impracticable y que se hubiera debido recurrir a un camino más largo, es registrado por Lenin sin vacilación, pero rechazando todo intento de mistificación teórica.

“Es evidente que semejante medida —sigue el pasaje citado de las *Tareas inmediatas*— no es sólo una interrupción —en cierto terreno y en cierto grado— de la ofensiva contra el capital (ya que el capital no es una simple suma de dinero, sino determinadas relaciones sociales), sino también un *paso atrás* de nuestro poder estatal socialista, soviético, que desde el primer momento proclamó y comenzó a llevar a la práctica la política de reducción de los sueldos elevados hasta el nivel del salario del obrero medio [...]. Ocultar a las masas que la atracción de los especialistas burgueses, mediante sueldos extraordinariamente elevados, es una desviación de los principios de la Comuna, sería descender al nivel de los políticos burgueses y engañar a las masas. En cambio, explicar abiertamente cómo y por qué hemos retrocedido este paso, discutir públicamente los medios de que disponemos para recuperar lo perdido, significa educar a las masas y, en base a la experiencia adquirida, aprender con ellas a construir

el socialismo [...]. Naturalmente, el asunto tiene también otro aspecto. Es indiscutible que los altos sueldos ejercen una influencia desmoralizadora, tanto sobre el poder soviético [...] como sobre la masa obrera. Pero todos los obreros y campesinos pobres, reflexivos y honrados convendrán con nosotros, reconocerán que no estamos en condiciones de librarnos de golpe de la herencia nociva del capitalismo".⁴⁹

Es significativo que sobre este punto Lenin haya quedado en la oportunidad más a la izquierda que los mismos "comunistas de izquierda". Y ante Bujarin, que se alineaba contra las concesiones al capitalismo de estado, pero declaraba no hallar nada de contrario a los principios del socialismo en la cuestión de las elevadas retribuciones dadas a los especialistas, Lenin no dudaba en rebatir:

"Y si ellos dicen, si Bujarin afirma que en eso no hay violación de principios, yo sostengo que lo que se infringe es el principio de la Comuna de París. El capitalismo de estado no radica en el dinero, sino en las relaciones sociales. Cuando nosotros pagamos a razón de dos mil rublos, conforme al decreto ferroviario, eso es capitalismo de estado".⁵⁰

Acaso en este punto se haga más claro por qué Lenin no se preocupó excesivamente por definir con exactitud todas las formas de capitalismo de estado y por delimitar de manera neta el sector socialista del sector capitalista de estado. Socialismo y capitalismo de estado, en cuanto expresan tipos distintos y opuestos de relaciones sociales, no pueden —en un régimen socialista de transición— coexistir uno junto al otro en estado puro, sin sufrir, a causa de esta transitoria coexistencia, una específica deformación. En este sentido, más tarde, durante otra polémica con Bujarin (enero de 1923), Lenin podrá definir al estado soviético como "un estado obrero con una deformación burocrática":⁵¹ pero también dicha definición estaba destinada a encontrar escasa fortuna entre quienes no habían entendido jamás el significado de su teoría sobre el capitalismo de estado en un estado socialista.

8. El plan de política económica que Lenin concebía en su polémica con Bujarin de abril-mayo de 1918 no pudo, como se sabe, ser realizado de inmediato. Pocos meses después de

esta polémica, el comienzo de la guerra civil y la intervención armada de las potencias imperialistas apoyando a la contrarrevolución imponían un viraje aun en la política económica: se abría el período del "comunismo de guerra", en el que el régimen, obligado a luchar más por su supervivencia que por su desarrollo, no tenía delante de sí otra cosa que el camino de su propia radicalización.

Una vez que los acontecimientos cerraron toda posibilidad de desarrollo del capitalismo de estado, el debate sobre el tema quedó en este período prácticamente superado; los hechos parecieron haber dado más la razón a los "comunistas de izquierda" que al propio Lenin. Las tesis de Bujarin sobre la imposibilidad del capitalismo de estado en un estado socialista, ratificadas ya en un artículo de Bujarin aparecido en el tercer número de *Kommunist* (con el título *Nuevos conceptos fundamentales de la economía contemporánea*),⁵² son retomadas en su libro de 1920; *La economía del período de transición*, última obra escrita por Bujarin como teórico del "comunismo de izquierda".⁵³

Aquí Bujarin repite, en primer lugar, las conocidas objeciones formales a la concepción leninista de las relaciones entre capitalismo de estado y socialismo: "Puesto que el capitalismo de estado es la unión del estado burgués con los trusts capitalistas, resulta evidente que no puede hablarse de 'capitalismo de estado' alguno bajo la dictadura del proletariado, que excluye por principio semejante posibilidad" (pero esta objeción, comenta Lenin, no tiene sino un carácter tautológico). Aludiendo luego a las polémicas teóricas de 1918, Bujarin continúa:

"En general", podría plantearse la cuestión de la posibilidad de tal forma, dado que el estado proletario regula desde el comienzo de su existencia la actividad de los trusts capitalistas antes de la 'expropiación de los expropiadores' y 'prepara cuidadosamente' dicha expropiación a los efectos de mantener ilesos todos los 'aparatos'. Si semejante sistema fuese posible, no sería capitalismo de estado, pues este último presupone un estado capitalista. Ello no sería la expresión más elevada del orden capitalista sino cierto paso intermedio en el desarrollo de la revolución ['verdad', anota Lenin en este punto]. Pero semejante forma es imposible, pues su presuposición se basa en la

ilusión, una ilusión muy difundida, es cierto, de que el proletariado puede tomar 'posesión' de aparatos capitalistas enteros sin alterar su virginidad capitalista, y de que los señores capitalistas pueden poner en ejecución con deleite todas las instrucciones que les imparta el poder proletario".

Esta última objeción estaba evidentemente privada de cualquier cosa menos que de fundamento (como por otro lado lo había demostrado la misma experiencia de la revolución rusa), pero contenía el error de presentar como imposibilidad absoluta lo que era sólo una dificultad real pero *relativa*, históricamente condicionada por la relación de fuerzas prevaleciente en el plano internacional. Y es justamente esto lo que Lenin subrayaba, anotando: "Exageración. Es posible, por ejemplo, en dos o tres pequeños estados, si *antes* los obreros han obtenido plena victoria en cuatro o cinco de los más grandes y avanzados".⁵⁴ Tampoco Lenin pensaba, por cierto, aun en este caso, que la clase obrera pudiera enseñorearse de los aparatos capitalistas sin alterar su naturaleza capitalista (que por otro lado había sido violada ya desde tiempo atrás por el mismo capitalismo monopolista). Bujarin, en cambio, se mostraba inclinado a esquivar la complejidad de este problema a través de un juego de pura dialéctica verbal: "El sistema de la dictadura socialista, que se podría designar como 'socialismo de estado' si esta última denominación no estuviese comprometida por su uso generalizado, es la negación dialéctica, lo contrario del capitalismo de estado". Comentario de Lenin: "El autor abusa del término 'negación dialéctica': no se lo puede usar sin *antes* haber mostrado los hechos *atentamente*".⁵⁵

Las rápidas anotaciones de Lenin al libro de Bujarin (que no son por otra parte todas negativas),⁵⁶ muestran que el contraste teórico había permanecido todavía en una situación en que el problema del capitalismo de estado había perdido por el momento todo relieve político. Pero el problema había perdido todo relieve político, no porque las tareas fundamentales de la construcción socialista hubieran sido enfrentadas con medios distintos, con el método del comunismo de guerra, sino porque *habían debido ser diferidas*. La victoria sobre la contrarrevolución había resuelto el problema de la supervivencia del poder soviético, de la defensa y la consolidación de las condiciones

políticas en que podía existir un estado socialista, pero había visto agravados todos los problemas *económicos* de la construcción y del desarrollo de un nuevo ordenamiento social. Al final de la guerra civil, Lenin debía reconocer que Rusia estaba en ruinas en el plano industrial, pues la producción había descendido a un décimo, si no a menos, de la producción de anteguerra, y que en estas condiciones reconstruir la economía resultaba "más difícil que combatir".⁵⁷

La necesidad de medidas urgentes para impedir un colapso económico, que hubiera determinado la caída del poder soviético y la restauración del sistema capitalista con un poder correspondiente de tipo burgués, no podía dejar de ser evidente para todos: en 1921, la adopción de la Nueva Política Económica propuesta por Lenin no debía encontrar oposiciones notables, aunque el partido en el período inmediatamente anterior haya aparecido conmovido por fuertes tensiones internas y por riesgosas luchas fraccionistas. En cambio, menos evidente aparecía la necesidad de ligar los problemas de la Nueva Política Económica a la cuestión del capitalismo de estado. La disposición de mayor relieve de la NEP era, como se sabe, la introducción del *impuesto en especie*, sustituyendo a las expropiaciones forzadas de los excedentes de la producción agrícola, que era el método adoptado durante el período del comunismo de guerra. Tal sustitución restablecía la libertad de comercio en la producción mercantil de las campañas, y era una concesión hecha a los campesinos para ir al encuentro de sus exigencias y para interesarlos concretamente en el incremento de la producción agrícola, indispensable para un repunte de toda la economía soviética. En todo ello el problema del capitalismo de estado no quedaba implicado directamente; la disposición tocaba de manera inmediata a los campesinos, en particular a los campesinos medios, y se proponía mejorar sus condiciones de existencia y suscitar entonces una reanudación de sus fuerzas productivas. Y sin embargo Lenin siente la necesidad de aclarar el problema del impuesto en especie retomando todo el discurso, iniciado en 1918 en polémica con los comunistas de izquierda, sobre la utilización del capitalismo de estado en la construcción del socialismo: ello es necesario, subraya, porque "la forma general" es más importante que "el marco en el que estamos tra-

zando las medidas prácticas concretas de nuestra política actual".⁵⁸

En la larga autocita del recordado artículo de 1918 contra Bujarin, que ocupa toda la primera parte del folleto de Lenin *Sobre el impuesto en especie* (mayo de 1921), el planteo general del problema de las relaciones entre socialismo y capitalismo de estado vuelve sustancialmente intacto como base estratégica de la Nueva Política Económica. Son distintos, sin embargo, los problemas prácticos urgentes que se trata de enfrentar y, por lo menos, en parte, distintas son también las formas específicas de capitalismo de estado a que Lenin piensa ahora recurrir. Nueva, por ejemplo, es la forma de los "contratos de concesión" con grupos capitalistas extranjeros, en los que en 1918 no se pensaba siquiera: se trata de la forma más típica de capitalismo de estado ("quizá la más sencilla, precisa, clara y definida de todas las formas"),⁵⁹ pero es una forma que hallará en la práctica un desarrollo mucho menor del que Lenin consideraba entonces posible y ausplicable. Luego, junto a la cooperación (definida también capitalismo cooperativo) se nombran aquí dos formas de capitalismo de estado (el comercio intermediario y arrendamiento a empresarios privados de medios de producción de propiedad del estado), pero se trata siempre de formas indicadas como "ejemplos" y no de instrumentos ya definidos de manera exclusiva y taxativa.

Por otra parte, es significativo que en este campo Lenin se mueva con cierta elasticidad, admitiendo implícitamente que no todas las formas de capitalismo de estado pueden ser netas, claras y bien delineadas como la de las "concesiones". Lo que le importa sobre todo es establecer dos principios: 1) el régimen de transición tiene un carácter de economía mixta, en el que están presentes formas y niveles muy diversos de desarrollo productivo; 2) ante la necesidad de dejar lugar a la pequeña producción mercantil, de la que nace inevitablemente el capitalismo, es necesario servirse de las formas superiores de *organización* capitalista para impedir el predominio de la anarquía capitalista, vale decir, es necesario poner bridas al capitalismo, como repetirá a menudo, en las más distintas ocasiones. "en el cauce del capitalismo de estado". Es erróneo limitarse a decir —escribe Lenin— que el capitalismo es un mal y el socialismo

un bien. Este razonamiento es equivocado, "ya que ignora el conjunto de las formaciones económico-sociales existentes para tomar en cuenta sólo dos de ellas":

"El capitalismo es un mal en relación con el socialismo; pero es un bien en relación con el medievalismo, con la pequeña producción, con el burocratismo originado por la dispersión de los pequeños productores. Puesto que aún no tenemos fuerza para realizar el paso directo de la pequeña producción al socialismo, el capitalismo es en cierta medida inevitable, como producto espontáneo de la pequeña producción y del intercambio, y por lo tanto debemos aprovecharlo (dirigiéndolo especialmente por el cauce del capitalismo de estado), como grado inmediato entre la pequeña producción y el socialismo, como recurso, camino, procedimiento o método de desarrollar las fuerzas productivas".⁶⁰

Nada autoriza a pensar que Lenin hubiera perdido de vista así los riesgos, las dificultades, las inevitables deformaciones inherentes a este método. Sabía bien que señalaba un camino nada fácil, y no presumía de haber descubierto ni un modelo especial de socialismo ni un modelo universal de desarrollo hacia el socialismo. Pero en 1921 podía repetir lo que ya había dicho en 1918 a propósito de los "hombres enfundados" que esperan que se forme una "justa proporción" entre fuerzas económicas y fuerzas políticas para construir el socialismo: "jamás se dará la 'proporción' [...] solamente por medio de una serie de tentativas —cada una de ellas, tomada por separado, será unilateral y adolecerá de cierta desproporción— se creará el socialismo integral, producto de la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países".⁶¹

9. En 1921 Bujarin había abandonado sus viejas posiciones de "comunista de izquierda" y no tuvo dificultades en aceptar el cambio de la NEP, defendiéndola públicamente. Pero en cuanto a la cuestión *teórica* del capitalismo de estado permaneció incommovible. "Tú abusas de la palabra 'capitalismo'", escribía en una carta a Lenin, y en un artículo para *Pravda* del 8 de febrero de 1922 insistía todavía en la defensa de su posición de principio.⁶²

Aún es posible que Lenin no haya permanecido totalmente insensible a *algunas* de las críticas que se le dirigían sobre este

tema.⁶³ Su insistente remitir, en 1921, a cuanto había escrito en 1917 y 1918 sobre la relación entre capitalismo de estado y socialismo, podía hacer pensar que hubiera quedado inmóvil en aquellas posiciones teóricas y que buscara todavía la solución del problema sólo en las viejas categorías económicas del capitalismo de estado tradicional. Pero en este caso, verdaderamente, la aplicación de tales categorías a la nueva realidad social y política de la Rusia soviética la habría vuelto inexplicable. Acaso es por ello que, en 1922, al hablar del capitalismo de estado, Lenin desplaza el acento hacia los elementos de novedad que este fenómeno presenta respecto del pasado y, entonces, hacia el carácter *abierto* del problema. En su informe al XI Congreso (marzo de 1922), donde se lamenta de no poder discutir el tema con Bujarin (ausente en el Congreso), son justamente estos argumentos los subrayados, no sin un cierto alejamiento irónico:

"Sutilizamos sobre cómo se debe comprender el capitalismo de estado y hojeamos libros viejos. Y nada de ello en absoluto encontraremos allí, pues se habla de él en el régimen capitalista, pero no hay un solo libro que hable del capitalismo de estado que existe bajo el comunismo. Ni siquiera Marx sospechó la necesidad de escribir una sola palabra sobre ello, y murió sin dejar ni una cita precisa, ni indicaciones irrefutables. Por eso ahora tenemos que esforzarnos por salir adelante solos [...]. El capitalismo de estado, según toda la bibliografía sobre el tema, se refiere al que existe bajo el régimen capitalista, donde unas u otras empresas privadas se encuentran subordinadas de modo directo al poder estatal. Pero nuestro estado es proletario, se apoya en el proletariado, da a éste todas las ventajas políticas, y a través de él atrae a los campesinos, partiendo desde abajo [...]. Por eso el capitalismo de estado desorienta a mucha gente. Para que esto no ocurra hay que recordar lo fundamental: que no hay teoría ni trabajo sobre economía que analice un capitalismo de estado del tipo del nuestro, por la sencilla razón de que todas las nociones comunes relacionadas con estas palabras se refieren al poder burgués, en la sociedad capitalista. Nuestra sociedad, que salió de las vías capitalistas pero no tomó aún las nuevas, es un estado dirigido, no por la burguesía, sino por el proletariado. No queremos comprender que cuando decimos 'estado' somos nosotros mismos, el proletariado, la van-

guardia de la clase obrera. Somos capaces de restringir este capitalismo de estado, de fijarle límites; este tipo de capitalismo está relacionado con el estado, y el estado son los obreros, la parte más avanzada de ellos, la vanguardia, nosotros mismos".⁶⁴

Toma relieve en esta situación una definición del capitalismo de estado en el estado socialista como "un capitalismo controlado y regulado por el estado proletario",⁶⁵ definición que Lenin diera en una oportunidad sumamente comprometida, en las *Tesis para el informe sobre la táctica del Partido comunista de Rusia en el III Congreso de la Internacional Comunista*. En el informe al mismo congreso de la Internacional, Lenin también había aclarado:

"Ahora bien, una cosa es cuando se trata de una sociedad en la que el poder pertenece al capital, y otra muy distinta cuando está en manos del proletariado. En el primer caso, el capitalismo de estado significa que es reconocido y controlado por éste en beneficio de la burguesía y contra el proletariado. En el estado proletario, por el contrario, se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera, con el fin de mantenernos frente a la burguesía, todavía fuerte, y luchar contra ella".⁶⁶

Pero ¿por qué utilizar el mismo término para dos conceptos distintos? Si es verdad, sin embargo, que cuanto diferencia a los dos conceptos es algo fundamental —y sería estúpido subestimar el hecho—, lo común a ellos es cualquier otra cosa menos que algo secundario y olvidable: se trata —a más de aquel elemento común del *inventario* y el *control*, sobre el que Lenin insiste tanto— de que ya en la forma tradicional, ya en la nueva forma de capitalismo de estado, siempre tenemos que enfrentar relaciones sociales de tipo capitalista. Y esta continuidad histórica no se romperá mientras el capitalismo de estado no se haya transformado por completo en socialismo.

Pero todo ello da lugar a una particular dificultad. Mientras en el capitalismo de estado tradicional, es decir en el régimen capitalista, el estado capitalista tiene la misma naturaleza de clase y las mismas finalidades del capitalismo al que debe controlar, en este nuevo capitalismo de estado el estado proletario debe controlar una forma económica y unas relaciones sociales que le son extrañas y que se mueven naturalmente en dirección opuesta a sus finalidades. Dominar esta profunda contradicción



no es fácil, y Lenin demuestra advertirlo perfectamente. De ahí su insistencia en la inevitabilidad de los errores en esta fase de construcción del socialismo y en la necesidad de volver a empezar muchas veces desde el principio la obra iniciada:

“Desde un principio —se lee en el informe citado ante el XI Congreso— planteamos que debemos realizar una obra nueva en todo sentido, y que si no nos ayudan con rapidez los camaradas obreros de los países más desarrollados en el aspecto capitalista, nos encontraremos ante increíbles dificultades, cometeremos sin duda una serie de errores. Lo principal es ser capaces de analizar con lucidez dónde se cometieron errores y recomenzar todo desde el principio. Será preciso hacerlo, no dos, sino incluso varias veces; esto demostrará que abordamos sin prejuicios y con mirada serena nuestra tarea, la más grandiosa de cuantas se han emprendido jamás”.

Y todavía más adelante, en el mismo informe:

“Pero esto no significa que hemos dejado de ser revolucionarios (aunque muchos dicen, incluso no sin cierto fundamento, que nos hemos burocratizado) y que no podemos comprender esta cosa sencilla: que en una tarea nueva, extraordinariamente difícil, hay que saber empezar desde el principio varias veces. Y si después de hacerlo nos encontramos en un callejón sin salida, habrá que comenzar otra vez, diez veces si es necesario, pero alcanzar el objetivo”.⁶⁷

10. Se advierte en los escritos y discursos de Lenin, durante este período desde los comienzos de la NEP en adelante, una particular inflexión “pesimista”, que no es un simple dato psicológico. En el esquema del opúsculo *Sobre el impuesto en especie* hay una rápida anotación que define esta actitud: “¿Pesimismo u optimismo? Cómputo de fuerzas. Serenidad y pasión desenfrenada”.⁶⁸ Es una definición que recuerda muy de cerca la fórmula gramsciana sobre el “pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad”. Y también este es un aspecto que distingue al método de Lenin respecto del método de Bujarin.

Ese particular optimismo, que consiste en la negación a tomar nota de las contradicciones reales y en la tendencia a eludirlas con la construcción de un esquema teórico armónico, es una nota constante que hallaremos tanto en el Bujarin de la primera época, crítico de Lenin “desde la izquierda” como en

el Bujarin de la segunda época, intérprete de Lenin desde la derecha (y que tendrá luego un carácter trágico en sus relaciones con Stalin). Y es también este “optimismo” el que no le permite entender la “inarmónica” teoría leninista del capitalismo de estado en un estado socialista. Pero se entiende que el pasaje del primer al segundo Bujarin se realiza de cualquier forma menos “armónicamente”; mientras el carácter abierto de búsqueda de Lenin hace posible un desarrollo gradual y relativamente homogéneo de su pensamiento teórico, la tendencia al acabamiento formal de las teorizaciones de Bujarin lleva a bruscas rupturas y a un completo cambio de ruta: el perfecto esquema teórico, que se ha ido demostrando inservible, es abandonado para ser sustituido por un esquema totalmente distinto, pero completo y armónico también. Ya nos hemos ocupado del primer esquema teórico de Bujarin; veamos ahora el segundo, formulado con claridad en 1925.

Lenin había insistido, como se ha visto, en la coexistencia contradictoria, en el régimen de transición soviética, de elementos y formas diversas. Bujarin, en su nueva interpretación, acepta ahora la tesis de la coexistencia de elementos diversos, pero elimina su carácter contradictorio. Gran industria nacionalizada y pequeña producción mercantil en las campañas, planificación socialista y libre comercio, no sólo que coexisten pacíficamente sino que se sostienen y se fecundan recíprocamente.

“El significado de la nueva política económica —escribe Bujarin— consiste en el hecho de que una serie de factores económicos, que antes no podían vivificarse recíprocamente porque estaban bloqueados por el sistema de comunismo de guerra, han aparecido ahora en condiciones de influirse recíprocamente y con ello de contribuir al desarrollo económico.”

El comercio entre ciudad y campaña hace posible a la ciudad la vivificación económica del campo y al campo la vivificación económica de la ciudad.

“En otras palabras, el significado más profundo de la nueva política económica consiste en el hecho de que por vez primera hemos abierto la posibilidad de una fecundación recíproca entre las distintas formas económicas, entre los varios factores económicos, y es solamente sobre esta base que se realiza el desarrollo económico”.⁶⁹

El principio de la "vivificación económica recíproca" rige este sistema bujariniano, donde todas las antítesis quedan des-puntadas y "teóricamente" suprimidas. Está claro que en esta visión el capitalismo de estado no podía hallar lugar alguno y podía también él ser teóricamente suprimido. ¿Qué necesidad había de un capitalismo de estado en un sistema en el que la misma iniciativa privada se volvía automáticamente elemento propulsor del desarrollo socialista?

"El significado de la NEP consiste en el hecho de que utilizando la iniciativa económica de los campesinos, de los pequeños productores y aun de los burgueses, tolerando de esa manera la acumulación privada, en cierto sentido los hemos puesto al servicio de la industria estatal socialista y de toda la economía socialista. Desarrollando el comercio, con ello hemos permitido el manifestarse de la iniciativa de los pequeños productores privados, hemos estimulado la ampliación de la producción, hemos puesto al servicio del socialismo los estímulos individuales de los estados retrasados de trabajadores que no son movidos por ideas socialistas, e introduciendo el viejo sistema de retribución, el destajo, etc., hemos obligado a todos a trabajar de manera que, partiendo de sus mismos intereses *privados*, contribuyan como proletarios al desarrollo de la producción general".⁷⁰

Las mismas leyes de desarrollo del capitalismo se vuelven así leyes de desarrollo del socialismo. A través del principio de la concurrencia —que es el principio fundamental del capitalismo— sector público y sector privado, luego de haberse vivificado recíprocamente, terminarán por fundirse en un sistema completamente. Hasta la lucha de clases se transforma en una lucha concurrencial: "¿De qué manera eliminamos a los opositores directos, a los capitalistas privados? Si ellos venden a menor precio, debemos lograr vender a un precio todavía inferior al de ellos. En esto consiste, entre otras cosas, la *lucha de clases*, en la situación actual".⁷¹ No se trata entonces de admitir un capitalismo controlado por el estado socialista y circunscripto por él dentro de ciertos límites, fijados vez a vez sobre la base de la experiencia, según la concepción del capitalismo de estado defendida por Lenin sino, al contrario, se trata de desembarazarse de todo límite que, trabando a los capitalistas y a los pe-

queños productores de mercancías, trabaría también el desarrollo del socialismo. Esta concepción de la soberana armonía de los intereses llega en Bujarin hasta el punto de defender la reintroducción del trabajo asalariado en el campo, en nombre de los intereses comunes al *kulak* y al peón:

"Un excesivo temor al trabajo asalariado, a la acumulación de los estratos campesinos capitalistas, y así sucesivamente, puede llevarnos en el campo a una estrategia económica equivocada. Estamos demasiado encima del campesino acomodado. Sucede entonces que el campesino medio teme, si mejora su propia hacienda, ser expuesto a una rígida presión administrativa; y el campesino pobre protesta porque le impedimos aplicar su fuerza-trabajo con el campesino rico".⁷²

En realidad era demasiado, aún para Bujarin, atribuir *in toto* al pensamiento de Lenin esta singular visión suya del desarrollo socialista. De ahí su intento —ya señalado— de distinguir dos planes estratégicos distintos de Lenin: el de 1921, en el opúsculo *Sobre el impuesto en especie*, y el del último escrito sobre la cooperación, en enero de 1923. Mientras en el opúsculo de 1921 Lenin había hablado de la cooperación como de una de las formas principales del capitalismo de estado, en el artículo de 1923 había escrito que "el simple desarrollo de la cooperación" se identificaba "con el desarrollo del socialismo". Pero justamente *el desarrollo* de la cooperación, y no la cooperación tal cual existía hasta ese momento en el régimen soviético. Llamando la atención sobre la importancia de la cooperación, Lenin había escrito:

"En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del estado y el poder del estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más que de la cooperación, a la que antes tratábamos de mercantilista y que ahora, bajo la NEP, merece también en cierto modo, el mismo trato? ¿Acaso no es esto todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa? Eso no es todavía la edificación de la

sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y lo suficiente para esta edificación".⁷³

En el mismo artículo Lenin aclara luego todas las inmensas dificultades a superar y las condiciones a realizar para que esta perspectiva se hiciera concreta; y entre estas condiciones ponía en relieve particular el objetivo de una gran "revolución cultural":

"Si pudiéramos organizar en las cooperativas a toda la población, ya estaríamos con ambos pies en el suelo socialista. Pero esta condición, la de organizar a toda la población en cooperativas, lleva aparejado en sí tal grado de cultura de los campesinos (precisamente de los campesinos, como de una inmensa masa), que esa completa cooperación es imposible sin toda una revolución cultural".⁷⁴

Ignorando del todo el problema de la "revolución cultural" y confundiendo *el desarrollo de la cooperación* preconizado por Lenin con la situación de la economía campesina en la Rusia de 1925, Bujarin llegaba a distorsionar el significado del artículo de Lenin (que debe ser leído en el cuadro de todos los últimos escritos) para enmarcarlo en su propio esquema concordista de un desarrollo socialista sin contradicciones. La importancia de ese artículo en cuanto al problema del capitalismo de estado debe verse en cambio en otro aspecto. Al escribir en algunas oportunidades que "la transición al comunismo puede efectuarse *también* a través del capitalismo de estado",⁷⁵ (y subrayando la palabra *también*), Lenin hacía entender con claridad que ese pasaje no podía darse *solamente* a través del capitalismo de estado. En el citado artículo de 1923 indicaba un camino en el cual se hacía posible la transformación de una forma de capitalismo de estado, como era la cooperación, en socialismo; pero instrumento fundamental de esta transformación debía ser la *revolución cultural*, que no es una forma de capitalismo de estado ni en general un medio capitalista. Si en cambio los *medios capitalistas*, que el estado proletario puede necesitar en ciertas fases de su desarrollo, son considerados *medios socialistas*, aspectos permanentes de un modelo universal de socialismo, las contradicciones inherentes al régimen de transición están destinadas a agravarse y ya no se está en

condiciones de reconocer lo necesario para superarlas. Por eso, Lenin sentía la necesidad de amonestar:

"El proletariado no teme reconocer que la revolución realizó algunas cosas de manera espléndida, y otras no. Todos los partidos revolucionarios que en el pasado sucumbieron fue porque se sobrestimaron y no supieron apreciar dónde estaba su fuerza, ni hablar de sus debilidades".⁷⁶

Una vez más viene a luz el alma del leninismo: el sentido del valor revolucionario de la verdad. Si se pierde esta alma, el leninismo se debilita y se deforma, convirtiéndose en fantasma sin vida. El contenido de la fórmula de Lenin, "serenidad y pasión desenfrenada", corre el riesgo de volverse su contrario y parecerse a esa desilusionante mescolanza deplorada ya por Jean-Jacques Rousseau, a "informe contraste entre la pasión que presume de razonar y el intelecto en delirio".

**PROBLEMAS DE LA TRANSICIÓN DEL CAPITALISMO
AL SOCIALISMO EN LA URSS**

Es convicción de quien escribe que la problemática de la transición del capitalismo al socialismo representa uno de los nudos teóricos fundamentales, tanto para la comprensión de los procesos económicos, sociales y políticos en acto en los países que han entrado en una vía de desarrollo no capitalista, como para una reconsideración crítica del pensamiento marxista revolucionario sobre los problemas de la edificación del socialismo. La problemática de la transición, aunque en estos últimos años ha despertado un nuevo y creciente interés, no es por cierto un "descubrimiento" nuestro: ya había sido agudamente sentida por los revolucionarios de los años veinte (pensemos, para no hacer más que dos nombres, en los trabajos de Bujarin y Preobrazhenski sobre los problemas del desarrollo de la sociedad soviética). El interés por esta problemática desapareció, o por lo menos se eclipsó fuertemente, el día en que Stalin, de la noche a la mañana, descubrió y decretó que la URSS ya no era una sociedad de transición, sino una sociedad en la que ya se había "instaurado" el socialismo. Hoy ya no se cree en las fábulas sobre la "instauración" del socialismo. La comprobación misma de que existen distintas sociedades que persiguen el mismo fin (el socialismo y el comunismo) sirviéndose de diferentes métodos, siguiendo distintos caminos, ha llamado a reavivar el interés por la problemática de la transición, de la que se ha descubierto o redescubierto el papel determinante en el proceso de aproximación al socialismo.

La existencia de diferentes formas de transición al socialismo (diferentes no tanto por latitud y longitud como por la política¹ que las orienta); los desenlaces por cierto no apasionantes del proceso de transición en los países de Europa orien-

tal; la fascinación ejercida por la revolución cultural china, todos estos factores y otros unidos han movido a no pocos militantes y estudiosos a poner en el banco de los acusados el llamado "modelo soviético" de transición al socialismo, al que se le contraponen cada vez más un pretendido "modelo chino". Digamos rápidamente que esta crítica y esta contraposición no nos convencen ni en el método ni en la sustancia. Ante todo, es tan confusa detrás de su criticismo a ultranza la tesis por la cual en la URSS se habría restaurado el capitalismo,² como confusa es, en cuanto acrítica y fidelista, nos parece, la adhesión al "modelo chino". En segundo lugar, no se ve claro qué se entiende por "modelo soviético": los más groseros entre los llamados "marxistas-leninistas" se limitan en general a evocar, ante la pretendida restauración del capitalismo en la URSS, el espíritu de Vissarionovich; los más refinados, digamos, han descubierto (¡los caminos de la dialéctica son infinitos!) que si detrás de Breznev está Jruschov y detrás de Stalin, Lenin, ello significa que uno hundió sus raíces en el otro, y que por lo tanto bajo la etiqueta de "modelo soviético" podemos poner todo: la fundación de la Internacional Comunista y su disolución, la democracia de los soviets y los procesos de Moscú, etc.³ Para tratar de aclararnos las ideas es necesario volver a los "orígenes".

Para quien esté interesado en remontarse a los "orígenes" de la problemática de la transición, tal como fue estudiada por Marx y por Lenin, se impone de inmediato una cuestión terminológica (pero que no es sólo terminológica). Ese complejo de problemas que nosotros resumimos bajo la palabra "transición" y ese complejo de problemas económicos y políticos que hoy llamamos "sociedad de transición", ¿corresponden a los que Marx y Lenin entendían al valerse de tales expresiones? En la *Crítica al programa de Gotha* y en *El estado y la revolución* se habla en cambio de "transición del capitalismo al comunismo", y se entiende otra cosa distinta. Cuando hoy nosotros analizamos los procesos concretos en acto en las sociedades ya no capitalistas, nos valemos de la expresión "sociedad de transición" pero, como lo ha destacado Colletti, "va no en el sentido clásico y original, para el cual la sociedad de 'transición' es el 'socialismo' mismo, sino en el sentido de una sociedad que está a mitad de camino entre capitalismo y socialismo y que, por lo tanto puede

ir hacia adelante o volver atrás".⁴ Así escribía Marx en particular referencia a la cuestión del estado: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista existe el período de la transformación revolucionaria de una y de otra. A él corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser sino la *'dictadura revolucionaria del proletariado'*".⁵ La fase histórica que Marx define de "transición" es por eso el socialismo mismo, entendido como fase inferior de la sociedad comunista, como fase en la que, realizada la expropiación de los expropiadores, subsisten, por un lado, la desigualdad de la distribución respecto de la producción (supervivencia del derecho burgués sin burguesía), por otro, la existencia de una forma particular de estado, un semi-Estado, la dictadura del proletariado. El proceso de transición considerado por Marx es por lo tanto el que se da entre la sociedad socialista y la sociedad comunista, y no ya el existente entre el capitalismo y el socialismo. ¿Cómo se explica esta falta de análisis en Marx de la sociedad de transición tal como la entendemos nosotros hoy? A nuestro parecer, la argumentación clásica por la cual lo que le interesaba a Marx era sólo caracterizar dos niveles distintos de la futura sociedad posrevolucionaria, sin plantear hipótesis sobre características particulares y circunstanciales, sino fijando, por así decir, algunos términos generales de ella,⁶ se revela insuficiente, no porque no explique esta "falta de atención" de Marx, sino porque no nos la explica de manera explícita, como apenas hoy podemos tratar de hacerlo. La fase histórica que nosotros señalamos con la expresión de "transición del capitalismo al socialismo" no podía ser contemplada en la hipótesis marxista de la sociedad revolucionaria, tal como la extraemos de la *Crítica al programa de Gotha*, porque la sociedad en que pensaba Marx era una sociedad salida de una revolución en los países de alto desarrollo económico, donde efectivamente la toma del poder político, a través de la destrucción de la máquina estatal burguesa y la reorganización sobre bases democráticas del mecanismo organizativo y productivo heredado del capitalismo, prácticamente venía a coincidir con la "instauración" del socialismo, haciendo así superflua aquella fase y aquella sociedad a las que hoy nos referimos nosotros con el término de "transición".

En *El estado y la revolución*, Lenin recalca y hace propios

el procedimiento y las hipótesis de Marx. Si pensamos en las inmensas dificultades que han encontrado y que encuentran hasta ahora todas las sociedades de transición, lo que más sorprende leyendo este escrito de Lenin es la insistencia sobre la "facilidad" con que, despedazada la máquina estatal burguesa, vencida la resistencia de los capitalistas, organizado el control democrático sobre la producción y la distribución, es posible funcionalizar el mecanismo organizativo creado por el capitalismo monopolista de estado a la realización del comunismo. Esta confianza de Lenin en la "facilidad" de realizar el socialismo (en la acepción marxista de la palabra) recorre todo *El estado y la revolución*; en apariencia, ella parece ser desmentida cruelmente no sólo por la realidad de la Rusia estalinista y contemporánea, sino también por las enormes y a menudo imprevistas dificultades con que el poder soviético se encontró inmediatamente después de octubre. ¿Debemos por ello considerar a *El estado y la revolución* como un libro utopista, en el que Lenin se habría propuesto dar al movimiento obrero solamente un esquema general y, en definitiva, abstracto, del futuro desarrollo de la futura sociedad revolucionaria? Personalmente, no lo creemos así. A nuestro entender, *El estado y la revolución* no es ni un libro de agitación política a nivel "cotidiano", ligado por lo tanto a los problemas específicos de la revolución en Rusia, ni un ensayo académico abstracto. Era y sigue siendo, en cambio, un libro teórico pensado y escrito como aporte a la definición de la estrategia de la futura revolución socialista mundial, y sólo puede ser entendido en este contexto. Gerratana, a propósito del tema de la "facilidad" a que hemos hecho referencia más arriba, observa: "Esta hipótesis de Lenin tenía un sentido en cuanto se insertaba en un cuadro internacional: más que en la Rusia campesina, él pensaba en los países capitalistas más avanzados, donde la guerra había acelerado la transformación en vasta escala del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado".⁷ Como lo había hecho Marx, también Lenin, partiendo de la hipótesis de la revolución socialista mundial que habría debido conmovier sobre todo a los países de alto desarrollo económico, era llevado a "subestimar" los problemas de la transición del capitalismo al socialismo, y a enfrentar directamente los problemas, relativamente "fáciles", de la organización

económica y política de la sociedad socialista. Pero si salimos del ámbito de *El estado y la revolución*, para entrar en la esencia de los escritos más "rusos" propiamente dichos de Lenin, entonces ya no es posible hablar de una subestimación leninista de los problemas de la transición.

Ya antes de enfrentar, desde posiciones de poder, la dura realidad de la transición del capitalismo al socialismo, ya antes de escribir *El estado y la revolución*, Lenin había abordado esta problemática en términos políticos, es decir en función de la definición de una estrategia revolucionaria que permitiera a la clase obrera rusa abatir al sistema burgués, como la extraemos, por ejemplo, de las *Cartas desde lejos* y de las *Tesis de abril*. El tema recurrente en todos los escritos y discursos de Lenin dedicados a la preparación de la revolución rusa, es: "Como objetivo inmediato, no la 'instauración' del socialismo, sino, por ahora, solamente el pasaje al control de la producción social y de la repartición de los productos por los Soviets de los diputados obreros".⁸ Después de octubre, el descubrimiento (a menudo dramático) de la complejidad (ya no "facilidad", entonces) de la construcción del socialismo, el descubrimiento de la exigencia de una específica fase de transición al socialismo se da a la par de la comprobación del aislamiento de la Revolución rusa, del retraso de la revolución en Occidente (sobre todo en Alemania), de la debilidad de la Revolución rusa, debida tanto al aislamiento como al retraso económico del país. En este sentido, no nos parece desprovista de fundamento la hipótesis de que las "sociedades de transición" y la problemática de la transición en general constituyen más una "desviación" del curso histórico hipotetizado por el marxismo que una específica y "lógica" articulación suya. La problemática de la transición del capitalismo al socialismo nace, en la práctica y en la teoría, cuando la revolución rusa, estallada en un país retrasado, se encontró aislada, "sola". La problemática de la transición al socialismo (y la existencia de sociedades de transición) se presentan entonces ya no como una fase histórica "necesaria", siempre y de todas las maneras, en el camino de la realización del comunismo,⁹ sino como el fruto del fracaso (o del retraso persistente) de la revolución en el Occidente capitalista y de la construcción del capitalismo en un país solo. Desde este punto de vista, la Revo-

lución rusa, como también la china, por sus características de retraso económico y de aislamiento, se ubican más aquí, y no más allá, de las hipótesis de Marx y de Lenin. Por eso creemos que la actual configuración de los contrastes y de las dificultades a menudo insuperables que caracterizan a las modernas sociedades de transición, no son un desmentido al "modelo" teórico de Marx y de Lenin sino que, por el contrario, constituyen una configuración de la "actualidad del discurso internacionalista de Marx y de Lenin, para quienes la transformación socialista del mundo era impensable sin el aporte decisivo de la revolución en Occidente, vale decir en el corazón y en las centrales mismas del capitalismo".¹⁰

Volvamos a Lenin: Como ya lo hemos subrayado, el aislamiento y el retraso de la sociedad rusa comprometieron, obviamente, la realización a breve plazo de las hipótesis que Lenin había adelantado en *El estado y la revolución*. En efecto, la vergencia existente entre el "modelo" económico y político de sociedad socialista trazado en vísperas de Octubre y la realidad del estado soviético de 1920-1 es de gran magnitud. En *El estado y la revolución*, Lenin, en las huellas de Marx, se había planteado el problema de funcionalizar el mecanismo económico-organizativo del capitalismo monopolista de estado a la construcción de la sociedad socialista (de acuerdo a la hipótesis marxista de que es la gran industria centralizada moderna la que da el socialismo) y, al mismo tiempo, se planteó la individualización de formas de poder apropiadas para garantizar el desarrollo del proceso de socialización técnico-productiva para el tránsito al socialismo. El objetivo era por lo tanto la creación de un estado que "en sus órganos realmente democráticos realizará la gestión política del desarrollo técnico, a través del control de la mayoría sobre el proceso productivo, como premisa para la socialización de los medios de producción y para su gestión socializada".¹¹ El presupuesto que aparece en el fondo del razonamiento de Lenin es que "el socialismo no es sino el paso hacia adelante que sigue inmediatamente al capitalismo monopolista de estado. O, en otras palabras, el socialismo no es sino el monopolio capitalista de estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, en cuanto tal, ha dejado de ser monopolio capitalista";¹² o sea que "el capitalismo monopolista de estado

es la preparación material más completa del socialismo, es su *antesala*, es ese peldaño de la escalera histórica al que *ningún peldaño intermedio* separa del peldaño llamado socialismo".¹³ Y no solamente el desarrollo del capitalismo ha creado las premisas materiales más completas para la construcción del socialismo, sino también "las premisas para que 'todos' efectivamente puedan participar en la dirección del estado".¹⁴ Esquematisando al extremo, podríamos decir que, para Lenin, roto el cuadro político (la máquina estatal burguesa) en el cual actúan los mecanismos productivos y organizativos creados por el capitalismo monopolista de estado, no hace falta abatir estos mecanismos sino remplazar en su dirección a los burócratas por los obreros armados, cambiando así la gestión política de esos mismos mecanismos.¹⁵ Sobre esta base, la palabra de orden de Lenin se vuelve: inventario, control, cálculo económico, recuento. Lo que a Lenin le interesa no es el acto formal, jurídico de la nacionalización de las industrias, sino la realización de un efectivo control político y económico de parte de los obreros antes, de toda la población luego, sobre la producción y la distribución, control que es el prelude de una verdadera gestión socializada.

El drama de la Revolución rusa, condicionada por una situación de retraso y de aislamiento, es el fracaso, por lo menos momentáneo, del control desde abajo, de la hipótesis de una "fácil" organización de una gestión democrática de las estructuras heredadas del capitalismo. En *El estado y la revolución*, donde, por las razones ya señaladas, nada se dice de los problemas de la *acumulación* (en cuanto esta se suponía ya realizada en las futuras sociedades revolucionarias —en Alemania por ejemplo), la relación crucial entre las exigencias de la *democracia* y las de la *eficiencia*, vale decir entre la política y la economía, estaba necesariamente simplificada. Por el contrario, los escritos leninistas posteriores a octubre revelan la conciencia de las dificultades que caracterizaban a esa relación. El salto de la "facilidad" a las "dificultades" puede ser visto, por ejemplo, si analizamos la cuestión de la utilización de los especialistas burgueses y la de la gestión de las fábricas, ligada a la anterior. Una de las principales enseñanzas que Marx y Lenin habían extraído de la experiencia de la Comuna, era la necesidad de reducir a "los funcionarios del estado a simples ejecutores de nuestros encargos, celadores y con-

tadores' (naturalmente junto a técnicos de todo tipo, género y grado), responsables, revocables, modestamente pagados".¹⁶ Elegibilidad, revocabilidad en cualquier momento, salario de obrero: sobre esta base debían ser organizadas las relaciones entre el gobierno soviético, los especialistas y los funcionarios, y las masas. Aun en este caso, lo que había sido escrito en función de la revolución internacional, y sobre todo de la revolución en los países capitalistas avanzados, poco se adaptaba a la sociedad rusa retrasada y aislada. La hipótesis de Lenin, a propósito de los técnicos altamente especializados, según la cual "estos señores trabajan hoy a las órdenes de los capitalistas y trabajarán todavía mejor, mañana, a las órdenes de los obreros armados",¹⁷ se reveló como irrealizable ante la oposición que los especialistas burgueses, sobre todo en los primeros tiempos de la revolución, manifestaron en relación a los bolcheviques. La extrema carencia de personal altamente especializado dispuesto a colaborar con el gobierno soviético contribuyó a dejar de lado el problema de la elegibilidad y la revocabilidad. A los técnicos, cuando se los encontraba, era necesario nombrarlos y, más aún, pagarles con fuertes remuneraciones, y no con un salario de obrero. Lenin, que por ningún motivo habría de renunciar a la colaboración de los especialistas, jamás negó que pagarles altos estipendios era una derogación de los principios de la Comuna; se trataba de un compromiso desagradable pero necesario a los fines de "tender todas las fuerzas para mejorar el inventario y el control, como un medio y un camino para eliminar por completo cualquier compromiso de este tipo".¹⁸

Tampoco Lenin trató "nunca de ocultarse a sí mismo o de ocultar a las masas los peligros que se derivaban para el estado proletario de esta práctica de las altas remuneraciones: "Está claro que una providencia tal no sólo es una detención —en cierto campo y en cierta medida— de la ofensiva contra el capital (pues el capital no es una suma de dinero sino una determinada relación social), sino también un *paso atrás* en nuestro poder estatal socialista, soviético, que desde el comienzo ha proclamado y realizado una política dirigida a reducir las altas remuneraciones al nivel salarial del obrero medio [...] Es evidente que la cuestión tiene también otro aspecto. Aparece como indiscutible que las altas remuneraciones tienen una influencia corrupto-

ra ya sobre el poder soviético [...], ya sobre la masa obrera".¹⁹ Por eso, las elevadas remuneraciones a los especialistas son concebidas como un tributo impuesto a Rusia por el retraso en la organización del inventario y del control. Lenin veía la solución del problema en la "civilización" de la clase obrera rusa, en la vigorización de la disciplina del trabajo, en la asimilación de la técnica y de la cultura burguesas y en el aumento de la productividad del trabajo. "Cuando más rápido nosotros, obreros y campesinos, aprendamos a aplicar una mejor disciplina y una más elevada técnica de trabajo, utilizando para ello a los especialistas burgueses, tanto más rápido nos liberaremos de todo 'tributo' hacia estos especialistas".²⁰ Pero ¿por qué pagar gruesos sueldos a los especialistas? ¿Por qué auspiciar la asimilación por la clase obrera de la técnica burguesa? ¿Por qué no confiar, como se propone hoy en distintos sectores, a la "espontaneidad" o la "creatividad" de las masas? Es simple: porque "el socialismo es imposible si no se utilizan las conquistas de la cultura y la técnica alcanzadas por el gran capital y [...] no se puede crear o instaurar el socialismo sin ir a la escuela de los organizadores de los trusts [...] pues el socialismo no es una invención, sino que es la asimilación por la vanguardia proletaria que ha conquistado el poder, la asimilación y la aplicación de lo que ha sido creado por los trusts".²¹ El presupuesto teórico de Lenin es, por lo tanto, siempre el mismo, ya se refiera a la hipótesis de revolución internacional, delineada en *El estado y la revolución*, ya se aplique al retraso y al aislamiento de Rusia: "este es el camino al socialismo, el único camino enseñar a los obreros la manera práctica de dirigir empresas colosales, de organizar la producción y la distribución en vasta, en vastísima escala",²² y estas empresas colosales deben ser dirigidas con criterios productivos y administrativos tales que no obstruyan su funcionamiento; es decir, deben ser dirigidas sirviéndose de los especialistas, especialistas a los que en Rusia, aislada y retrasada, era necesario pagarles altas remuneraciones, pero que en los países de capitalismo avanzado podían ser retribuidos con un salario normal de obrero. Por ello, va dirigido a los obreros el objetivo de aprender, de asimilar lo más rápido posible la técnica "burguesa" para superarla, para aprender lo

más rápido posible a dirigir democráticamente, desde abajo, la industria.²³

La dificultad de instaurar una relación no mecánica y no idealista entre las exigencias de la eficiencia y las de la democracia se manifestó también en la controversia sobre la gestión de las empresas en la sociedad de transición, controversia estrechamente ligada a aquella sobre la utilización de los especialistas burgueses. En *El estado y la revolución* no se dice una palabra y no se plantea tampoco explícitamente el problema de una alternativa absoluta entre la gestión colegiada y la gestión individual de las empresas. En el proyecto de control-gestión desde abajo formulada por Lenin en esa obra, la cuestión del "mando de uno solo" no podía siquiera plantearse. Pero el control desde abajo, democrático, del que hablaba Lenin, no era entendido como un proceso de fragmentación del control, fábrica por fábrica, como una suerte de descentralización del control, tal como se configuró en los primeros meses del poder soviético, a través de la acción de los comités de fábrica.²⁴ El control en que pensaba Lenin era un control centralista, correspondiente a la estructura fuertemente centralizada de la gran industria moderna. Así Lenin, anticipando casi las futuras polémicas contra los sostenedores a ultranza de la descentralización del control y de la colegialidad de la gestión, escribía en *El estado y la revolución*, comentando la polémica del "autoritario" Engels contra el "antiautoritario" Proudhon: "Tomad una fábrica, un ferrocarril, una nave en el mar abierto —dice Engels: ¿no es acaso claro que sin cierta subordinación, y por lo tanto sin una cierta autoridad o un cierto poder no es posible el funcionamiento de ninguno de estos complejos técnicos fundados en el uso de las máquinas y en la colaboración organizada de un gran número de individuos?".²⁵ Por ello sería erróneo confundir la leninista visión democrática del control de la producción y la distribución desde la base con la utopía *democraticista* de los defensores anárquicos de la descentralización productiva y administrativa.²⁶ Desde este punto de vista no hay salto teórico alguno entre las formulaciones de *El estado y la revolución* y las medidas tomadas por los bolcheviques después de octubre. El objetivo seguía siendo siempre el de realizar el control sobre una gran producción organizada sobre bases centralizadas; lo que se redujo, por el

aislamiento y el retraso de la sociedad rusa, fue la posibilidad de organizar "fácilmente" este control. De aquí la utilización de los especialistas burgueses, de aquí la exigencia de no dispersar las pocas fuerzas disponibles en una gestión colegiada de las empresas, que amenazaba con paralizar la vida de las fábricas; de aquí la exigencia de efectuar una elección en favor de la gestión individual. El esfuerzo de Lenin estaba concentrado una vez más en el intento de conciliar las exigencias de la eficiencia con las de la democracia. Varias veces Lenin ratificó que el único control democrático posible es el popular, desde abajo, ejercido en primer lugar por los obreros. Pero, al mismo tiempo, Lenin no podía dejar de remarcar que la clase obrera rusa en su mayoría, no tenía experiencia y aptitud administrativa, y que necesitaba por ello aprender de los especialistas las técnicas más evolucionadas del capitalismo. De aquí la necesidad, sólo en apariencia paradójica, de "aplicar ese tanto que hay de científico y de progresivo en el sistema Taylor".²⁷

Similares preocupaciones había en el fondo de la elección leninista en favor de la gestión individual de los procesos productivos. Escribe Carr: "Las polémicas sobre la centralización y el empleo de los especialistas se repitieron a propósito de la 'dirección individual', con las mismas fuerzas en oposición entre sí. El principio de la 'dirección colegiada' no formaba parte de ningún programa del partido [...] Sin embargo [...] parecía corresponder al espíritu de la democracia socialista en base al cual las decisiones debían esperar no a los individuos sino a los grupos colectivos".²⁸ Lenin definió muchas veces su actitud en esta cuestión. Justamente él se negaba a ver en ella una cuestión ritual para la instauración y el desarrollo de una auténtica democracia obrera. La democracia obrera no consistía en organizar la gestión de las empresas a nivel "de asamblea", vale decir en detrimento de la eficiencia productiva, sino en organizar la movilización obrera más vasta que fuera posible alrededor de las palabras de orden del control, del inventario, de la organización. La premisa teórica de Lenin, en 1917, como en 1920-21 era que "cualquier gran industria mecánica —vale decir justamente la fuente material productiva y el fundamento del socialismo exige una absoluta y rigurosísima *unidad* de voluntad, que dirija el trabajo común de centenares, millares y dece-

nas de millares de hombres".²⁰ Por eso, el problema de la gestión, no se plantea en términos "exclusivos", de alternativa absoluta; el verdadero problema es el de encontrar el camino "que permita conciliar la tarea de discutir en las reuniones sobre las condiciones de trabajo con el objetivo de obedecer sin reservas a la voluntad del dirigente, del dictador soviético, durante el trabajo".³⁰ El enemigo no era por ello la organización del trabajo y de la producción inspirada en el capitalismo progresivo, sino la anarquía pequeño-burguesa que, obstruyendo la asimilación por la clase obrera de las únicas técnicas que podían permitirle asumir en primera persona la gestión de las empresas, de hecho postergaba, en nombre de un democratismo idealista, la realización de una auténtica y concreta socialización de la producción y de la administración. El socialismo no era para Lenin el fruto de la bondad del alma, sino el resultado de la combinación (a menudo precaria, a menudo difícil) de la democracia soviética con la eficiencia productiva: "El socialismo es inconcebible sin la técnica del gran capitalismo, construida de acuerdo con la última palabra de la ciencia moderna, sin una organización estatal planificada que subordina decenas de millones de personas a la observación más rigurosa de una única norma en la producción y en la distribución de los productos".³¹ Auspiciar una genérica democracia en materia de gestión y de administración, a despecho de la eficiencia productiva, significaba, para Lenin, perseguir soluciones pequeño-burguesas, anárquicas, que veían al socialismo como algo ubicado más aquí, no más allá, del capitalismo monopolista moderno; una democracia moderna que no se fundara sobre una drástica reducción de la jornada de trabajo, posible sólo con el aumento de la productividad del trabajo, era para Lenin y para Trotski una utopía. Por ello Trotski podía declarar: "No es posible confundir el problema de la supremacía del proletariado con el problema de los Consejos obreros a la cabeza de las fábricas. La dictadura del proletariado se expresa en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción [...] y no en la forma en que cada una de las empresas económicas son administradas".³² Para Lenin, como para Trotski, el problema de la gestión de las empresas y el de la democracia obrera estaban estrechamente enlazados, pero no podían ser confundidos. La posición antagonista de la clase obrera respecto

de la burguesía se planteaba "no por su método de dirección de las empresas, sino por el fin a que se endereza esa misma dirección".³³ Por eso, "la posición de la clase obrera, en cuanto clase dirigente de la república soviética, no estaba en discusión en la controversia sobre la gestión individual o colectiva".³⁴

Es indudable que entre las formulaciones leninistas anteriores a octubre y las providencias adoptadas por el gobierno bolchevique desde 1917 hasta 1921 existe a menudo una gran diferencia práctica (hasta pensar en los ejemplos que hemos recordado, y no son los únicos, o sea en la controversia sobre la utilización de los especialistas burgueses y en la referida a la gestión de las empresas). Pero al mismo tiempo —y esto es lo que, a nuestro parecer, más cuenta— existe una profunda continuidad teórica y metodológica entre las hipótesis adelantadas en *El estado y la revolución* y en *La catástrofe inminente y cómo luchar contra ella* (escritos anteriores a octubre) y la acción posterior de Lenin. Esta continuidad se expresa en la convicción de que es la gran industria moderna la que permite el socialismo. Pensemos en la interpretación leninista de la relación entre capitalismo monopolista de estado y socialismo. Cuando Lenin, polemizando con Bujarin y los comunistas de izquierda, escribía en 1918 que "el capitalismo de estado representaría un paso adelante respecto del estado actual de las cosas en nuestra república soviética",³⁵ no expresaba tanto un juicio particular, referido exclusivamente a los problemas económicos de la sociedad rusa, como una adaptación a esta de la que era una convicción teórica suya más general, fruto del análisis de las tendencias de desarrollo de la sociedad capitalista moderna. Es decir, como hemos visto, que "el capitalismo monopolista de estado es la preparación material más completa del socialismo, su antesala, es ese peldaño de la escalera histórica al que ningún peldaño intermedio separa del peldaño llamado socialismo".³⁶ No hay entonces cambio alguno del horizonte teórico: las "dificultades" encontradas por el joven poder soviético no son un desmentido de la "facilidad" sobre la cual Lenin retorna con tanta insistencia en *El estado y la revolución*. No cambia la teoría, por lo tanto: cambian los tiempos y los modos de realizar la sociedad socialista. La fórmula "socialismo = soviets + electrificación" sigue siendo el presupuesto del que Lenin parte, en los escritos y en

la práctica. Pero, mientras la electrificación, en la hipótesis revolucionaria elaborada en *El estado y la revolución*, era un presupuesto material ya realizado, en la realidad de la Rusia soviética retrasada y aislada se volvió un objetivo de difícil realización. El significado de la expresión "socialismo = soviets + electrificación" es evidente: no se da el socialismo sin los soviets, sin una máquina estatal nueva, sin una democracia distinta (la dictadura del proletariado), contrariamente a lo que creían y a lo que creen los utopistas. Sobre esta convicción se funda la admiración de Lenin por la organización del estado alemán del período bélico, además de su recurrente afirmación de que en Rusia había sido más fácil (por la debilidad del poder político burgués) comenzar la revolución que continuarla (a causa del retraso económico y del aislamiento), aunque por otro lado en Alemania hubiera sido más difícil comenzar (por la mayor fuerza del poder político burgués, por la presencia de estratos corrompidos de aristocracia obrera, etc.), pero mucho más fácil continuar (al existir ya la condición material para la realización del socialismo, vale decir un aparato productivo altamente desarrollado).³⁷ La "facilidad" de que habla Lenin en *El estado y la revolución* no es por lo tanto utopista sino, por el contrario, realista, si la planteamos con referencia a la revolución internacional, y ante todo con referencia a la revolución en los países capitalistas avanzados. La lucha librada por Lenin, a la espera de la revolución en Occidente, o en la peor de las hipótesis, en los países coloniales o semicoloniales, para la supervivencia de la Rusia retrasada y aislada, se volvió, al mismo tiempo, lucha para el desarrollo de las fuerzas productivas del país y para la preparación de la clase obrera a la asunción directa del poder (en la fábrica y en la sociedad). Este es el significado de la fórmula "socialismo = soviets + electrificación" —fórmula, como lo ha subrayado con justeza Colletti, "en la que se encierra todo lo que el marxismo tiene para decir al mundo moderno".³⁸

De esta fórmula, de la teoría y de la praxis de Lenin, ciertos *gauchistes* contemporáneos han derivado la conclusión de que "la orientación bolchevique fue en dirección del *capitalismo de estado*",³⁹ afirmar esto significa detenerse en las apariencias del discurso leniniano, o tener de todos modos una idea solo aproximada del marxismo y de los problemas de la construcción

del socialismo. La lucha de Lenin y de otros (no todos) bolcheviques por el capitalismo de estado era la lucha por el socialismo, no porque capitalismo de estado y socialismo, tomados en sí y para sí, se equivalgan, sino porque el socialismo, según Marx y Lenin, no podía fundarse más que sobre la gran industria moderna creada por el capitalismo mismo. Además, la lucha llevada por Lenin en favor del capitalismo de estado era una lucha exigida por las particularidades de la sociedad rusa (retraso y aislamiento), como el único camino que permitiría materialmente a Rusia, a la espera de la revolución internacional, alcanzar el socialismo; por ello se ve con claridad que Lenin no hubiera recomendado jamás a la futura revolución alemana la lucha por el capitalismo de estado, por la "electrificación", porque en Alemania el capitalismo de estado ya existía y podía ser funcionalizado fácilmente, una vez rota la máquina estatal burguesa, a los objetivos de la construcción del socialismo. En este sentido los razonamientos de buena parte del *gauchisme* contemporáneo se revelan como superficiales y endurecidos en una lógica superada y desmentida por la historia, la lógica de la construcción del socialismo en un solo país (la Rusia de ayer y la China de hoy) y además retrasado.

Hablar del carácter abstracto, y por lo tanto de la inaplicabilidad del esquema de transición del capitalismo al socialismo elaborado por Lenin, exclusivamente en relación a las condiciones socio-económicas de retraso de la Rusia de 1917-21, olvidando por completo el factor principal, el aislamiento, significa de hecho avalar la tesis menchevique y estalinista sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, y también la otra tesis manchevique, por la cual la Rusia retrasada debía limitar su propia revolución al estadio burgués. Pero el discurso de Marx y de Lenin, a diferencia del discurso de los oportunistas y los utopistas, es un discurso internacionalista fundado en la convicción de la imposibilidad de la revolución socialista si no es a escala mundial, y no contempla, en cuanto extraña al socialismo, la tan cacareada posibilidad de construir el socialismo en un solo país (tanto ayer como hoy), y menos aún sin el aporte decisivo de la revolución en los países capitalistas avanzados. No nos parece —a menos que nos fuéramos a detener en las apariencias— que la historia haya desmentido las hipótesis de

Marx y de Lenin; en cambio, las ha confirmado, aunque más bien *a contrariis*. El fracaso de la construcción del socialismo en un solo país, por un lado, y el hecho de que ninguna de las modernas sociedades de transición, a causa de su aislamiento y de su más o menos relativamente grande retraso, pueda ser definida como realmente "socialista",⁴⁰ constituyen a nuestro entender la mejor demostración de la validez y la actualidad del discurso científico de Marx y Lenin sobre la construcción de la sociedad socialista, contra todas las formas de oportunismo y de utopismo jactancioso.

FRANCESCO FENGHI

ECONOMIA DE TRANSICIÓN Y SUPERACIÓN DEL "MODELO SOCIALISTA" EN CHINA

El punto de partida para estas notas, además del interés genérico que ya de unos años a esta parte nos había llevado a estudiar la problemática de la empresa, nació durante un reciente viaje a la República Popular China: dicho viaje nos permitió verificar y aclarar muchas de nuestras hipótesis de trabajo. Por otro lado también ha servido de punto de partida la lectura de los más recientes trabajos de Charles Bettelheim (en particular *Cálculo económico y formas de propiedad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972), y la polémica que lo ha opuesto a Sweezy en las páginas de la *Monthly Review*, que puede ser consultada ahora en *Lettres sur quelques problèmes actuels du socialisme*, [Maspero, París 1970]. * Es mérito de Bettelheim el haber vuelto a proponer en sus términos reales el problema de la economía de transición, abandonando el viejo discurso fundado en el análisis de las formas económicas y de las formas jurídicas, y también en la tradicional alternativa plan-mercado. Mérito de no poco valor si pensamos tanto en la clausura del mundo académico como en una dimensión, de la que participan también los más acreditados teóricos del marxismo, que excluye cualquier discurso que no se proponga la elaboración de un modelo abstracto, y por lo tanto estático e inutilizable para una interpretación correcta de toda realidad fenoménica, y en particular de una realidad como la china, donde el rechazo de los tradicionales criterios económicos burgueses se hace más evidente y radical.

A menudo se oye decir que Bettelheim presenta límites y lagunas y que tiene graves defectos de vulgaridad. Pero justamente esta vulgaridad, en cuanto reflejo de la exigencia de plan-

* Publicado en Siglo XXI de España [N. del E.]

tear un problema de fondo, y la conciencia de renunciar al rigor formal y al discurso cerrado (característica, por otro lado, de sus trabajos anteriores), en favor de la apertura de una discusión a la que como marxistas y militantes políticos no podemos dejar de enfrentar, constituye el motivo que nos ha acercado con mayor interés a la temática desarrollada por Bettelheim. Tengamos además en cuenta el hecho de que, en su carácter de comunista consciente, que escribe para dar aporte a la solución de los problemas de las masas populares que luchan por el socialismo, no dirigiéndose entonces al restringido círculo de sus colegas académicos, Bettelheim se niega correctamente a plantearse el problema de la construcción teórica del modelo socialista.

Si queremos enfrentar el análisis de la realidad china en términos constructivos es necesario excluir dos tipos de abordaje por igual incorrectos y desviadores. Uno, más explícitamente burgués, pero no por ello extraño a la publicística marxista, restringe el discurso a la revolución cultural proletaria o a los gérmenes que de la misma pueden individualizarse en el pasado, y la presenta como una gran rebelión de masas dirigida esencialmente contra la inevitable degeneración burocrática del partido y del estado a fin de restaurar las libertades individuales; ningún esfuerzo se ha cumplido para particularizar los contenidos específicos y las constituyentes de fondo, y de esa manera China aparece como un fenómeno extraordinario y lejano, considerado irrepetible, ya en los países del Este europeo, ya en los países declaradamente capitalistas, y Mao sale de todo ello como el vencedor de una lucha librada en los mismos términos, pero perdida, por los hombres de la primavera de Praga. En el límite queda la ilusión del intelectual comunista que había perdido toda esperanza de encontrar un lugar y una función bajo la dictadura del proletariado. El otro tipo de abordaje, sólo en apariencia distinto, es completamente acrítico: China ha resuelto todos los problemas, salvando los tradicionales e intocables principios leninistas del partido y del estado; la lucha contra la división del trabajo ha terminado triunfalmente y, entonces (pero esto no puede ser dicho explícitamente sino desmintiendo al mismo presidente Mao), la lucha de clases se acabó. Estamos por lo tanto en el reino de la libertad; reino de la libertad que ya ahora, en Italia y en los otros países capitalistas, puede ser reali-

zado en parte con la construcción de un partido justo, con una línea correcta y una abundante propaganda ideológica. Esta visión, distorsionada, pequeño-burguesa, ideológica, triunfalista, extremista, ha provocado no pocos daños en los últimos años; daños que ya aparecen claros a todos y sobre los cuales está de más insistir: sólo queremos repetir que son el fruto de cualquier cosa menos que del principio de aplicación del pensamiento de Mao, que debe ser aplicación creadora y, por lo tanto, en primer lugar, debe partir del análisis de la situación específica en que actuamos.

China no es un modelo a copiar. Se trata simplemente de un país donde, esforzadamente, día a día, se está construyendo el socialismo, en la conciencia y con la lucidez de todos (no de pocos burócratas de partido que transmiten desde arriba el pensamiento de Mao Tse-tung, sino de todas las masas populares) de que los problemas son muchos, la lucha de clases sigue, la burguesía ha perdido una batalla pero todavía no la guerra, que la revolución cultural es solamente la primera de una larga serie. La meta a alcanzar es la destrucción del capitalismo como premisa para la construcción del socialismo.

La afirmación de que el capitalismo está moribundo y de que hoy la tendencia principal es la revolución significa todo, menos que los objetivos de los revolucionarios, de la clase obrera y de las masas populares de todo el mundo estén facilitados.

La ilusión de haber concluido la lucha con la conquista del poder y con la adopción de algunas medidas formales, es una ilusión de breve duración y debe ser eliminada de los corazones y las mentes de quienes quieren hacer realmente la revolución.

El capitalismo muere de continuo para renacer de continuo. Obligada la burguesía a aceptar condiciones materiales de vida idéntica o similares a las del proletariado, no se puede obligarla a abandonar mecánica e inmediatamente su propia cultura y su propia ideología y, a través de ellas, a no intentar la reconquista del poder.

China no es un modelo a copiar porque no es un modelo; es un país en el que se lucha por el socialismo, no es el Socialismo. Es un país donde, desde 1949 hasta hoy, se han preparado los instrumentos fundamentales para la superación del capitalismo. Justamente por ello China es un país en el que se reali-

zará el socialismo (este es el convencimiento de quien escribe); y se realizará justamente porque la premisa de que se ha partido y sobre la cual se funda la línea del Partido Comunista Chino y el trabajo revolucionario de las masas, dice que el capitalismo no es una fórmula matemática escrita en un libro, y que puede ser borrada de un plumazo, sino que se trata de un fenómeno complejo, articulado, problemático, caracterizado no solamente por el atributo de la negatividad, expresado en diversos momentos que se ligan dialécticamente entre sí. Momentos a tener en cuenta, a criticar y a abatir todos ellos, abandonando la esperanza de que la modificación de la estructura trae consigo la automática cancelación de la superestructura (o de la forma) que es su reflejo, o que al abandono de la lógica del beneficio siga, de manera mecánica e inmediata, la instauración de relaciones distintas entre los hombres; que, en definitiva, la proposición en términos correctos de una meta a alcanzar valga de por sí para considerarla lograda.

Esto explica por qué los compañeros chinos son mucho más problemáticos que nosotros al describir su realidad, incluso aun por qué de ellos parte continuamente una invitación a una mayor problematización: ello no se refleja nunca en una actitud liberal o, más simplemente, en el abandono de los principios sino, sencillamente, en la afirmación de que la existencia de los principios no tiene significado alguno si no se plantea el problema de su aplicación a una realidad concreta y de que sólo así se puede luchar sin traicionarlos.

DESTRUCCION DE LA EMPRESA

La empresa puede ser definida como la unidad económica que caracteriza al modo de producción capitalista. En una economía de transición, se plantea el problema de su superación y de la elaboración de los instrumentos para la construcción de un modelo alternativo, para llegar, primero al socialismo, luego al comunismo. La existencia de dos clases típicas (burgueses y proletarios, explotadores y explotados), una cierta concepción de la ciencia y de la técnica, la existencia de una diversidad cultural entre las dos clases en conflicto, son algunos de los datos ele-

mentales de partida que siempre aparecen cada vez que nos planteamos el problema, teórico y práctico, de la destrucción de las estructuras capitalistas. Ante la realidad de la empresa, se propone tradicionalmente el instrumento formal de la nacionalización, de la modificación de la disciplina de la propiedad, que de privada se vuelve pública, y de la planificación estatal, sin especificación alguna de las finalidades y las prioridades que el estado debe proponerse al planificar.

Queremos evitar extendernos aquí sobre la tradición histórica, parcialmente fragmentaria, de los países socialistas, cuyo discurso merece ser hecho en lugar apropiado y aparte, como ya otros lo han hecho y bien; incluso porque el riesgo que se corre es el de la contraposición entre dos modelos, el soviético y el chino, uno absolutamente negativo desde los orígenes, otro todo positivo. Nadie quiere negar que la experiencia china, especialmente si se la valora a la luz de los resultados conseguidos por la revolución cultural proletaria, puede considerarse como una superación de la experiencia soviética; por otro lado, y justamente por eso, la experiencia china sería incomprendible sin un análisis de la realidad surgida de la Revolución de octubre, y de su desarrollo, contradictorio en cuanto se quiera, hasta el viraje que llevó al abandono de la lucha y a la reconstitución del capitalismo.

La elección a nivel de las formas jurídicas y económicas es, en realidad, el reflejo y el resultado de una tradición teórica, fundada en una interpretación errada de los textos marxistas, que coincide con la opinión según la cual el desarrollo del capitalismo traería consigo la transformación de la propiedad individual en propiedad social y la abolición de la propiedad como momento determinante y de legitimación del poder. Es la vieja tesis de la autosuperación del capitalismo en socialismo. En definitiva (y prescindimos aquí de la valorización de las causas históricas) se asistiría, en algunos países, a la socialización de la propiedad como consecuencia de su transformación jurídica en propiedad pública, y en otros países, a un proceso en cuyo interior la propiedad, socializándose, perdería aquel papel y aquella función que le habían sido asignados en los albores del capitalismo, y que servirían para definirlo como tal. De esta premisa se pueden extraer, como es sabido, dos conclusiones: una se li-

mita a negar validez y actualidad histórica al análisis marxista, fundado en la contraposición entre propietarios y no-propietarios de los medios de producción, ante sociedades industrialmente avanzadas y caracterizadas por un elevado desarrollo tecnológico (por lo tanto, en esta sociedad, el problema de una modificación radical del modo de producción no se plantearía más); otra conclusión, que es simplemente una expresión exasperada de la primera, asegura que en un cierto estadio de desarrollo de las fuerzas productivas ya no existiría la posibilidad de una alternativa entre capitalismo y socialismo, sino sólo un modo de producción caracterizado por el *avance industrial* y que asume la forma de la estatización o de la socialización de la propiedad, con la consiguiente desaparición del conflicto y de la lucha de clases entre burguesía y proletariado (el significado político e ideológico de esta posición, que tiende a hacer pasar el real acercamiento entre las estructuras económico-sociales de USA y de URSS como una línea de tendencia inevitable para todo país en cierto grado de desarrollo, es evidente y no requiere comentarios ulteriores).

Ahora bien, la modificación de la disciplina jurídica de la propiedad no significa *de por sí* eliminación, ni siquiera tendencial, de la relación de explotación; más en general, la intervención pública o estatal en la economía no tiene por necesidad este significado. El estado, es inútil repetirlo, no es un concepto abstracto sino la expresión de los intereses de la clase dominante; en su calidad de "comité de negocios" y de "conciencia colectiva" de la clase capitalista en su conjunto, puede entrar en contradicción con la misma, como entidad sociológica, o con una parte suya, no por cierto con el fin de eliminar la explotación, sino para "controlarla y para lograr no que la explotación cese. Para lograr que la explotación sea mantenida en términos tales que pueda ser indefinidamente continuada" (en pocas palabras, la explotación no puede ser tal que lleve, al final, a la eliminación física de la clase obrera).

El estado, en otros términos, siempre ha sido, y lo es más ahora, el racionalizador del sistema, el equilibrador del sistema el controlador de la anarquía del sistema, la conciencia superior a través de la cual se filtran las exigencias de la clase que refleja, para que estas exigencias realmente, y en perspectiva, queden completamente satisfechas; y para obtener esto, justamente

se hace necesario entre otras cosas tener en cuenta la exigencia para el sistema de la supervivencia de la clase obrera.

El fenómeno de la socialización, previsto por Marx en los mismos términos en que luego se realizara, no es sino "la supresión del capital como propiedad privada en el ámbito del modo de producción capitalista mismo" o, en otras palabras, "la supresión del modo de producción capitalista en el ámbito del modo mismo de producción capitalista" (*El capital*, libro III, p. 417). La intervención del estado como corrector, o más simplemente como reflejo de una contradicción interior al modo mismo de producción capitalista. Por cierto podemos decir entonces que la planificación, como la propiedad pública o estatal, es una contradicción interior al sistema, la racionalidad que lucha contra la irracionalidad, el estado contra la anarquía. La planificación, sea en los llamados países socialistas, sea en los países donde dominan las grandes *corporations*, es el reflejo de una exigencia expresada por el capital hecho social (de individuos asociados), o el instrumento para transformar el capital privado (individual) en capital social, pero no, o no todavía y por necesidad, planificación socialista, en los límites en que el estado no es, o no es todavía y por necesidad, estado socialista. Podríamos decir que, mientras no se plantee concretamente la finalidad de transformar el modo de producción, la planificación es ni más ni menos una de las formas que el sistema se da, un momento en el que se articula el ordenamiento estatal, un complejo de normas que, reflejando las exigencias planteadas por las distintas unidades productivas, plantea las reglas del juego para su desarrollo en todo lo posible equilibrado. Se cumple, en la forma de la planificación, aquel proceso, puesto tan claramente de relieve por Max Weber y retomado por Lukács, hacia un ordenamiento estatal y jurídico cada vez más rígido, estático, racional, al mismo tiempo contradicción y contrapeso de un sistema en constante pero anárquico desarrollo. El artículo 41 de la Constitución italiana es un reflejo simbólico de este principio. Cuando se dice que "la iniciativa económica privada es libre", pero "no puede desarrollarse en contraste con la utilidad social", en realidad se confiere al estado, sobre la base de la valoración de los intereses primarios de las empresas, la función de intervenir y, dentro de ciertos límites, de planificar, toda vez que la

libertad económica lleve a asumir iniciativas y criterios de gestión opuestos al armónico desarrollo del sistema.

Para que sea otra cosa, para que se vuelva no forma sino instrumento de transformación hacia el socialismo, reflejo de una economía de transición, la planificación debe ser injertada en una organización estatal, que mientras se plantean las premisas para su gradual extinción, exprese en su conjunto relaciones de producción y de clases modificadas o a las que uno se propone modificar, en un cuadro en el que, por lo menos tendencialmente, las relaciones de producción socialistas prevalezcan sobre las relaciones de producción capitalistas. Pero para que ello suceda es necesario abandonar la ilusión de que, por sí sola, una modificación formal, disciplinaria, jurídica o económica pueda producir algo más que contradicciones internas al modo de producción capitalista. El problema no debe ser planteado entonces, como lo ha advertido Bettelheim, en los términos de la tradicional alternativa plan o mercado, sino enfrentando el problema de fondo de la destrucción de las relaciones de producción capitalistas, planteando prioridades que sean el instrumento para llegar a la progresiva eliminación de la explotación y así al progresivo control del producto por el productor, a la particularización de los confines entre trabajo productivo e improductivo y a la desaparición de este último, a la elevación del nivel de conciencia política y por tanto de cultura de todo el pueblo.

LAS COMUNAS POPULARES

La historia que ha llevado a la comuna popular es simbólica de la que ha sido llamada "la línea de Mao", y en muchos aspectos la que más se presta a individualizar las estructuras esenciales de una unidad que gradualmente se encamina a ser el momento caracterizador de una sociedad socialista. Nacionalizar la tierra, transformar las parcelas de tierra en haciendas de estado y declararlas haciendas de todo el pueblo, hubiera sido, lo hemos dicho ya, una medida burocrática que no hubiese tenido en cuenta las exigencias de las masas y las particulares exigencias expresadas por la clase de los campesinos. A los campesinos,

emergidos, con la victoria de la revolución de siglos de opresión, no se les podía negar, sino desde un punto de vista abstracto e ideológico, la expresión de una exigencia elemental: la exigencia de la propiedad individual de la tierra que hasta entonces habían trabajado para los patrones. La tierra de todo el pueblo ha sido considerada con justeza como una meta a alcanzar gradualmente y de manera paralela a la elevación del nivel de conciencia política; los grados intermedios son la colectivización (cooperativas de primero y segundo grado) y la comuna popular, donde vige todavía el principio de la propiedad colectiva. Un punto fundamental que es necesario siempre tener en cuenta, y que en China aparece como especialmente sentido (se trata de un país de mayoría campesina), es la finalidad de unir a todo el pueblo a través de la hegemonía y bajo la hegemonía del proletariado; ello implica una solución correcta del problema de la alianza entre las distintas clases revolucionarias, a fin de superar entre las mismas las contradicciones subjetivas y objetivas. Cuando se dice que la clase obrera debe dirigir todo y que los campesinos pobres y los campesinos medios del estrato inferior son sus aliados más fieles, se expresa por un lado el principio de que la alianza se funda principalmente en la analogía de las condiciones y contradicciones materiales vividas por las dos clases (el problema de la alianza con la clase obrera de parte de la pequeña burguesía en los países de capitalismo avanzado explota en el momento en que el sistema elimina la posibilidad para esta última de adquirir los privilegios económicos que se le reconocían en otros períodos históricos y, paralelamente, los valores tradicionales de la burguesía ya no son receptibles y transmisibles por la misma); por otro lado se hace explícita una contradicción a la que sería mistificante y populista negar.

Los campesinos deben ser dirigidos por la clase obrera también, y particularmente, cuando se hayan rescatado de una condición de esclavitud. La adquisición del derecho de propiedad se puede expresar, a nivel ideológico, en la exasperación del egoísmo. La clase campesina es una clase físicamente dividida en su interior y no ha realizado aquella unidad que es fruto de la revolución burguesa y que es la causa primera de la solidaridad obrera; solidaridad, altruismo, igualdad creídos objetivamente por la burguesía, y que la burguesía se esfuerza conti-

nuamente por romper en la fábrica tratando de injertar en el proletariado sus propios valores ideológicos, parcelando las tareas, exasperando la división del trabajo, con el instrumento del incentivo material en sus más diversas expresiones (destajo, calificación, etc.) La contradicción entre campesinos y obreros existe, por lo tanto, y existe por causas objetivas que no pueden ser eliminadas con una declaración de fe o con la pura y simple mediación, que entonces se volvería momento de represión del partido. La solidaridad no se inventa y no se crea de la nada. La solidaridad es el reflejo de la unidad y de la homogeneidad de la clase que es lo único que puede permitir el pasaje a la unidad de todo el pueblo. Entonces el problema se plantea en los términos de las modificaciones objetivas de existencia de los campesinos y de la lucha simultánea contra la expresión ideológica de sus condiciones. La concentración en un mismo lugar de trabajo debe ser acompañada con la lucha contra el egoísmo. Es necesario constituir condiciones análogas a las de la fábrica capitalista y a la vez luchar contra los valores típicos del capitalismo; todo ello, con una visión dialéctica que permita salvar los valores positivos expresados por los campesinos.

Es necesario entonces desembarazarse de una concepción vulgar de la comuna popular como expresión de una tendencia al comunismo primitivo que caracterizaría desde siempre a la línea de Mao contra la línea de Liu Shao-chi. La consideración de los campesinos como clase fundamental para realizar y para llevar a cabo la revolución proletaria, el punto de vista correctamente dialéctico por el cual la alianza es, y debe ser, en el proceso revolucionario, un momento de adquisición positiva para ambos aliados, consecuencia de una visión general de acuerdo a la cual la historia que nos ha precedido no es sólo una suma de valores y de datos negativos, se transforma en una interpretación por la que, a través de la comuna popular, estaría realizándose una sociedad genéricamente igualitaria, dominada por los valores de la campaña, donde la clase obrera no tendría lugar. Se trata sustancialmente de la tesis de la inviabilidad de la revolución socialista en un país tecnológicamente avanzado, en el que no sería posible obligar a la clase obrera a la inevitable renuncia al bienestar adquirido y donde, en última instancia, puede plantearse la hipótesis, para un futuro no muy lejano,

dominado por las máquinas y desprovisto de valores, de una general rebelión de carácter luddista* contra las mismas. China, entonces, funciona bien para todos y la comuna popular es observada con atenta conmoción, ya por los enviados del *Corriere della Sera* ya por los ideólogos del PCI, que ven en esta interpretación la confirmación de la tesis de la "unidad en la diversidad" y de las "vías nacionales al socialismo".

Pero la comuna popular no es esto; el viejo campesino que cuenta los sufrimientos del pasado y que enseña a los niños en las escuelas la dureza de la lucha de clases, la exaltación que ellos hacen de la liberación de la explotación de los señores, las historias dramáticas de familias íntegras destruidas por el hambre y por los esfuerzos, la alegría de poder trabajar la tierra para sí y para los otros, son elementos de una realidad más compleja donde está presente la fábrica, donde a la clase obrera se le reconoce una función dirigente (no represiva), donde, como dice Bettelheim, se ha construido una unidad no sólo económica sino también política.

La fábrica está presente en la comuna o está ligada orgánicamente a la comuna para que la producción responda a las exigencias de las masas.

El campesino va a trabajar a la fábrica y el obrero ayuda al campesino en el campo. En el vértice de cada instancia está el comité revolucionario, expresión de una real democracia, y momento de síntesis central bajo la dirección, actual o tendencial, del partido.

Destrucción y construcción, crítica y transformación, pasado y presente, modificación estructural y lucha ideológica, escuela, familia, fábrica, hospitales.

El niño nace en una escuela nueva, donde la política es puesta en el primer lugar y los valores de la burguesía, el egoísmo y la emulación, son sustituidos por los de la ayuda recíproca, la solidaridad, un nuevo humanismo, luego de una crítica en la que todos quedan envueltos sin que se oculte nada. Nadie es excluido, nadie es *a priori* mejor que otro, todos deben ser sal-

* Se llamaba así a un movimiento de protesta social contra los efectos de la introducción de la maquinaria ocurrido a comienzo del siglo XIX en Inglaterra y otros países europeos. (N. del E.)

vados. Como la incurabilidad de las enfermedades es un principio innatural, expresión de la división capitalista del trabajo, también el que tiene mejor papel en los estudios, únicamente posee mayores responsabilidades, debe amar más, debe ayudar a quien se encuentra en dificultades. Ya en la escuela se crece unidos, en un clima de solidaridad que es el fruto de una lucha cotidiana no destinada a terminar en ese ámbito. Y en la escuela se enseña que el egoísmo es un mal del capitalismo, que no existen diferencias cualitativas en el trabajo. La división del trabajo no es superada, aun es todavía necesaria; pero no debe ser considerada instrumento de privilegio. En estos términos, proponer ya desde los primeros años de infancia la verificación práctica de los conocimientos adquiridos, el trabajo en el taller, el contacto con el trabajo en las campañas, no aparece como algo moralista sino como instrumento para llegar a una igualdad real; no negación de la ciencia y de la técnica sino conciencia de su valor sólo si se las cumple al servicio del pueblo; sólo si se borra su función de instrumentos de adquisición de privilegios injustificados, sólo si se comprende que todos pueden participar de ellas.

El mismo discurso vale para la familia, que es una institución burguesa en cuanto burgueses son sus contenidos y sus valores. Pero en el momento en que, desde los primeros años de vida, se instaura una vida colectiva y un espíritu de confrontación entre todos los componentes de la colectividad, entonces la familia puede transformarse en su interior, volverse célula política, momento de cotejo y de debate entre sus miembros. Las relaciones entre los cónyuges, y con los hijos, no se modifican como consecuencia de una actitud voluntarista tendiente a la construcción de la familia roja, ni se tiende a superar en este microcosmos diferencias históricas entre el hombre y la mujer en virtud de la conciencia adquirida de la injusticia de una disparidad que es el reflejo ulterior de la división del trabajo y de la separación entre trabajo manual e intelectual y entre trabajo productivo e improductivo, inherente a la sociedad en su conjunto; la transformación sucede como consecuencia de una transformación general de la relación entre los individuos que en la familia encuentra un momento ulterior de verificación y un instrumento ulterior para realizarse.

La revolución, especialmente en los años que siguieron a 1958 hasta la revolución cultural, ha visto no sólo la rebelión general de la mayor parte del pueblo contra la explotación sino, en particular, un progresivo rescatar a la mujer de la opresión del hombre; y las mujeres que la narran no ponen nunca acento moralista alguno en la historia de su emancipación, que es consecuencia no de un acto de generosidad de parte del hombre sino de una objetiva inserción en el proceso revolucionario total, de la conciencia adquirida de haberse vuelto trabajadoras productivas para la construcción del socialismo, partícipes de una cultura nueva, compañeras junto a compañeros.

Entonces el hombre no puede utilizar, dentro de la familia, el privilegio que le viene de su participación en un trabajo que excluye a la mujer por causas que se quieren hacer creer de naturaleza fisiológica; y la mujer puede conquistar progresivamente su libertad, y una posición de igualdad en relación al hombre, evitando aceptar la oferta de una igualdad que se queda en el estado verbal o de la construcción intelectualista, o renunciando a su propia femineidad con la expresión de actitudes provocativas que acentúan la división respecto del hombre.

También aquí el principio de la política, en el primer lugar una vez más, asume todo su significado de rechazo de los esquemas producidos por una sociedad fundada en la explotación y en la opresión; una vez más, significa renuncia a la eficiencia y a la economicidad, criterios que tienden siempre a favorecer a los pocos contra las masas.

La familia como célula política, hemos dicho; para evitar que se vuelva sede de lo privado, defensa de la propia individualidad, instrumento de recreación del egoísmo y del egocentrismo, de manera que lo privado no influya sobre lo público repropiciando los términos de las relaciones entre los individuos características del sistema a que se quiere combatir.

Familia, escuela, campos, fábrica: cada uno de estos momentos debe expresar los distintos niveles de las necesidades y las exigencias de las masas que encontrarán su satisfacción en una síntesis central que jamás podrá presentarse en oposición a ellas ahogando y no resolviendo las contradicciones.

La comuna popular nace y se desarrolla negando en sus raíces todos los elementos típicos a través de los cuales se ex-

presa la estructura de la empresa capitalista, pero sin mistificación alguna sobre la fuerza que el capitalismo tiene en cuanto a reformarse y reproponerse a distintos niveles. En la hacienda de todo el pueblo, que será el resultado final de la evolución de la comuna popular, no existirán dirigentes y dirigidos, no existirá división del trabajo sino concebida como división de tareas y de funciones, desaparecerán los privilegios intelectuales, obreros y campesinos realizarán la unidad superando la alianza sólo si se llega a tener en cuenta todo: la continuación de la lucha de clases, la exigencia de la lucha ideológica, la necesidad de una cultura de masas, la propáganda, la continua reafirmación de principios.

En toda estructura y en cualquier institución existe siempre la "línea negra", existe siempre la posibilidad de la burguesía de reconstituirse como clase y de reconquistar los privilegios perdidos. Este principio es más valedero todavía en una época histórica en la cual el capitalismo está moribundo y la tendencia principal en el mundo es la revolución; en esta situación, el adversario de clase utiliza todos los instrumentos, todas las situaciones y todos los individuos en el vano intento de una recuperación que puede ser de breve duración pero que puede reflejarse negativamente sobre el proceso revolucionario mundial.

¿Podemos decir con ello que la comuna popular se presenta ya como un modelo, repetible en los términos de una ecuación matemática, y valorable como alternativa a la empresa capitalista? Sería un error que negaría toda la dinamicidad de un proceso de desarrollo y de conquista largo y trabajoso; como para toda otra institución, desde la fábrica hasta la escuela, podemos decir que en la comuna popular se plantean y se enfrentan de modo correcto todos los problemas que llevarán a la destrucción del capitalismo. Una visión estática, que ve ya el socialismo realizado, aún más, que en este socialismo ve realizados ya algunos momentos típicos del comunismo, es una mistificación que aleja los problemas y, bajo un manto triunfalista, permite a la burguesía reafirmarse y reconquistar el poder y los privilegios perdidos.

LA FÁBRICA

Pero el análisis de la estructura de la fábrica y de la organiza-

ción del trabajo en la fábrica es el momento que, mejor que cualquier otro, nos permite particularizar los elementos de superación de la empresa capitalista. Los motivos son obvios y es inútil insistir sobre ellos; mientras en la comuna popular se está cumpliendo un proceso de construcción en un sitio donde las estructuras capitalistas típicas no habían penetrado todavía en 1949 y donde la revolución se ha insertado en un tejido fundamentalmente precapitalista, la fábrica es la empresa capitalista, el lugar donde el capitalismo y el imperialismo ejercen su opresión y su explotación y donde sus valores se expresan de manera más acabada y articulada.

A la luz de los datos puestos ya de relieve en las páginas anteriores, resulta evidente que la eliminación de las diferencias salariales entre dirigentes y dirigidos, entre empleados administrativos, técnicos y obreros es, en sí, una providencia formal y de cualquier manera no fundamental, en cuanto no modifica en la sustancia la relación jerárquica alrededor de la empresa, y por lo tanto la explotación y la enajenación de la fuerza trabajo. Prescindiendo de la consideración de que las disparidades todavía existentes en China no tienen nada de parecido a las de cualquier empresa, sea en los países capitalistas occidentales, sea en los países del este europeo, este hecho es comprendido en sus justos términos y la paridad salarial es considerada sustancialmente como el resultado de un proceso de cambio de las relaciones de clase y no como una premisa para perseguir este fin (el técnico gana más que el obrero como, por los mismos motivos, el viejo profesor universitario jubilado por la revolución cultural mantiene su anterior remuneración). Resultado de un proceso que debe tender a la individualización de los conflictos entre trabajo improductivo y productivo (que sirve para los fines de vez en vez perseguidos hacia la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo), a la consiguiente eliminación del trabajo improductivo, a la salvación de la ciencia, luego de modificar su utilización. En lo referente a este último punto, el problema de fondo es la crítica a la utilización burguesa de la ciencia y de la técnica, no a la ciencia y a la técnica que sólo en una sociedad libre, comunista, puede rescatarse, volverse útil para todos; reconquistar su neutralidad.

De la conciencia de la prioridad de este problema nace la

exigencia de la especificación de un principio general dentro de la fábrica china: el principio de la triple unión, donde técnicos, cuadros políticos, representantes de las masas (la clase obrera debe dirigir todo) actúan juntos y luchan juntos por la superación de la división del trabajo, contra el riesgo de que sus roles sean utilizados para reconstituir la clase y sus privilegios. Para hacer esto es necesario identificar la parte inútil de la técnica, vale decir la que sólo formalmente es técnica y ciencia pero que en sustancia es instrumento que permite mantener una posición de dirección, no justificable de otro modo; porque es solamente la parte inútil la que la clase obrera y las masas populares no pueden hacer suya, en absoluto, en cuanto no insertable en el trabajo productivo. Al respecto son ejemplares las historias personales de los grandes barones académicos, que construían modelos hasta irrealizables prácticamente; ejemplares pero no únicas, ya que en cada fábrica china podemos encontrar un técnico obligado, a pesar suyo, a rendirse ante la evidencia de los hechos que lo llevan a considerar imperfecto, o aun completamente equivocado (por lo inútil), un proyecto que en la clausura del laboratorio y sobre la base de criterios formalizados y librescos se le había aparecido como justo, concluido, intocable.

He aquí entonces el principio de la praxis como momento de experiencia de las exigencias reales de las masas y de la producción, de la necesidad de la síntesis teórica y del retorno a la praxis; principio que permite aquí como en cualquier lado la expresión y la liberación de la creatividad de las masas y la derrota de los criterios económicos burgueses, que en los libros, pero sólo en los libros, parecen tener una validez absoluta, y que fuera de una cultura construida para perpetuar los valores de un sistema, demuestran, bajo un manto de científicidad, toda su validez puramente ideológica y mistificante. El capitalismo crea sus modelos para cubrir su anarquía y pretende imponerlos en todo lugar y en toda situación histórica, justificándolos sobre la base de una construcción lógica, cuya corrección nadie discute, pero que está fundada en premisas ideológicas desprovistas de carácter científico.

Este es el momento central que unifica todo: la creatividad de las masas, la política, el hombre en su totalidad. Toda cosa: iniciativa, toma de posición, organización, está subordinada a

estas tres expresiones del mismo principio. Nunca se podrá llegar al control del productor sobre el producto, dejando el eslogan en términos abstractos y construyendo el modelo sobre la base de criterios considerados valederos y que, en realidad, lo son únicamente dentro del modo de producción capitalista.

Esto explica el maravillarse, el asombro, y hasta la crítica del visitante occidental de formación marxista, ante el fenómeno de la inexistencia de las máquinas obsoletas y del gran dispendio de energías para reconstruirlas y darles una nueva función, inventarles otras nuevas, cuando sería más simple, más naturalmente económico, conseguir las en la fábrica de máquinas utensilios.

Olvidan que en China cotidianamente se hace la "crítica de la economía política". Entonces es imposible, fruto de una visión burguesa del mundo, valorar también positivamente, pero separadas unas de las otras las distintas expresiones de un proceso que, con la progresiva erosión de los valores burgueses, tiende a la conquista de nuevos valores alternativos.

No proponemos la destrucción de la empresa para construir una empresa más humana. El viejo discurso retorna: nada sería más desviador —en cuanto a una descripción del socialismo, a la proposición de un modelo— cuando el problema primario resulta ser la eliminación de todos los instrumentos a través de los cuales el modelo podría reencontrar el camino para recomponerse.

El estudio de las obras filosóficas del presidente Mao no por casualidad se hace en la fábrica, así como en las escuelas, en la campaña y en las familias; mientras se abate la concepción de una cultura como instrumento de privilegio, de inmediato se verifican en la praxis de la producción y de la revolución los principios fundamentales de la ciencia del proletariado.

Entonces se aclara el proceso que conducirá a la superación de la división del trabajo y se torna evidente tanto el triunfalismo de una visión que la considera en los términos de un problema ya resuelto, como el moralismo de una concepción simplificadora que de manera esquemática advierte solamente la exigencia de hacer probar a los intelectuales la dureza del trabajo manual; visión que en su sustancia no admite posibilidad alguna de rescate para los trabajadores manuales, destina-

dos simplemente a proporcionar un ejemplo de las condiciones que siguen a la relación de explotación sufrida directamente.

El intelectual no debe volverse obrero: son la clase obrera y las masas populares las que, adquiriendo los instrumentos que eran privilegios de los intelectuales, podrán dirigir efectivamente el proceso revolucionario, derrotar a la burguesía y, en un término imposible de establecer *a priori*, llegar al reino de la libertad, a la sociedad sin clases, al comunismo.

Es obvio que, en todo esto, hay un alto grado de experimentalismo; pero, en la fase de destrucción, la empresa capitalista es abatida y superada sólo negando los criterios sobre cuya base actúa la empresa en un sistema capitalista.

No existe ninguna solución libresca satisfactoria para el problema de la superación de las formas de mercado; pero cuando se invierten las prioridades; cuando la satisfacción de las exigencias de las masas reemplaza al objetivo de los máximos beneficios como finalidad de la producción; cuando el problema ya no es el de producir para vender de alguna manera, sino para vender a quien ha expresado una necesidad real; cuando, en general, la exigencia de los consumidores no es ya la cobertura ideológica de la política de las empresas y los consumidores no son una clase construida en su ficticia homogeneidad por un sistema fundado en valores puramente económicos, sino un momento de expresión de la mayoría del pueblo que está construyendo su homogeneidad subjetiva y objetiva, es obvio entonces que las categorías de mercado, la economía política, entran en crisis hasta desaparecer y la polémica sobre su eliminación se convierte en una polémica formal.

La cuestión de la productividad e improductividad del trabajo en una economía de transición pierde toda su exquisitez y complejidad académica y adquiere el valor elemental de un criterio de discriminación que traza el límite entre lo útil y lo inútil para la revolución y para la construcción del hombre nuevo. ¿Qué es la empresa capitalista? El lugar natural en cuyo interior el capitalismo perpetúa los valores del estado de derecho. La empresa se hace institución, en el intento ideológico de negar la permanencia del carácter conflictivo con la clase obrera y se vuelve de nuevo contrato en la creación de un carácter conflictivo interno con los propietarios pasivos del ca-

pital, como consecuencia del proceso de socialización. Ese carácter conflictivo se hace externo con los consumidores como producto exasperado de la enajenación, efecto de una política dirigida al consumo para la perpetuación de una producción cada vez más fin en sí misma, y con las otras empresas, en una lucha que entra en contradicción con la tendencia objetiva a la concentración monopolista pero que es la expresión de la anarquía hecha valor sobre el cual se funda un equilibrio innatural.

Entonces nos preguntamos qué debe ser considerado trabajo productivo y qué trabajo improductivo: se delinea un panorama catastrófico de un sistema obligado a sobrevivir sobre la base de la asfixia de los valores más elementales, se invoca la intervención del estado en los mismos términos en que se podría invocar la intervención de una divinidad, cayendo en una alternativa dramática; el escepticismo, la pasividad ante la inevitable opresión de la máquina sobre el hombre, la búsqueda de un refugio privado en una familia a la que se trata de abstraer de la influencia del sistema en su conjunto y que se vuelve mito, o bien el extremismo luddista, la rebelión contra todo y contra todos, la negación del progreso, de la técnica, de la ciencia, el retorno a lo primitivo en un egocentrismo estéril e ilusorio (o, en última instancia, la declaración apodíctica de la existencia de valores ocultos a los que solamente es necesario hacer reaparecer a la luz).

Si la empresa capitalista es todo esto, el mercado se convierte en la sublimación, en la simplificación extrema y formal de un fenómeno complejo e irreductible a una fórmula matemática; pensar en destruir la empresa, reemplazando, en el papel, al mercado por el plan, significa quedarse en una lógica interior al sistema, negarse a analizar las relaciones reales, a enfrentar los valores ideológicos, a descubrir el cuadro institucional en una perspectiva, como ya dijimos, en la que el estado, definido como se quiera, aun para el que rechaza toda definición, se vuelve el poseedor de la fórmula alternativa que hará entrar al sistema en una dimensión más humana, más social.

La realidad es que el problema de la empresa no existe; existe el problema de redescubrir las relaciones entre los hombres y de abatir todos los instrumentos que alienan al hombre respecto de sí mismo.

Existe el problema de la explotación, de la enajenación, de la división capitalista del trabajo y de sus reflejos en cada institución y en cada nivel; existe el problema del control de producto por el productor evitando un retorno a una economía precapitalista o, aun, al comunismo primitivo.

Entonces, tomando como base los principios del marxismo-leninismo, ya nada parece dado por descontado. Puede, por ejemplo, parecer empírica y experimentalista la exasperada tendencia a la intercambiabilidad de las funciones existentes actualmente en China; por la cual, como hemos visto, el obrero ayuda en la cosecha, el campesino entra en la fábrica, el intelectual se divide entre estudio y trabajo productivo, pero también el obrero cambia de continuo la máquina en que trabaja. En realidad se da allí la conciencia de la posibilidad de que se reproduzcan las relaciones capitalistas de producción como consecuencia del carácter repetitivo del trabajo que, aun justificado por una finalidad justa, puede llevar a una preponderancia de la máquina sobre el hombre y a impedir la liberación de éste en un solo momento de su existencia cotidiana.

Se comprende entonces en profundidad también la función de ese ejército sin grados y sin retórica que es el ejército popular de liberación; su función de propaganda ideológica que nada tiene de abstracto, en la medida en que tiende a superar la separación entre militares y civiles, expresión de la concepción capitalista de la técnica y de la división capitalista del trabajo. El militar en la fábrica puede asombrarnos, confundidos como estamos por la función que el ejército de todo el país tiene y ha tenido siempre y que nos mueve a considerarlo como un represor de las exigencias individuales y de masa; una institución a la cual se le delega una parte de nosotros mismos y que se justifica solamente en un sistema donde los valores de las masas son sustancial y sistemáticamente violados. Pero todo cambia si comprendemos que el ejército popular de liberación es esencialmente el instrumento para la difusión de la milicia popular de la que todos deben ser, o serán, miembros; que la defensa del territorio nacional es uno de los momentos en que se despliega la lucha contra el imperialismo y contra las empresas capitalistas y su lógica. La lucha popular en el Vietnam triunfa por este motivo; es, pura y simplemente, la lucha de un

pueblo entero contra un ejército, la victoria de la política que no niega a la técnica, pero que acoge de ella los elementos productivos, contra la técnica, contra las ciencias burguesas, la victoria de un proceso revolucionario por la conquista de un nuevo humanismo contra la empresa entrampada en la lógica del beneficio.

Es suficiente esto para hacer caer en un mar de ridículos a la mayor parte de nuestra cultura oficial.

No hay aquí ninguna extremista subestimación de la capacidad del capitalismo; sólo la justa valoración de la ciencia del proletariado, cuya finalidad es la revolución, el reino de la libertad, la emancipación de las masas y la felicidad del individuo, y por lo tanto no requiere la perfección de una ecuación matemática, útil acaso para una aparente superación de las frustraciones del intelectual burgués, que no quiere sentirse partícipe de la alienación general y busca en la abstracción de los conceptos un ficticio refugio a la opresión del capital que se sirve de él y se aprovecha de su inconsciencia.

CONCLUSIONES

El discurso esbozado en las páginas precedentes puede parecer demasiado genérico o, aun, podría pensarse que hemos abandonado el tema de fondo de nuestro ensayo por una descripción general de los principios sobre cuya base es llevado adelante el proceso revolucionario en China.

En realidad, no es así; el discurso es deliberadamente general, o bien es deliberadamente específico en la medida en que tiende a concretar en sus múltiples aspectos los principios fundamentales de la "política en el primer lugar" y del "hacer la revolución y promover la producción". La empresa es el elemento particular que nos permite arribar a lo general; hacer la crítica de la empresa significa no hablar de la empresa (sino cayendo en el habitual engaño de proponer ya ahora un modelo alternativo, la unidad económica socialista, que nos llede a construir la empresa socialista, cosa que es un sinsentido), así como hacer la crítica de la economía política significa negar cualquier posibilidad de construir una economía política marxista.

Con ello no queremos afirmar que toda separación está superada; pero la crítica a la utilización burguesa de la ciencia y de la técnica no puede detenerse en el análisis de la estructura de la fábrica, en las componentes de la comuna popular, en la escuela, en la familia.

Estamos en la fase de la destrucción y, en el mismo contexto, de la elaboración de los instrumentos para la construcción no de un nuevo tipo de empresa sino de una sociedad nueva. Por eso, quizá Bettelheim se equivoque cuando, luego de haber planteado correctamente el problema, individualiza en la comuna popular el emblema de una realidad nueva. En realidad, la comuna popular es un lugar donde se tiende a superar la separación entre ciudad y campaña, y la contradicción entre las clases, así como la misma finalidad es perseguida unificando la fábrica y la escuela, la fábrica y el barrio, la fábrica y la familia, la fábrica y la comuna, la universidad y la fábrica y así sucesivamente hasta el gran supermercado de la ciudad controlado por un órgano del que es parte preponderante el consumidor como expresión de una clase que manifiesta sus exigencias y el nivel de conciencia política aun al comprar.

La fábrica china no es un paraíso: el trabajo es duro, los horarios pesados, sobreviven las diferencias entre roles y funciones (aunque intercambiándose entre sí) y, como hemos visto, persisten las diferencias salariales (la afirmación de que nos encontramos en una sociedad socialista donde, por lo tanto, rige el principio "a cada uno según sus aptitudes" y no el comunista, "a cada uno según sus necesidades", se repite constantemente). La división del trabajo entre técnico y obrero no está todavía superada, como no está superada, en general, la disparidad cultural entre trabajador manual y trabajador intelectual, y a pesar de que la individualización de los trabajadores improductivos se halla en una fase avanzada y la relación entre obreros y empleados administrativos está completamente cambiada respecto de la empresa típica de cualquier país capitalista. Y sin embargo, no hay dudas, en la fábrica china aletea un espíritu nuevo y no es exagerado decir que se respira un aire a la vez de alejamiento y de alegría. Todo ello no se explica solamente en los términos idealistas de una clase obrera que se siente el motor de la revolución, que tiene conciencia de ser partícipe de

una finalidad justa, por lo cual, una vez más, el fin noble justificaría los medios más duros; en realidad nos encontramos ante una clase obrera ya modificada, que se siente dueña de los instrumentos para su modificación y para la emancipación de la humanidad íntegra, que progresivamente se enseñorea de todos los instrumentos necesarios para una efectiva dirección sobre las otras clases, que construye, día tras día, su propia democracia.

Es inútil asumir actitudes triunfalistas y dar por cumplido un proceso que está todavía en los comienzos y que sufre mil contradicciones: ya es mucho darse cuenta de que se es juzgado sobre la base de criterios políticos, que la economicidad y la eficiencia son criterios subordinados, que la crítica y la autocritica son utilizados para el logro de una efectiva unidad y para combatir al egoísmo que hay en nosotros mismos y en nuestros compañeros. Poder afirmar libremente que la máquina debe ser detenida o que, de alguna manera, nos podemos conceder un período de descanso cuando se advierten los síntomas del cansancio, es el signo de una libertad que puede ser limitada solamente por la necesidad de alcanzar una igualdad de trato entre todos los trabajadores y entre todos los compañeros. No descansa quien termina antes, sino quien se cansa primero antes; ello significa juzgar al hombre en su totalidad y no las aptitudes separadas del hombre, ello significa luchar contra el egoísmo, de tal manera que, aquel que termina primero y no está cansado ayuda a quien se ha retrasado, no haciéndolo sentir inferior, porque "uno se divide en dos" y la ayuda es recíproca y, en otro momento de expresión de la personalidad, los papeles pueden invertirse.

Se comprende entonces en todo su valor la función del estudio de las obras de Mao: la conciencia alcanzada de que el fin de la producción ligado al fin de la revolución se persigue con todos los medios necesarios a la elevación del nivel general de existencia, material e ideológico, de las masas. En virtud de ella el trabajo es útil y necesario en los límites en que queda comprendido, la filosofía no aparece desligada del problema técnico sino que éste es superado sobre la base del principio filosófico y entonces el hombre considerará el resultado del trabajo como propio.

Al mismo tiempo el estudio y el debate político se ligan

Con ello no queremos afirmar que toda separación está superada; pero la crítica a la utilización burguesa de la ciencia y de la técnica no puede detenerse en el análisis de la estructura de la fábrica, en las componentes de la comuna popular, en la escuela, en la familia.

Estamos en la fase de la destrucción y, en el mismo contexto, de la elaboración de los instrumentos para la construcción no de un nuevo tipo de empresa sino de una sociedad nueva. Por eso, quizá Bettelheim se equivoque cuando, luego de haber planteado correctamente el problema, individualiza en la comuna popular el emblema de una realidad nueva. En realidad, la comuna popular es un lugar donde se tiende a superar la separación entre ciudad y campaña, y la contradicción entre las clases, así como la misma finalidad es perseguida unificando la fábrica y la escuela, la fábrica y el barrio, la fábrica y la familia, la fábrica y la comuna, la universidad y la fábrica y así sucesivamente hasta el gran supermercado de la ciudad controlado por un órgano del que es parte preponderante el consumidor como expresión de una clase que manifiesta sus exigencias y el nivel de conciencia política aun al comprar.

La fábrica china no es un paraíso: el trabajo es duro, los horarios pesados, sobreviven las diferencias entre roles y funciones (aunque intercambiándose entre sí) y, como hemos visto, persisten las diferencias salariales (la afirmación de que nos encontramos en una sociedad socialista donde, por lo tanto, rige el principio "a cada uno según sus aptitudes" y no el comunista, "a cada uno según sus necesidades", se repite constantemente), la división del trabajo entre técnico y obrero no está todavía superada, como no está superada, en general, la disparidad cultural entre trabajador manual y trabajador intelectual, y a pesar de que la individualización de los trabajadores improductivos se halla en una fase avanzada y la relación entre obreros y empleados administrativos está completamente cambiada respecto de la empresa típica de cualquier país capitalista. Y sin embargo, no hay dudas, en la fábrica china aletea un espíritu nuevo y no es exagerado decir que se respira un aire a la vez de alejamiento y de alegría. Todo ello no se explica solamente en los términos idealistas de una clase obrera que se siente el motor de la revolución, que tiene conciencia de ser partícipe de

una finalidad justa, por lo cual, una vez más, el fin noble justificaría los medios más duros; en realidad nos encontramos ante una clase obrera ya modificada, que se siente dueña de los instrumentos para su modificación y para la emancipación de la humanidad íntegra, que progresivamente se enseña de todos los instrumentos necesarios para una efectiva dirección sobre las otras clases, que construye, día tras día, su propia democracia.

Es inútil asumir actitudes triunfalistas y dar por cumplido un proceso que está todavía en los comienzos y que sufre mil contradicciones: ya es mucho darse cuenta de que se es juzgado sobre la base de criterios políticos, que la economicidad y la eficiencia son criterios subordinados, que la crítica y la autocrítica son utilizados para el logro de una efectiva unidad y para combatir al egoísmo que hay en nosotros mismos y en nuestros compañeros. Poder afirmar libremente que la máquina debe ser detenida o que, de alguna manera, nos podemos conceder un período de descanso cuando se advierten los síntomas del cansancio, es el signo de una libertad que puede ser limitada solamente por la necesidad de alcanzar una igualdad de trato entre todos los trabajadores y entre todos los compañeros. No descansa quien termina antes, sino quien se cansa primero antes; ello significa juzgar al hombre en su totalidad y no las aptitudes separadas del hombre, ello significa luchar contra el egoísmo, de tal manera que, aquel que termina primero y no está cansado ayuda a quien se ha retrasado, no haciéndolo sentir inferior, porque "uno se divide en dos" y la ayuda es recíproca y, en otro momento de expresión de la personalidad, los papeles pueden invertirse.

Se comprende entonces en todo su valor la función del estudio de las obras de Mao: la conciencia alcanzada de que el fin de la producción ligado al fin de la revolución se persigue con todos los medios necesarios a la elevación del nivel general de existencia, material e ideológico, de las masas. En virtud de ella el trabajo es útil y necesario en los límites en que queda comprendido, la filosofía no aparece desligada del problema técnico sino que éste es superado sobre la base del principio filosófico y entonces el hombre considerará el resultado del trabajo como propio.

Al mismo tiempo el estudio y el debate político se ligan

siempre físicamente a la institución en la que se despliega la personalidad propia para evitar que se vuelva percepción de conceptos abstractos, instrumento para la reproducción de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual y para la proposición de un tipo de emancipación que premia simplemente a los más capaces y que no envuelve a la general condición de alienación.

Así como el intelectual no debe volverse obrero, el obrero no debe volverse intelectual: la finalidad es el nacimiento del hombre nuevo en el que estos dos momentos lleguen a fundirse eliminando la negatividad de las dos figuras, consecuencia de una relación de explotación.

Si al final de este discurso queremos retornar al problema de fondo de la planificación, se hace evidente ahora que los términos tradicionales en que se lo plantea y se lo trata son completamente sacudidos. Podríamos hablar de ello largamente, pero acaso el discurso sería lateral.

Quiero recordar que, luego de la enésima visita a una fábrica en la que se nos había dicho que los objetivos del plan no sólo habían sido superados ampliamente, sino también que había sido modificada la producción construyendo una máquina utensilio para cuya producción existía una fábrica en la misma ciudad, hice notar a un compañero que nos acompañaba cuánto contrastaba todo ello con los tradicionales principios de la planificación o, por lo menos, con la idea que yo me había hecho de la planificación sobre la base de la experiencia soviética. Se me respondió, con ironía velada, que en China rige el principio del desequilibrio del plan.

El plan es puesto en crisis de continuo: algo que se entiende perfectamente si insertamos la afirmación en el cuadro general de desarrollo económico-social que se está verificando en China.

El plan es puesto en crisis de continuo; algo que se entiende por prioridades abstractas de una oficina del plan centralizado—donde se encerrarían los técnicos del plan, por ello mismo separados de las masas y privilegiados por sus conocimientos y por sus aptitudes— sino que es la forma de una modificación tendencial de las relaciones de clases y de las relaciones de producción. En cuanto forma, es el reflejo de las exigencias reales

de las masas que, como tales, nunca se dan de una vez para siempre y deben ser verificadas continuamente. La modificación continua de los objetivos, de las finalidades, de las prioridades, aparece como la consecuencia de una visión objetiva de las relaciones sociales que es característica dominante de toda la realidad china.

El discurso podría seguir infinitamente, enfrentando en términos más analíticos el tema de la reconstrucción del partido, la función de los comités revolucionarios, las relaciones entre ciudad y campaña, la estructura de la escuela, de la universidad, de los barrios, el problema de la política exterior china y de las posibles influencias de comercio internacional sobre el desarrollo del socialismo. Prefiero detenerme aquí, consciente de haber ofrecido un cuadro problemático de la realidad china, a mi parecer, aquí está la fuerza de China, de un país que todavía no ha derrotado al capitalismo, pero que tiene presente las dificultades de una lucha necesariamente de larga duración.

La revolución es también paciencia, conciencia de la debilidad y de los recursos del enemigo, confianza en las masas, lucha contra el individualismo y el egoísmo. En términos de egoísmo y de individualismo y no de otra manera puede definirse la actitud de quienes pretendían hacer la revolución con la garantía de verla realizada en el ámbito de su propia existencia; actitud que, antes o después, termina por resolverse en el abandono de los principios, en la aceptación del reformismo, en la vana ilusión de obtener una pequeña rebanada de felicidad y de satisfacción en un mundo dominado por la explotación y la opresión.

Pero mantengámonos en guardia: la revolución china no debe resolverse en un refugio libresco, en la cita de las obras del presidente Mao, en la cobertura de nuestra incapacidad de actuar en la realidad en que vivimos. Aplicación creadora significa ante todo esfuerzo de análisis, participación en la lucha, comprensión de las exigencias de las masas y no declaración abstracta de principios que valen solamente en la medida en que se los verifique constantemente.

BERNARD JOBIC

LA REVOLUCIÓN CULTURAL Y LA CRÍTICA DEL ECONOMICISMO

La Comuna de París de 1871, la revolución bolchevique de 1917, la revolución china de 1949 y la revolución cultural que se inicia en 1966, son cuatro grandes etapas históricas en la construcción del socialismo. En lo que va de la primera a la cuarta de estas etapas, la práctica revolucionaria ha progresado mucho; también la teoría revolucionaria. Esto confirma una vez más, si todavía era necesario, la teoría materialista del conocimiento.

“Descubrir las verdades por la práctica, y confirmarlas y desarrollarlas también por la práctica. Pasar activamente del conocimiento sensible al racional, luego del conocimiento racional a la dirección activa de la práctica revolucionaria, a la transformación del mundo subjetivo y objetivo. La práctica y el conocimiento, luego de nuevo la práctica y el conocimiento, esta forma, en su repetición cíclica, es infinita, y el contenido de esos ciclos de la práctica y del conocimiento se eleva cada vez a un nivel más alto” (Mao-Tsé-tung, “Acerca de la práctica” en *Cuatro Tesis filosóficas*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1969, p. 30).

Con la experiencia de la revolución china y de la revolución cultural el contenido de la práctica y del conocimiento del período de transición socialista alcanzó un nuevo estadio. Aun cuando éste no significa naturalmente el fin del movimiento, representa sí una etapa decisiva del mismo, en tanto permite avanzar por la vía de la comprensión de las particularidades propias de este período. Parecería que, en efecto, los numerosos problemas planteados en el momento de la construcción del socialismo en la URSS (primera experiencia victoriosa de dictadura del proletariado) y que el desarrollo ulterior de la so-

ciudad soviética tendió a ocultar cuando en realidad seguan presentes, pueden ser enfocados desde una óptica nueva. Al respecto, podríamos retomar la idea de Marx:

"La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono".

No es que la sociedad china haya logrado la victoria definitiva del socialismo (ya que: 1) la lucha de clases, la lucha entre las dos vías continúa aún, y es por ello que "otras revoluciones culturales serán necesarias en China" y 2) la victoria final del socialismo depende también de la revolución mundial), pero sí ha llegado a un estadio en la construcción del socialismo que jamás alcanzó la URSS: el estadio de la revolución cultural.

Todo esto implica que, sobre la base de las condiciones específicas propias de la revolución china, es posible sacar ciertas enseñanzas de valor universal, no porque constituyan verdades definitivas sino en tanto representan el estado más avanzado de la teoría (el pensamiento de Mao-Tsé-tung, es decir, el marxismo, enriquecido de leninismo, de un conocimiento que corresponde a un estadio todavía más avanzado de la práctica revolucionaria del proletariado. Esta teoría deberá ser enriquecida y sobrepasada ulteriormente, en relación dialéctica con los progresos de la misma práctica revolucionaria.

La revolución soviética y, más tarde, la revolución china —por tomar los ejemplos más importantes— tuvieron su carácter específico. Las condiciones en las cuales tuvieron lugar eran particulares y dependían de situaciones históricas diferentes. Pero, sobre la base de estas circunstancias particulares, se fueron planteando problemas universales, es decir, problemas de alcance general. En este sentido, se vuelve necesario evitar dos tipos de errores:

1. El primer error consiste en sobrestimar los aspectos particulares afirmando, por ejemplo, que en la medida que estas revoluciones han tenido lugar en países económicamente atrasados, en casos particulares carentes de madurez, no es posible inferir enseñanzas de tipo general acerca del período de transición¹.
2. El segundo error consiste, por el contrario, en sobrestimar

los aspectos universales: de este modo se llega, por ejemplo, a considerar como universalmente válidas formas de organización económicas o políticas tal como se dieron en la URSS o en China. Este error se funda en el olvido del hecho que las enseñanzas de tipo universal pueden ser despejadas sólo a partir del "análisis concreto de una situación concreta". No se trata entonces de generalizar todas las formas de la Revolución china, pues sería recaer en un nuevo dogmatismo. Pero principios tales como la línea de masas, "no olvidar jamás la lucha de clases", "poner la política en el puesto de mando", "hacer la revolución y promover la producción", etc., son principios universales que también deberán ser aplicados, en tanto un alto nivel de desarrollo no lo resuelve todo, en la construcción del socialismo en los países capitalistas desarrollados: una de las enseñanzas de la Revolución china (y —negativamente— de la Revolución soviética) es precisamente que las fuerzas productivas capitalistas no pueden servir, tal cual son, para la construcción del socialismo.

También en los países capitalistas desarrollados debe y deberá llevarse la lucha contra el economicismo. Como veremos más adelante, éste se caracteriza por una subestimación del papel de las relaciones de producción y de la lucha de clases en relación a las fuerzas productivas y a su desarrollo. En una palabra, no reconoce el principio de toda política revolucionaria, que es la primacía de la política sobre la economía, y subestima el papel creador de las masas populares en la historia. Políticamente, el economicismo juega un rol conservador en la construcción del socialismo, porque lleva a desarrollar las fuerzas productivas en el marco de las relaciones de producción existentes, cuando el objetivo principal de la política revolucionaria es la transformación de estas últimas.

LA PROBLEMÁTICA ECONOMICISTA

Las concepciones economicistas son multiformes. Más aún, existen grados de economicismo.² Es posible, sin embargo, resumir estas concepciones en ciertas ideas fundamentales: las fuerzas productivas, que se identifican fundamentalmente con los medios de producción, ocupan un lugar central; las relaciones de producción juegan un rol pasivo; la relación entre base

y superestructura es una relación casi mecánica; por último, y sobre todo, se le atribuye a la lucha de clases un rol secundario y de "exterioridad" con relación a las contradicciones fundamentales de la sociedad.

Aquí citaremos sólo a Lange y Stalin, por cuanto sus textos proveen en cierta medida de una expresión sistematizada del economicismo. Esto no significa que los estemos poniendo en el mismo plano (sería lo mismo si citáramos a Trotski o a Liu Shao-chi). Sería absurdo considerar al economicismo de tal o cual individuo sin referirlo al contexto histórico en el cual pudo aparecer y, de esta forma, al estado de la lucha ideológica en que ha tenido cierta influencia. De lo que se trata entonces es de redondear una problemática general.

1. Fuerzas productivas. Relaciones de producción

El economicismo concibe el desarrollo de las fuerzas productivas como el fundamento de toda dinámica de la historia. Una formulación muy clara de este punto de vista se encuentra en Oskar Lange: ³ es la "ley del desarrollo progresivo de las fuerzas productivas": la creación de nuevos incentivos tiene como consecuencia la necesidad de una modificación constante de las fuerzas productivas, cuyo resultado es el crecimiento del "potencial productivo" de la sociedad.

Después, y esto es lo esencial, las relaciones de producción "se conforman de acuerdo al nivel histórico de las fuerzas productivas". La misma idea encontramos en Stalin, quien escribe en *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*; "La primera característica de la producción es que jamás se estanca en un punto durante un largo período, sino que cambia y se desarrolla constantemente". ⁴ Y agrega: "la segunda característica de la producción consiste en que sus cambios y su desarrollo arrancan siempre, como de su punto de partida, de los cambios y del desarrollo de las fuerzas productivas y, ante todo, de los que afectan a los instrumentos de producción. ⁵ Las fuerzas productivas constituyen, por tanto, el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción. Al principio cambian y se desarrollan las fuerzas productivas de la sociedad, y luego, con sujeción a estos cambios y en consonancia con ellos, cambian las

relaciones de producción entre los hombres, sus relaciones económicas", (*Ibid*, p. 769. El subrayado es de Stalin.)

A un nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas deben "corresponder", tarde o temprano, determinadas relaciones de producción. (Stalin, *Ibid*, p. 769.) Según Lange, esta es la "primera ley fundamental de la sociología".

"La ley de la correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas".

Para Lange, en efecto, el modo de producción es "un todo interiormente equilibrado, en el cual las relaciones de producción y la propiedad de los medios de producción se adaptan a las exigencias de un estado dado de desarrollo de las fuerzas productivas sociales".

—En este caso entonces, ¿qué es lo que determina el pasaje de un modo de producción a otro?

—Y responde: "El factor que provoca la ruptura del equilibrio interno es el desarrollo de las fuerzas productivas, las modificaciones que se producen en el modo como el hombre actúa sobre la naturaleza en el proceso de la producción".

El movimiento histórico es entonces el siguiente: se parte de un modo de producción dado en el cual las relaciones de producción corresponden al nivel de las fuerzas productivas. Pero estas últimas se desarrollan y entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, que se convierten en "trabas". Esta contradicción entre las relaciones de producción y el nivel de las fuerzas productivas estalla: el resultado será la destrucción de las relaciones de producción existentes y el surgimiento de una nueva "correspondencia", que se traduce en el establecimiento de un nuevo modo de producción "interiormente equilibrado". La historia, vista desde arriba, aparece como la historia del desarrollo casi lineal de las fuerzas productivas. Las relaciones de producción son las "formas" del desarrollo de éstas; si se convierten en trabas, la revolución se encargará de volver a ponerlas en consonancia con el nivel de las fuerzas productivas.

2. Base. Superestructura

Volvemos a encontrar, en este nivel, el análisis en términos de "correspondencia":

Según Lange, la "segunda ley fundamental de la sociología" es la "ley de la correspondencia necesaria entre la superestructura y la base económica".⁶ En tanto la base económica está determinada por el nivel de las fuerzas productivas, vemos que el carácter del conjunto de la formación social está dado por éstos. La descripción que hace Lange del pasaje de una formación social a otra aclara este punto: la ley del desarrollo progresivo de las fuerzas productivas pone en cuestión tarde o temprano la correspondencia entre relaciones de la producción/fuerzas productivas, de donde resulta la aparición de una contradicción. Por lo tanto, la primera ley de la sociología restablece la correspondencia relaciones de producción/fuerzas productivas (a través del cambio de las relaciones de producción); después, la segunda ley de la sociología restablece la correspondencia entre la superestructura y las exigencias de la nueva base económica (por la transformación de la superestructura): se completa así el proceso de constitución de la nueva formación social (conviene señalar que, para Lange, una formación social es también "un todo equilibrado, armónico").

3. La lucha de clases

La lucha de clases aparece de alguna manera sobreañadida en todo el análisis precedente. Su función es resolver las contradicciones relaciones de producción/fuerzas productivas y base/superestructura cuando estas han llegado a un punto tal que la formación social está en crisis.

Según Lange, "la revolución social elimina estas contradicciones".

Del mismo modo, Stalin hace intervenir la lucha de clases recién al final de su análisis: una vez que las fuerzas productivas logran madurar cumplidamente, "las relaciones de producción existentes y sus representantes, las clases dominantes, se convierten en ese obstáculo 'insuperable' que sólo puede superarse por medio de la actuación consciente de las nuevas clases, por medio de la acción violenta de estas clases, por medio de la revolución" (*id.*, p. 780).

Los casos en que la lucha de clases ha sido lisa y llanamen-

te desconocida mientras se intentaba, por ejemplo, caracterizar la "crisis" del capitalismo, son innumerables.⁷

La crítica de la problemática economicista

Fuerzas productivas, desarrollo de las fuerzas productivas, nivel de las fuerzas productivas: he aquí el punto de partida de las concepciones economicistas. Por el contrario, son los conceptos de relaciones de producción, de producción y reproducción de las relaciones de producción los que constituyen el centro de un análisis científico del modo de producción, de la formación social y de su evolución histórica.

1. Los análisis economicistas a menudo remiten las contradicciones del desarrollo histórico a una cuestión que se sitúa, en último análisis, en el nivel de las fuerzas productivas y de su desarrollo.⁸ Ahora bien (y este es el punto fundamental), es imposible "aislar" de este modo las fuerzas productivas de las relaciones de producción (y, por lo tanto, del estado de la lucha de clases). Fuerzas productivas y relaciones de producción no pueden concebirse sino en su unidad (contradictoria). Esta unidad, que es la del proceso de producción en un modo de producción dado, constituye la base económica de la sociedad. Las contradicciones de la formación social jamás pueden ser aprehendidas manteniéndose exclusivamente en el nivel de las fuerzas productivas. En efecto, el núcleo de las contradicciones se sitúa (y solamente *en última instancia*) en el nivel de las relaciones de producción, en el de la posibilidad o la no posibilidad para éstas de reproducirse en una escala ampliada asegurando así, o no, el desarrollo de las fuerzas productivas). Y comprender las contradicciones en el nivel de las relaciones de producción implica tomar en cuenta la lucha de clases y el rol de la superestructura.

2. ¿Por qué no considerar aisladamente las fuerzas productivas (como tiende a hacerlo el economicista), o bien las relaciones de producción (como haría cierto tipo de voluntarismo)?²

En primer lugar, porque en términos de su misma definición los dos conceptos son inseparables, se presuponen mutua-

mente. En lo que hace a las relaciones de producción, éstas no son solamente relaciones entre los hombres,⁹ sino que se definen en términos de las relaciones de los hombres con ciertas fuerzas productivas: los medios de producción.¹⁰

En cuanto a las fuerzas productivas no es posible concebir las sino en relación con las relaciones de producción: "única-mente existe un sistema de fuerzas productivas cuando está articulado a un sistema de relaciones de producción que lo domine y que le dé su forma".¹¹

Esto implica que nunca existen ni pueden existir "fuerzas productivas en sí", "fuerzas productivas en general", sino fuerzas productivas específicas a un modo de producción dado; las fuerzas productivas son especificadas por las relaciones de producción, que le confieren su "carácter" propio. Desde el punto de vista de las fuerzas productivas, la diferencia entre varios modos de producción no es solamente una diferencia cualitativa (una diferencia de niveles de desarrollo); es también una diferencia cualitativa. De ahí que sea necesario hablar, por ejemplo, de "fuerzas productivas feudales", de "fuerzas productivas capitalistas", y de "fuerzas productivas socialistas".

La particular concepción de la "neutralidad del desarrollo de las fuerzas productivas", común a todos los revisionistas, descansa sobre la incomprensión de este carácter específico de las fuerzas productivas.¹²

3. Para comprender la articulación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción es necesario tener presentes dos hechos esenciales: las relaciones de producción se establecen entre los hombres (habida cuenta de lo dicho más arriba) en el curso del proceso de producción y, por otra parte, los hombres (los trabajadores) constituyen la principal fuerza productiva. El economicismo, que sobrestima y "aisla" las fuerzas productivas, tiene además una concepción errónea de ellas: a menudo las identifica con los medios de producción y, fundamentalmente, con los instrumentos de producción. No era esta sin embargo la idea de Marx y de Lenin.¹³ También Mao insiste permanentemente sobre este problema y afirma que tanto en la producción como en la guerra "el factor decisivo es el hombre y no la técnica". Durante la revolución cultural, la crítica de la "teoría de

las fuerzas productivas" de Liu Shao-chi descansó, entre otras cosas, sobre este aspecto del economicismo: "El marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Tsé-tung, nos enseñan permanentemente que, entre los distintos factores de las fuerzas productivas, el hombre es el decisivo. Y esto es así porque las máquinas son fabricadas y utilizadas por el hombre. Sin el hombre no existe la máquina, sin el hombre las máquinas nada pueden hacer. La máquina no es más que una prolongación del hombre. Lo que hace en realidad es reemplazar la mano del hombre, ayudarla y fortalecerla. Es sólo una fuerza productiva potencial y no puede ser transformada en fuerza productiva real sino en la medida en que se asocia al hombre. La máquina en sí misma es sólo una masa inerte".¹⁴

La subestimación del factor humano está en relación, como veremos más adelante, con la subestimación del papel de la superestructura en la transformación de la sociedad y descansa, en última instancia, en la incomprensión del papel revolucionario de las masas populares en el desarrollo de la historia.

En la relación dialéctica relaciones de producción/fuerzas productivas, el primer término juega un rol activo, y no pasivo (como quiere el economicismo). Este punto es capital:

"Las relaciones de producción ejercen un efecto de dominio sobre las características de los medios de trabajo (y por lo tanto sobre las condiciones de articulación de los procesos de trabajo). La historia muestra, en efecto, que después de los cambios producidos en las condiciones sociales de la producción (en las relaciones de producción) es cuando se efectúan cambios en las condiciones materiales de ésta (en las fuerzas productivas)."¹⁵

Vemos entonces que las transformaciones que sufren las fuerzas productivas no son puramente cuantitativas, sino también cualitativas.

Conviene señalar que no se trata aquí de caer en un "economicismo al revés", que consistiría en aislar las relaciones de producción y formular una suerte de "ley del desarrollo progresivo de las relaciones de producción" condimentada con la salsa metafísica.

4. En efecto, si las relaciones de producción juegan un rol activo y no pasivo, es porque existe la lucha de clases que tiene

como objetivo último la transformación o el mantenimiento de éstas.

Fundamentalmente, la clase dominante lucha por el mantenimiento y la reproducción de las relaciones de producción establecidas, en tanto su misma existencia como clase depende (en última instancia) de esas relaciones de producción. La lucha que lleva la clase revolucionaria es una lucha por la transformación de esas relaciones de producción que reproducen su situación de clase dominada.

5. Sin embargo, la relación que mantiene la lucha de clases con las relaciones de producción no puede ser caracterizada más que en última instancia. En efecto, la lucha de clases *se despliega* en todos los niveles de la formación social, es decir, también (y sobre todo) en los niveles superestructurales (político, ideológico). En tanto las relaciones sociales situadas en los niveles políticos e ideológicos están determinadas en última instancia por las relaciones de producción, la lucha a estos niveles será, *de hecho*, una lucha por la transformación de estas relaciones de producción. Es de esta manera que podemos entender hoy la siguiente cita de Engels:

"En la historia moderna, al menos, queda demostrado, por tanto, que todas las luchas políticas son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases, pese a su inevitable forma política, giran, en último término, en torno a la emancipación económica" (Friedrich Engels, *Ludwig Feuerbach*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 1957, pp. 707-708).

6. La incompreensión de este problema está relacionada al mecanicismo en el análisis del papel de la superestructura.

Mientras reconoce verbalmente la acción retroactiva de la superestructura sobre la infraestructura, el economicismo oculta en realidad este movimiento dialéctico. La reacción de la superestructura tiene una enorme importancia: esquemáticamente, su función consiste en asegurar (nivel político), sancionar (nivel jurídico) y justificar (nivel ideológico) la dominación y la reproducción de las relaciones de producción. No se trata en modo alguno de una "adaptación" mecánica de la superestructura a la infraestructura, que no permitiría explicar las causas por las que superestructuras relativamente diferentes en cuanto

a sus formas han "correspondido" a bases económicas del mismo tipo.¹⁶

Engels insistió particularmente sobre este punto al final de su vida.

"Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma".¹⁷

Volvemos a encontrar aquí el problema planteado más arriba acerca de los niveles superestructurales en que se desarrolla la lucha de clases. Pero aparece, con mayor profundidad aún, la cuestión de la *constitución* de las clases, que el economicismo reduce mecánicamente a la situación económica de los individuos. Si bien es verdad que las clases están determinadas siempre en última instancia por las relaciones de producción (y negarlo equivaldría a repudiar el marxismo), también es cierto que la subestimación de "la importancia de la determinación política e ideológica para la construcción del concepto de clase"¹⁸ puede acarrear (y históricamente lo ha hecho) consecuencias sumamente graves. La necesidad de un análisis dialéctico de este problema (y de un "análisis concreto de la situación concreta") es particularmente evidente en el caso de la transición hacia el socialismo: aquí, en efecto, los niveles *dominantes* en la constitución de las clases son el ideológico y el político (porque son los niveles dominantes en la formación social), mientras que las relaciones de producción permanecen como determinantes en última instancia.

7. A modo de conclusión de lo que acabamos de decir podemos reafirmar aquello que Mao Tse-tung escribía en 1937:

"Mientras reconocemos que en el desarrollo de la historia en su conjunto son las cosas materiales las que determinan las cosas espirituales y la existencia social la que determina la conciencia social, al mismo tiempo reconocemos, y tenemos que hacerlo, la reacción de la conciencia social en la existencia social y la reacción de la superestructura sobre la base económica. Lejos de contradecir al materialismo, esto significa evitar el materialismo mecanicista y sostener firmemente el materialismo dialéctico".¹⁹

La revolución cultural es el ejemplo histórico más evidente de la reacción de la superestructura sobre la base económica: la revolución llevada a cabo en la esfera política e ideológica tuvo como efecto transformaciones sumamente importantes a nivel de la base económica (especialmente en lo concerniente a las relaciones de producción, a los cambios operados en la división social y técnica del trabajo... y a un desarrollo importante de las fuerzas productivas sociales).

A PROPÓSITO DE LA TRANSICIÓN

Corresponde ahora considerar la cuestión de la transición a la luz de la problemática que hemos intentado clarificar más arriba. Dice Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* (1875):

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición cuyo estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*" (Marx y Engels, *Obras Escogidas*, op. cit., p. 464).

Este período de transición corresponde a "la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento" (*Ibid.*, p. 459). ¿Cómo abordar el estudio de esta "primera fase"? Aquí también el punto de partida será el análisis en el nivel de las relaciones de producción: se debe concebir la transición socialista como un período de lucha entre las relaciones de producción comunistas y las relaciones de producción capitalistas. Esta

lucha es larga. Es una lucha de clases: su objetivo es siempre, en última instancia, la transformación de la base económica de la sociedad.²⁰ Si bien se desarrolla bajo formas muy diferentes, sea en el campo político como en el ideológico o el económico, es una lucha que está centrada siempre en el problema del poder. En términos generales, el aspecto *dominante* de la lucha de clases será la lucha política y sobre todo ideológica.

El problema del estado debe plantearse de la siguiente manera: la toma del poder político es evidentemente una condición *necesaria* para la aparición y el desarrollo de nuevas relaciones de producción, pero de ningún modo suficiente. La dictadura del proletariado (el estado del proletariado organizado en clase dominante por intermedio de su partido, el partido comunista) depende de la superestructura, mientras que "la desaparición de las relaciones de explotación capitalista exige una transformación revolucionaria de la *base económica*, que no es posible llevar a cabo a través de la estatización, aún cuando esta se dé bajo un estado de dictadura del proletariado".²¹ Durante todo el período de transición será necesario entonces "perfeccionar y transformar sin cesar y por etapas las relaciones de producción a medida que se vayan desarrollando las fuerzas productivas".²² Esto significa que, incluso en el caso de un país donde las fuerzas productivas capitalistas no han llegado, en el momento de la revolución socialista, a un alto nivel de desarrollo, el problema *principal* sigue siendo el desarrollo de nuevas relaciones de producción (en consonancia con el desarrollo de nuevas fuerzas productivas). En términos de la acción revolucionaria del proletariado y en las condiciones de la transición, esto se traduce en el principio que "la política no puede dejar de tener primacía sobre la economía". La destrucción de las relaciones de producción capitalistas pasa por la transformación de la división social del trabajo, por la sustitución de la división burguesa del trabajo por una división del trabajo socialista.

"La división socialista del trabajo aparece así como la transición hacia la desaparición de la distinción entre trabajo de ejecución y de dirección, entre trabajo manual e intelectual, entre trabajo agrícola e industrial" (Bettelheim, *Remarques théoriques...*, p. 181).

Es fácil percibir, y la experiencia histórica lo confirma, que

la lucha por la transformación de la división social del trabajo es una larga lucha cuyo resultado no está dado automáticamente por el control del poder político por parte del proletariado. Pero éste deberá afirmar y reforzar permanentemente su dominación política (fortalecimiento de la dictadura del proletariado y del partido comunista) y su dominación ideológica, para poder llevar adelante esta lucha en condiciones favorables.

El problema que hemos abordado a propósito del estado también se plantea en relación a la propiedad estatal de los medios de producción. La instauración de este tipo de propiedad es desde luego una condición *necesaria*, pero también depende del nivel de la superestructura (jurídica) y no tiene como resultado *inmediato* la transformación de las relaciones sociales. Estamos en presencia de una inadecuación relativa entre las nuevas relaciones jurídicas de propiedad y las relaciones de producción reales. Esta inadecuación debe ir desapareciendo a lo largo de todo el período de transición: ²³ progresivamente los trabajadores irán tomando el lugar que ocupaba la burguesía en el proceso de producción y llenando las funciones que ésta asumía anteriormente (dirección del proceso de producción, utilización del producto social excedente...), ²⁴

Ya en mayo de 1918 había reparado en esto, cuando discutía con los "comunistas de izquierda" sobre la necesidad de distinguir claramente entre nacionalización y socialización. Para nacionalizar, para confiscar, decía, basta con ser "decidido"; la socialización, en cambio, requiere competencia en materia de recuento y distribución racional de lo que ha sido confiscado. ²⁵

La incompreensión de este problema llevó al "juridicismo" al "formalismo", a la fetichización de la propiedad social jurídica. Esta incompreensión se generalizó a partir de la muerte de Lenin y hoy en día sirve para enmascarar la realidad de la restauración del capitalismo en la URSS. La crisis del economismo hecha en China en el curso de la revolución cultural ha mostrado con claridad que puede existir una "propiedad socialista que sea puramente formal". El ejemplo más claro de esto es sin lugar a dudas la Unión Soviética actual, donde la propiedad estatal es el instrumento que utiliza la clase burguesa, que ha retomado el poder, para afianzar su propia dominación y desarrollar en una escala más amplia las relaciones de produc-

ción capitalistas (proceso que, obviamente, se da con contradicciones).

La confusión denotada más arriba es una constante de los análisis trotskistas. ²⁶ Aparece con nitidez en Mandel, que escribe:

"Lo que distingue la propiedad nacionalizada de los medios de producción de la propiedad privada *en el sentido económico* (y no solamente jurídico) del término, es la orientación global de las inversiones. En el primer caso, las decisiones al respecto se toman a nivel nacional; en el segundo caso, a nivel de la firma. Todo lo demás se desprende de esto". ²⁷ Acusado (con justa razón) de "reificación" de la planificación, Mandel responde que la planificación "recubre relaciones específicas entre los hombres, es decir, relaciones de producción determinadas". Es más: "Lejos de ser una 'cosa' o una 'relación entre cosas', la planificación es un conjunto determinado de relaciones humanas de producción que aseguran el carácter directamente social del trabajo realizado por los productores. En la URSS 'es imposible disolver las relaciones de producción planificadas, nacidas de la Revolución de Octubre, sin aplastar previamente la feroz resistencia del proletariado soviético. La restauración del capitalismo, como su abolición, no puede producirse 'gradualmente'; ambos procesos suponen la transformación radical, brutal y súbita de las relaciones de producción". ²⁸

Estas pocas citas presentan de manera resumida los principales errores trotskistas. En primer lugar, el problema de la abolición del capitalismo: habría una transformación "súbita" de las relaciones de producción que, por el simple hecho de la toma del poder o de la nacionalización generalizada, se convertirían en "relaciones de producción socialistas". Ahoar bien, no puede haber "abolición" del capitalismo, como no ha habido "abolición" del feudalismo o del esclavismo. Después de la toma del poder, la lucha contra el capitalismo y por el socialismo es una lucha de larga duración que se extiende a lo largo de todo el período de transición.

Dice Marx, a propósito de la Comuna de París: "La clase obrera sabe que debe pasar por diferentes fases de la lucha de clases. Sabe que sólo con el tiempo se puede operar el reemplazo de las condiciones económicas de sometimiento del trabajo por el trabajo libre y asociado. La transformación econó-

mica que debe realizar no es solamente una transformación de la distribución, sino también una nueva organización de la producción; mejor dicho, una liberalización de las formas sociales de producción tal como existen en la organización actual del trabajo (engendradas por la industria moderna) arrancándola de sus vínculos con la esclavitud y de su carácter de clase actual para realizar, finalmente, la coordinación armoniosa de estas formas en el plano nacional e internacional. La clase obrera sabe que esta obra de regeneración será trabada y entorpecida permanentemente por la resistencia de los intereses tradicionales y de los egoísmos de clase. Sabe que la actual 'acción espontánea de las leyes naturales del capital y de la propiedad territorial, sólo puede ser reemplazada por 'la acción de las leyes de la economía social del trabajo libre y asociado' después de un largo proceso de desarrollo de las nuevas condiciones, del mismo modo que fueron reemplazadas 'la acción espontánea de las leyes económicas de la esclavitud' y 'la acción espontánea de las leyes económicas de la servidumbre'. Pero sabe también que es posible dar ya mismo ciertos pasos importantes gracias a la forma comunal de organización política y que ha llegado el momento, para ella y para la humanidad, de comenzar este movimiento".²⁹

La toma del poder no significa, por lo tanto, la abolición del capitalismo en tanto modo de producción, no elimina "radicalmente" y de un modo inmediato las relaciones capitalistas de producción. Permite (en un largo proceso, que es continuo pero que pasa por determinadas etapas) la transformación de estas relaciones de producción, a condición que se lleven adelante además ciertos cambios políticos e ideológicos, es decir, a condición que se desarrolle consecuentemente la lucha de clases en todos los niveles de la sociedad (siendo el objetivo último de esta lucha el establecimiento definitivo de relaciones de producción comunistas). Es erróneo por lo tanto decir que la toma del poder —y la transformación de la propiedad— define de una vez y para siempre la cuestión de las relaciones de producción y que solamente subsisten dos problemas: destruir las supervivencias ideológicas heredadas de la división de la sociedad en clases y desarrollar las fuerzas productivas.³⁰ Este error aparece en Liu Shao-chi, a quien Mao responde: "Quien podrá más, si el socialismo o el capitalismo, es una cuestión que no está aún verda-

deramente resuelta". "La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre las distintas fuerzas políticas, y entre la ideología proletaria y la ideología burguesa será todavía larga y estará sujeta a vicisitudes, y por momentos incluso podrá hacerse muy aguda".³¹

En caso de retomar el poder político, la burguesía no transformará radical e inmediatamente las relaciones de producción, sino que progresivamente irá redesarrollando las relaciones de producción capitalistas. La restauración del capitalismo, del mismo modo que su "abolición", no es un fenómeno brutal e inmediato; pero, en uno y otro caso, la clave de los problemas se sitúa a nivel del poder político: ¿cuál es la naturaleza del estado, dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía? La respuesta a esta pregunta requiere —el ejemplo de la URSS es contundente en este sentido— un análisis histórico complejo del conjunto de la formación social (a nivel de la superestructura —ideológica, política, jurídica— y de la infraestructura: ¿cuáles son las relaciones de producción que están en vías de desarrollo?) Así como el proletariado tiene necesidad de instaurar su dictadura para poder construir el socialismo, así también la burguesía necesita del poder del estado para restablecer el capitalismo.

Mandel *identifica la planificación* (basada en la propiedad estatal) con las relaciones de producción socialistas. Habría, según él, una "lógica del plan" que recubriría una dinámica social irreductible contraria a la existencia de relaciones de producción capitalistas.

Este análisis es *formal* y toma el problema al revés: en la URSS no existe "propiedad privada" (en el sentido jurídico) de los medios de producción y sí un plan de dirección social de la economía, *por lo tanto* el estado es un estado obrero, aunque "burocráticamente deformado". Ahora bien, la *primera* pregunta a plantear es: ¿quién detenta el poder del estado? Y para responderla, uno de los elementos esenciales a tener en cuenta es el *contenido* de la propiedad social, y no su forma, el *contenido* de la planificación, y no su forma. No se trata de ver si existe o no un plan, sino quién hace el plan, cómo se elabora, sobre la base de qué criterios, con qué objetivo, y cuál es la *dirección* que se toma. No existe una "lógica del plan" que se imponería de buen o mal grado, a los burócratas, sino que lo que existe es

una dirección social de la economía que la clase en el poder ejerce para sus propios intereses. Si esta clase es el proletariado (por intermedio del partido comunista), debe esforzarse por dirigir el proceso de acumulación según criterios proletarios (que son ante todo *políticos*)³² y actuar de manera que los *mismos* trabajadores tomen progresivamente en sus manos la dirección del proceso de producción a nivel de la unidad productiva (industrial o agrícola) y participen cada vez más en la elaboración de la planificación.

Si la clase en el poder es la burguesía que ha restaurado su dominación, ejercerá esta dirección social de la economía para sus propios fines: reforzar su dominación (a través de la propiedad estatal) sobre los medios de producción, es decir, reproducir las relaciones de producción capitalistas en una escala más amplia aumentando por todos los medios la extracción de plusvalía. La burguesía tenderá en cierta medida a desagregar las formas centralizadas para restaurar ciertos elementos esenciales de la competencia entre los capitales, pero intentará al mismo tiempo conservarlas como medio para asegurar su propia unidad, creándose así una fuente de contradicciones importante.

El establecimiento de la propiedad estatal y la puesta en marcha de una planificación social, son entonces condiciones necesarias para poder desarrollar las nuevas relaciones de producción, pero no se identifican mecánicamente con estas relaciones de producción, con un nuevo modo de producción. El período de transición debe conducir, con la ayuda (entre otros) de estos *medios*, a un verdadero dominio de los medios de producción y del excedente social por parte de los trabajadores directos y, correlativamente, a un progresivo control de las funciones de dirección en el proceso de producción.

El análisis real de las relaciones de producción no se limita al análisis de las relaciones formales jurídicas de propiedad. Es necesario salir del análisis formal de la contradicción plan/mercado (o, para retomar las formulaciones de Preobrazhenski: lógica del plan/ley del valor) que no recubre "dos lógicas sociales" diferentes, sino que oculta las verdaderas relaciones sociales. La lógica del economicismo conduce en cierta medida a una noción de "sociedad bloqueada", puesto que subsisten la propiedad estatal y la planificación y se las identifica con las relacio-

nes de producción. El corolario de todo esto es claramente la incompreensión del papel de la lucha de clases durante el período de transición.

LA LUCHA DE CLASES

Las relaciones sociales burguesas no desaparecen espontáneamente con la toma del poder: la lucha contra estas relaciones será de hecho una lucha de clases, aunque bajo formas nuevas. Este problema de la lucha de clases durante el período de transición tiene una importancia decisiva, y no reconocerlo puede tener consecuencias sumamente graves para la existencia misma de la dictadura del proletariado.

Ya en noviembre de 1919 decía Lenin:

"Durante la época de la dictadura del proletariado *subsisten y subsistirán* las clases. La dictadura dejará de ser necesaria cuando no existan clases. Pero éstas no desaparecerán sin la dictadura del proletariado.

"Subsisten las clases, pero *cada una* de ellas cambió... lo mismo que cambiaron sus relaciones mutuas. La lucha de clases no desaparece bajo la dictadura del proletariado; lo único que hace es asumir nuevas formas".³³

Pero es Mao Tsé-tung, quien sintetizando la experiencia de la revolución china y del movimiento comunista internacional, formula con mayor claridad la teoría de la continuación de la lucha de clases después de la revolución y una vez consumada "la transformación socialista de la propiedad de los medios de producción". En su célebre texto "Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo" (febrero de 1957) describe que en China subsisten contradicciones y que es necesario distinguir dos tipos de *contradicciones sociales*: las contradicciones en el seno del pueblo y las contradicciones con el enemigo. Entre las primeras se ubican las contradicciones en el seno de la clase obrera, en el seno del campesinado, entre los intelectuales y entre estos distintos elementos. Aun cuando el gobierno representa los intereses del pueblo, tiene contradicciones con el pueblo (especialmente las contradicciones entre los intereses del estado, de la colectividad y del individuo, entre la democracia y el centralismo, entre dirigentes y dirigidos...). Es-

tas contradicciones no son en términos general antagónicas, en tanto "son contradicciones existentes sobre la base de la comunidad fundamental de intereses del pueblo".³⁴

Las contradicciones con el enemigo son, en cambio, contradicciones antagónicas. El papel de la dictadura es precisamente reprimir "las clases y los elementos reaccionarios" internos, y defender al país de los enemigos externos. Pero esta dictadura no se ejerce en el seno del pueblo: "toda controversia en el seno del pueblo debe ser resuelta mediante métodos democráticos". De no ser así, estas contradicciones podrían volverse antagónicas. Se vuelve entonces extremadamente importante diferenciar estos dos tipos de contradicciones, a fin de resolverlas mediante métodos diferentes: democráticos para unas, dictatoriales para las otras.

Encontramos en este texto no sólo el reconocimiento de la existencia de contradicciones, de clases y de lucha de clases durante el período de transición sino, además, una primera forma de la teoría de la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado, teoría que Mao va a ir precisando, en su lucha contra la línea revisionista tanto interna³⁵ como externa (controversia con la URSS), hasta la revolución cultural.

En el verano de 1962, Mao escribe:

"La sociedad socialista se extiende por un largo período histórico, en el curso del cual continúan existiendo las clases. las contradicciones de clases y la lucha de clases, así como el peligro de una restauración del capitalismo. Es necesario comprender que esta lucha será larga y compleja, que hay que extremar la vigilancia y proseguir la educación socialista. Es necesario captar y resolver correctamente los problemas que conciernen a las contradicciones de clases y a la lucha de clases, distinguir por una parte las contradicciones entre el enemigo y nosotros, por otra las contradicciones en el seno del pueblo, y darles después una justa solución. Si no, un país socialista como el nuestro se transformará en su contrario: cambiará su naturaleza y asistirá a la restauración del capitalismo".³⁶

La permanencia de la lucha de clases implica la existencia de elementos burgueses que "asumen la vía capitalista". ¿De dónde provienen estos elementos? Si las bases económicas de la existencia de la burguesía han sido aparentemente suprimidas

¿cómo explicar que subsistan antiguos explotadores y que pueda aparecer una "nueva burguesía"? Volvamos a Marx:

"De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede".³⁷

Hemos visto que las relaciones de producción de tipo capitalista continúan reproduciéndose durante un largo período y que, aun cuando se asegure la dominación de las nuevas relaciones de producción, los efectos de las relaciones de producción capitalistas, las relaciones sociales burguesas subsisten todavía durante un largo período.

En lo que se refiere al nivel económico, hemos hablado ya de la división del trabajo, de las contradicciones entre trabajo manual e intelectual, etc. Lo mismo es válido a nivel ideológico (concepción burguesa del mundo, individualismo, egoísmo...) y a nivel jurídico (no se ha abolido totalmente el derecho "burgués").³⁸ Por lo tanto, en el interior del país aún subiste la influencia burguesa (y pequeñoburguesa). Los derrocados explotadores intentaron retomar el poder que han perdido. Además, el cerco capitalista y la presión del imperialismo no han desaparecido. Todos estos factores explican la aparición de nuevos elementos burgueses entre los dirigentes de las empresas del estado y los de las explotaciones rurales colectivas, así como en los medios intelectuales (enseñanza, instituciones culturales...). La experiencia histórica demuestra que el efecto corruptor de las actividades de la burguesía puede acarrear la deformación de los elementos de la clase obrera, del partido, del estado.³⁹ Todos estos elementos constituyen una fuerza social burguesa que intenta transformarse en fuerza política y retomar el poder, es decir, reconquistar una posición dominante en el seno del estado. El papel de la dictadura del proletariado es asegurar una dominación política e ideológica sobre la burguesía, evitando, de este modo, que ésta pueda fortalecerse y recobre su "paraíso perdido".

En una formación social en transición la lucha de clases asume formas complejas y hasta ahora desconocidas, precisa-

mente porque en las condiciones de la dictadura del proletariado la burguesía no aparece bajo banderas propias. Política-mente, utiliza los aparatos del partido comunista y del estado; ideológicamente, se reclama como marxista-leninista. La naturaleza de la clase burguesa debe ser caracterizada a nivel de su práctica efectiva, por lo que hace y no por lo que dice. Una línea burguesa es una línea que, objetivamente, en los hechos, refuerza las posiciones de la burguesía y debilita las del proletariado.

Economía y política

La cuestión crucial de las relaciones entre economía y política está ligada sin lugar a dudas al problema de las relaciones de producción y al de la lucha de clases.

Fue Lenin quien planteó con claridad esta cuestión. En enero de 1921, a propósito de la discusión en el partido sobre los sindicatos, Trotski le reprochaba desde una perspectiva "economicista", tener un punto de vista "político", mientras que Bujarin pretendía reunir ambos puntos de vista. A esto Lenin responde: "La política es la expresión concentrada de la economía... La política no puede ser colocada por encima de la economía. Razonar de otro modo es olvidar el abecedario del marxismo... Trotski y Bujarin presentan las cosas como si unos se preocupasen del aumento de la producción y otro sólo de la democracia formal. Esto es falso, pues la cuestión se plantea (y para los marxistas puede plantearse) únicamente así: sin un enfoque político acertado del problema, la clase dada no mantendrá su dominación, y por consiguiente no podrá cumplir tampoco su tarea de producción".⁴⁰

En China la cuestión se planteó prácticamente en los mismos términos. Liu Shao-chi preconizaba "el empleo de métodos económicos para hacer funcionar la economía". Mao, en cambio, insistía en que "el trabajo político es vital para todo nuestro trabajo en el terreno económico". Tanto en el campo económico como en las otras áreas es necesario, según Mao, "poner la política en el puesto de comando", es decir "hacer la revolución y promover la producción". No se trata (como pretenden ciertos revisionistas) de sustituir la producción por la revolución sino

de actuar de modo tal que la revolución dirija la producción, la estimule e impulse.

La revolución cultural mostró con claridad que "hacer la revolución" pone en movimiento un desarrollo extraordinario de la producción.

LA CUESTIÓN DE LA ACUMULACIÓN

El concepto de acumulación tiene, en Marx, un contenido preciso que ha sido sistemáticamente deformado por toda la tradición economicista. La acumulación concierne al desarrollo de las fuerzas productivas: aquí también veremos cómo este desarrollo no puede ser aislado de las relaciones de producción. Marx demostró, en efecto, que el proceso de acumulación se sitúa en la articulación de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción; que constituye, por decirlo así, el mecanismo a través del cual las relaciones de producción capitalista permiten el desarrollo (contradictorio) de las fuerzas productivas capitalistas, a fin de asegurar su propia reproducción ampliada.

La acumulación capitalista en Marx

Consiste en la transformación de una parte de la plusvalía en capital.

"Analizada de un modo concreto, la acumulación se reduce a la reproducción del capital en una escala progresiva" (Karl Marx, *El capital*, F.C.E., tomo I, p. 240).

Pero el capital mismo es capital sólo porque existen las condiciones sociales de la producción capitalista.

"El capital es una relación social de producción. Es una relación burguesa de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa" ("Trabajo asalariado y capital", en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, op. cit., p. 54).

La acumulación de capital sólo puede concebirse en relación con la reproducción ampliada de las relaciones de producción capitalistas.

"La acumulación de capital se realiza sobre la base misma del capital y, por lo tanto, de la relación entre capital y trabajo asalariado. Ella reproduce, en una escala cada vez mayor, la se-

paración y la autonomía de la riqueza material frente al trabajo" (Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía*).

Las citas podrían multiplicarse al infinito:

"El proceso de acumulación mismo no es más que un momento inmanente del proceso capitalista de la producción" (Karl Marx, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 102-103).

"La producción capitalista es producción y reproducción de las relaciones de producción específicamente capitalistas" (Karl Marx, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), op. cit., 1971, p. 101).

La acumulación primitiva y la transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista

El análisis de Marx de la acumulación primitiva de capital es rico en enseñanzas acerca de su concepción del materialismo histórico y sobre los roles respectivos de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas en la transformación de la base económica de la sociedad. Este análisis confirma aquello que decíamos más arriba respecto al rol activo de las relaciones de producción y a la dominación progresiva que las relaciones de producción ejercen sobre las fuerzas productivas (que se traduce en la reestructuración de las antiguas fuerzas productivas y en la aparición de fuerzas productivas específicamente capitalistas.)

Marx distingue dos fases históricas en el desarrollo económico de la producción capitalista. La primera es la de la "subsunción formal del trabajo en el capital": "la subsunción del proceso laboral en el capital se opera sobre la base de un proceso laboral preexistente, anterior a esta subsunción suya en el capital y configurado sobre la base de diversos procesos de producción anteriores [...] el capital se subsume en determinado proceso laboral existente".⁴¹

La segunda fase es la de la "subsunción real del trabajo en el capital": "La característica general de la subsunción formal sigue siendo la directa subordinación del proceso laboral —cualquiera que sea, tecnológicamente hablando, la forma en que se le lleve a cabo— al capital. Sobre esta base, empero, se alza un

modo de producción no sólo tecnológicamente específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo capitalista de producción. Tan solo cuando éste entra en escena se opera la subsunción real del trabajo en el capital" (Capítulo VI, op. cit., p. 72).

Las relaciones de producción capitalistas pueden entonces desarrollarse y reproducirse de manera ampliada, asegurando así el crecimiento de la "escala productiva" de la sociedad. Estamos bien lejos de la concepción economicista según la cual las fuerzas productivas harían estallar las relaciones de producción, que se adaptarían al nivel de desarrollo de aquellas.

De un modo parecido Marx pone claramente en evidencia, cuando caracteriza el "secreto de la acumulación originaria, la importancia de la superestructura (política, jurídica...) y el rol activo de las relaciones de producción:

"En la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres se ven despojadas repentina y violentamente de sus medios de producción para ser lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres, y privados de todo medio de vida. Sirve de base a todo este proceso la expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino".⁴²

Y por último:

"Una vez consumada la separación entre el trabajador y los instrumentos de trabajo, este estado de cosas se mantendrá y se reproducirá sobre una escala cada vez más alta, hasta que una nueva y radical revolución del modo de producción lo eche por tierra y restaure la primitiva unidad bajo una forma histórica nueva" (Karl Marx, "Salario, precio y ganancias", en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, op. cit., p. 288).

Intentaremos ahora, tomando los ejemplos soviético y chino, plantear esquemáticamente la cuestión de la acumulación durante el período de transición. Para precisar este problema sería necesario hacer un estudio conjunto de la historia de la lucha de clases en los dos ejemplos elegidos, estudio que requeriría fundamentalmente una profundización de "la cuestión de Stalin" pero que no es posible hacer en el marco de este artículo que

tiene por objeto más bien intentar delinear una *problemática*, una forma de plantear los problemas de la transición.

LA ACUMULACIÓN EN LA URSS

El debate sobre la acumulación socialista originaria

Este debate, que tuvo lugar en la URSS a propósito de las tesis de Preobrazhenski, se ubicó en el terreno del economicismo. Ambas partes plantearon el problema en términos del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas dejando de lado, en primer lugar, la cuestión de las relaciones de producción (o, lo que es lo mismo, identificando propiedad estatal con relaciones de producción socialistas —es el caso de Preobrazhenski) y, en segundo lugar, la importancia de la lucha de clases (es la posición de Bujarin en relación al campesinado). Aquí intentaremos mostrar que los dos términos de la alternativa —de “izquierda” y de “derecha”— tenían una base común: ambos implicaban esquemas de desarrollo de tipo capitalista.

Preobrazhenski

En la oposición de izquierda, y especialmente en Preobrazhenski, encontramos el economicismo que fuera una de las características dominantes de Trotski. Preobrazhenski planteaba la cuestión de la acumulación en términos fundamentalmente económicos y preconizaba la puesta en práctica de medidas también económicas. En su opinión, como en la de Trotski, la clave de todos los problemas (incluso políticos) se encontraba en el desarrollo acelerado de la industria. El retraso de la agricultura sólo podría superarse a través de la industrialización, uno de cuyos resultados sería la posibilidad de proveer al campo de maquinarias.

Pero para que la industrialización —que Preobrazhenski concebía exclusivamente en relación al sector estatal localizado principalmente en los grandes centros urbanos— fuera posible, era necesario que se efectuaran “cambios no equivalentes” entre la agricultura y la industria, en beneficio de esta última. En esto consiste la “acumulación socialista originaria”: socialista porque se efectúa en beneficio del “sector socialista” (es decir, el sector

estatal); originaria, porque sirve de transición a una acumulación socialista propiamente dicha, es decir una acumulación basada en el producto excedente creado por la economía socialista una vez formada y utilizado para la reproducción ampliada de la misma.

Esta concepción de la “acumulación socialista originaria” no es otra cosa que la copia de la acumulación capitalista originaria descrita por Marx,⁴³ si se exceptúa el hecho de que Marx destaca el rol de las relaciones de producción en la transformación de la base económica mientras que, para Preobrazhenski, lo que asegura la reproducción de las relaciones de producción (capitalistas o socialistas) es el regulador (ley del valor o “ley de la acumulación socialista originaria”).

Cualitativamente, este tipo de desarrollo industrial no difiere en nada del desarrollo capitalista. En efecto, la identificación que hace Preobrazhenski entre el sector estatal y el sector socialista es errónea. En el sector estatal continúan reproduciéndose las relaciones burguesas, la sumisión a una autoridad única, la dominación de la técnica, etc. Se trata, de hecho, de un sector capitalista de estado. Concebida de este modo, la acumulación socialista originaria consistió en la explotación del sector capitalista privado (kulaks y también campesinos medios) por el sector capitalista de estado, que se asegura así su dominación.

Bujarin

Las concepciones desarrolladas por Bujarin son, aparentemente, la antítesis de las de la “izquierda”. En efecto, Bujarin insistía en la necesidad de un intercambio equivalente entre industria y agricultura y pensaba que el desarrollo de la industria estatal dependía de la agricultura. La industrialización sería por lo tanto lenta, pero sólo podría realizarse a condición de no alienarse a las capas medias campesinas (e incluso los kulaks, que podrían ser “integrados pacíficamente” al socialismo). De ahí la consigna “enriqueceos” lanzada al campesinado que, en las condiciones concretas de la época, operaba como garantía para los kulaks.

La teoría del desarrollo equilibrado implicaba, según Bujarin, la necesidad de avanzar “a paso de tortuga”, no solamente desde un punto de vista económico sino también desde un punto

de vista político (integración lenta de los kulaks al socialismo; concepción de la desaparición de la lucha de clases).

Vista por Bujarin o por Preobrazhenski, la industrialización sólo podía ser una industrialización de tipo capitalista. En efecto, tanto en uno como en otro caso se reproducían las relaciones de producción heredadas de la antigua sociedad. De hecho, ambas concepciones remitían el desarrollo de las relaciones de producción socialistas a un momento posterior, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. Lo mismo ocurría respecto a la transformación de las mentalidades, a la "revolución cultural" de que hablara Lenin en sus últimos escritos.

La colectivización y la industrialización

El período que se abre hacia fines de los años 20 es eminentemente contradictorio. En el campo se caracterizará por una ofensiva contra la burguesía (la "deskulakización"); en la industria, por un desarrollo planificado y por la creación de una infraestructura poderosa, elementos necesarios para la construcción del socialismo. Pero la forma que asumió la colectivización y la industrialización comprometía gravemente la iniciativa de las masas a todos los niveles y no permitía, además, una lucha real contra las relaciones de explotación heredadas de la antigua sociedad. De hecho, lo que se estaba llevando a cabo era la "acumulación socialista originaria", vale decir una forma particular de acumulación capitalista originaria donde el objetivo asignado a la producción no era la satisfacción de las necesidades sociales y la elevación del nivel de vida de las masas, sino alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas avanzados. Este economicismo, que ya dominaba en el partido bolchevique bajo la NEP, se generaliza a partir de entonces. Paralelamente a esto se manifiesta la ausencia de una línea de masas y el progresivo abandono del internacionalismo proletario. 44

¿Cuáles son los aspectos principales de la acumulación capitalista originaria que encontramos en los años que siguen a la colectivización?

En primer lugar, la violencia que caracterizó la expropiación de los campesinos. El partido no se había implantado en el campo, y al término de la NEP se había afirmado la domina-

ción ideológica de la burguesía (kulaks). La colectivización se efectuó básicamente con ayuda de métodos administrativos y no fue obra de las mismas masas campesinas. En ciertas ocasiones los campesinos medios, sometidos a la dominación ideológica de la burguesía, se resistieron violentamente. La etapa de la cooperación y el principio de la libre adhesión, sobre cuya necesidad Lenin había insistido particularmente en uno de sus últimos artículos (*Sobre la cooperación*), no fueron tomados en cuenta (y en 1928 ya era muy tarde para hacerlo).

En segundo lugar, el "tributo" deducido de la agricultura en beneficio de la industria. En abril de 1929 Stalin habló de este tributo como algo provisorio pero necesario, y agregó que no existían divergencias acerca de la necesidad del mismo. Se aplicaba en la práctica la teoría de la "acumulación socialista originaria". Esta explotación del campesinado, a la que vino a sumarse un éxodo rural más o menos controlado (para engrosar las filas de la clase obrera), fue la fuente de la industrialización del país. Su corolario fue un notable descenso en el nivel de vida de las masas campesinas, que recién se atenuó en los años 50 (con las concesiones que la burguesía debió hacer al campesinado después de haber retomado el poder), sin por eso desaparecer totalmente.

En la industria, el período de acumulación originaria se caracterizó por un aumento de la disciplina del trabajo en las empresas y por la aplicación en gran escala de "estímulos materiales". Las relaciones entre dirigentes y dirigidos son relaciones de autoridad, relaciones jerárquicas, y los numerosos privilegios atribuidos a los cuadros (comercios exclusivos, subsidios para la vivienda, etc.) contribuyen a degradar aún más las relaciones del partido y de los dirigentes con las masas. Progresivamente, la dictadura del proletariado fue transformándose en dictadura sobre el proletariado. En lo que concierne al nivel de vida de las masas populares, la prioridad absoluta acordada a la industria pesada, a la industria de bienes de producción en relación a la de bienes de consumo, no contribuyó a arreglar las cosas. Habiéndose dado prioridad a la técnica y a la productividad, la iniciativa de las masas no pudo encontrar libre curso.

La reproducción de las relaciones sociales no proletarias tiene como corolario el fortalecimiento de los elementos objeti-

vamente burgueses y la aparición de nuevos burgueses que pueden ser caracterizados como tales por el lugar que ocupan en el proceso de producción (dirección del proceso de trabajo, disposición efectiva de los medios de producción, tipo de relaciones con los trabajadores) y por su ideología. Paradójicamente, estos elementos no poseen el poder del estado y, en su deseo por restaurar abiertamente el capitalismo, chocan con la dirección del partido. La política errónea del partido permitía, de hecho, el fortalecimiento de la burguesía pero le impedía, por otra parte, pasar a un estadio superior de desarrollo de las relaciones de producción capitalistas. Y esto, porque esa dirección pensaba que "la victoria total del sistema socialista en todas las esferas de la economía nacional" era un hecho adquirido (Stalin, 1936). Así, luchó contra todas las tentativas por quebrar las formas transitorias propias de una acumulación originaria que, bajo formas específicas, se había puesto en marcha.⁴⁵ Esta lucha se hizo en nombre de la defensa del socialismo, cuando en realidad lo que se estaba defendiendo no tenía nada que ver con el socialismo e incluso estaba bien lejos de la transición hacia el socialismo.

Después de la muerte de Stalin se dieron importantes cambios cualitativos. A nivel político estos cambios corresponden a la "toma del poder" por parte de la burguesía: el aparato de estado, ya separado de las masas y habiendo perdido muchos de sus caracteres proletarios, se convierte en un aparato de estado con dominancia burguesa. Esto puede caracterizarse en términos de la política seguida en diversas esferas (la economía especialmente) y a nivel de la ideología: es la época en que el revisionismo se vuelve dominante y pasa a la práctica. Aun cuando la determinación de la burguesía como clase en el poder hace intervenir de manera *dominante* la política y la ideología, se basa siempre en *última instancia* en las relaciones de producción. A mediados de los años 50 se desarrollan en la Unión Soviética las relaciones de producción capitalistas así como, bajo una forma específica (la extracción de trabajo excedente asume la forma de plusvalía). Es verdad que, como ya hemos visto, esas relaciones no habían desaparecido, pero se pasa de relaciones de producción correspondientes a la acumulación originaria (extracción del trabajo excedente fundamentalmente a los campesinos)

a relaciones de producción correspondientes a una acumulación capitalista ampliada (aunque muy contradictoria) bajo la forma de un capitalismo de estado. En este sentido, es posible hoy en día caracterizar a la burguesía soviética como una burguesía de estado, en tanto detenta la propiedad de hecho (si no de derecho) de los medios de producción y en tanto esta propiedad es estatal.

La burguesía de estado ejerce su dominación a través de formas centralizadas. Una de las contradicciones esenciales que encuentra esta burguesía es la que opone estas formas centralizadas a la necesidad de un mínimo de competencia para que la ley del valor pueda jugar plenamente su papel en la acumulación de capital y, por lo tanto, en la reproducción de las relaciones de producción. Es en este sentido que se pueden comprender las reformas y las tentativas de reformas económicas que de hecho restauran el comienzo de la competencia entre los capitales, el debate —en apariencia académico— acerca de la necesidad de utilizar los "precios de producción", etc.

Es verdad que el capitalismo de estado soviético se enfrenta a numerosas contradicciones en su reproducción ampliada, pero esto no pone en cuestión su naturaleza: la burguesía de estado no es una "burocracia obrera", no busca simplemente ventajas en términos de consumo; su objetivo es mantener y desarrollar las relaciones de producción capitalistas sobre las que se funda su propia existencia.

LA ACUMULACIÓN EN CHINA POPULAR

En su conjunto, las condiciones de la revolución china eran mucho más favorables que las de la revolución soviética: el partido estaba muy ligado a las masas campesinas, poseía numerosos cuadros y había acumulado una rica experiencia de trabajo económico en las zonas liberadas. Gracias a estas condiciones y a la justeza de la línea seguida por Mao Tsé-tung, el partido pudo elaborar y poner en práctica el principio fundamental de la línea de masas.

En lo que conviene a la acumulación, los primeros años que siguieron a la revolución estuvieron muy marcados por el "modelo soviético", especialmente por la prioridad acordada a

la industria pesada. De hecho, fue el campesinado quien de alguna manera cubrió los gastos de la industrialización (impuestos al estado, entrega de productos a precios fijados por la administración...). Pero al mismo tiempo se avanzaba hacia la colectivización por la vía trazada por Lenin y puesta en práctica en las regiones liberadas: la cooperación. Sobre la base de una línea de masas se había efectuado de manera ejemplar un trabajo ideológico y político en el campo. Los campesinos se agruparon progresiva y voluntariamente en equipos de ayuda mutua, en cooperativas de tipo inferior y, más tarde, en cooperativas de tipo superior. A fines de 1956 ya se había realizado lo esencial de la colectivización.

Es por esa época que Mao desarrolla una concepción de la acumulación socialista radicalmente diferente a la que había prevalecido en la URSS y dominado en China durante algunos años. Es necesario, escribió, "superar el marco de las fórmulas extranjeras y asumir una vía de desarrollo industrial que nos sea propia".

En 1958 se lanza el "gran salto hacia adelante" y se proclama la línea general para el desarrollo simultáneo de la economía. Esta consiste en desarrollar simultáneamente la industria y la economía, la industria pesada y la liviana, las grandes, medianas y pequeñas empresas; en utilizar, en la producción, tanto métodos modernos como artesanales; en asociar en la industria una dirección centralizada con grandes movimientos de masas; ⁴⁶ en una palabra, "es la política que consiste en marchar con las dos piernas y no rengueando o con una pierna y media".

La transformación de las relaciones de producción y la nueva organización de las fuerzas productivas se traducen en la agricultura en la creación de las comunas populares, "unidades de producción" cualitativamente nuevas en tanto representan el escalón de base de poder central y un grado superior de la actividad económica. Las comunas populares tienen bajo su autoridad tareas de producción agrícola, artesanal e industrial (industria local), haciendo así posible el despliegue en toda su amplitud de la iniciativa de las masas. Pero son además una unidad política y administrativa: tienen bajo sus manos el comercio, la educación, la salud, las comunicaciones (rutas), la seguridad, la milicia... El desarrollo de las comunas populares y

la puesta en práctica de la consigna "contar con las fuerzas propias", representan en realidad la aplicación de la línea de masas en la agricultura.

En este marco de las comunas populares se desarrolla la industria local: empresas que no dependen de las autoridades centrales y cuyo papel es decisivo para el desarrollo económico chino. La industria local impulsa la producción agrícola proveyéndola de máquinas agrícolas, fertilizantes, etc. A través de la formación de un personal técnico calificado y del estímulo a las innovaciones que provienen "de la base", esta industria local permite acumular más fondos para el desarrollo de la industria estatal. Estamos en presencia de un tipo de desarrollo radicalmente diferente al desarrollo capitalista, que concentra las industrias en las ciudades dejando al campo un trabajo puramente agrícola y reproduce, de este modo, las diferencias entre la ciudad y el campo, entre trabajo agrícola y trabajo industrial, así como las desigualdades sociales que estas diferencias implican. Y aún cuando esto no significa el fin de toda división del trabajo, es un paso decisivo en la lucha contra la división del trabajo heredada de la antigua sociedad y un paso adelante en la construcción del socialismo.

La insistencia de los revisionistas chinos (y también soviéticos) en criticar el "gran salto hacia adelante" así como la política que intentaron poner en práctica a principios de los años 60 son claras al respecto: ataques contra las comunas populares ("hemos ido demasiado rápido"), ataques contra la industria local (efectivamente, se cerraron muchas pequeñas empresas). Después de las dificultades de 1959-1960-1961 (catástrofes naturales, suspensión de la ayuda soviética, y también en ocasiones sabotaje de "gran salto hacia adelante" por parte de elementos burgueses), se reforzó en el seno del partido una línea economicista que, sin cuestionar explícitamente la vía de industrialización adoptada a partir de 1958, intentó vaciarla de contenido. Liu Shao-chi y los revisionistas predicaban en realidad un desarrollo urbano fundamentalmente urbano y localizado. En la agricultura, intentaron reintroducir al máximo las fuerzas del mercado (política del "san-zi-yi-bao", etc). En la industria pusieron en primer plano el principio de la ganancia y desarrollaron los estímulos materiales. Todo este período que va de 1961

a 1965 es un período de intensa lucha política e ideológica, que llega a su término con la revolución cultural y la victoria de la línea proletaria de Mao Tsé-tung. Si el "gran salto hacia adelante" se tradujo en importantes transformaciones a nivel de las relaciones de producción en la agricultura, la revolución cultural tendrá por efecto quebrar la antigua estructura de las empresas industriales (y, por lo tanto, las relaciones que allí se reproducen).

El papel jugado por los comités revolucionarios, los grupos de gestión obrera, etc., es significativo de un cambio cualitativamente nuevo en las relaciones de producción y, en consecuencia, en la organización y estructura misma de las fuerzas productivas. La iniciativa creadora de las masas (a nivel de la organización del proceso de trabajo, de las innovaciones técnicas, de la creación de nuevos productos, etc.) se libera en proporciones considerables, en relación, obviamente, con las transformaciones operadas en el campo político e ideológico. La lucha contra los elementos burgueses y contra el economicismo llevó la conciencia política y la radicalización ideológica de los trabajadores a un nivel superior. Los principios esenciales de la Carta de Anshan (reeditada por Mao Tsé-tung en 1960) se ponen en práctica en gran escala, contribuyendo así, de este modo, a la ulterior revolucionarización de las relaciones de producción.

Recordemos esos cinco principios:

1. Poner la política en el puesto de mando.
2. Reforzar la dirección del partido.
3. Poner en marcha con energías movimientos de masa.
4. Participación de los cuadros en el trabajo productivo y de los obreros en la gestión, reforma de los reglamentos en aquello que tengan de irracional, cooperación entre cuadros, obreros y técnicos.
5. Alentar las innovaciones técnicas, llevar a cabo con energías la revolución técnica.

Para concluir, podemos repetir aquello que fuera dicho en 1969 en el IX Congreso del Partido Comunista de China:

"Hacer la revolución y promover la producción" es un principio totalmente justo, que establece correctamente la relación entre revolución y producción, entre espíritu y materia, entre superproducción e infraestructura económica, entre relaciones de producción y fuerzas productivas.

PAUL M. SWEETZ

HACIA UN PROGRAMA DE ESTUDIO DE LA TRANSICION AL SOCIALISMO

¹ Lenin, *El estado y la revolución*. [En esp., *Obras completas* cit., XXV, p. 408.] N. B. Sobre este tema, que tiene a mi juicio una crucial importancia, véase Isaac Deutscher, *Stalin/A political Biography*, New York, 1949, pp. 338-340. [Hay edic. en español: *Stalin, una biografía política*, México, Era, 1965.]

² Stalin, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*. [En esp., Editorial Fundamentos, Buenos Aires, s/f., p. 38.]

³ Charles Bettelheim, *Calcul économique et formes de propriété*, Paris, 1970, pp. 50-51 [Hay edic. en español: *Cálculo económico y formas de propiedad*, México, Siglo XXI, 1972, pp. 72-74.]

⁴ Deborah Milenkovich, "Which Direction for Yugoslavia's Economy?", *East Europe*, julio de 1969, p. 17. Los tipos de resultados "socialistas" que este sistema hace posible están bien ilustrados por un despacho de la Associated Press, fechado en Cacak, Yugoslavia, que apareció en el *New York Time* del 1º de setiembre de 1971. Aquí está el texto completo: "Una fábrica de ropa estuvo amenazada con la bancarrota, hasta que comenzó a fabricar *hot pants*. Los beneficios aumentaron y se duplicaron los salarios de los trabajadores."

⁵ *Ibid.*, p. 53.

⁶ Charles Bettelheim, "More on the Society of transition", en *Monthly Review*, diciembre de 1970, p. 2.

⁷ Además de *Cálculo económico y formas de propiedad*, ya citado, habría que mencionar especialmente su otro libro, *La transition vers l'économie socialiste*, Paris, Maspero, 1967.

⁸ Aníbal Quijano, "Nationalism and capitalism in Perú", *Monthly Review*, julio-agosto de 1971, pp. 8-9. [En esp. en: Aníbal Quijano Obrero, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1971, pp. 35-36.]

ATILIO CHITARIN

CONSIDERACIONES "IDEOLOGICAS" SOBRE LA TRANSICION

¹ Lelio Basso, "L'utilizzazione della legalità nella transizione al socialismo", en *Problemi del socialismo*, n. 5/6, año XIII, set-dic. 1971. [En español, en VVAA, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, CESO-CERES, Santiago de Chile, 1972.]

² Lucio Colletti, "Tra scienza e utopia", en *Il Manifesto*, n. 2-3, año I, julio-agosto 1969.

³ El único ejemplo que la historia más reciente nos ofrece de síntesis de ciencia y revolución, de práctica de una transición y conciencia teórica de esa práctica, es probablemente Ernesto Guevara. Sobre esta "unidad" en la personalidad del gran revolucionario latinoamericano, véase Michael Lowy, *El pensamiento del Che Guevara*, Siglo XXI, México, 1971.

⁴ Para limitarnos a Italia, podemos recordar —además de los trabajos de Basso—, entre los poquitos testimonios de un interés no casual por los problemas que resumimos en el término "transición", ciertas indicaciones teóricas de Colletti, algunos trabajos de Gerratana, además de las investigaciones "materialistas" de Timpanaro.

⁵ Las comillas constituyen una implícita referencia a los estudios de todos aquellos que, como Bettelheim, Jalée, Gunder Frank, etc., han contribuido a echar nueva luz, en una óptica marxista, sobre la problemática de la relación desarrollo-subdesarrollo.

⁶ Sobre este punto, véase las pertinentes observaciones de Jacques Valier, "Imperialisme et révolution permanente", en *Critiques de l'économie politique*, n. 4-5, julio-diciembre 1971.

⁷ Basso, *obra cit.*, p. 831. [En esp., p. 22.]

⁸ *Ibid.*, p. 829. [pp. 20-21.]

⁹ Véase Sergio Garavini, "Lotte operaie degli anni Sessanta", en *Giovane critica*, n. 29, 1971.

¹⁰ Charles Bettelheim, *La transizione all'economia socialista*, Jaca Book, Milán, 1969, p. 158.

¹¹ Paul M. Sweezy, "La transizione al socialismo", en *Monthly Review*, ed. ital., n. 6, junio 1971, p. 3 (la bastardilla es mía).

¹² *Ibid.*, p. 4 (la bastardilla es mía).

¹³ Observa justamente Basso: "Para Marx la revolución es un proceso, más aún, un largo proceso, y no se identifica en modo alguno con el simple momento de la insurrección y de la toma del poder". Basso, *cit.*, p. 826. [p. 18.]

¹⁴ Bettelheim, *obra cit.*, p. 10.

¹⁵ *Ibid.*, p. 12 (la bastardilla es mía).

¹⁶ *Ibid.*, p. 13.

¹⁷ "Viviendo en el seno de una sociedad contradictoria, también el obrero participa de esta naturaleza contradictoria y es al mismo tiempo miembro de la sociedad burguesa, interesado en asegurarse en el seno de ella las mejores condiciones de vida, y es miembro de la clase revolucionaria, vale decir de la clase que no puede emanciparse completamente de la explotación capitalista sino cambiando el ordenamiento político", Lelio Basso, *Introduzione a Rosa Luxemburg, Scritti politici*, Editori Riuniti, Roma, 1967, p. 33.

¹⁸ Observa Mandel: "El fin histórico que el movimiento revolucionario debe realizar, siempre ha sido separado de las luchas prácticas cotidianas, y ello rige tanto para los reformistas [...], tanto para los extremistas de izquierda más radicales [...]. En la práctica, además, estas dos actitudes se unen, porque consecuencia de ambas es la separación radical de la lucha cotidiana real de los trabajadores y del objetivo de derribar al capitalismo.

La estrategia de las reivindicaciones transitorias trata de superar este dualismo [...]. Si, partiendo de las preocupaciones inmediatas de los trabajadores, se formulan reivindicaciones que no son integrables en el régimen, si los trabajadores están plenamente persuadidos de la necesidad de luchar por estas reivindicaciones, se produce entonces una fusión entre la lucha por los objetivos inmediatos y la lucha por derribar al capital. Pues en estas condiciones, la lucha por las reivindicaciones transitorias se vuelve, por su misma lógica, una lucha que pone en cuestión los fundamentos del capital, y una lucha a la que el capital no puede dejar de oponer una feroz resistencia". Ernest Mandel, *Contrôle ouvrier, conseils ouvrier, autogestion*, Maspero, Paris, 1970, p. 18. [Hay edic. en español: *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, La ciudad futura, Buenos Aires, 1973.]

¹⁹ Entre ellos, para no dar sino un ejemplo, el sebcenete "marxista-leninista K. Mavrakis, que en su libro *Du Trotskysme* (Maspero, Paris, 1971), ha definido a la estrategia de las reivindicaciones transitorias como "una variante del camino 'pacífico' al socialismo", oponiendo a esta estrategia las habituales prédicas sobre "el poder en la punta de los fusiles".

²⁰ Véase Louis Althusser, *Ideologia e apparati ideologici di Stato*, en *Critica marxista*, n. 5, año VIII, set-octubre 1970. [Hay edic. en español.]

²¹ Basso, *cit.*, p. 843.

²² Valentino Gerratana, *Base e sovrastruttura nel "capitalismo di transizione"*, en *Critica marxista*, n. 1, año IX, enero-febrero 1971, p. 140.

²³ Bettelheim, *obra cit.*, pp. 10-11.

²⁴ Gerratana, *cit.*, p. 129.

VALENTINO GERRATANNA

SOBRE LA CATEGORIA DE "FORMACION ECONOMICO-SOCIAL"

¹ Véase Emilio Sereni, "La categoría de 'formación ~~economico-social~~'", en *El concepto de "formación económico-social"*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, pp. 55-95. Este ensayo, junto a las intervenciones en la discusión organizada por el CERM, con aportes de Christine Glöckmann, René Gallisot, Guy Dhoquois, Jacques Texier, Philippe Herzog, Pierre Gruet, Georges Labica, integran el mencionado Cuaderno.

² Véase Lenin, *¿Quiénes son los "Amigos del pueblo" y cómo luchar contra los socialdemócratas?*, en *Obras*, Ed. Cartago, Buenos Aires, vol. 1, pp. 147-8. En la traducción italiana de Lenin, en conformidad con la traducción italiana corriente del pasaje de *El Capital*, se utiliza la expresión "formación económica de la sociedad", que contiene, como lo veremos más adelante (véase en particular la nota 16), un elemento de ambigüedad; pero Lenin, también en este caso, como lo hace siempre que traduce el término de Marx *ökonomische Gesellschaftsformation*, usa en cambio la expresión "formación económico-social" ("económica social: *ekonomicheskaya obshchestvennaya formacia*"). Como sinónimo, cuando no traduce directamente a Marx, Lenin se vale también del término "formación socio-económica". Estas variantes terminológicas son señaladas en la nota 40 del ensayo citado de Sereni, quien por otro lado, por razones que no compartimos, prefiere en algunos casos la traducción "formación económica de la sociedad".

³ Véase Lenin, *op. cit.*, p. 149.

⁴ *Ibid.*, p. 149.

⁵ Debemos recordar la explícita declaración de Marx, en su polémica con Wagner: "Ante todo, yo no parto de 'conceptos', y por lo tanto tampoco del 'concepto de valor' [...]". (K.Marx - F. Engels, *Werke*, t. 19.)

⁶ Haciendo propia en este punto la interpretación de Lenin, Sereni subraya al respecto que el término "formación social" (*Gesellschaftsformation*) no es más que una "fórmula abreviada" de la expresión más completa "*ökonomische Gesellschaftsformation*". [Véase *El concepto de "formación económico-social"*, *op. cit.*, pp. 58 y 68-70.] Por el contrario, para Gallisot (que se inclina a establecer un *status* teórico más preciso para aquellos conceptos que Marx ha utilizado con una terminología jurídica imprecisa más que oscilante), la fórmula "formación económico-social" serviría para presentar "una mezcla de cosas diferentes" y debería ser desglosada en cuatro nociones distintas: 1) *formación económica*; 2) *formación económico-social* (o socio-económica); 3) *formación social*; 4) *formación socio-política*. [El concepto de "formación económico-social", *op. cit.*, pp. 176-184.] Texier, por su parte, se limita a distinguir el concepto de "formación social" del concepto de "formación económica de la sociedad" [*op. cit.*, p. 192].

⁷ Lenin, *¿Quiénes son los "Amigos del pueblo"...*?, *op. cit.*, p. 152.

⁸ *Ibid.*, p. 153: "Tal es el esqueleto de *El Capital*. Pero toda la cuestión estriba en que Marx no se dio por satisfecho con este esqueleto, que no se limitó sólo a la 'teoría económica', en el sentido habitual de la palabra; que, al explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada *exclusivamente* por las relaciones de producción, Marx, no obstante, siempre y en todas partes estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre". Esta misma metáfora del "esqueleto" es utilizada también por Labriola ("Se trata, en suma, de la historia y no de su esqueleto"), como lo observa Sereni (*op. cit.*, pp. 76-77); pero no puede escapar, en el caso de Labriola, el uso claramente polémico de la metáfora, para subrayar que a la historia "es necesario entenderla toda integralmente", pues en ella "el hueso y la corteza son una cosa, como decía Goethe de las cosas universales". Lo que, en cambio, no aparece claro en el citado pasaje de Lenin, es por qué, si resulta posible explicar la estructura y la evolución de una formación social dada *exclusivamente* con las relaciones de producción, es "sin embargo" importante para Marx ocuparse también de las superestructuras. Pero, en el reconocimiento de esta importancia consiste uno de los mayores méritos de *El Capital*, como lo afirma el mismo Lenin en la continuidad del citado pasaje: "Por ello, *El Capital* obtuvo un éxito tan gigantesco, pues esta obra [...] ha puesto ante los ojos del lector toda la formación social capitalista, como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales efectivas del antagonismo de clases propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etc., con sus relaciones familiares burguesas".

⁹ Lenin, *Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*, en *Obras*, I, pág. 429.

¹⁰ Marx, *El Capital*, Libro I, México, F. C. E., p. 81.

¹¹ Sobre esta irreductibilidad de la categoría de "formación económico-social" al ordenamiento de un solo país Lenin insiste varias veces, aunque incidentalmente. Más adelante, y también en *¿Quiénes son los "Amigos del Pueblo"...*?: "mientras no tengamos otro intento de explicar científicamente el funcionamiento y el desarrollo de alguna formación social —precisamente de una formación social y no de los fenómenos de la vida cotidiana de un país, o de un pueblo, o incluso de una clase, etc.— [...] (*Obras*, I, p. 154). Y todavía: "No limitándose a caracterizar el régimen contemporáneo, a aquilatarlo en su valor y condenarlo, [Marx] le ha dado una explicación científica, reduciendo este régimen contemporáneo, diferente en los distintos estados de Europa y fuera de Europa, a una base común: a la formación social capitalista [...]" (*Op. cit.*, p. 170).

¹² Este aspecto no se le ha escapado a Christine Glucksmann, que observa que la interpretación leninista "implica niveles distintos de análisis: la formación económico-social y las sociedades concretas" (*Op. cit.*, pp. 167-175).

¹³ Philippe Herzog observa al respecto, discutiendo la legitimidad de una interpretación "estructural" de *El Capital*, que en Marx también "el concepto de valor es desde el comienzo un concepto que implica un proceso" (*Op. cit.*, pp. 196-200). Ver, aun en el mismo sentido, las observaciones de Texier.

¹⁴ Sereni, *op. cit.*

¹⁵ Véase los pasajes de los esbozos de carta para Vera Zasulich, citados por Sereni; la analogía, por otro lado, es recurrente en otros textos de Marx, como por ejemplo en el conocido pasaje del prólogo al I Libro de *El Capital*, donde el desarrollo de la formación social es equiparado a "un proceso de historia natural", y en otro pasaje (cap. XIII), también recordado por Sereni, donde las épocas de la historia de la sociedad son comparadas con las "épocas de la geología" (Marx, *El Capital*, L. I, ed. cit., p. 6). Además, Engels también utiliza el término *Formation* para las formaciones geológicas, pero recurre en el mismo contexto al término *Bildung* para indicar una "formación" en el sentido del proceso del formarse; véase Engels, *Anti-dühring* [México, Editorial Grijalbo, 1964, pp. 126-127]: "[...] toda la geología es una serie de negaciones negadas, una serie de sucesivas destrucciones de viejas formaciones rocosas (*Gesteinsformationen*) y depósito de nuevas [...] Durante millones de siglos van formándose así constantemente capas nuevas, son sucesivamente destruidas en su mayor parte y sirven repetidamente como materiales de formación (*Bildungstoff*) de nuevos estratos".

¹⁶ En otras lenguas, donde la palabra "formación" es de uso mucho más común, también puede suceder que se deba recurrir a este término con acepciones diversas en contextos cercanos. Se cae en un inconveniente de ese tipo, por ejemplo (algo que consideraremos secundario, una simple falta de elegancia estilística), al traducir un conocido pasaje del Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, pero vale la pena señalar que también en este caso (como en el pasaje citado del *Anti-dühring*) la dificultad no aparece en el texto original: "Una formación social (*Gesellschaftsformation*) no desaparece hasta que no se hayan desarrollado todas

las fuerzas productivas a que puede dar curso; nuevas y superiores relaciones de producción no suceden más, antes que hayan madurado en el seno de la vieja sociedad las condiciones materiales de su existencia. He aquí por qué la humanidad no se propone sino aquellos problemas que puede resolver, porque, considerando las cosas luego, se encuentra siempre con que el problema surge cuando las condiciones materiales de su solución ya existen o por lo menos están en formación (*im Prozess*)” (véase Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, Roma, Ed. Riuniti, 1957, p. 11). Esta circunstancia no es casual. Puede asegurarse que el término *Formation* nunca es usado por Marx en su acepción de *proceso del formarse*. Sea que hable —como en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844—* de la “formación de la tierra” (*Erdbildung*) o de la “formación de los huesos” (*Knachenbildung*), o bien, como en el *Manifiesto*, de la “formación (*Bildung*) del proletariado en clase”; o como en los *Grundrisse*, de “formación (*Bildung*) histórica del capital” o de “formación originaria (*Urbildung*) del capital”; o, en *El capital* y en las *Teorías de la plusvalía* de la “formación (*Bildung*) del crédito” o de “formación (*Bildung*) de sociedad por acciones”, Marx se sirve siempre de la palabra *Bildung* y nunca de *Formation*. Naturalmente, aquí señalamos sólo ejemplos, que podrían multiplicarse con facilidad. Es cierto que en alemán también la palabra *Bildung* tiene distintas acepciones (y el mismo Marx, en diferentes contextos, se vale de ella con distintos significados), pero no es por azar que para indicar de manera inequívoca un proceso de formación utiliza siempre *Bildung* y no *Formation*. Así, en particular, cuando quiere hablar del “proceso de la formación económica de la sociedad”, usa la expresión “*ökonomische Bildungsprozess der Gesellschaft*” (véase *El capital*, L. I, p. 383 de la ed. original, Berlín, Dietz, 1953). Mientras en italiano o en francés no se dispone sino de un término, “formazione”, “formation”, para designar ya el proceso del formarse, ya el resultado de este proceso, Marx dispone de dos términos, *Formation*, *Bildung*, y puede entonces limitar el uso del primero a una sola de sus acepciones (y como sinónimo de *Formation* usa en algunos casos *Gebilde* o *Gestaltung*). Además, debemos notar, al respecto, que para hacer más fluida la lectura del texto, en la traducción francesa de Le Roy de *El capital*, revisada atentamente, como es sabido, por el mismo Marx, junto con ese fin, los términos *Gesellschaftsformation* y *ökonomische Gesellschaftsformation* son vinculados muy a menudo con sinónimos aproximativos. En todo caso, como las expresiones “formación de la sociedad” y “formación económica de la sociedad” hacen pensar con mayor facilidad en el proceso con que una sociedad es formada, es preferible traducir *Gesellschaftsformation* y *ökonomische Gesellschaftsformation* con “formación social” y “formación económico-social”. En cambio, consideramos preferible traducir *Gesellschaftsform* más con “forma de sociedad” o “forma de la sociedad” que con “forma social”, referida en general a una forma particular de determinadas relaciones sociales —por ejemplo, la mercancía— o a una forma general del desarrollo social (en estos casos Marx usa la expresión *Gesellschaftliche Form*).

Para las expresiones citadas de los *Manuscritos*, véase Marx, *Opere filosofiche giovanili*, Roma, Ed. Riuniti, 1983, pp. 234-5 (Marx-Engels, *Gesamtausgabe*, Sec. I, vol. 3, pp. 124-5). Para el *Manifiesto*, el comienzo del

segundo capítulo. Para los *Grundrisse*, Berlín, Dietz, 1953, pp. 321 y 405 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo Veintiuno Editores, Argentina, 1971, vol. 2]. Para *El capital*, el título del cap. 9 y el cap. 27 del III Libro. Para las *Theorien über den Mehrwert*, II, 1, Stuttgart, Dietz, p. 159.

17 Marx, *El capital*, L. I, p. 408.

18 Antonio Labriola, *Saggi sul materialismo storico*, Roma, Ed. Riuniti, 1964, p. 60.

19 Sereni, *op. cit.* En cambio, aparecen menos convincentes otras citas de Labriola, interpretadas de acuerdo al punto de vista de Sereni que evita la diferenciación entre el proceso de formación y el proceso de desarrollo. Nosotros creemos que tal diferenciación está bien presente en Labriola, aunque no se vea siempre con claridad cuándo usa el término “formación” en el sentido de “proceso de formación” y cuándo lo hace para indicar un *estadio morfológico* del proceso histórico-social. Sin embargo, al escribir “¿dónde hallar las leyes de una formación y un desarrollo tales?”, parecería que se inclinara no a identificar —como lo sostiene Sereni— sino a diferenciar los términos “formación” y “desarrollo”.

20 Véase el siguiente pasaje de la segunda sección del Libro I de *El capital*, a propósito de la compra y venta de la fuerza-trabajo: “La naturaleza no produce, de una parte, poseedores de dinero o de mercancías, y de otra parte simples poseedores de sus fuerzas personales de trabajo. Este estado de cosas no es, evidentemente, obra de la *historia natural*, ni es tampoco un estado de cosas social común a todas las épocas de la historia. Es, indudablemente, el fruto de un proceso histórico anterior, el producto de una larga serie de transformaciones económicas, de la destrucción de toda una serie de formaciones antiguas en el campo de la producción social (*einer ganzen Reihe alterer Formationen der gesellschaftlichen Produktion*)” (Marx, *El capital*, cit., L. I, p. 187). Por otro lado, aquí debemos notar la referencia no casual a una disposición *en serie* de las formaciones económico-sociales, idea ya bien clara en el *Prólogo* a la *Contribución a la crítica de la economía política*. En el párrafo siguiente de *El capital* la referencia a la categoría de “formación económico-social” vuelve en su formulación más habitual: “La transformación del *producto en mercancía* lleva consigo una *división del trabajo dentro de la sociedad* tan desarrollada, que en ella se consuma el divorcio entre el valor de uso y el valor de cambio, que en la fase del *trueque directo* no hace más que iniciarse. Pero esta fase de progreso se presenta ya en las más diversas formaciones económico-sociales (*ökonomischen Gesellschaftsformationen*) de que nos habla la *historia*”. Debemos subrayar aquí el relieve otorgado a una categoría económica (la división social del trabajo) común a distintas formaciones sociales.

21 En la interpretación de Sereni el concepto sigue siendo único, y solamente profundizaría con el paso del término *Form* al término *Formation*. De manera que, cuando en el lenguaje de Marx prevalece *Gesellschaftsformation* la utilización a la par de *Gesellschaftsform* debería ser considerada sólo como “una retoma ocasional”. En cambio, más adelante veremos cómo en algunos pasajes de *El capital* el término “forma de sociedad” es utilizado en sentido diferenciado respecto de “formación social”.

22 Antes del prólogo de 1859 el término *Gesellschaftsformation* aparece

sólo una vez, circunstancialmente, en un pasaje de los *Grundrisse*, escrito en mayo de 1858 (así lo señala Sereni).

²³ Marx, *Miseria de la filosofía*, Siglo Veintiuno Argentina Editores, 1971, p. 91.

²⁴ Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., I, p. 29.

²⁵ Marx, *Miseria de la filosofía*, cit., p. 92.

²⁶ Marx, *Elementos fundamentales...*, cit., p. 26.

²⁷ Poco después, en la misma página de la *Introducción* de 1857, el término *Gesellschaftform* nuevamente vuelve a aludir a la noción de "formación económico-social: "si es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad (*für alle andren Gesellschaftsformen*), esto debe ser tomado cum grano salis" (p. 27). "En todas las formas de sociedad (*In allen Gesellschaftsformen*) existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia, y cuyas relaciones por lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia" (*ibid.*, p. 28).

²⁸ Marx, *El capital*, L. I, p. 90.

²⁹ *Ibid.*, p. 202.

³⁰ *Ibid.*, p. 840.

³¹ *Ibid.*, p. 206.

³² Marx, *El capital*, L. III, p. 951.

³³ La anarquía de la división social del trabajo y el despotismo de la división del trabajo en la *manufactura* se condicionan reciprocamente; en cambio, otras formas antiguas de sociedad (*Gesellschaftsformen*), en que la especialización de las industrias se desarrolla de un modo elemental, para cristalizar luego y consolidarse al fin *legalmente*, presentan, de una parte, la imagen de una organización del trabajo social sujeta a un plan y a una *autoridad*, a la par que excluyen radicalmente o sólo estimulan en una escala insignificante o de un modo esporádico y fortuito, la división del trabajo dentro del taller" (Marx, *El capital*, L. I, p. 395). "En los tipos anteriores de sociedad (*Gesellschaftsformen*) esta mixtificación económica [la cosificación de las relaciones sociales], sólo se presenta, principalmente, en lo tocante al dinero y al capital productivo de interés" (Marx, *El capital*, L. III, p. 963).

³⁴ Véase al respecto las observaciones de Lucio Colletti en *Ideología e sociedad*, Bari, Laterza, 1969, pp. 11-13.

³⁵ Marx, *Crítica del programa de Gotha* [Ed. Quimantu, Santiago de Chile, 1972, p. 29.]

³⁶ Marx, *El capital*, L. I, p. 6; véase también Colletti, cit., p. 12.

³⁷ Marx, *El capital*, L. III, p. 963.

³⁸ Sorprende que esta circunstancia haya sido ignorada por Althusser, quien sin embargo se ha mostrado siempre muy atento a tomar el sentido metafórico de otras formulaciones de Marx; véase *Sobre la "media ideal" y las formas de transición*, en Althusser-Balibar, *Para leer El capital*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1969, pp. 210-217.

³⁹ Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 206 (Apéndice).

⁴⁰ Lenin, *Algo más sobre el problema de la teoría de la realización*, en *Obras*, IV, p. 88.

⁴¹ Véase en particular los párrafos 11 a 13 del citado artículo sobre la teoría de la realización (cit., pp. 84-88); en la terminología empleada aquí por Lenin la diferencia entre lo "histórico-abstracto" y lo "histórico-concreto" se expresa en la distinción de "cuestiones teórico-abstractas" y "cuestiones histórico-concretas".

⁴² Ver G. Dhoquois, *op. cit.*, pp. 185-189. En cambio, Philippe Herzog hace explícitas reservas sobre la caracterización —aceptada por otros estudiosos del CERM— de la formación económico-social como coexistencia de diversos modos de producción.

⁴³ Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, *op. cit.*, p. 11.

⁴⁴ La observación es de Christine Glucksmann, en *Crítica Marxista*, cit., p. 136.

⁴⁵ Véase Marx, *Miseria de la filosofía*, *op. cit.*, p. 91: "Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales". La misma expresión retorna, explícitamente en relación a la concepción general del materialismo histórico, en la nota 33 del primer capítulo de *El capital* (L. I, *op. cit.*, p. 86).

⁴⁶ No es necesario subestimar la importancia del prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* para reconocer que los principios de la concepción materialista de la historia allí enunciados no tienen la función de *leyes históricas generales*. Marx hablaba de ellos, es sabido, como de "un hilo conductor" para la búsqueda, y no dejaba de protestar contra la pretensión de quien iba a la busca del "pase-partout de una filosofía de la historia, cuya virtud suprema es ser suprahistórica" (carta de 1877 a la redacción de *Otecestvennie Zapiski*, en Marx, *India, Cina, Russia*, p. 236).

⁴⁷ Véase Althusser, *Para leer El capital (sobre la "media ideal" y las formas de transición)*, p. 214. Estas indicaciones de Althusser han sido retomadas y desarrolladas por Bettelheim, con resultados, sin embargo, escasamente convincentes: véase Bettelheim, *La transición al economismo socialista*, [Buenos Aires, Siglo XXI, 1972]. Y también el debate entre Bettelheim y Sweezy sobre la sociedad de transición en *Monthly Review* [de próxima publicación en Siglo XXI de España].

⁴⁸ Véase Sweezy, *La transición al socialismo*, en *Monthly Review*, cit. La diferenciación de las posiciones de Sweezy respecto de Althusser y Bettelheim no es sin embargo clara. Por otro lado, también las posiciones de Sweezy (como las de todos), han sufrido distintas oscilaciones.

⁴⁹ Marx, *El capital*, L. I, p. 804.

⁵⁰ Bettelheim, *Ancora sulla società di transizione*, en *Monthly Review*, cit. Al respecto es singular que Bettelheim (en *Cálculo económico y formas de propiedad*, cit.) recurra, para definir estas "formaciones sociales de transición" a la fórmula, aquí ya recordada, usada por Marx en la *Miseria de la filosofía*, donde se dice, en polémica con Proudhon, que la fórmula sola del movimiento no puede explicar "por sí sola el organismo social, en que todas las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en

las otras" (véase precedente nota 25). Del contexto surge con claridad que Marx se refiere a cualquier forma de sociedad, independientemente del hecho de que las relaciones que "coexisten" sean homogéneas o no a un mismo modo histórico de producción; y en el mismo sentido había de escribir pocas líneas antes que "en cada sociedad las relaciones de producción forman un todo". Si siguiéramos los criterios de interpretación de Bettelheim, volveríamos entonces por otro camino a la noción pleonástica por la que todas las sociedades podrían ser definidas como "formaciones sociales de transición".

⁵¹ Véase Marx, *El capital*, L. I, op. cit., p. 84.

⁵² Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, en *Obras*, III, pp. 192 y 196.

⁵³ A propósito puede verse Gerratana, *Stato socialista e capitalismo di Stato*, en *Crítica marxista*, Cuadernos, n. 4, 1970, cit., en particular, pp. 172 y ss.

⁵⁴ Lenin, *Sobre el infantilismo de la "izquierda" y el espíritu pequeño-burgués*, en *Obras*, xxvii, op. cit., p. 329; también *Sobre el impuesto en especie*, en *Obras*, xxxii, op. cit., p. 324.

⁵⁵ Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras*, xxii, op. cit., p. 317. Véase al respecto V. Gerratana, "Base e sovrastruttura nel capitalismo di transizione", en *Crítica marxista*, n. 1, enero-febrero 1971.

⁵⁶ Lenin, *Obras*, xxvii, p. 81. Poco después, con explícita referencia a las tareas "que toda revolución socialista tiene por delante", Lenin insistía una vez más, subrayando: "La diferencia entre la revolución socialista y la burguesa reside precisamente en que en el segundo caso existen formas plasmadas de relaciones capitalistas, mientras que el poder soviético, proletario, no recibe esas relaciones ya plasmadas, si se prescinde de las formas más desarrolladas del capitalismo, que en el fondo abarcaban ciertas capas superiores de la industria y que afectaban muy poco a la agricultura" (*ibid.*, p. 83). No parece, de todas maneras, que esta referencia a las excepciones pueda extenderse a todo el nuevo modo de producción, en su funcionalidad estructural.

⁵⁷ Mas bien grosera es la vieja concepción (defendida también por Bujarin en su interpretación del leninismo) según la cual la clase obrera debe limitarse, en la revolución socialista, a sus tareas destructivas, que se agotan con la revolución para dar lugar a tareas constructivas. En realidad, la misma revolución socialista no es posible si la clase obrera no ha comenzado ya a construir algo que debe ser continuado, mientras que al mismo tiempo se deben seguir destruyendo las formas sociales de las relaciones de producción que la revolución se ha limitado a sacudir y subvertir, sin destruirlas en su raíz. Marx decía, a propósito de la Comuna, que "destruyendo las condiciones de opresión existentes y transfiriendo todos los instrumentos de trabajo a manos de los trabajadores productores, forzando así a todos los individuos físicamente idóneos a trabajar para vivir, no se había destruido en lo más mínimo la base de todo dominio de clase y de toda presión" (véase E. Ragionieri, "Marx e la Comune", en *Studi storici*, octubre-diciembre 1971, p. 689). Pero al respecto debemos recordar también una aguda afirmación de Gramsci: "No es verdad que 'destruye' quien quiere destruir. Destruir es muy difícil, tan difícil como crear. Porque no se trata de destruir cosas materiales, se trata de destruir "relaciones invisibles", impalpables,

aunque se escondan en las cosas materiales. Es destructor-creador aquel que destruye lo viejo para poner a la luz, para hacer aflorar lo nuevo que se ha vuelto necesario [...]. Por eso puede decirse que se destruye en cuanto se crea" (A. Gramsci, *Passato e presente*, Torino, Einaudi, 1951, p. 158).

⁵⁸ Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, xxv, op. cit., p. 464.

⁵⁹ Marx, *Crítica del programa de Gotha*, op. cit., p. 18.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 29. Una lectura correcta de este pasaje debe corregir también

la difundida concepción según la cual la dictadura del proletariado sería el estado de la sociedad socialista, primera fase de la sociedad comunista. En realidad, la noción de "sociedad comunista" comprende para Marx también su primera fase, llamada luego "sociedad socialista". La dictadura del proletariado es considerada entonces por Marx necesaria para el período político de transición que lleva del capitalismo a la "sociedad socialista". En cambio, debe considerarse que, cuando Marx afirma que el programa de Gotha "no se ocupa de esta última [la dictadura del proletariado], ni del estado futuro de la sociedad comunista", alude a la primera fase de la sociedad comunista (donde la supervivencia del "derecho burgués" presupone la supervivencia de un estado que lo regula), mientras en la fase superior de la sociedad comunista el estado se halla destinado a extinguirse.

⁶¹ El autor se ve obligado en este punto a advertir que él ha sido influido largamente, hasta hace poco tiempo, por este tipo de lectura equivocada.

⁶² Lenin, *Obras*, xxix, op. cit., pp. 351-352.

⁶³ *Ibid.*, xxxii, op. cit., p. 101.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 264.

⁶⁵ *Ibid.*, xxvii, op. cit., p. 339. El mismo pasaje es reproducido en el opúsculo *Sobre el impuesto en especie*, xxxii, op. cit., p. 333. En el mismo escrito, Lenin observa que "los maestros del socialismo no hablaron en vano de un largo período de transición del capitalismo al socialismo, no en vano subrayaron 'los largos dolores de parto' de la nueva sociedad, y que, por lo demás, esta nueva sociedad es una abstracción, que no puede realizarse de otro modo que a través de una serie de intentos concretos, variados e imperfectos, de crear tal o cual Estado socialista" (*Obras*, xxvii, cit., p. 334; xxxii, cit., p. 329).

⁶⁶ Pero todavía en mayo de 1924, en la primera edición de las *Cuestiones del leninismo*, Stalin no titubeaba en afirmar, sobre la base de las indicaciones de Lenin, que mientras "para derribar a la burguesía es suficiente el esfuerzo de un solo país", "para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país campesino como Rusia, no son ya suficientes; para esto son necesarios los esfuerzos de los proletarios de algunos países avanzados" (véase Stalin, "Cuestiones del leninismo", en José Stalin, Grigori Zinóviev, *El gran debate (1924-1926)*, II. *El socialismo en un solo país*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1972).

⁶⁷ Véase Stalin, op. cit., pp. 173-4: "No se entiende por qué hemos conquistado el poder en octubre de 1917, si no hubiéramos contado con el llevar a término la construcción del socialismo [se sobreentiende, porque de ello se discutía: llevar a término solos]. No era necesario tomar el poder en octubre de 1917: ésta es la conclusión a que lleva la lógica intrínseca

de la argumentación de Zinóviev". Para la posición de Zinóviev, ver su contrainforme al XIV Congreso, en el apéndice de Bujarin-Preobrazenski, *L'accumulazione socialista*, preparada por Lisa Foa, Roma, Ed. Riuniti, 1969, pp. 303-4. Véase también algunos fragmentos del libro de Zinóviev "De: el leninismo", en José Stalin, Grigori Zinóviev, *El gran debate (1924-1926)*, ed. cit.

⁶⁸ Está claro, por otra parte, que el debate teórico de 1925-6 estaba ya minado por elementos pragmáticos subalternos que empañaban la claridad de cada perspectiva. Se discutía "teóricamente" sobre la construcción del socialismo en un solo país, pero la verdad de lo que se ponía en juego era otra: la permanencia o no, a la cabeza del partido y del régimen soviético, de la enorme potencia de un hombre solo, de un hombre —Stalin— al que ya algunos años antes Lenin, entonces no oído en su aislamiento de enfermo, había recomendado que se lo alejara de un cargo del que tenía tendencia a abusar.

⁶⁹ Stalin, *Obras completas*, 9, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1954, p. 24.

⁷⁰ Stalin, *Cuestiones del leninismo*, ed. cit.

⁷¹ Véase Stalin, *Sul progetto di Costituzione dell'Urss*, en *Questioni del leninismo*, cit., p. 622: "Nuestra sociedad soviética ya ha llegado a realizar, en lo esencial, el socialismo, ha creado el régimen socialista, es decir ha realizado lo que los marxistas llaman, con otras palabras, la primera fase o fase inferior del comunismo. Quiere decir que entre nosotros ya está realizada, en lo esencial, la primera fase del comunismo, el socialismo".

⁷² Engels, *Crítica del programa de Erfurt*. [Ed. Quimantu, Santiago de Chile, 1972, p. 83].

VALENTINO GERRATANA

ESTADO SOCIALISTA Y CAPITALISMO DE ESTADO

¹ El texto francés del discurso de Trotski en el IV Congreso de la Internacional puede ser leído en el suplemento n. 35 de *La Correspondence Internationale*, del 21 de diciembre de 1922; el discurso había sido pronunciado en alemán, pero el mismo Trotski se empeñó en traducirlo personalmente al francés. El discurso de Lenin en el IV Congreso es del 13 de noviembre de 1922; el de Trotski, del 14 de noviembre. En el volumen de E. H. Carr, *El socialismo in un solo paese*, I, Torino, Einaudi, 1968, p. 572, se lee que en este discurso Trotski se habría negado a utilizar la expresión "capitalismo de estado": ello, sin embargo, no es absolutamente exacto.

² Así en el informe al IV Congreso de la Internacional: véase Lenin, *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, vol. xxxiii, p. 395.

³ Lenin, *Obras*, xxxiii, p. 434.

⁴ Así en el famoso discurso del "enriqueceos" (17 de abril de 1925), de acuerdo al texto publicado por *Bolshevik*.

⁵ Este artículo, cuyo título es *El proletariado y la cuestión de la política artística*, había sido reimpreso, siempre en 1925, en un volumen misceláneo: véase el n. 625 de la bibliografía de Bujarin preparada por Sidney Heitman para la *Hoover Institution Bibliographical Series*, Standford, University, 1969, p. 107.

⁶ Véase por ejemplo el discurso de Zinóviev en el XIV Congreso, reproducido en el apéndice de: Bujarin-Preobrazenski, *L'accumulazione socialista*, cit. En el artículo de *Krasnaia Nov*, Bujarin había declarado que en de la cultura proletaria y en el del capitalismo de Estado. Sin embargo, Ilich aclaró su posición en los últimos escritos sobre la cooperación. Antes parecía que Lenin consideraba que nada había de socialismo en ese capitalismo, sino solamente una pequeña isleta de socialismo y que todo el resto era capitalismo de Estado sumergiendo a la isleta" (obra cit., pp. 314-5).

⁷ En el discurso de clausura del XIV Congreso: véase Stalin, *Obras*, cit., p. 380. Del mismo tipo eran las reservas de Stalin ante la palabra de orden "enriqueceos"; Bujarin había dejado "escapar" esa palabra, pero se trataba de un "error insignificante" (obra cit., pp. 398-9).

⁸ Stalin, obra cit., pp. 385-6.

⁹ El primer esbozo de la obra de Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, es de 1915; se trata de un ensayo de 40 páginas publicado en el n.º 1-2 de la revista *Kommunist*. El libro del mismo título (donde están publicadas y sistematizadas orgánicamente las ideas del escrito precedente), fue editado en cambio por vez primera en 1917 (véase los números 13 y 82 de la citada bibliografía de Heitman), vale decir el mismo año en que aparece el libro de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Cuando escribía su libro en el primer semestre de 1916, Lenin conocía entonces no sólo el libro de Bujarin, publicado a continuación, sino el ensayo de 1915, para el cual también había escrito un prefacio (del que no conocemos sin embargo el destino exacto: puede pensarse que debía servir a una proyectada pero no realizada reimpresión en opusculo del escrito de Bujarin). Este prefacio de Lenin, que es de diciembre de 1915, quedó inédito hasta 1927, y publicado luego como prefacio a las sucesivas ediciones y traducciones del libro de Bujarin, ha llevado a muchos a creer erróneamente que el libro de Bujarin, como lo conocemos, es de 1915, y que Lenin, al escribir *El imperialismo*, ya lo había leído.

¹⁰ Renato Zangheri, *Lenin, lo Stato e la teoria dell'imperialismo*, en *Rinascita*, 27 de marzo de 1970 [este artículo fue incluido en la edición del libro de Bujarin preparada por Cuadernos de Pasado y Presente (CPyP, n.º 21)].

¹¹ La importancia de este texto póstumo, entonces escasamente conocido, había escapado también a Lenin, que nunca tuvo ocasión de señalarlo; pero es obvio que no basta conocer la *Introducción* de 1857 para garantizar una correcta y fecunda interpretación del marxismo, sobre todo italianos, haciendo de tal texto la clave de interpretación de todo el pensamiento de Marx y asignándole en la economía general de las obras de Marx un "privilegio" y un "peso exorbitante": así lo ha reconocido recientemente, con significatividad, Lucio Colletti, *Il marxismo e Hegel*, Bari, Laterza, 1969, p. 401.

¹² N. I. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 21, Córdoba, 1971, pp. 144-5.

¹³ Marx, *Per la critica dell'economia politica*, Roma, Ed. Riuniti, 1957, p. 188.

14 N. I. Bujarin, *obra cit.*, p. 146.
15 *Ibid.*, p. 151. Ello no significa que, para Bujarin, la concurrencia en el mercado mundial deba considerarse como un hecho absolutamente nuevo: "es cierto que la concurrencia entre las economías mundiales —sigue el párrafo citado— es decir, entre sus clases dominantes, existía antes. Pero entonces tenía otro carácter por el hecho de que la estructura interna de las economías nacionales era muy diferente. La economía nacional no actuaba sobre el mercado mundial como un sistema homogéneo, organizado, de una potencia económica considerable; en el seno de esta economía, la libertad de concurrencia reinaba sin control. Por el contrario, la concurrencia en el mercado mundial estaba muy poco desarrollada. Todo esto ha venido a transformar la época del capitalismo financiero. El centro de gravedad se desplaza a la concurrencia que se hacen los cuerpos económicos gigantes, coherentes y organizados, que disponen de una enorme facultad combativa, en el 'match' mundial de las naciones. La concurrencia se entrega a sus orgías más excesivas. El proceso de centralización del capital se transforma y entra en una fase superior".

16 "El capitalismo se ha esforzado por abolir la anarquía que le es propia apretándola en el anillo de hierro de la organización estatal. Pero habiendo eliminado la concurrencia dentro del estado ha desencadenado todos los demonios de la contienda mundial".

17 *Ibid.*, pp. 149-50.

18 *Ibid.*, pp. 181 y ss. El carácter contingente de algunas de estas formas de capitalismo de estado no excluye en lo más mínimo el carácter permanente de la tendencia que ellas expresan. "Es evidente que no todas las medidas del tiempo de guerra subsistirán terminada ésta. Aquellas como, por ejemplo, del racionamiento del pan y de la carne, la prohibición de transformar ciertas cantidades de productos y de realizar ciertas exportaciones, etc., desaparecerán al día siguiente de firmada la paz. Es muy probable que en muchas industrias haya cooperación entre el estado y los monopolios privados capitalistas sobre el modelo de las 'empresas mixtas'" (*Ibid.*, p. 194).

19 *Ibid.*, p. 195.

20 Un examen analítico del esquema de Bujarin (que aquí naturalmente se ha trazado sólo a grandes líneas) debería profundizar los tres aspectos que Bujarin llegó a olvidar por irrelevantes: a) importancia de la concurrencia, que no se vuelve un fenómeno marginal, en el mercado interno del capitalismo monopolista; b) papel, también él nada marginal, de la concurrencia en el mercado mundial de la época del capitalismo premonopolista, c) coexistencia de la lucha concurrencial entre los grandes grupos monopolistas, en el mercado mundial, con la tendencia a los acuerdos y a las fusiones internacionales del capital monopolista en nuestra época.

21 Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras*, xxii, pp. 279-80. El subrayado es m.o.

22 *Ibid.*, p. 216.

23 *Ibid.*, p. 230.

24 Lenin, *El estado y la revolución*, *Obras*, xxv, p. 436.

25 *Ibid.*, pp. 419-20.

26 Lenin, *Obras completas*, xxiv, p. 234. Poco después, en un discurso

del 14 de mayo, Lenin tiende a diferenciar el desarrollo económico del grupo anglo-francés del imperialismo, donde dominan las oligarquías financieras, del desarrollo del imperialismo alemán, más avanzado en el camino del capitalismo de estado: contra el grupo anglo-francés "se ha destacado otro grupo de capitalistas aún más capaz, aún más feroz, grupo que ha llegado a la mesa del festín capitalista cuando ya todos los sitios estaban ocupados, pero que ha introducido en la lucha nuevos métodos de desarrollo de la producción capitalista, una técnica mejor, una organización incomparable, que convierte al viejo capitalismo de la libre concurrencia en capitalismo de los gigantescos trusts, consorcios y cartel. Este grupo ha introducido los principios de la estatificación de la producción capitalista, de la fusión de la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del estado en un solo mecanismo, que enrola a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de estado" (*Ibid.*, p. 400).

27 *Ibid.*, pp. 304-5.

28 *Ibid.*, p. 306. Lenin había observado, ilustrando esta resolución, en el curso de la VII Conferencia: "En la resolución sobre el momento actual, hablar de las condiciones rusas es un error. La guerra nos ha unido unos a otros tan indisolublemente, que sería un gran error no tomar en consideración el conjunto de las relaciones internacionales" (*Ibid.*, p. 300).

29 *Materiales para la revisión del programa de partido*, en Lenin, *Obras completas*, xxv, pp. 460-1.

30 En realidad, la primera redacción del proyecto de Lenin de revisión del programa del partido contenía un bosquejo de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, pero el margen con ese acento había sido borrado luego en el manuscrito (ver Lenin, *Obras completas*, xli).

31 *Obras completas*, xxv, p. 350.

32 *Ibid.*, pp. 348-9.

33 Lenin, *Sobre la revisión del programa del partido*, en *Obras*, xxvi, pp. 158-65.

34 Lenin, *Obras*, xxvii, p. 125.

35 Lenin, *Obras*, xxix, pp. 159-162.

36 *Ibid.*, 162-3.

37 *Ibid.*, p. 168.

38 Esta revista (de la que se publicaron en total tres números) es naturalmente, hoy, una rareza bibliográfica, y no ha sido posible consultarla. Las *Tesis* de Bujarin, sin embargo, pueden ser leídas en el apéndice a la tercera edición de las *Obras de Lenin* (*Sociología*, xxii, Moscú, 1931, 561-71), cuyo aparato crítico es todavía el más rico entre todas las ediciones de Lenin publicadas hasta ahora.

39 Lenin, *Obras completas*, xxvii, pp. 273-307.

40 *Ibid.*, p. 287.

41 Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, xxv, p. 467 (en esta traducción el término "inventario" es dado como "registro").

42 Lenin, *Obras*, xxvii, pp. 295-8. La misma respuesta al comentario de Bujarin a *El estado y la revolución* es luego retomada por Lenin en el citado artículo *Sobre el infantismo "de izquierda"* (*Ibid.*, pp. 345-6).

43 *Ibid.*, p. 384.

44 *Ibid.*, p. 335.

45 *Ibid.*, p. 293.

46 *Ibid.*, p. 300.

47 *Ibid.*, p. 329.

48 *Ibid.*, p. 332.

49 *Ibid.*, pp. 245-6. En las *Seis Tesis sobre las tareas inmediatas del poder soviético* (aprobadas luego en la recordada sesión del Comité ejecutivo central de toda Rusia), esta idea de las altas retribuciones como abrogación de los principios de la Comuna de París es subrayada por Lenin una vez más: el hecho de que el trabajo para organizar el inventario y el control haya quedado muy atrás respecto de la obra de expropiación directa de los expropiadores explica por qué el poder soviético fue obligado "a dar un paso atrás, o a aceptar un compromiso con las tendencias burguesas. Por ejemplo, fue un paso atrás, un retroceso con respecto a los principios de la Comuna de París, la introducción de salarios altos para algunos especialistas burgueses. Un compromiso de este tipo fue el acuerdo con las cooperativas burguesas sobre las gestiones y medidas tendientes a incorporar paulatinamente a toda la población a las cooperativas. Mientras el poder proletario no establezca por completo el control y la contabilidad populares, tales compromisos son indispensables, y nuestra tarea, sin ocultar en lo más mínimo al pueblo sus aspectos negativos, consiste en intensificar todos los esfuerzos por mejorar la confrontación de los salarios con los resultados generales de trabajo de la fábrica, con el rendimiento de los ferrocarriles o del transporte fluvial, etc." (*Ibid.*, pp. 308-9).

50 *Ibid.*, p. 304.

51 Lenin, *Obras*, xxxii, p. 39.

52 Véase el número 157 en la página 46 de la citada bibliografía de Heitman sobre Bujarin. Sin embargo, no hemos visto este artículo, citado también en la advertencia de la redacción a la edición soviética (1932) de las notas marginales de Lenin al libro de Bujarin sobre la economía del período de transición (véase la nota siguiente).

53 Amplios fragmentos de esta obra se pueden leer en las *Anotaciones al libro de Bujarin "Teoría económica del período de transición"*, de Lenin, publicado como apéndice a *Teoría económica del período de transición* [Cuadernos de Pasado y Presente, No 29, Córdoba, 1972.]

54 Aquí Lenin enmascara evidentemente la hipótesis del *pasaje pacífico* al socialismo. Y es significativo que poco antes (febrero de 1920, en las *Notas de un publicista*, mencionadas también en el libro de Bujarin), Lenin hubiera defendido la misma hipótesis con argumentos muy parecidos, en polémica no con quien generalizaba la imposibilidad de esta hipótesis sino, por el contrario, con Otto Bauer, que generalizaba de manera oportunistamente su posibilidad, olvidando "una minucia": "que el paso 'ordenado' y 'regulado' al socialismo (que sin duda alguna es el más ventajoso para el pueblo) hablando en abstracto) presupone la plena consolidación de la victoria del proletariado, así como una situación desesperada en absoluto para los capitalistas y su absoluta necesidad y disposición de someterse con la mayor buena fe. ¿Es posible semejante conjunto de circunstancias? Por supuesto, lo es desde un punto de vista teórico, es decir, en el presente caso, en términos por completo abstractos. Por ejemplo, supongamos que

en nueve países, entre ellos todas las grandes potencias, los Wilson, Lloyd George, Millerand y demás héroes del capitalismo se encuentran ya en la Supongamos que en un décimo y pequeño país los capitalistas proponen, después de esto, a los obreros: vamos a ayudarlos, de modo sincero, sometiéndolos a las decisiones de ustedes: llevemos a cabo una 'expropiación de los expropiadores' que sea 'ordenada' y pacífica (¡sin destrucciones!), de tal modo que durante el primer año recibamos los cinco novenos de nuestro ingreso anterior, y en el segundo cuatro novenos. Es por completo posible que los capitalistas del décimo país hagan una proposición semejante, en las condiciones que antes he señalado, en uno de los países más pequeños y 'pacíficos', y nada hay de malo en que los obreros de este país discutan en forma práctica esa operación y la acepten (regateando: sin oferta no puede haber comerciantes)". Pero en una relación de fuerzas distinta, continúa Lenin, este discurso, hecho por los representantes de los obreros, se volvía absurdo y hubiera sido un puro engaño (véase Lenin, *Obras*, xxx, pp. 358-9).

55 Véase *Anotaciones...*, p. 189.

56 Pero también durante el áspero choque polémico de 1918, Lenin había reconocido su acuerdo con Bujarin "en las nueve décimas partes" (véase Lenin, *Obras*, xxvii, p. 299).

57 Véase Lenin, *Obras*, xxxi, p. 235.

58 Lenin, *Obras*, xxxii, p. 322.

59 *Ibid.*, p. 340.

60 *Ibid.*, p. 344.

61 Lenin, *Obras*, xxxii, p. 333.

62 Véase E. H. Carr, *El socialismo en un solo país*, cit., p. 572.

63 Debemos recordar que como conclusión del encendido debate sobre los sindicatos, Lenin no había vacilado en hacer propia la siguiente afirmación de Trotski: "La lucha ideológica en el seno del partido no significa que nos excluyamos mutuamente, sino que actuemos unos sobre otros" (Lenin, *Obras*, xxxii, p. 98).

64 Lenin, *Obras*, xxxiii, pp. 254-5. En las conclusiones del XI Congreso las mismas afirmaciones sobre el capitalismo de Estado son retomadas en polémica con Preobrazenski, que evidentemente había intervenido en el debate contra los argumentos de Lenin (*Ibid.*, pp. 286-8).

65 Lenin, *Obras*, xxxii, p. 452.

66 *Ibid.*, p. 484.

67 Lenin, *Obras*, xxxiii, pp. 246-252. Este motivo de "recomenzar desde el principio" retorna frecuentemente en los últimos escritos y discursos de Lenin, y se podrían multiplicar las citas a propósito.

68 Lenin, *Obras completas*, xxxii, p. 320.

69 Bujarin, *La nuova politica economica e i nostri compiti* (1925).

70 *Ibid.*, p. 160.

71 *Ibid.*, p. 160.

72 *Ibid.*, p. 167. Al respecto no se equivocaba por cierto Kamenev cuando, en el XIV Congreso, observaba con amargura: "Si ustedes piensan que el hecho de dar la posibilidad al campesino pobre de hacerse emplear por el kulak, y por lo tanto al kulak de explotar al campesino pobre, si

ustedes piensan que la atribución del derecho de explotar al campesinado pobre constituye una concesión hecha a este último, y bien, tal concesión no tiene nada en común con el leninismo o con el marxismo" (cf. N. Bujarin - E. Preobrazenski, *L'accumulazione socialista*, cit., p. 350). Stalin, por otra parte, defendiendo en esta ocasión a Bujarin, se cuidaba mucho de hacer propias explícitamente las tesis de éste, y prefería fingir ignorarlas; más tarde, cuando Bujarin, que había permanecido fiel a su esquema, rehusará alinearse en el giro a la izquierda de 1928-29, llegará a declarar con la máxima desenvoltura no haber prestado atención hasta ese momento en la concepción bujariniana (como si esta no hubiese sido expuesta públicamente y de manera muy clara desde 1925). Véase Stalin, "Sobre la desviación de derecha del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética", en *Questioni del leninismo*, Roma, 1952, p. 282: "Mientras esta teoría estaba oculta en los cajones (!) se podía no prestarle atención: no son tonterías las que faltan en los escritos de diferentes compañeros. Y, en efecto, hasta hace poco tiempo no hemos prestado atención a esta teoría de Bujarin". Es evidente aquí el desprecio de Stalin por toda teoría que no se reduzca a simple expediente propagandístico.

⁷³ Lenia, *Obras*, xxiii, p. 429 (el subrayado me pertenece). Como es sabido, este párrafo leniniano, separado del contexto, había sido luego utilizado instrumentalmente por Stalin para atribuir a Lenin la paternidad de la versión teórica staliniana-bujariniana de la construcción del socialismo en un solo país.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 434.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 370.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 282.

ATTILIO CHITAREN

PROBLEMAS DE LA TRANSICIÓN DEL CAPITALISMO AL SOCIALISMO EN LA URSS

¹ Por nuestro lado estamos convencidos de que el papel de la "política" y de la "ideología" es determinante en la orientación del proceso de transición al socialismo. Pero queremos recalcar que la validez de la fórmula "la política en el primer lugar" no se funda, como demasiado a menudo se pretende hacer creer, en la equivalencia "política = política del estado chino o ideología maoísta".

² El tema es muy urticante, y no está dentro de nuestras intenciones siquiera rozarlo. Pero recordaremos dos réplicas recientes a Bettelheim y a Sweezy, aseveradores, aunque con argumentaciones no idénticas, de la restauración del capitalismo en la URSS; réplicas que, a nuestro parecer, enfatizan y critican con eficacia las afirmaciones un tanto perentorias de los dos autores y las debilidades de sus tesis. Véase Mandel y Charlier, *L'Urss é uno Stato capitalista?*, Samoná e Savelli, Roma, 1971, en particular pp. 75-87; y Mandel, "Novità sulla questione della natura sociale dell'Urss", *Quarta Internazionale*, n.1, marzo-abril 1971.

³ Entre los *gauchistes* más refinados está en boga hoy la hipótesis de una relación Marx-Mao que eliminaría de la "teoría revolucionaria" a Lenin y a Trotski; defensores de esta relación "exclusiva" son, entre otros,

Rossana Rossanda en su ensayo "El marxismo de Mao Tse-tung" en *La revolución cultural china*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, No 23, 1972. y C. Bettelheim, en su "Lettera su Mao", *Il Manifesto*, año III, No 1-2 [incluido en *Pasado y Presente*, No 1 (nueva serie), 1973]. Pero existe también aquel que pretende "superar" la relación Marx-Mao, y en total y exclusiva ventaja para la "novedad" del pensamiento Marx-Mao, y en chino: entre ellos se encuentra Edoardo Masi, que para demostrar la absoluta "originalidad" del pensamiento de Mao respecto de toda la pre-existente teoría revolucionaria, incluyendo a Marx, escribe: "Probablemente específica herencia burguesa, ya de tipo iluminista, ya científico, sobre todo iluminista, y hegeliano" (*Seminario sulla grande rivoluzione culturale proletaria*, a cargo del Comité de lucha de la Escuela oriental, Facultad de Letras, Roma 1971, p. 86). Si no nos equivocamos, aquí, este "cociente" coincidiría con el análisis científico antiutopista de Marx sobre el desarrollo del socialismo a partir del capitalismo.

⁴ L. Colletti, Introducción a I. V. Stalin, *Principi del leninismo*, Samoná e Savelli, Roma, 1970, p. 30.

⁵ K. Marx, *Critica al programa de Gotha*, Marx/Engels, *Obras escogidas*, Moscú, s/f., tomo II, p. 25.

⁶ Escribe Lenin: "Ahora bien, ¿en base a qué datos se puede plantear la cuestión del desarrollo futuro del comunismo futuro? En base al hecho de que el comunismo *procede* del capitalismo, se desarrolla históricamente del capitalismo, es el resultado de la acción de una fuerza social *engendrada* por el capitalismo. En Marx no encontramos el más leve intento de fabricar utopías, y más adelante: "En vez de 'imaginadas' definiciones escolásticas y artificiales de disputas estériles sobre palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo), Marx hace un análisis de lo que podríamos llamar grados de madurez económica del comunismo" (Lenia, *El estado y la revolución*, en *Obras*, cit., xxv, p. 452, y p. 464).

⁷ Véase el trabajo de Gerratana, *Estado socialista y capitalismo de estado*, incorporado en el presente Cuaderno.

⁸ Lenin, *Tesis de abril*, en *Obras*, cit., xxv, p. 14.

⁹ Así parece considerarla, por ejemplo, Bettelheim, que ve en la sociedad de transición una especie de formación económico-social bien definida, caracterizada por leyes propias, rigidamente estructurada; en ello me parece encontrar nuevamente un vicio de origen de la metodología de Bettelheim, que razonando ayer como hoy (tanto en el caso de la Rusia de Stalin como en el de la China moderna) según la óptica de la construcción del socialismo en un país solo, es llevado a tomar en escasa consideración la dimensión fundamental dimensión marxista y leninista de la revolución, la dimensión internacional, la única capaz, a nuestro entender, de romper el aislamiento de los países ya no capitalistas y de acelerar el proceso de transición. Por de los países ya no capitalistas y de acelerar el proceso de transición. Por Bettelheim nos ofrece una imagen estática y no dinámica de las sociedades de transición, en cuanto confía la superación del estadio de transición únicamente a los recursos económicos y políticos internos de cada país. Véase Bettelheim, *La transizione all'economia socialista*, Jaca Book, Milán, 1969.

¹⁰ Colletti, *op. cit.*, p. 31.

11 Centro de estudios marxistas, *Leninismo e rivoluzione socialista*, De Donato, Bari 1970, p. 126.

12 Lenin, *La catástrofe inminente y cómo combatirla*, en *Obras* cit., xxv, pp. 348-349.

13 *Ibid.*, pp. 349-350.

14 Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, xxv, p. 466.

15 "La asunción y la transformación de una serie de estructuras de base del capitalismo se combina con el acto revolucionario que despedaza el viejo poder estatal burocrático y policial, gracias a nuevas instituciones de poder que se han venido constituyendo en lo vivo del movimiento y de la lucha" (Luciano Gruppi, *Il pensiero di Lenin*. Roma, Editorial Riuniti, 1970, p. 210).

16 Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, xxv, p. 413.

17 *Ibid.*, p. 466.

18 Lenin, *Seis tesis sobre las tareas inmediatas del poder soviético*, en *Obras*, cit., xxvii, p. 309.

19 Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, en *Obras*, cit., xxvii, p. 245.

20 *Ibid.*, p. 246.

21 Lenin, *Sobre el infantilismo de la "izquierda" y el espíritu pequeño-burgués*, en *Obras*, cit., xxvii, p. 343.

22 Lenin, *Sesión del CEC de toda Rusia*, en *Obras*, cit., p. 291.

23 Observa Carr: "Sería erróneo presumir que Lenin consideraba el empleo de los especialistas burgueses como algo más que una simple y dura necesidad (por su misma naturaleza temporaria) o que hubiera renunciado de alguna manera a su objeto final de hacer administrar el estado por los mismos obreros. El recurrir a los especialistas burgueses se había vuelto algo inevitable porque los obreros no se habían mostrado a la altura del trabajo administrativo o porque faltaba entre ellos una cantidad suficiente de elementos maduros para un trabajo tal" (E. H. Carr, *La rivoluzione bolscevoica*, Einaudi, Torino, 1964, p. 596).

24 Ver A. Pankratova, *I consigli di fabbrica nella Russia del 1917*, Samoná e Savelli, Roma 1970; además de los escritos de Arskii, Rádek y Avilov en el volumen conjunto *Il controllo operaio*, reimpresión, Samoná e Savelli, Roma 1970. Para un preciso encuadre de las relaciones entre Lenin y la problemática del control obrero, véase el óptimo ensayo de D. I. Limon, "Lénine et le contrôle ouvrier", *Autogestion*, No 4, diciembre 1967.

25 Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras*, xxv, pp. 430-431.

26 En la tercera "carta desde lejos" Lenin se había referido a algunas diferencias entre marxistas revolucionarios y anárquicos: más que sobre la cuestión del estado, la diferencia estribaba también en el hecho de que "los primeros son sostenedores de la gran producción comunista centralizada, y los segundos de la pequeña producción fragmentada", Lenin, *Cartas desde lejos*, en *Obras*, cit., xxvii, p. 329.

27 *Las tareas inmediatas del poder soviético*, cit., pp. 254-255.

28 E. H. Carr, *op. cit.*, p. 597.

29 Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, cit., p. 264.

30 *Ibid.*, p. 265.

31 Lenin, *Sobre el infantilismo...*, cit., p. 333.

32 Trotsky, *Terrorismo e comunismo*, Sugar, Milán 1964, p. 172.

33 Gruppi, cit., p. 268.

34 Deutscher, *I sindacati sovietici*, Laterza, Bari 1968, p. 75.

35 Lenin, *Sobre el infantilismo*, cit., p. 332.

36 Lenin, *La catástrofe inminente...*, cit., pp. 345-349.

37 "Alemania y Rusia encarnan en 1918, de la manera más evidente, la realización material, por una parte, de las condiciones económicas, productivas y sociales, y por otra, de las condiciones políticas del socialismo" (Lenin, *Sobre el infantilismo...*, cit., p. 333).

38 Colletti, cit., p. 21.

39 Así afirma perentoriamente G. Riva en su presentación a E. Preobrazenski, *La nueva Económica*, Jaca Book, Milán 1971, p. 3.

40 Compartimos plenamente lo que ha escrito al respecto Lucio Colletti. "Los países que nosotros llamamos socialistas, los llamamos así metafóricamente. Ellos son países *ya no* capitalistas. Son países donde han sido nacionalizados o estatalizados —pero no *socializados*, cosa que es muy distinta— todos los principales medios de producción. Son los anillos de la cadena imperialista mundial que se ha roto. (Y esta cadena se ha roto hasta ahora en los anillos más débiles.) Es el caso de China, de las 'democracias populares', de la Unión Soviética misma. Ninguno de estos países es verdaderamente socialista, ni podría serlo. El socialismo no es un proceso nacional sino mundial". L. Colletti, "Potere e democrazia nella società socialista", *Problemi del socialismo*, año IX, No 21, agosto 1967, p. 903.

BERNARD JOBIC

LA REVOLUCION CULTURAL Y LA CRITICA DEL ECONOMISMO

1 Es el caso de Mandel, "Du'nouveau' sur la question de la nature de la U.R.S.S.", *IV Internationale*, No 45, sept. 1970, pág. 11.

2 El economicismo se encuentra en estado caricaturesco en el moderno revisionismo (Jruschov, Kosiguin; véase también los revisionistas del Partido Comunista Francés). Es igualmente una tara congénita del trotskismo.

3 Oskar Lange, *Economía política*, t. I, "Problemas generales", FCE, 1962.

4 J. Stalin, "Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico", en *Cuestiones del Leninismo*, Buenos Aires, Ed. Problemas, 1947.

5 Esta idea, según la cual los instrumentos de producción constituyen la principal fuerza productiva, es uno de los componentes esenciales del economicismo.

6 Conviene señalar que, para Lange, la base económica de la sociedad está formada exclusivamente por las relaciones de producción. En realidad el concepto de "base económica" designa la unidad contradictoria entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

7 Para este punto ver especialmente la caracterización que hace Poulantzas del economicismo de la IIIª Internacional (*Fascismo y dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pp. 44 y ss.).

8 Por ejemplo, la "contradicción principal", en la época imperialista, "entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la existencia de fronteras

de transición ("Cuba, 1968-1971", *Critiques de l'économie politique*, No 6, p. 113). Encontramos aquí los componentes esenciales del economicismo: el desarrollo de las fuerzas productivas está aislado de la transformación de las relaciones de producción (y, por lo tanto, también de los cambios en la división del trabajo), y se desconoce la lucha de clases (o bien se la reduce a una "lucha contra la burocracia", "capa" cuya existencia se explica en última instancia por el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas).

³¹ Citado en *La Grande Révolution culturelle prolétarienne*, Pekin, 1970, p. 13.

³² Esto no quiere decir que no existan "criterios económicos"; todo lo contrario; sólo que estos criterios económicos deben estar subordinados a los criterios políticos.

³³ Lenin, "Economía y política en la época de la dictadura del proletariado", *Obras completas*, op. cit., Tomo xxx, pp. 108-109.

³⁴ Mao Tsé-tung "Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo" en *Cuatro tesis...*, op. cit., p. 98.

³⁵ Ya en 1956 Liu-Shao-chi declaraba que "la cuestión de saber quién vencerá, si el socialismo o el capitalismo, ya está resuelta en China".

³⁶ Citado en *La Grande Révolution culturelle prolétarienne. Recueil de documents importants*, Pekin, 1970, pp. 22-23.

³⁷ Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha* en Marx/Engels, *Obras escogidas*, cit., t. II, p. 458.

³⁸ Dice Marx en la *Crítica del programa de Gotha* que el principio "a cada uno según su trabajo", que caracteriza la "primera fase de la sociedad comunista", corresponde al "derecho burgués". Pese al progreso operado con relación al capitalismo "este derecho igual sigue llevando implícitamente una limitación burguesa". En efecto, los individuos no son iguales "física y moralmente". "Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual... En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad".

Marx agrega que solamente en una "fase superior" de la sociedad comunista será posible pasar del principio "De cada cual según capacidad; a cada cual según sus necesidades". Para esto son necesarias tres condiciones:

—que "haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, el contraste entre trabajo intelectual y trabajo manual";

—que el trabajo haya dejado de ser solamente un medio de vida para convertirse en "la primera necesidad vital";

—que "con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro llenc los manantiales de la riqueza colectiva" (Cf. *Crítica del programa de Gotha*, op. cit., p. 459).

Conviene destacar el orden en que Marx enuncia estas condiciones así como el acento puesto en la desaparición de la división del trabajo. Un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es en verdad esencial para la realización del comunismo, pero es correlativo a un "desarrollo de los individuos en todos sus aspectos" y no es posible, por lo tanto, reducirlo

en forma mecánica exclusivamente al desarrollo de los instrumentos de producción y a las técnicas productivas.

El error trotskista aparece también cuando ve en "la contradicción entre el modo de producción y las reglas burguesas de distribución", la *contradicción principal* en el período de transición.

³⁹ Sobre estos temas ver "Le Pseudo-Communisme de Khrouchtchev et les leçons historiques qu'il donne au monde", 1963, *Débat sur la ligne générale du mouvement communiste international*, Pekin, 1965.

⁴⁰ Lenin, "Algo más sobre los errores de Trotski y Bujarin", *Obras Completas*, op. cit., tomo xxxii, pp. 75-76. Sobre este punto específico de los sindicatos y acerca del problema general de las relaciones entre política y economía, aparece en Lenin el inicio de una concepción de la "lucha entre las dos vías". Una página más adelante, en efecto, dice a propósito del "error político" de Trotski: "este error, si no se lo comprende y no se corrige, conduce a la caída de la dictadura del proletariado" (p. 77).

⁴¹ Karl Marx, *El capital*, libro I, capítulo IV (Inédito), Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 55.

⁴² Karl Marx, *El capital*, México, F.C.E., 1964, t. III, p. 609.

⁴³ A propósito, por ejemplo, del pasaje de la acumulación socialista originaria a la acumulación socialista:

"Los supuestos del devenir del dinero en capital aparecen como ciertos supuestos exteriores a la génesis del capital; éste, no bien ha llegado a ser capital en cuanto tal, produce sus propios supuestos... Estos supuestos que originariamente aparecían como condiciones de su devenir —y que por tanto aún no podían surgir de su acción como capital— se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad puesta por él: no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia. Ya no parte de presupuestos para llegar a ser, sino que él mismo está presupuesto, y, partiendo de sí mismo, produce los supuestos de su conservación y crecimiento mismos". Karl Marx, *Elementos fundamentales...*, op. cit., p. 421.

⁴⁴ Aun cuando aquí nos estemos refiriendo fundamentalmente a la cuestión de la acumulación, sería necesario reubicar el problema en función del desarrollo de la lucha de clases en todos los niveles de la formación social.

⁴⁵ Véase Charles Bettelheim, *Remarques théoriques...*, op. cit., p. 199.

⁴⁶ Sobre este punto, que se relaciona una vez más con la línea de masas, conviene recordar lo que escribiera Lenin en marzo de 1918: "Y así como el centralismo democrático no excluye en modo alguno la autonomía y la federación, tampoco excluye, sino, por el contrario, presupone la más completa libertad de las distintas regiones e incluso de las diferentes comunidades del estado en lo referente a la elaboración de las múltiples reformas de la vida nacional, social y económica. Nada más erróneo que confundir el centralismo democrático con el burocratismo y la esquematización. Nuestra tarea actual consiste en llevar a la práctica el centralismo democrático en la esfera económica, asegurar la armonía y la unidad absoluta en el funcionamiento de empresas económicas tales como los ferrocarriles, el correo, el telégrafo, los otros medios de transporte, etc. Asimismo, el centralismo,

en su verdadera acepción democrática, presupone, por vez primera en la historia, la posibilidad de un desarrollo pleno y libre de obstáculos, en lo tocante a las peculiaridades y a la iniciativa local, a la variedad de formas, métodos y recursos utilizados para alcanzar la meta común" (Lenin, "Primer borrador del artículo Las tareas inmediatas del poder soviético", *Obras completas*, op. cit., pp. 200-201).

INDICE

Advertencia	vii
Paul Sweezy	
<i>Hacia un programa de estudio de la transición al socialismo</i>	1
Attilio Chitarin	
<i>Consideraciones "ideológicas" sobre la transición</i>	15
Rossana Rossanda	
<i>Poder y democracia en la sociedad de transición</i>	27
Valentino Gerratana	
<i>Formación económico-social y proceso de transición</i>	45
Valentino Gerratana	
<i>Estado socialista y capitalismo de estado</i>	81
Attilio Chitarin	
<i>Problemas de la transición del capitalismo al socialismo en la URSS</i>	125
Francesco Fenghi	
<i>Economía de transición y superación del modelo socialista en China</i>	141
Bernard Jobic	
<i>La revolución cultural y la crítica del economicismo</i>	167
Notas	203

Se terminó de imprimir
en *Impresiones Schmidel*, Cosquín 1172, Bs. As.,
el 27 de diciembre de 1973
en una tirada de 6.000 ejemplares